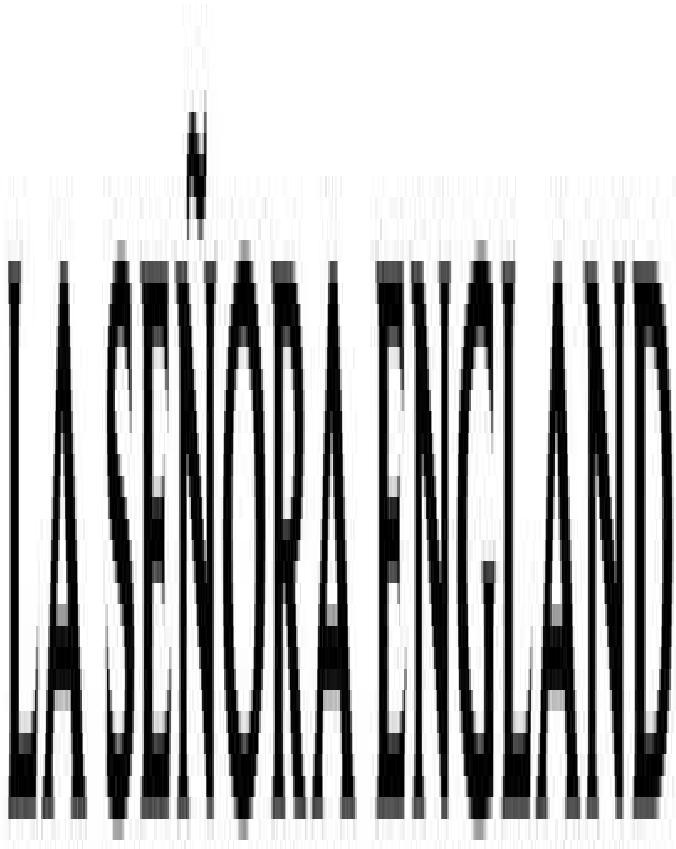
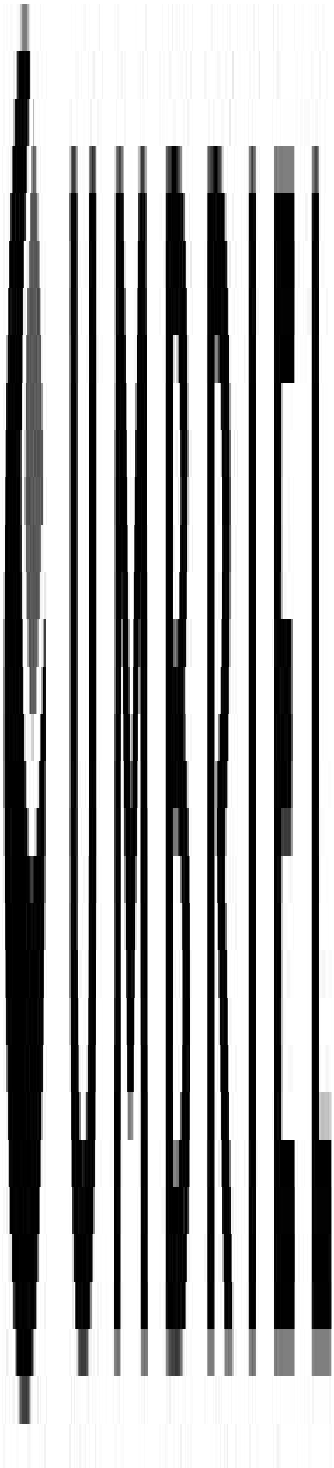
LA
SEÑORA
ENGLAND
STACEY
HALLS
EN UNA CASA LLENA DE SECRETOS
LA NIÑERA TAMBIÉN ESCONDE UNO.


LA SEÑORA ENGLAND

LA SEÑORA ENGLAND

STACEY HALLS

Traducción de Natalia Navarro Díaz



Argentina · Chile · Colombia · España

Estados Unidos · México · Perú · Uruguay

Título original: *Mrs England*
Editor original: Manilla Press, un sello de Bonnier Books UK
Traducción: Natalia Navarro Díaz

1.ª edición: agosto 2024

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© 2021 *by* Stacey Halls
All Rights Reserved
© de la traducción 2024 *by* Natalia Navarro Díaz
© 2024 *by* Urano World Spain, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.umbrieleditores.com

ISBN: 978-84-10159-68-6

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

Esta novela está dedicada a los trabajadores del
Servicio Nacional de Salud del Reino Unido.
Gracias por todo lo que habéis hecho
y por lo que seguís haciendo.

El pequeño cocodrilo
para aprender sus cantares
usa las aguas del Nilo
con sus notas musicales.

Con hipócrita modestia,
sus garras pone a indicar
a los tiernos pececillos
por dónde deben entrar.

Alicia en el País de las Maravillas
LEWIS CARROLL
(Versión de la película de animación de Disney)

Fortis in arduis
(Fuerza en las adversidades)

Lema del Instituto Norland

La noche en el bosque no era precisamente silenciosa. Los chotacabras y los búhos entonaban sus extraños solos y mis botas crujían en las piedras del camino. El sonido del agua lo envolvía todo: arroyos ruidosos y riachuelos que descendían hacia el río burbujeando, canturreando, murmurando. Había dejado de llover y la luna asomaba detrás de su velo brumoso. Me ajusté la capa al cuello y me envolví la cara con el mantón.

El camino era más sencillo sin una lámpara, que volvía todo lo que estaba más allá de su rango aún más oscuro. La luz de la luna era guía suficiente y mis ojos se adaptaron sin dificultad. Dejé el patio del molino y me detuve en el camino que pasaba junto a las dependencias; miré a la izquierda, a los páramos, y a la derecha, al pueblo. Giré a la izquierda y pasé por el estanque del molino, con la superficie suave y vidriosa como un espejo en la noche. Los pinos poblaban la ladera por encima del camino que serpenteaba como una cinta fantasmal a lo largo del valle. Traté de recordar cómo se llegaba a la pequeña cabaña solitaria del páramo.

Había dejado a los niños encerrados en la habitación, esta vez no habría huidas. Si todo iba bien, podría colarme en el interior sin que me vieran. Si regresaba más tarde que el señor… *No, no pienses en eso. Sigue caminando*, me dije. Las piernas me llevaron hacia arriba y los riscos aparecieron como un espectro a mi izquierda.

—¿Ruby? —un susurro, inconfundible.

La sorpresa casi me derribó. Me quedé inmóvil, mirando los troncos delgados y las ramas negras. Apenas podía oír nada por culpa de la sangre que latía en mis oídos. Unos segundos más tarde, volvió a sonar.

—¿Ruby? ¿Eres tú?

1

Londres, agosto de 1904.

Llevé a Georgina a casa por el camino de siempre, al este por los Jardines de Kensington en dirección a Hyde Park. Se había quedado dormida con un puñado de margaritas y empujé el carrito por el camino mientras saludaba con la cabeza a otras niñeras. Los pies le llegaban casi al final del carrito acolchado, no tardaría en quedársele pequeño, y experimenté una punzada de nostalgia por la bebé que había sido. Ahora podía sentarse y la llevaba así cuando hacía buen tiempo, con la capota bajada. Le encantaba ver a la Real Caballería con el uniforme de ribetes y el sombrero emplumado; las señoras bajaban los parasoles para admirarla.

Me agaché para recoger un osito de lana que había en la arena, al lado del carrito. La niñera del bebé estaba sentada en un banco, leyendo una novela, y no se había dado cuenta. Detrás de ella, un grupo de niños pequeños corrían por la hierba, golpeándose con palos.

—Ah, gracias —dijo la niñera cuando le entregué el osito.

Se fijó en mi uniforme, distinto al de las otras niñeras, diseñado para diferenciar a las que habían recibido formación en Norland del

resto. Bajo una elegante capa marrón, llevaba un vestido beis de dril con un delantal blanco de batista ribeteado de encaje. Una frívola corbata de color crema en el cuello completaba el uniforme de verano. En invierno vestíamos de sarga celeste y todo el año realizábamos nuestro pesado trabajo con galatea rosa, limpiando la habitación de los niños y encendiendo fuegos.

—Ojalá durmiera así —añadió la niñera. Hizo un gesto con la cabeza hacia la ocupante de su carrito: una niña delgada de aspecto serio, algo mayor que Georgina. Me miraba desde debajo de un sombrero blanco para el sol—. ¿Qué tiempo tiene?

—Diecisiete meses —contesté.

—Y mira qué rizos más adorables. Es una pena que esta tenga el pelo tan liso. Se quita los bigudíes en cuanto se los pongo.

—Podría intentar a ponérselos cuando esté dormida. Si humedece los bigudíes antes, se quedará así al secarse.

A la niñera se le iluminó el rostro.

—Buena idea.

Me despedí y ella regresó a su libro. Cruzamos Albert Gate, protegida por unos ciervos negros junto a las rejas del parque, y sonreí a la anciana que vendía molinillos de viento y globos. Los molinillos aguardaban rígidos en sus cajas a que una brisa los moviera esa tarde de agosto y la mujer hacía girar uno con desánimo. No me devolvió la sonrisa, pero supuse que, para ella, yo era como cualquier otra niñera. Acudíamos en manada al parque después de la comida con los niños que teníamos a nuestro cuidado, ocupábamos el espacio y los bancos, extendíamos mantas en la hierba, dábamos de comer a los patos y empujábamos carritos por los jardines repletos de rosas. Una o dos horas más tarde, volvíamos a pasar por su lado de camino a casa para dormir la siesta y preparar sándwiches antes de llevar a los niños a la planta de abajo para que vieran a sus padres.

Georgina era la única hija de Audrey y Dennis Radlett, aunque la señora Radlett estaba en estado otra vez. Había lavado la ropa de cama de Georgina y había marcado cunas en algunos catálogos para mostrárselas a la señora Radlett; Georgina seguiría durmiendo en la suya cuando naciera el bebé. La llegada del bebé me emocionaba,

aunque tenía que encontrar a una nodriza para que se encargara de la alimentación, y la idea de compartir mi habitación, aunque solo fuera por unas semanas, me provocaba una ligera sensación de ansiedad. La planta alta del número seis de Perivale Gardens era mi reino, mi dominio: mi despacho, aula y taller. A veces era un salón de té, si Georgina deseaba ofrecer a sus juguetes algo de beber; en ocasiones era una jungla y las dos nos arrastrábamos de rodillas por la alfombra, persiguiendo a leones y tigres.

Georgina abrió la mano y las margaritas cayeron en la manta. Las recogí y me las metí en el bolsillo. Había colocado en el alféizar de la ventana de la habitación jarrones con las flores que recogíamos en el parque y estaba enseñando sus nombres a Georgina. La pequeña poseía ya un vocabulario impresionante; lo absorbía todo despacio, mientras yo señalaba platos, cucharas, juguetes y sellos.

—¡Hiervo! —había pronunciado una tarde, unas semanas antes, asomando por el carrito para señalar a los ciervos de Albert Gate. Yo había sentido una oleada de orgullo y amor por esta pequeña niña, alegre y confiada, a quien todo aquel que la conocía adoraba, y que reflejaba su adoración a todos ellos.

En Knightsbridge, los automóviles de motor adelantaban rugiendo a los carruajes y ahogaban la carretera con humo. Miré los edificios de ladrillo rojo, al hombre que vendía patatas calientes, el ómnibus verde de Bayswater y al lavandero chino que descargaba telas limpias de su carreta. Los barrenderos se hacían a un lado para que pasaran las damas de sombreros anchos que volvían de los grandes almacenes a casa, seguidas por sus doncellas cargadas de cajas. Perivale Gardens era un barrio grande y tranquilo que se encontraba a pocos minutos del bullicio. Una veintena de casas se alzaban en torno a un patio rectangular con hierba, protegido por rejas negras de hierro, cedros y azaleas. La casa de los Radlett era alta y estucada, con unas columnas blancas y lisas a ambos lados de una impresionante puerta negra. En la parte alta estaba la habitación de la niña, con vistas al jardín grande y soleado, y a los jardines de los vecinos a ambos lados. La casa de los Bowler, justo al lado, tenía gallinas, y a veces dejaban que Georgina recogiera los huevos.

La entrada estaba vacía y, en silencio, llevé arriba a Georgina. Con un suspiro, permitió que le quitara los zapatos de piel beis y la dejé en la cuna. Bajé la persiana y corrí las cortinas. Eché un vistazo a la calle y vi al muchacho del carnicero, que hacía su ronda con la cesta. Bajó los escalones y una ayudante de cocina examinó lo que llevaba junto a la puerta del sótano y fue apilando paquetes en el codo. Mi padre hacía sus rondas con Damson, nuestro poni dócil, y en el lateral de su carreta se leía «A. May, frutero y verdulero para la clase alta», con letras grandes y blancas. Mis hermanos y yo solíamos pelearnos por sentarnos a su lado, tras las riendas, mientras él nos llevaba por las calles y saludaba a la gente.

—Toma las riendas, Rhubarb —decía y me las ponía en las manos.

Eché las cortinas.

A las tres y media, Ellen me trajo un bollito con jamón y una tetera; yo le di una copia de *Young Woman* que me había leído y una novela que no había abierto. Me senté a la mesa, debajo del alero, para comer y busqué a mi alrededor algo que limpiar. En verano, a las pocas horas de haber limpiado, por la mañana, una fina capa de suciedad entraba por la ventana y lo cubría todo. En la estantería, las letras doradas de mi libro de referencias me guiñaban desde el lomo negro. El día de la graduación, la directora del Instituto Norland, la señorita Simpson, a quien llamábamos Sim con afecto, los tomaba de un montón para entregarlos. Los libros contenían todo lo necesario para nuestras incipientes carreras, desde información sobre el tejido de los uniformes hasta páginas en blanco para las referencias. En la portada estaba pegada mi fotografía, más grande de lo que me hubiera gustado; salía seria, sin sonreír, con una mano apoyada en la mesa que tenía al lado, nerviosa. Al final de mi periodo de prueba de tres meses, la señora Radlett puntuó mi trabajo de costura con un muy bien; la puntualidad, excelente; pulcritud, excelente; limpieza, excelente; orden, excelente; talante, excelente; tacto con las visitas, muy bien; tacto con los niños, excelente; tacto con el servicio, muy bien; capacidad de entretener a los niños, excelente; capacidad de controlar a los niños, excelente; y aptitudes en general, excelente. Recibí el certificado en otoño y lo guardé en mi baúl. Algunas niñeras habían

enviado el suyo a casa para que lo enmarcaran sus padres, pero, al imaginarme entregándoselo a mi madre, podía visualizar su cara divertida ante la idea de que hubiera un certificado por cuidar de niños.

Me terminé el panecillo y empecé a ordenar cuando oí un suave toque en la puerta.

—Adelante, Ellen —dije.

Moví la miniatura del globo terráqueo un centímetro a la derecha y lo coloqué en su ecuador. No hubo respuesta.

—¡Señora Radlett! —Me erguí de inmediato. Era una señora joven, tan solo unos años mayor que yo, de unos veintitrés o veinticuatro, amable y femenina. Solía esbozar una sonrisa amplia y unos bonitos vestidos y broches relucientes resaltaban su cuerpo redondeado y su piel clara. Tenía el pelo del color del tofe derretido y lo lucía a la última moda, que copiaba de las revistas. Yo tenía el pelo fino y oscuro, no me confería distinción ninguna. La piel se me bronceaba con facilidad y, puesto que el sombrero de Norland no me daba sombra, me preocupaba por mantenerme protegida del sol.

—Buenas tarde, señorita May —me saludó. Era una mujer buena y le gustaba bromear; uno de sus juegos preferidos era fingir que era importante y correcta, aunque yo no entendía muy bien la broma—. ¿Puede reunirse conmigo en el salón cuando tenga un momento?

—Claro, señora. Iré ahora mismo. La señorita Georgina está durmiendo la siesta.

La seguí por la casa. La planta baja estaba muy alejada de mi espacio, tenía sus propias reglas, códigos y horarios, de los que yo estaba felizmente exenta. Las niñeras no eran sirvientas, sino que se encontraban en ese punto complicado entre el servicio y la familia, sin pertenecer a ninguno de los dos. Sim nos había advertido de que podía resultar una profesión solitaria: sin amistades, había dicho. Pero yo casi nunca había tenido amistades y hallaba felicidad en las horas bulliciosas y calma en las tranquilas. Todas las mañanas llevaba a Georgina al comedor y todas las tardes, al salón, donde el señor y la señora Radlett pasaban una hora con ella antes de la cena. El señor Radlett tocaba el piano mientras la señora bailaba con su hija,

alzándola en el aire y guiando sus pies regordetes por la alfombra. Se mostraban muy felices de verla, como si llevaran una semana fuera de casa, y a veces Georgina lloraba cuando la llevaba de vuelta a su habitación, apartada de su mamá.

—Estrellita, dónde estás, me pregunto qué serás —canturreaba yo mientras subíamos las escaleras y, cuando cerraba la puerta de la habitación, normalmente ya se había olvidado de su pena. Se chupaba el pulgar cuando estaba cansada y yo siempre se lo sacaba de la boca babosa cuando la señora Radlett entraba para darle un beso de buenas noches.

El salón estaba en la parte delantera de la casa, en raras ocasiones le daban uso y era caluroso en verano, con las ventanas cerradas para que no entrara el polvo de la calle. Estaba la persiana bajada por el calor y la cortina de encaje colgaba pegada a él. La casa de los Radlett estaba decorada con gusto y llena de antigüedades; la señora tenía incluso su propia biblioteca. Eran una pareja intelectual y culta. Recibían visitas a menudo, solían venir amigos a la casa que la llenaban de humo de tabaco, dejaban cercos pegajosos de jerez en las mesitas y decoraban el perchero con plumas y lazos, como si fuera un extraño árbol con pájaros exóticos. En el alero del edificio había poco que me importunara, pero la señora Radlett me pedía en ocasiones que bajara a Georgina para besarla y enseñarla a las visitas antes de dormir. Siempre me respetaba y se mostraba educadamente inquisitiva con respecto a la dieta y la rutina de su hija; no había duda alguna de quién estaba al cargo.

—Tome asiento —me indicó ahora. Me senté en un sillón junto a una maceta—. Tengo una noticia emocionante. —Se llevó la mano al vientre abultado. Empezaba a vérsele por debajo de la cintura y Ellen le había agrandado las faldas—. Llevo semanas queriendo contárselo, pero el señor Radlett me lo había prohibido hasta que estuviera todo acordado y concluido, y eso sucedió anoche, por lo que ya puedo compartirlo con usted.

Sentí una punzada de emoción y me alisé el delantal.

—Como bien sabe, al señor Radlett le va de maravilla en Dalberg and Howard. Le va tan bien que… —habló despacio y se detuvo, como

si pretendiera provocar un efecto dramático— la firma va a enviarlo a Chicago a trabajar como arquitecto jefe. Va a diseñar una universidad, señorita May, ¿no le parece maravilloso?

Juntó las manos, incapaz de contenerse.

—Por supuesto, queremos que venga con nosotros —prosiguió rápido—, que sea la niñera de Georgina allí. Espero que no haya pensado ni por un segundo que nos iríamos sin usted. Por favor, diga que vendrá. El señor Radlett está buscando ahora una casa para nosotros, no creería lo que se puede encontrar en América: ¡mansiones increíbles prácticamente por calderilla! Y hay parques y tiendas fantásticos, y construyen edificios nuevos a todas horas. Santo cielo, nuestro próximo bebé será americano. ¿Qué le parece? No lo había pensado hasta ahora. Qué extraño. —Una expresión de ensoñación infantil apareció en su rostro.

—Chicago —fue todo cuanto logré murmurar. Incluso en mi boca, el nombre sonaba exótico y glamuroso. Yo, que provenía de un suburbio de Birmingham, pensaba que Londres era el lugar más emocionante de la Tierra, pero Chicago se me antojaba tan lejano como Marte. Calculé cuánto tardaría en llegarme una carta allí, cuánto tardaría en volver a casa, y sentí que se me formaba en el estómago una masa pequeña y dura, como una piedra.

—Sí —dijo la señora Radlett—, tenemos que empaquetar y enviar todo, tardará un tiempo en llegar. Pero esperamos subir a bordo de un barco de vapor en uno o dos meses, Dennis está impaciente por llegar. El barco va a Nueva York y allí podremos tomar un tren. Espero que nos quedemos un tiempo en Nueva York, ¿no sería extraordinario? Siempre he querido ir. Señorita May, ¿se encuentra bien? Tiene un aspecto raro.

—Sí, señora.

—Oh, diga que vendrá. Nos acompañará, ¿verdad?

—Me temo que no puedo.

Silencio. El reloj de mesa marcaba los segundos y los perros de porcelana observaban tranquilos desde la repisa de la chimenea. La señora Radlett no esperaba mi respuesta y trató de recomponerse; se acarició el vientre.

—¿Por qué no? Por supuesto, ha de tomarse unos días libres para despedirse antes de que nos marchemos.

No podía mirarla a los ojos y me quedé con la vista fija en la alfombra.

—¿Señorita May? Pensaba que se alegraría.

—Y me alegro, señora. Me alegro por usted y por el señor Radlett.

—Pero no por usted. ¿No es feliz con nosotros?

—Soy muy feliz aquí.

—¿Por qué no nos acompaña entonces? No puedo imaginar marcharnos sin usted, señorita May. ¡Ni siquiera lo había considerado! No voy a considerarlo. Es usted como un miembro de la familia y Georgina la adora. Yo la adoro y Dennis también. —Le temblaba la voz y sonaba más aguda. Comprendí, con horror, que mi señora estaba a punto de llorar.

Noté presión en la garganta y ardor en los ojos por las lágrimas.

—Gracias, señora. Son ustedes muy buenos conmigo, usted y el señor Radlett. Y le tengo mucho cariño a la señorita Georgina.

—¿Entonces por qué no viene? ¿Es el salario? Hablaré con Dennis para aumentarlo si ese es el problema.

Negué con la cabeza.

—No es eso.

—¿No se encuentra bien entonces? O… ¿está comprometida? —El alivio la embargó—. ¿Va a casarse?

—Nada de eso.

—Santo cielo, entonces ¿qué?

—Es por mis hermanos —respondí—. No puedo abandonarlos.

Ardía de curiosidad.

—Disculpe mi indiscreción, pero pensaba que sus padres estaban vivos.

—Lo están, señora.

—¿Ha enfermado alguno?

—No.

—¿Se han quedado sin trabajo?

—No.

—¿Por qué entonces no puede dejarlos?

Se me rompió la voz por la pena.

—Lo siento mucho, señora Radlett.

Se quedó en silencio. En la plaza, un carruaje descargaba a sus pasajeros y continuaba después su camino; los cascos del caballo sonaron *in crescendo* al otro lado de la ventana y se desvanecieron después. Pensé en Georgina, dormida arriba, y en los frascos con mermelada dispuestos en el alféizar de la ventana, y en las margaritas que llevaba en el bolsillo, ya estropeadas. Pensé en el té que se enfriaba en la tetera que me había traído Ellen, en el ejemplar a medio leer de *Woman's Signal* que había dejado junto al sillón para más tarde y en la habitación de la niña, que era el lugar más cómodo que había conocido nunca en una tarde lluviosa, con el silbido del gas. Georgina se despertaría pronto y me llamaría, segura de que la sacaría de la cuna y le ofrecería una clementina o una galleta. Yo no podía mirar a su madre porque las lágrimas me enturbiaban la visión. La habitación estaba tan silenciosa que pude oír cómo se me rompía el corazón: sonó como el tallo de una margarita al quebrarse.

2

—Señorita May. —La directora habló con un tono de voz neutro. Había abierto la puerta ella misma.

Habían pasado nueve meses desde la última vez que vi a Sim, cuando nos reunimos en Perivale Gardens para mi inspección; Ellen sirvió café y magdalenas en la salita mientras la directora tomaba notas y la señora Radlett merodeaba cerca. Ahora, de nuevo frente a ella, aquel día quedaba reducido a polvo. Me sentía sudorosa y nerviosa, como cuando empecé, y contuve las ganas de pasarme la mano por la frente. La seguí adentro y cerré la pesada puerta negra tras de mí.

En la entrada encalada me recibieron los olores ya conocidos: pan recién hecho, jabón carbólico, ropa limpia y virutas de lápiz. El aroma a feminidad era sobrecogedor, a jóvenes moviéndose por las habitaciones, perfumadas, sudando. A mí me olía a aprendizaje. La casa de Pembridge Square era un palacio reluciente en comparación con la escuela de Balsall Heath, un lugar triste y aburrido donde el polvo de tiza danzaba a la escasa luz que se colaba por las ventanas sucias. En casa, mi educación terminaba tras el timbre de la escuela; mis padres estaban demasiado ocupados en la tienda para enseñarnos,

así que me sentaba junto a mis hermanos y los libros por las tardes. Con tres y cinco años menos que yo, Ted y Archie se mostraban dispuestos, pero discutían en mis lecciones. Robbie, quince meses menor que yo, era lento y recalcitrante, e incluso ahora sus cartas estaban llenas de errores.

El Instituto Norland estaba ubicado en una villa blanca y amplia, en Pembridge Square, a una distancia de diez minutos al norte en carruaje desde Perivale Gardens. Me había ido esa mañana. Yo hubiera preferido caminar hasta allí por los Jardines de Kensington, pero los Radlett habían insistido en pedirme un carruaje; mi baúl me seguiría a mi nueva dirección. La despedida había sido tan horrible como esperaba, con la frente de Georgina arrugada por la confusión, en brazos de su madre. La señora Radlett levantó una mano de su hija para agitarla y la niña se puso a chillar cuando el carruaje salió. Me pareció insoportable y tuve que volverme y presionarme un pañuelo en la cara.

El instituto fue el primero de su especie: escuela, hogar y agencia de niñeras. Poco más de dos años antes, me había presentado al examen de ingreso para recibir la beca Maud Steppings y, por obra de algún milagro, había aprobado. Apenas comprendía ninguna de las preguntas: «Cuente la historia de Enoch Arden; describa la ubicación de las siguientes calles y tiendas de Londres; escriba la receta de la mermelada». Yo no conocía a Enoch Arden y tan solo había salido de Birmingham una vez en mi vida, por lo que desconocía la ubicación de Gooch's, Harrods y Urquarts, y la del palacio y la torre. Pero sí sabía preparar la mermelada. Compartí la receta de mi abuela, dejé el lápiz en la mesa y contemplé, devastada, a las otras chicas, todas escribiendo con aire ausente, como si estuvieran acostumbradas a presentarse a exámenes. Esa tarde pensé que no volvería a ver Londres. Mis carabinas eran el señor y la señora Granville, que vivían en la calle de al lado y cuidaron de nosotros una o dos veces cuando éramos niños; me compraron una zarzaparrilla en Whiteley's antes de acompañarme al tren y, con el corazón triste, regresé a las Midlands. Nadie se sorprendió más que yo cuando dejaron la carta en el felpudo de Longmore Street, en la que me informaban de que la matrícula de

treinta y seis libras era «gratis», una palabra escrita en español y que tuve que buscar en la biblioteca pública. También tenía que comprar la tela para los uniformes en una sastrería llamada Debenham & Freebody; usé mis ahorros para ello y me sobró lo justo para comprar cuadernos y lápices. Pronto descubrí que las otras chicas usaban bolígrafos.

Los nueve meses que pasé en Norland fueron demasiado felices. Al principio me sentía nerviosa y tímida; no tenía ni de lejos la buena educación ni la confianza de mis dos docenas de compañeras. La única persona de Norland que tenía un acento como el mío era una de las criadas. Compartía habitación en la parte trasera de la casa con una joven irlandesa llamada Bridget, que tenía el pelo negro y una nariz afilada y severa, como un cuervo. Era amable y franca, y cuando nos acomodamos la una con la otra, la incomodidad se esfumó.

Pero regresó ahora, familiar como una vieja capa, cuando Sim cerró la puerta detrás de mí. Era una mujer menuda y esbelta, casi como una muñeca, pero su semblante no se le parecía. Tenía el flequillo castaño rizado salpicado de acero y también su comportamiento. Era, no obstante, una directora justa y generosa que no tenía ningún reparo en ordenar las tazas de té extraviadas o distribuir el correo. Era la única mujer del personal que vivía en el instituto, aunque yo solo la había visto con el vestido de sarga impoluto y el reloj de oro en la muñeca; cuándo se bañaba, era un misterio para las estudiantes. Su consejo de despedida fue que debíamos exhibir nuestros cepillos de pelo de plata en nuestro nuevo hogar para que los sirvientes los vieran. Yo solo tenía un peine, pero a Sim no se le escapaba nada; la semana antes de la graduación, encontré una caja de William Comyns en mi cómoda. Dentro de ella había un cepillo de pelo con la parte posterior plateada, pesado como un arma y con cerdas rígidas como agujas.

Me condujo al fondo de la casa, a su despacho, y pasamos junto a un par de estudiantes con uniforme que bajaban las escaleras. Se fijaron en mi capa y en mi sombrero, y esbozaron sonrisas tímidas. A la izquierda estaba el comedor, donde más chicas vestidas de blanco y beis se agachaban sobre libros con bolígrafos en la boca. Con una

punzada de nostalgia, recordé que era época de exámenes. No había clases los sábados y la puerta de la sala de conferencias estaba abierta: una habitación de techo alto con estanterías de frentes acristalados y arreglos florales, adornada en primavera con verónicas azules, el símbolo de Norland. Detrás del escritorio, había en una pared un mapa de las islas británicas y, al lado, un piano vertical. Encima de las estanterías colgaba un tapiz de aproximadamente metro y medio de alto con un león subiendo una colina.

Una placa de latón en la que ponía «M. SIMPSON, DIRECTORA» identificaba su despacho. Cerró la puerta cuando entramos. La ventana que daba al patio estaba abierta y la mesa estaba llena de tazas de té, periódicos, velas casi gastadas y plumillas. Una begonia se marchitaba en una maceta al lado de un pisapapeles de cerámica pintada. En la pared colgaba un mapa de los distritos de Londres con alfileres rojos que marcaban las localizaciones de las niñeras. Al lado, había un mapa del Imperio con alfileres tan lejos como la India y tan cerca como París. En las estanterías que ocupaban las paredes se veían apilados libros y periódicos al azar y atisbé en un estante una fotografía enmarcada de las primeras niñeras de Norland, cinco chicas tímidas con bonetes y delantales, flanqueadas por Sim y la señora Ward, la fundadora del instituto, cuya cabeza redondeada miraba con benevolencia desde debajo de un sombrero de ala ancha. La atmósfera general del despacho de la directora era de un caos bohemio. Sim había estudiado en la universidad y no estaba casada; me inspiraba una mezcla de temor y envidia. Era la persona a quien más admiraba.

—Me decepcionó recibir su carta. —Apartó de la silla el periódico de esa mañana y fue directa al grano—. En Norland no nos tomamos las renuncias a la ligera. Me gustaría escuchar sus motivos, pero antes, vamos a tomar un té. —Tiró del cordón de la campanita que tenía al lado de la mesa.

Esta era para mí una primera vez. Había estado en el interior del despacho de Sim una o dos veces antes, pero nunca me había ofrecido algo para tomar. Una parte de mí esperaba que, ahora que yo no era una niñera en periodo de prueba, se reuniera conmigo en el salón, donde tenían lugar las visitas de los clientes y donde los muebles eran

para su exhibición, un lugar fuera de los límites para las estudiantes, excepto en Navidad, cuando entonaban villancicos alrededor del piano, junto a la ventana. A pesar de ello, las criadas limpiaban la habitación dos veces al día.

Hablamos del tiempo caluroso, de mi viaje a Pembridge Square esa mañana, y uno o dos minutos después, una criada trajo el servicio del té y, por obra de algún milagro, encontró un hueco para él en la mesa.

Una vez que nos había servido, Sim habló:

—Y bien, señorita May. Ha renunciado, ¿le importaría hablarme de ello?

Di un sorbo y el platillo repiqueteó.

—El señor y la señora Radlett van a emigrar. A Chicago. América —concluí sin convicción.

La mirada azul de Sim era directa.

—Y usted no desea ir.

Sacudí la cabeza despacio.

—Como bien sabe por las localizaciones de sus compañeras, una cantidad significativa de las niñeras de Norland se marchan fuera. Las familias extranjeras quieren niñeras inglesas, más incluso que las familias inglesas. Comprendió usted que viajar era una posibilidad cuando empezó sus estudios, ¿no es así? Es uno de los atractivos para algunas estudiantes: un billete gratis para vivir en otro país y ampliar así su visión del mundo.

—Yo no deseo emigrar.

La postura de Sim era excelente. Bajó la barbilla para mirarme con más detenimiento.

—Una afirmación justa, pero ¿qué motivaciones tiene?

No dije nada y miré mi taza.

—Una nueva vida en América podría ser algo maravilloso, señorita May. Es un país joven, relativamente liberal en su moral y política. No es un lugar desgastado para una joven. He enviado a muchas niñeras más allá del Atlántico que se han habituado bastante bien. Justo la semana pasada una se marchó a Boston y tenemos a dos o tres en Nueva York. Una chica de la clase del noventa y siete se encuentra en un barco de vapor de camino a Carolina del Norte mientras nosotras

hablamos, para alojarse allí con los Vanderbilt.

Me quedé mirando el pisapapeles. Las verónicas estaban mal pintadas, no cabía duda de que era el regalo del niño al que cuidaba alguna niñera.

—Pero no claudica.

—Me temo que no, señorita Simpson. Espero que pueda encontrarme otro empleo.

Parecía confundida, pero entonces recompuso el semblante para mostrar resignación.

—Le hablaré con franqueza, señorita May, es un momento complicado para encontrarle un empleo nuevo. Muchas familias continúan en sus casas de campo y no regresarán en un mes más o menos, o se encuentran viajando. Compite usted con las chicas que acabarán pronto los exámenes y también debo buscarles a ellas hogares, mantener los índices de empleo de nuestras graduadas. La señora Radlett me ha escrito para que le busque a otra niñera y tengo a una en mente. Así y todo, sus referencias han sido espléndidas. Y hablando del tema, su libro de referencias. —Tendió la pequeña mano.

Me había preparado para esto y lo había llevado bajo el brazo durante el trayecto. Se lo pasé por encima del escritorio. Un perro ladró en la distancia mientras ella pasaba las páginas. Encontró la entrada de la señora Radlett y la leyó con la página sujeta entre el dedo índice y el pulgar. A pesar de su educación, la señora Radlett empañaba su prosa con signos de exclamación, palabras subrayadas y frases para dar énfasis, lo que le daba un aire inquieto e infantil. Me había entregado un regalo de despedida: un pañuelo de seda bordado con mis iniciales y un ejemplar nuevo de *El maravilloso mago de Oz*.

Evité pensar en la niñera que colgaría su uniforme en el armario y dormiría en mi cama. Puede que Georgina ni siquiera notase la diferencia y no tardaría mucho en olvidarme por completo. Se me llenaron los ojos de lágrimas otra vez. Tenía el pañuelo húmedo y manchado de polvo del camino. Sim me pasó uno limpio y yo lo acepté. Me soné la nariz y suspiré.

—Lo lamento —dije—. No sé qué me ha pasado.

—Su antigua habitación está vacía por el momento, la señorita

Jenkins está en la casa en la que trabaja. Puede quedarse una o dos noches y esta tarde podemos rellenar las solicitudes, si tengo tiempo. —Comprobó el reloj—. Si no, mañana. Después, tendrá que volver a casa hasta que le encontremos una familia. ¿Dónde está su hogar? ¿En Birmingham?

—No. Sí, está en Birmingham, pero no, no puedo.

Ella parpadeó.

—Me temo que debe hacerlo. La señorita Jenkins regresa al final de la semana y las estudiantes nuevas llegan la primera semana de septiembre. —Me observó un momento—. A nadie le gusta regresar a casa con el rabo entre las piernas —añadió con tono amable—, en especial cuando se ha marchado por su cuenta y ha ganado cierta independencia, pero será solo por un periodo breve. Un descanso. ¿Cuánto permiso de vacaciones le queda este año?

—Todo el permiso.

Esto le disgustó.

—Siempre riño a las niñeras por no tomar sus vacaciones. La prestación es generosa por un motivo; el descanso es necesario en este trabajo. Una niñera agotada es una niñera desdichada.

—Yo no puedo tomar vacaciones —indiqué—. Necesito encontrar otro empleo. Por favor, señorita Simpson. Envío la mitad de mi salario a mi casa cada trimestre y no puedo permitirme perder el del mes próximo.

Ella se ablandó y suspiró.

—¿Cuál es el empleo de su padre?

—Tienen un negocio de comestibles. Y mis hermanos están en casa, los cuatro. Los chicos trabajan y mi hermana Elsie tiene once años, le queda otro año de escuela. Pero falta mucho a clase porque tiene problemas en las piernas. Debido a la columna. No puede caminar mucho y tiene una cojera. La mayoría de los días se encuentra bien, pero no puede cargar cosas ni trabajar en la casa. Se le caen las cosas y se frustra, y… bueno, me gustaría que siguiera asistiendo a la escuela. Sabe escribir con las dos manos, ha aprendido a hacerlo por si la derecha deja de funcionarle.

Sim pareció tomar una decisión. Dejó el platillo y abrió uno de los

cajones de la mesa para sacar un fajo pequeño de cartas.

—He echado antes un vistazo rápido a las solicitudes de empleo, pero, como le he dicho, en verano recibimos pocas. La gente organiza sus asuntos en torno a la Fiesta de los Arcángeles y para una niñera con tan solo un año de experiencia… ¿Qué tenemos aquí…? —Apreté los guantes en el regazo cuando se quedó callada, pasando los papeles —. Recibimos una carta de una dama de St. John's Wood… ¿Dónde está…? Ah, sí. Ofrece un salario de treinta libras al año. No me parece apropiado, le responderé para informarle de nuestras tarifas.

—¿Se anuncia el instituto? —pregunté.

—Cielos, no. Nunca lo hemos hecho y la señora Ward no desea comenzar. Veamos, aquí hay una de una actriz divorciada. No sería correcto.

—No me importa.

—Me temo que a mí sí.

Otra carta cayó del fajo.

—Esta es de una tal señora de Charles England, de Yorkshire. —Aguardé—. «Por favor, envíe una fotografía, una lista completa de los detalles y el salario que piden sus niñeras». Esta es más apropiada, pero ¿dónde estaba…? —Hojeó los papeles restantes escritos con una caligrafía elegante—. He visto una de una dama de… ah, sí, Edwardes Square. La señora Askew-Laing. ¿Por qué me resulta familiar el apellido, Askew-Laing? «Mi querida amiga, la señora Henry Cadogan, me recomendó su instituto»… Askew-Laing, Askew-Laing. ¿Serán los subastadores? —Sim se humedeció los labios y frunció el ceño mientras leía de nuevo la carta—. He de consultar con la señora Ward, pero estoy casi segura de que son los propietarios de la casa de subastas.

Me animé y me erguí en la silla.

—Sí, creo que tienen locales en Piccadilly y Nueva York. Oh. —Vio que puse mala cara y entendió por qué—. Nada de viajar al extranjero. Imagino que una familia como esta solo pasa en Londres parte del año y sería una ilusa por preguntar. Dígame, ¿lo que no desea es emigrar o es viajar en general?

—No me importa subir a trenes y otros medios, lo que no quiero es

mudarme a otro país. —Me empezaba a desesperar el desdén de Sim, como si yo tuviera una objeción irracional y cambiante. Pero, por supuesto, para ella el trabajo era una elección y no una necesidad; ella nunca había hecho cola para enviar dinero a su familia y nunca lo comprendería.

—Me temo entonces que tiene limitaciones, señorita May, pues las familias que solicitan niñeras de Norland esperan flexibilidad. Si puede aguardar una semana o dos, veré si llegan más cartas, pero he de tener también en consideración a las graduadas de este año. La señora Ward ha consultado en los círculos habituales y ya ha organizado varias entrevistas. —Vi un destello dorado cuando consultó el reloj—. Debo partir a una reunión en Marylebone.

—¿Y la de Yorkshire?

—¿Qué pasa?

—La señora… England.

Encontró el papel y lo examinó.

—Cuatro hijos: dos hijos y dos hijas. Son los propietarios de un molino. —Bien podrían haber sido acróbatas, a juzgar por su tono de voz—. La señora England leyó información del instituto en el periódico y su niñera acaba de fallecer. Era la niñera de su esposo de pequeño, «una mujer muy querida…». Se necesita experiencia con niños sensibles; menciona que su hijo mayor tiene una salud delicada. «La habitación de los niños se encuentra en un ala separada con su propia entrada y disponemos de alojamiento en el dormitorio de los niños por la noche o, si la niñera lo prefiere, se puede instalar en la casa principal». Eso está fuera de lugar. —Le dio la vuelta a la hoja para mirar la firma—. No da su nombre, pero la señora England parece ansiosa por que el puesto se cubra.

—Lo acepto.

—¿Desearía vivir tan lejos? Puede que tengan una casa en Londres, pero lo dudo. Aquí no hay mucho comercio textil.

—No me importa dónde ir, señorita Simpson.

Me miró y regresó a la carta.

—Por supuesto, posee usted las habilidades y la capacitación necesarias, pero el cuidado de cuatro niños es una tarea sustancial. No

parece que haya institutriz ni nodriza. Y la señora England no ofrece detalles de la condición de su hijo; si es un inválido, tal vez requiera ayuda médica experta. Consultaré esta semana. —Metió la carta de nuevo en su sobre, como si ya hubiera decidido.

—Le estaría muy agradecida si pudiera responder con el correo de esta noche —dije— y le indicara a la señora England que ha encontrado una niñera para ella.

Sim me dirigió una mirada y se irguió en la silla.

—Señorita May, ¿sabe por qué le concedí la beca Maud Steppings?

Sentí una punzada de decepción al comprobar que se acordaba y sacudí la cabeza.

—Recordará que supervisé el examen en el salón de conferencias. A mitad de la evaluación, a una solicitante se le cayó el lápiz. Rodó hasta el frente de la clase. Y, sin dudarlo, dejó usted de escribir, se levantó de su silla y lo recuperó. Caminó hasta el fondo de la clase para buscar a su propietaria y se lo devolvió, a expensas de su tiempo de escritura. Sin leer su examen, supe que este instituto era para usted.

—¿Porque recogí un lápiz? —pregunté, consternada.

—Lo que más necesitan los niños es amabilidad, paciencia y atención. Esas cualidades pueden enseñarse, pero es mejor si son instintivas. Cuando la entrevisté después del examen, además de confirmar que reunía usted esas cualidades, comprobé que era… —Entrecerró los ojos y buscó la palabra—. Determinada. Reparé en que quería desesperadamente una plaza aquí, tal vez más que cualquier estudiante que hubiera conocido antes. Tiene experiencia en la vida, señorita May, y eso es mucho más valioso que una educación cuando se trata de cuidar de niños. Mucho más valioso que la habilidad para recordar el poema «Enoch Arden».

De nuevo me desarmó su capacidad para recordarlo todo y para ver más allá de las personas.

—Pensé que Enoch Arden era un primer ministro. Eso escribí.

—Lo recuerdo. —Una sonrisa reacia le curvó la esquina de la boca y el ambiente se aligeró un poco—. ¿Está segura en relación al empleo? Una vez que escriba a la señora England, la oferta estará

hecha. Le recuerdo que a las niñeras que fracasan en tres situaciones se las invita a abandonar el instituto.

Me tensé y me erguí un poco más.

—No volveré a fallarle, señorita Simpson. Tiene mi palabra.

—Muy bien. Responderé a la señora England.

—Parece la familia perfecta —traté de mostrarme alegre.

Sim dejó escapar una risa seca.

—Señorita May, tal cosa no existe.

Querida Elsie:

Te escribo desde Norland, desde mi antigua cama. Me resulta extraño estar de vuelta y, aunque tengo recuerdos bonitos, ya estoy deseando marcharme. Mi dormitorio (Templanza) no ha cambiado lo más mínimo: el papel pintado beis y marrón es tan horrible como siempre y la tabla suelta de la cómoda sigue sin arreglar, tampoco la baldosa agrietada de la chimenea. Me he acostumbrado a compartir habitación con bebés, que se van a dormir inmediatamente y a veces lloran. He perdido la costumbre con chicas de mi edad, que se sientan a leer con la lamparita encendida y susurran cuando ya no hay luz. Comparto habitación con una estudiante llamada señorita Banford que trabaja a cargo de un niño durante el día. Vuelve a casa tarde y siempre se pierde la cena, pero hemos mantenido conversaciones agradables.

Estoy a la espera de la confirmación de una nueva familia en Yorkshire. La próxima vez te escribiré desde allí, si se confirma el empleo. Por favor, reza por mí. Recuerda mantener a buen

recaudo mi dirección cuando la tengas. Me fue muy difícil despedirme de los Radlett, han sido muy buenos conmigo y les tengo mucho cariño.

Espero que estés avanzando en tus estudios. Por favor, transmite mi amor a los chicos y dile a madre que enviaré el salario de septiembre en cuanto lo reciba.

Con todo mi amor,
Ruby

A los pocos días, todo estaba arreglado. No había desempaquetado mis cosas, no deseaba ofrecer a nadie, y tampoco a mí misma, la impresión de que mi estancia en Pembridge Square iba a ser algo más que temporal. Además, la señorita Jenkings había dejado algunas cosas suyas en los cajones: un tarro con dulces de pera a medio comer, dos o tres pañuelos polvorientos y un cuaderno de ejercicios. Me quedaba en la habitación o deambulaba por las calles, observando las hojas de los árboles, que se tornaban amarillas y doradas. Mientras tanto, enviaban referencias sobre mi carácter, reservaban billetes de tren y limpiaban y planchaban mi ropa. El médico presionó un estetoscopio en mi espalda y me advirtió acerca del clima húmedo del norte y el humo de las fábricas textiles.

La mañana de mi marcha, me aseé, vestí y desayuné, hice después la cama por última vez, aunque una criada la desvestiría antes de que cayera una mota de polvo en ella. Me esperaba un carruaje en la verja y, mientras bajaba las escaleras, sentí vergüenza al ver un pequeño grupo de despedida en la puerta: Sim con un par de estudiantes y la propia señora Ward, que me tomó la mano con la suya suave y me dijo adiós. Me sentí tremendamente cohibida, no estaba acostumbrada a ser el centro de nada, y reparé en las breves miradas de admiración de las estudiantes, que deseaban ajustarse las capas y salir al mundo. El cochero cerró la puerta cuando entré en el carruaje y me despedí con la mano del pequeño grupo de la puerta antes de que se retiraran

a las sombras, sedientas y ya sudadas.

Viajé al este por Bayswater Road y no pude evitar sentir que iba en el sentido equivocado, como un reloj cuyas manillas iban hacia atrás. Ya no habría más visitas al teatro con las otras niñeras, ni más *scones* de Ellen. Me había dejado el ejemplar de *Woman's Signal* al lado del sillón, a medio leer. Miré por la ventana los espléndidos carruajes negros que avanzaban como escarabajos; los anuncios de cacao, jabón, mostaza; la variedad de tiendas y vendedores ambulantes: vendedores de flores, barrenderos, muchachos negros. Al principio me sorprendió ver a tantos niños trabajando en las calles, pero se habían convertido ya en parte del tapiz y parecían de una especie diferente de la de los niños regordetes de piel lechosa que mis compañeras niñeras y yo cuidábamos, aunque, por supuesto, no lo eran.

El tráfico era lento para cruzar la ciudad y todos estaban irascibles; cuando el carruaje llegó a King's Cross, me quedaban solo veinte minutos antes de que saliera el tren. Pagué al conductor y le dejé una propina, no se me escapaba lo remarcable que resultaba que yo fuese la persona que hacía ese tipo de cosas. El techo de la estación era cavernoso, tremendamente alto y adornado, como un globo de cristal con humo de motor. Pregunté por el andén y me abrí camino a lo largo del pasillo; descubrí, con alivio, un compartimento vacío en segunda clase justo cuando estaba a punto de derretirme. Estaba deseando abrir la ventana una vez que el tren hubiera dejado atrás los túneles llenos de humo. Me quité los guantes, me abaniqué y oí, uno o dos minutos después, el sonido del silbato. Las puertas del vehículo se cerraron, se oyó otro silbido en el andén y el tren se deslizó por las vías, tomando impulso, con el vientre lleno de carbón y la mirada puesta en el norte.

3

El sonido distante de un silbido me despertó con un sobresalto. Cuando llegué a Yorkshire, ya había caído la noche y el aceite de la lámpara del techo oscilaba a un lado y a otro, arrojando una luz débil. Aunque había sido un día de verano caluroso en Londres, aquí se colaba por la ventana el frío y la lluvia dibujaba formas en el cristal. Miré a mi alrededor, buscando a Elsie chupando un dulce, a padre mirando por la ventana, pero entonces recordé dónde estaba y me di cuenta de que el tren estaba parado. Palpé el monedero en el bolsillo, me puse en pie rápido y busqué al chófer. El tren estaba lleno cuando cambié en Leeds, donde compartí vagón con una familia con tres hijos. Pero ahora se había vaciado y, atemorizada, pensé que me había saltado mi parada. El conductor me dijo que la mía era la siguiente y sentí temor y alivio al mismo tiempo, nervios y emoción. Recuperé mi libro del suelo y me dispuse a arreglarme; me valí de mi reflejo en la ventana oscura para sujetarme mechones de pelo y abrocharme la capa.

Cinco minutos más tarde, el tren se detuvo en medio de una oscuridad tan completa que parecía que estábamos dentro de un túnel.

Nadie más desembarcó y los vagones por los que pasé estaban todos vacíos. Dos lámparas brillaban tenuemente en cada extremo del andén, como sabiendo que sus oportunidades de penetrar la noche eran escasas. Había escampado, pero el aire era denso y húmedo, como la colada en invierno. El guarda silbó y el tren salió.

Miré a un lado y a otro del andén, pero me encontraba sola. Al otro lado de las vías estaba la entrada de la estación con más faroles y el puesto de un portero. Recogí mi equipaje y me disponía a caminar hacia allí cuando oí unos pasos apresurados; había un túnel bajo las vías y alguien estaba subiendo la rampa. Apareció un hombre: primero el sombrero, seguido de una cara alegre con un bigote oscuro, luego un abrigo negro impecable y un chaleco verde con una cadena delgada y elegante. Sostenía en alto un farol y daba la impresión de ser un posadero agradable. Era alto y de complexión fuerte, y cuando me vio, en su rostro apareció una sonrisa amplia.

—Señorita May. —Habló con confianza y familiaridad, como si ya nos conociéramos. Me aproximé a él y solté la maleta para estrecharle la mano. El apretón que me dio fue cálido y enérgico, tenía los ojos negros, brillantes como joyas.

—Sí —contesté—. Encantada de conocerlo.

—Llego tarde, me temo, el caballo necesitaba una nueva herradura y Broadley… No importa, ya estoy aquí, voy a llevarla. Deje que la ayude, páseme sus cosas. Este es el billete. Espero que el viaje haya sido cómodo. —Lo dijo todo mientras me estrechaba la mano y subía y bajaba mi brazo como un pistón. Lo retiré y descendimos al túnel, donde otras farolas lúgubres batallaban con la oscuridad y los anuncios destellaban en el camino de los faroles.

—Muy cómodo, gracias —respondí—. ¿Es usted el cochero?

—¡Ja! —Su voz atronadora resonó en cada esquina y rebotó hasta nosotros—. Santo cielo, no. No me he presentado. Soy Charles England.

Casi expiré de la vergüenza.

—Lo lamento mucho, señor England. No me he dado cuenta.

—No tiene importancia, señorita May. —Parecía encantado con mi error y lo seguí por la oficina de reservas cerrada hasta un patio donde

esperaban un caballo moteado y un carruaje—. Este es Magpie y, por favor, admire sus nuevas herraduras o se ofenderá. —Le dio una palmada en el flanco al semental y abrió la pequeña puerta para arrojar dentro mi maleta, como si no pesara nada. Le di las gracias y subí. El carruaje se balanceó cuando subió él y tomó las riendas mientras yo me encogía. ¡El cochero! ¿Qué pensaría de mí? Que no había visto nunca a una chica más estúpida y, peor aún, que estaba aquí para cuidar de sus hijos.

Me senté más erguida y aparté la pequeña cortina para mirar por la ventanilla, pero era como si hubiera caído una cortina negra. El carruaje era amplio y caro, con asientos de piel, y me pregunté por qué daba la impresión de que los England no tenían cochero y por qué había venido el señor mismo a recogerme. Tendrían servicio, ¿no? Esperaba que no tuvieran intención de encargarme más trabajo doméstico del que era capaz de asumir con cuatro niños que cuidar, una habitación que mantener limpia y sin nodriza que me ayudase. Lo hablaría todo con la señora cuando llegase.

Cambió la inclinación y empezamos a subir; giramos ligeramente aquí y allá, y pensé en caminos tortuosos y largos que ascendían por desfiladeros empinados. Cerré los ojos y traté de apartar la imagen de la mente, intenté imaginar el lugar que sería mi hogar durante los próximos años. ¿Estarían los niños dormidos o me esperarían en la habitación? Cuatro niños, de pronto me parecían muchos, aunque me dije a mí misma que no podía distar mucho de ser la mayor de cinco. Durante muchos años yo había sido una madre para mis hermanos, ya que nuestros padres habían estado muy ocupados en la tienda; era a mí a quien acudían cuando se arañaban una rodilla o tenían hambre, yo los bañaba, vestía y acompañaba. Madre me preguntaba a mí dónde estaba Ted o si había visto el sombrero de Archie. Me infundí ánimos con la idea de que ya lo había hecho antes y de que las habilidades, una vez cultivadas, no desaparecían.

Tras cinco o diez minutos, el carruaje empezó a descender y a avanzar más despacio hasta detenerse por completo. Pero en lugar de silencio, se oyó un fuerte ruido, como el de un tren o una válvula que soltaba vapor. El señor England se apeó con energía, abrió la puerta y

movió el farol dentro; de nuevo, el frío me atrapó.

—¡Bien! No la he destrozado —dijo—. Debe salir ahora, me temo, pues el camino hasta la casa es estrecho y no puedo prometer que no nos precipitemos a nuestra muerte en el valle. Si espera un momento, llevaré al caballo y el carruaje a la cama.

Me dejó allí parada, sobre los adoquines, y se dirigió con el farol hacia la masa oscura de las dependencias. El extraño ruido continuaba y, cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, distinguí el cielo negro azulado con una luna cubierta por nubes. A mi derecha había una mancha alta y densa: un edificio inmenso o tal vez un bosque, porque en medio de la humedad atisbé un aroma distintivo, un olor a vegetación que los habitantes de la ciudad detectábamos con facilidad. Era fresco, como el agua de un río, completamente distinto al humo denso y al polvo a los que estaba acostumbrada, y lo aspiré. El farol del señor England regresó un momento después. Tomó mi maleta y me guio. Se movía con facilidad, como si la oscuridad fuera su hábitat natural.

—No puede verlo, pero este es el patio del molino —explicó—. La casa está justo al otro lado del río, colina arriba.

Por supuesto, el ruido era de un río y ahora se oía más fuerte, como si lo hubiéramos molestado. Me había quedado paralizada a la luz tenue del farol de mi señor y él lo alzó para mirarme.

—¿Se encuentra bien, señorita May? Me temo que el camino es algo primitivo.

—Señor, ¿cómo vamos a cruzar el río?

—Con botas de goma. Tengo dos pares en la orilla —respondió con tono serio. Se produjo un silencio horrible y entonces una sonrisa apareció en su rostro—. Es broma. No somos tan primitivos en Yorkshire. Vamos.

Todo cuanto existía fuera del halo de luz del señor England era ruido y oscuridad. Él se movía rápido. Enseguida dejamos atrás el patio y estábamos sobre un puente de piedra, lo bastante ancho para un carruaje, pero tan solo con unos tres o cuatro centímetros de sobra a ambos lados. Se elevaba en un pequeño montículo, a unos cinco metros sobre el agua, que fluía con brío por debajo. Fijé la vista

adelante mientras estábamos suspendidos y, en un momento, lo habíamos cruzado. El señor England torció a la izquierda, por un camino irregular que subía y se alejaba del río. Los árboles nos flanqueaban a ambos lados, sus troncos húmedos y negros brillaban bajo la luz del farol. Parecía que entrábamos en una cueva secreta.

—La casa tiene una ubicación privada —me dijo—. El abuelo de mi esposa la construyó hace cuarenta años para tener a la vista el molino, que se encuentra en la parte baja. ¿Sabe usted algo de la industria textil, señorita May?

—Me temo que muy poco, señor. —Me esforcé por seguirle el ritmo y resollé.

—Se habrá dado cuenta de lo húmedo que es. Ideal para evitar que el algodón se seque. Aunque la lana es lo más importante a este lado. Cuanto más al este de Liverpool se aleje, menos fábricas de algodón encontrará. Estambre, fustán, muletón, eso es lo que fabricamos en este pequeño rincón frío y húmedo del mundo. Y el molino junto al que hemos pasado abajo, que sin duda no ha visto pero verá a la luz del día, es mío. Aunque soy fabricante de algodón, no he pasado a la lana. La familia de mi esposa es la que fabrica lana y su abuelo es el rey. Hace que parezca que el resto de nosotros solo estamos jugando. Tiene mil doscientos molinos en Greatrex Mill; casi treinta mil metros de tela al día. ¿Sabe cuántos kilómetros es eso?

Me esforcé por seguirle el ritmo.

—Me temo que no, señor.

—Veintinueve. Mi producción es de metros, no de kilómetros, aunque ahora cuento con veinticuatro trabajadores, frente a los dieciséis que tenía cuando empecé. Alpacas —dijo abruptamente y se volvió para examinarme con el farol. Me vio desconcertada—. Así es como hizo su fortuna Champion Greatrex. Hace casi sesenta años, fue pionero en el uso de lana de alpaca en la manufacturación. ¿Sabe de qué bestia hablo?

—Eh… creo que no, señor.

—Él encontró tres docenas de bolsas apiladas junto a un almacén de Merseyside y dijo: «Me las llevo». No podían regalarla, la lana era demasiado tosca y nadie lo había hecho nunca. Champion fue el

primero en intentarlo y ahora… veintinueve kilómetros. Después un título de baronet. O eso dice todo el mundo.

—Vaya.

—¿Sabe de qué país son nativas las alpacas? Adivine.

No había oído hablar del animal hasta un minuto antes.

—¿Escocia?

—¡Ja! —Su risotada fue como un disparo que atravesaba la oscuridad—. Tiene la misma probabilidad de encontrar un elefante. No, son nativas de Perú. Señorita May, parece que viaja usted ligera, ¿no tiene baúl?

—Van a enviarlo.

—Espléndido. Vamos.

Estábamos cruzando otro patio adoquinado en dirección a una casa grande de fachada plana que estaba en la ladera. A la izquierda se sugerían unas dependencias y, delante, el terreno descendía abruptamente hacia el río y estaba poblado de más árboles. La puerta era grande, pintada de rojo, y el señor England la abrió con una llave que tenía colgada con una cadena de la cintura. Metió dentro mi equipaje.

—Voy a dejar el farol en su lugar. Si no, Broadley me reñirá por la mañana. Vaya directamente a la habitación de los niños. Están dormidos, pero los conocerá por la mañana. ¿Tiene hambre?

—No, gracias, señor.

Qué hombre más inusual. Venía a recogerme él mismo, hablaba de su negocio y me ofrecía comida. Estaba bastante nerviosa y tan solo pude murmurar un «gracias» cuando él se marchó. No me había dado un farol y la casa por dentro estaba totalmente a oscuras. Se oía el tictac de un reloj en alguna parte y estiré el brazo para buscar una escalera. Di con la barandilla y seguí su dirección. Percibí un ligero olor a humedad de alfombras que había que sacudir o de abrigos húmedos secándose. Las escaleras eran de piedra y mis pies no emitían ningún sonido en ellas. La planta de arriba estaba todavía más oscura. El señor England me había dicho que me dirigiera a la habitación de los niños, pero en el rellano había muchas puertas. Pensé en esperar a que regresara, pero seguro que ya me consideraba tímida e ignorante,

por lo que también me creería estúpida si me encontraba aquí de pie como una niña asustada. Pensé en Sim y en Bridget, mi compañera de habitación, agradable y directa; ninguna de ellas se quedaría aquí parada. Ellas bajarían y buscarían una lámpara, tal vez en la cocina, que parecía estar cerrada de noche.

Oí un suave clic y de pronto apareció una luz en una puerta que se estaba abriendo. Salió una mujer con una bata holgada sobre un camisón blanco. Tenía el pelo largo, le caía hasta la cintura y enmarcaba un rostro pequeño y redondeado con una nariz delicada y unos ojos grandes y oscuros. Me quedé inmóvil y también la mujer, que tenía una expresión de tal miedo y desconcierto que pensé que me había equivocado de casa.

—¿Señora England? —Parecía que hubiera visto un fantasma—. Soy la niñera, la señorita May. Siento mucho molestarla. Acabo de llegar, señora.

Se aferró con más fuerza a la lámpara y se ajustó la bata alrededor del cuerpo.

—¿Una niñera? —Sonaba asustada—. ¿La ha enviado Charles?

—Pensaba que me estaba esperando, señora. Soy la niñera de los niños.

—Ah —dijo—. Oh. —Las arrugas de perplejidad en su rostro se alisaron y tragué saliva. De pronto se me había quedado la boca seca.

—El señor England me ha dicho que subiera a la habitación de los niños. ¿Podría mostrarme cuál es, por favor?

—Pensaba que llegaría mañana. —Su voz era casi un susurro. Era dos o tres centímetros más baja que yo y mucho más joven de lo que esperaba.

—Esta noche, señora —respondí. Ardía de vergüenza—. El señor England me ha recogido en la estación. Está guardando el farol.

Ella miró abajo, el vestíbulo seguía a oscuras.

—Le mostraré la habitación —indicó y acercó la lámpara a la puerta que había a la izquierda de las escaleras.

Más allá había un pasillo con una puerta inmediatamente a la izquierda y otra en el extremo. Helada y abotargada por la vergüenza, seguí obediente hasta la puerta más lejana. Las cortinas estaban

corridas en ambas ventanas y se dirigió hacia las lámparas de gas encima de la chimenea para encenderlas. Estas sisearon suavemente mientras ella miraba a su alrededor, en busca de una cerilla. Vi una caja detrás de un candelabro, sobre la repisa de la chimenea, y dispuesta a ayudar, solté mi maleta y fui a por ella.

—Permítame, señora, por favor.

Los globos de cristal cobraron vida y la mujer se sobresaltó. Nos encontrábamos en una habitación pequeña y cómoda con papel pintado en las paredes y alfombras en el suelo de madera. Había un caballito de madera en una esquina, al lado de una cuna de madera y una casita pintada. Delante, unos ositos de peluche aguardaban sentados alrededor de una pequeña mesa. En un armario bajo había un bonito barco con una vela blanca ladeada, rodeado de animales de madera. En el fondo, una silla de baño con una manta de cuadros doblada en el asiento. Ahora veía mejor a la señora, el pelo largo era de un color dorado oscuro y la bata de seda de tono melocotón. Fijó la mirada en mí, como si esperara que hablase yo primero. La casa era fría, como solían serlo todas las casas grandes en verano, con las chimeneas apagadas, y, como la señora England no me había invitado a quitarme la capa ni me había indicado dónde dejar mis cosas, me sentí una intrusa.

—¿Prefiere «señora» o «madame»? —pregunté.

—Cualquiera está bien.

—¿Y puedo acudir a usted si tengo alguna pregunta sobre la ropa o la dieta de los niños?

Parecía perdida, como si le hubiera pedido que resolviera un complicado jeroglífico.

—Sí —respondió sin convicción—. O al señor England.

Me esforcé por contener mi sorpresa.

—¿Puedo preguntar al señor?

—Probablemente sea mejor.

Su voz no era refinada. Tenía el acento más marcado que su esposo; el de él era más pulido, aunque indiscutiblemente de Yorkshire. Había una mujer de Yorkshire en Balsall Heath que hacía las compras todos los miércoles y mi nueva señora no sonaba diferente

a ella.

—La dejaré para que coloque sus cosas —dijo.

—¿Duermo con los niños, señora?

—¿Es lo que suele hacer? —De nuevo se ajustó la bata y se la cerró alrededor de la garganta.

—Sí. —Hice una pausa—. Disculpe de nuevo, señora. Pensaba que mi directora, la señorita Simpson, había dejado claro cuándo llegaría.

—Sí, ahora me acuerdo. Lo hizo, por supuesto. Buenas noches, señorita…

—May —respondí.

Salió en silencio con la lámpara y cerró la puerta, sin hacer ruido en el pasillo. Me quedé largo rato allí parada, atenta a la casa y su profundo silencio, pensando en lo lejos que parecía estar de Perivale Gardens y en lo diferente que era esta señora de la señora Radlett. Caminé despacio hacia la silla que había junto a la ventana y quité un oso de peluche para sentarme. No pude evitar pensar en mi viaje por Londres de esa mañana (¿de verdad había sido solo esa mañana?) y en el caos y la vitalidad de la ciudad. Había pasado la semana en un estado de impaciencia, esperando a que mi vida comenzara de nuevo. Esos días se me antojaban gloriosos ahora. Sentada en la fría y extraña habitación, en una casa tan silenciosa, casi sin vida, sentí que había cometido un terrible error.

Se oyó un ruido similar al de una vela chisporroteando y miré a mi alrededor, alarmada. Detrás de mí estaba la ventana y tardé un momento en comprender que estaba lloviendo. La abrí y oí el río y algún pajarillo nocturno, un búho o un chotacabras. Nunca había vivido en el campo, nunca había pasado una noche en él, y lo consideraba un lugar punzante, frío, cambiante. Yo estaba acostumbrada a los edificios y las tiendas, a las calles concurridas y el asfalto. Nunca había usado una lámpara en el exterior. Pero el aire estaba limpio y puede que se oyera el canto de los pájaros por la mañana y hubiera un cielo soleado. Y habría muchas tareas para entretener a los niños: búsqueda del tesoro, recolección de flores y plumas, pícnics y paseos en bicicleta mientras el tiempo fuera aún cálido. El jardín que había plantado en el alféizar de la ventana de

Georgina tenía margaritas y lirios de los parques londinenses; aquí la fauna sería más variada y también la vida salvaje. Puede que incluso hubiera ciervos de carne y hueso, no de hierro. No me importaba que la casa fuera tan silenciosa, había mucho que explorar fuera.

Encendí una lámpara, apagué la de gas y tomé mi maleta para recorrer el pasillo hasta el dormitorio de los niños. La habitación estaba a oscuras con las cortinas corridas. En las sombras que danzaban en los bordes de la luz atisbé camas de hierro y suelo de madera, sábanas blancas y formas debajo de ellas. Una se movió y se estiró, y apagué la lámpara. En el rincón del fondo, delante de la ventana y a los pies de una cama vacía, había una cuna cubierta por un velo de encaje. El suelo de madera crujió cuando crucé la habitación y aparté el dosel. La lámpara arrojó una luz suave sobre un bebé regordete, tumbado de espaldas, con los puños a los costados. Su pecho subía y bajaba despacio. Esta habitación era también sofocante, pero no cálida. Me dieron ganas de abrir la ventana, pero me preocupaba molestar a los niños, así que me senté en el borde de mi cama y me desaté las botas. En Pembridge Square, habría dormido solo con una sábana y la ventana lo más abierta posible.

Una de las botas hizo mucho ruido al caer al suelo y me quedé paralizada, esperando a que los niños se despertaran. En algún lugar de la habitación hubo un suspiro hondo y somnoliento, pero eso fue todo. Bajé la mecha por completo y soplé suavemente el cristal. El hedor a aceite quemado aumentó y se instaló en la habitación. Las sábanas eran agradables y acogedoras y la colcha tenía un ligero olor a naftalina. Me acurruqué en la oscuridad y aguardé al sueño.

4

Me desperté a las seis, antes que los niños. Tomé la ropa del gancho de la pared y me vestí en silencio. A los pies de mi cama estaba la cuna y, al lado, otra cama de hierro que ocupaba toda la pared. En ella dormían dos niñas pequeñas, una de pelo claro y la otra, oscuro. En la pared del fondo, junto a la puerta, había una tercera cama ocupada por un niño de pelo rubio. La habitación era pequeña, con una chimenea a la izquierda de mi cama cubierta por una pantalla parachispas y una alfombra en el suelo de madera. En el hueco de la derecha había un armario. Sin subir la persiana, pasé junto a los niños dormidos y cerré suavemente la puerta.

El ala de guardería estaba en el lado oeste de la casa, separada por una puerta verde tachonada de latón. Al otro lado, la casa permanecía en silencio y me quedé allí un momento, en lo alto de las escaleras, atenta a cualquier sonido. La primera planta quedaba expuesta al vestíbulo de abajo, dividido por una balaustrada que recorría todo el rellano. Arriba y abajo, las paredes estaban decoradas con enormes retratos de marcos dorados con hombres vestidos de negro, de pelo castaño y con bigote. Fui en busca de la cocina, y quise hallar en las

habitaciones de la casa a cualquier criado, pero las cortinas seguían corridas y olían a tabaco. Me dirigí al fondo de la casa, hacia el distante aunque prometedor repiqueteo de sartenes.

—Señorita May.

—Me detuve, sorprendida, y vi una puerta abierta a mi derecha. El señor England estaba sentado a una mesa con un cazo con café y un periódico. Aunque la persiana estaba subida, reinaba en la habitación un ambiente turbio, submarino, resaltado por el tono verde oscuro de las paredes.

—Buenos días, señor.

—Es usted madrugadora.

—Vengo a buscar agua caliente para la habitación de los niños, señor. ¿Sabe dónde está la habitación de la sirvienta?

Él enarcó las cejas.

—Lo siento, señor, preguntaré a la señora.

—No, no. Blaise le dirá. Es la criada de la casa. Le presentaré a las sirvientas.

—Es muy amable señor, pero seguro que está ocupado. Puedo presentarme yo misma.

—Bobadas. Siéntese.

Tras un segundo de duda ante la idea de que los niños se despertaran solos, saqué una de las delgadas sillas de caoba de la mesa.

—¿Café? —me ofreció. Llevaba puesta una camisa blanca bajo un chaleco de color burdeos. La chaqueta reposaba a su lado y tenía el pelo ligeramente húmedo.

Negué con la cabeza.

—No, gracias, señor.

—¿Prefiere té? —Esbozó una sonrisa y se le alzaron las puntas del bigote—. No se ponga tan nerviosa, señorita May, no se lo descontaré del salario. Iré a buscar un poco.

En su ausencia, me quedé muy quieta. En la habitación se había manifestado la presencia lúgubre del bosque; fuera, una brisa estremeció a los árboles. Un momento después, el señor regresó y se colocó una servilleta en el regazo.

—No me gustaría importunarlo en su desayuno, señor. Puedo preguntar al ama de llaves.

—Me temo que no existe esa persona. Disculpe, nuestra casa es más modesta de lo que, sin duda, está acostumbrada. Dígame, ¿qué le pareció Londres?

Dio un sorbo sonoro y un momento después se abrió la puerta y entró una criada con una bandeja plateada apoyada contra un pecho generoso. Nos miramos a los ojos y dejó el servicio de té delante del señor.

—Para la señorita May. Gracias, Blaise.

Otra mirada, esta cargada de resentimiento. Sería cuatro o cinco años mayor que yo, regordeta y con aspecto de señora, con unos ojos pequeños y oscuros como grosellas. Le di las gracias y salió sin responder, cerrando la puerta con un golpe firme.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó el señor England—. Ah, sí, Londres. ¿Le gustaba? A la gente joven suele gustarle, creo.

—Me gustaba mucho.

—¿Y qué la ha traído al norte?

—El empleo, señor.

—Claro. —De pronto me preocupó haber sonado impertinente, aunque pareció divertido—. ¿Es usted de Londres?

—De Birmingham, señor.

—El País Negro. A este deberían de llamarlo el País Gris, con tanto humo de chimeneas. Por eso tenemos que pintar las habitaciones de un color tan oscuro. —Se levantó y se acercó al aparador. Pasó un dedo por la pared para mostrármela—. Incluso con las ventanas cerradas, se cuela dentro. —Se lo frotó en los pantalones y regresó a la mesa. Sirvió el té y me preguntó si quería leche o azúcar. Sentí como si hubiera aterrizado en el mundo al revés, donde el señor había ocupado el lugar de la señora. Nunca antes había estado a solas con un señor, ni siquiera con un hombre, y esperaba que no lo notara.

Di un sorbo.

—Gracias.

—¿Qué desea saber? —Dobló el periódico y apoyó ambos codos en la mesa. Entrelazó las manos.

—Estoy segura de que no debería molestarlo con los asuntos domésticos, señor. Puedo hablar con la señora.

—Puede hablar conmigo. —Sonrió, expectante.

—Bien. Me gustaría saber si hay alguna rutina que deba seguir. Por supuesto, puedo hacerme cargo y asegurarme de que todo funcione correctamente, pero si hay algo que quiera que siga haciéndose de algún modo con los horarios, las comidas, esa clase de cosas…

Se quedó pensativo y apoyó la barbilla en los nudillos.

—La niñera que estaba aquí antes de usted era la que me cuidaba a mí de niño. Recuerdo que era muy vieja incluso entonces, por lo que era muy anciana cuando falleció. Le tenía mucho cariño.

—Lo siento, señor.

—Oh, no lo sienta. Los niños están encantados de tener a alguien más cercano a su edad. Siempre he pensado que se ha de ser como un niño con un niño.

No pude evitar sonreír, de acuerdo con él.

—La señora Nangle no era una niña. Es más, una vez oí a Saul llamarla «la vieja dragona Nangle». Espero que su llegada acabe por fin con cualquier escupitajo de fuego en el cuarto de juegos. Así y todo, se mostraron consternados. Supongo que fue un golpe terrible para ellos despertar y descubrir que había fallecido por la noche.

Un segundo de silencio.

—¿Murió aquí, señor?

—Eso me temo. Santo cielo, espero no haberla asustado.

—No creo en fantasmas. —Me acordé del olor a naftalina de la colcha y me estremecí.

—Muy inteligente. —Se frotó el ojo derecho. Parecía cansado—. La habitación de los niños. Sí.

En ese momento regresó Blaise con una tostada y un plato con huevos y arenques ahumados.

—Gracias, Blaise. La señorita May necesita agua caliente para los niños.

—La subiré ahora, señor.

—Gracias, Blaise.

Salió y el señor England espolvoreó pimienta en los arenques y se

dispuso a comer.

—Dígame, ¿cuál es su rutina habitual?

Me alisé el delantal.

—Me levanto a las seis. Quito las cenizas y limpio la chimenea, pulo el latón y barro y limpio la habitación de los niños. Una vez a la semana limpio a mano la alfombra. Luego despierto a los niños para desayunar, asearlos, alistarlos, un paseo antes de comer, descanso después de comer. Por la tarde suelo bajar con los niños, o podría hacerlo después del té. No sé a qué hora los acostaba la señora Nangle, tal vez sea mejor que siga siendo a la misma.

—A las siete, creo —dijo mientras comía—. Al bebé más temprano. Todo eso suena perfectamente bien.

—¿He de repasarlo todo con la señora England?

—No es necesario.

Parpadeé, sorprendida, y luego asentí.

—Saul tiene un tutor cuatro días a la semana, de nueve a una. El señor Booth. Trabajan en el comedor.

Asentí de nuevo y miré el reloj de pulsera.

—Yo llego a casa a las cinco y diez. Tal vez pueda tener a los niños preparados para entonces.

—Sí, señor. ¿Tienen las niñas formación?

—No.

—¿Ni institutriz?

—La habitación estaría demasiado ocupada, ¿no le parece? —Mojó la yema con pan y me rugió el estómago—. Las niñas no necesitan tutor. Saben leer y aritmética básica. Yo mismo les he enseñado a tocar el piano.

Sonaba como mi madre. Las niñeras no se inmiscuían en la educación de sus niños, por lo que dejé pasar el tema.

—Señor. Anoche, cuando llegué, la señora England pareció…

Él aguardó.

—Bueno, me dio la impresión de que no me esperaba.

Carraspeó y regresó al desayuno.

—Mi esposa es… olvidadiza.

—Por supuesto, todos lo somos de vez en cuando, señor. Es solo

que me sorprendió, creía que ella había reservado mi billete de tren.

Se produjo un silencio incómodo y me arrepentí de haber sacado el tema. El señor England pareció interpretar lo mismo y cambió de tema.

—¿Qué le hizo convertirse en niñera, señorita May? Muchas muchachas como usted preferirían ser vendedoras, trabajar en una tienda o en una fábrica, donde tienen las noches libres. —Parecía interesado de verdad. No estaba acostumbrada a que me pidieran mi opinión y me ruboricé.

—Siempre me han encantado los niños.

—Uf, no conozco a muchos. —Otra sonrisa.

—Soy la mayor de cinco y mis padres estaban siempre trabajando, así que supongo que el trabajo es algo natural para mí.

Él asintió, aunque lo noté insatisfecho.

—Además, yo… —Busqué las palabras adecuadas—. Supongo que no se me ocurre qué trabajo podría ser más interesante que alimentar la mente de un niño. —Ahora contaba con su atención y continué, cohibida—: Mi directora dice que el material con el que trabajan las niñeras es más preciado que el lienzo, más exquisito que el mármol y más valioso para el mundo que estas dos cosas. Hemos de moldear a los niños para convertirlos en buenos seres humanos. —Me ruboricé —. Suena tremendamente pretencioso.

—No, me interesa mucho. Y estoy de acuerdo: una buena semilla plantada en un terreno fértil da fruta a una generación tras otra. Una mala semilla también. Es usted una alienista, señorita May.

—Lo siento, señor, no sé lo que es eso.

—Trabajan con las mentes. Principalmente, con las de los delincuentes que se declaran dementes.

Su tono de voz era cálido y bondadoso, pero sentí que había hablado demasiado y me levanté de la silla.

—He de ir con los niños, señor.

—Por supuesto. Están deseando conocerla. Leí sobre el Instituto Norland en *The Times* y pensé: *Quiero a una de estas*. Quedé impresionado, parece un intento de progresismo.

—Gracias, señor.

—Espero que los niños se porten bien con usted. Acuda a mí si no es así.

—Sí, señor. —No parecía un padre de los que pegasen a sus hijos. Con sus oscuros ojos amables y su conversación fácil, más bien parecía de los que los sentaban en el regazo y les daba una charla aleccionadora.

—La veré en el salón más tarde.

—Sí, señor. ¿Se lo digo a la señora?

Agarró el cuchillo y el tenedor y se puso a cortar los arenques.

—Puede hacerlo. Ah, y una cosa más —añadió sin mirarme—. Por favor, cierre la habitación por la noche. Encontrará la llave detrás de la puerta.

Parpadeé.

—Sí, señor.

—Que tenga un buen día.

—Que tenga un buen día, señor.

La cocina era grande, de techo alto y con azulejos de terracota. Encontré a la cocinera, la señora Mannion, limpiando una hornilla de aspecto complicado con un cepillo rígido. La señora Mannion era de un tono bastante anaranjado, menuda y gruesa, con el pelo del color de la mermelada. Me presenté y le pedí agua, a lo que respondió que Blaise ya la había subido.

—Gracias. ¿A qué hora se sirve el desayuno?

—A las ocho.

—¿Y qué les sirve a los niños?

—Tostada y gachas. —Hablaba sin mirarme, con su cuerpo rollizo arrodillado sobre el suelo de piedra.

—¿Sería posible que tomaran también huevos pasados por agua?

Se detuvo con el cepillo en alto, la cabeza ladeada hacia mí y los ojos entrecerrados.

—¿Qué?

—Huevos pasados por agua —repetí—. Para los niños.

—¿Usted también quiere huevos?

—Podrían tomar una porción más pequeña de gachas, si le parece mejor.

—¡Podrían! —Se apartó con un soplido el pelo naranja de la cara, pero no parecía enfadada—. Muy bien, añadiré más huevos a la compra semanal. El almuerzo es a las doce, el té a las seis, pero preparo el té de los niños a las cuatro.

—¿Almuerzo? —repetí, confundida.

Echó el cepillo en la olla y se puso en pie.

—La comida, el almuerzo, como quiera llamarlo.

—Ah, ¿entonces la comida es a las doce? ¿Y el té reemplaza a la cena?

—¡No tengo tiempo para acertijos! —gritó—. El almuerzo es a las doce, el té a las seis, como ya he dicho.

Le di las gracias y salí. La puerta de la cocina se cerró más rápido de lo que esperaba y me dio por detrás. En las escaleras me encontré con Blaise, que bajaba con un orinal. Se hizo a un lado para que pasara yo, sin decir nada y con los ojos oscuros fijos en los míos.

—Gracias por el agua. Habría ido a recogerla yo misma. Soy la señorita May.

—Bienvenida —anunció con una tremenda falta de sinceridad. Se cerró una puerta en el rellano y siguió bajando las escaleras. Completamente humillada, me apresuré a llegar a la habitación y cerré la puerta al entrar para aislarme de la casa.

Los niños estaban despiertos. La mayor se encontraba sentada en su cama con el bebé, apartándolo del borde mientras este le tiraba del pelo oscuro. Al otro lado de la habitación, la niña más pequeña estaba junto al gancho con mi ropa, examinando mi capa.

—Buenos días —saludé con tono alegre y la niña dio un salto. Me acerqué a las cortinas para descorrerlas, subí la persiana y abrí la ventana. El niño se sentó en la cama—. Soy la señorita May, la niñera.

—No parece una niñera —repuso el niño—. Es muy joven.

—Soy una niñera y soy vuestra niñera. ¿Cómo te llamas?

—Saul.

—Encantada de conocerte, señorito Saul.

Me volví hacia los otros.

—El bebé es Charley —habló la niña mayor—. Y ella es Millie. Yo soy Rebecca, pero todo el mundo me llama Decca.

—La señora Nangle, no —intervino Saul—. Ella decía que los apodos eran para los peones.

—Solo estaba mirando sus cosas —señaló Millie—. No he robado nada.

—Eso espero —contesté—. Puedes mirar, pero es de educación preguntar antes.

La niña se llevó las manos a la espalda, como si estuviera conteniéndose.

—Le he dicho que no lo hiciera —dijo Decca. La observé un momento. Podría estar mirándome a mí misma a su edad; teníamos el mismo pelo largo y oscuro, y reparé en que era un año más joven que Elsie. Tenía los ojos de su padre y había en ella una solemnidad amable, la responsabilidad que solían poseer los hermanos mayores. Se llevó al bebé al regazo y este balbuceó. Se lo quité y lo apoyé en mi cadera.

—¿Qué tiempo tiene Charley?

—Cumplió un año el mes pasado.

El bebé presionó los dedos en mi boca y fingí morderlo, lo que hizo reír a los niños. Charley era regordete, rosado y con rizos rubios.

—La señora Nangle murió en esa cama —anunció Saul—. Nos despertamos y era un cadáver.

—De acuerdo, basta —dije con firmeza al percibir la incomodidad de Millie.

—Era la niñera de padre, era vieja —añadió Decca como compensación.

—¡Era gorda y olía a repollo! —Esa fue Millie, que se subió a su cama y se puso a dar saltitos.

—No debes decir eso.

—Estuvo todo el rato dormida —siguió Millie—. No se despertó ni cuando le grité al oído, y luego se la llevó un carruaje negro.

—Imagino que estaba cansada después de tanto tiempo de niñera —comenté.

—¿Usted duerme, señorita May? —preguntó Millie.

—Sí, por supuesto. Me he despertado antes que vosotros para prepararlo todo.

—No la oímos llegar. ¿Ronca?

—Las niñas pequeñas no deberían de hacer ese tipo de preguntas.

—¿Sabe jugar a las cartas? —se interesó Saul.

—Sí, aunque prefiero los juegos de mesa.

—¿Las damas?

—Sí. Se acabó la charla por el momento. Decca, si me enseñas dónde está todo, os ayudaré a vestiros.

La mañana fue un torbellino de caos. Bañé y vestí a los niños, comprobé que la ropa les quedaba mal y necesitaba algunos ajustes. Había que alargar las enaguas de las niñas, también los pantalones cortos de Saul, que dejaban a la vista sus muslos pálidos, y todos, excepto Charley, necesitaban zapatos nuevos. Les pregunté por la silla de baño y Saul me dijo que era suya; padecía de asma y la usaba en la convalecencia. Las dos habitaciones tenían polvo y estaban mal ventiladas. La ventana del cuarto de juegos se quedó atascada a centímetro y medio del alféizar y tomé nota mental de revisarla.

Blaise trajo el desayuno en una bandeja de plata grande: gachas, huevos y tostadas. No dijo una palabra cuando le di las gracias, tenía la mandíbula muy tensa. Mientras los niños se servían, yo daba de comer al bebé y le limpiaba la barbilla con una servilleta. El mantel de mesa tenía manchas antiguas de sopa y de aceite, y era evidente que llevaba varios días sin lavar. Noté un olor desagradable y me acerqué a investigar; abrí un armario donde el olor era más intenso y encontré un montón de comida podrida en el fondo. Saul se ruborizó y confesó: la señora Nangle lo obligaba a comer alimentos que no le gustaban, y eran muchos; el pescado, la gelatina y la lengua encabezaban la lista. Como la anciana niñera era corta de vista, el niño fingía interés en algo al otro lado de la habitación y se sacaba la comida del bolsillo.

Agarré un balde y recogí espinas de pescado, tocino y una cantidad considerable de repollo hervido; lo bajé a continuación a la cocina para vaciarlo en la basura. En el vestíbulo conocí a la criada Tilda, que venía de la dirección opuesta. Era rolliza y germana en

apariencia, con el pelo del color de la miel recogido en bucles. Me indicó dónde encontrar lo que necesitaba y se retiró con el recogedor. La sala del desayuno estaba vacía, el mantel de mesa escarlata, limpio.

Regresé a la habitación de los niños para acabar las tareas matutinas y limpiar la chimenea, que llevaba muchos meses sin encenderse ni barrerse. Los niños me observaron, intrigados por la novedad, y quedaron embelesados cuando me cambié el uniforme después; me quité la camisola delante de ellos y me puse el vestido beis. Les dije que no era de educación mirar y fueron obedientes y se volvieron.

Pensé que la señora England vendría después de desayunar, pero la mañana transcurrió sin interrupciones y, a las nueve, Saul bajó para recibir sus lecciones. Acosté a Charley para que durmiera una siesta y limpié el polvo de la estantería.

—¿Viene vuestra madre a la habitación? —pregunté a las niñas.

—A veces —respondió Decca.

—Nunca —dijo Millie.

—Sí viene, Millie. A veces, como en nuestros cumpleaños —insistió Decca. Sentí una punzada de compasión.

—¿Y vosotras dos no recibís clases?

—No.

—Padre nos enseñaba a leer y escribir.

Me fijé en el uso del pasado de Decca. Las cosas eran diferentes para las chicas England, ellas no eran como Elsie y como yo. Para nosotras, la educación era como una puerta, o un puente que conducía de una orilla a otra. Pensé en lo que me había dicho su padre. *Las chicas como tú.* No le había dicho que no deseaba tener tardes libres ni vacaciones, que no necesitaba estar en casa para la cena ni dormir en mi propia cama. El tiempo libre hacía que la mente divagara y eso no era bueno para mí.

Dos minutos antes de la una, bajé con Charley para recoger a Saul. Había dejado a las niñas leyendo, aunque me había quedado claro que

Millie no tenía paciencia y prefería jugar con sus juguetes, con todos ellos, un minuto o dos con cada uno antes de pasar al siguiente. A Charley le estaban saliendo los dientes y estaba de mal humor. Me había pasado la mañana quitándole cosas de la boca: soldaditos de plomo, el atizador de la chimenea, incluso una cochinilla. La casa, o al menos la habitación de los niños, estaba infestada de estos bichos; había visto muchas en los zócalos y las había recogido en el delantal para después arrojarlas por la ventana. Esperaba oír la llegada de la señora England, pero no se produjo, y la cocinera estaría ya preparando la comida. Puede que viniera después de la comida, o del almuerzo, pensé, o a lo mejor estaba ausente, tal vez era una de esas madres sociales que vivían en un torbellino de encajes y tarjetas de visita. La puerta de su habitación permaneció toda la mañana cerrada. Preguntaría a las criadas en el almuerzo, decidí. Me recordé a mí misma que necesitaba tiempo para aprender las rutinas y costumbres de una casa, y para acostumbrarme a la gente.

El reloj de pie del vestíbulo sonó una vez y se oyó el chirrido de las sillas en el salón. Dejé a Charley en el suelo y lo sujeté por las dos manos; las piernas se le bambolearon bajo el cuerpo y, cuando apareció su hermano, chilló encantado.

—Hola —saludó el señor Booth—. Usted debe de ser la niñera. —Pronunció la palabra con acento. Llevaba una corbata y un sombrero marrón, como si fuera un escolar crecidito, y una cartera maltrecha en la cadera. Era más joven de lo que había imaginado, en la mitad de la veintena, y era menudo, aunque tenía las manos grandes. Por su rostro, parecía un hombre determinado a dar lo mejor de sí mismo en cada situación y su sonrisa parecía un rasgo permanente bajo un bigote castaño corto. Me gustó de inmediato.

Saul rozó la barandilla con una pluma larga y brillante.

—La señorita May duerme en la cama de la señora Nangle.

—Buenas tardes, señor Booth —saludé.

—Encantado de conocerla. Gracias por las naranjas, un gesto muy amable.

Asentí. Le había pedido a la señora Mannion que cortara unas cuantas y las pusiera en un plato pequeño para la clase; Sim decía

siempre que los niños necesitaban un refrigerio mientras estudiaban. Decidí que prepararía fruta fresca todos los días.

—No hay de qué. ¿Qué tienes ahí, señorito Saul?

—La encontré en el bosque.

—Quería usarla de pluma, pero le he dicho que usamos bolígrafos en esta casa, y en este siglo —comentó el señor Booth.

—Tal vez debas dejarla donde la encontraste —dije—. Su propietario podría estar buscándola.

Saul se quedó mirándome.

—Los pájaros no buscan sus plumas. Además, es de un faisán, me lo ha dicho el señor Booth.

El señor Booth se la quitó de los dedos. El dibujo era complejo y delicado, como el pelaje de una polilla.

—Mejor en un sombrero que en un aula de estudio. —Se la dio a Charley, quien inmediatamente se la llevó a las encías. Todos nos reímos y Blaise entró en ese momento, proveniente de la cocina.

—No sabía dónde te habías metido —dijo. Al principio creí que se refería a Saul y me pregunté por qué lo necesitaba. Me sorprendió aún más que respondiera el señor Booth.

—Ya voy. Dile a la señora Mannion que espero que haya un poco de *barmbrack*. De lo contrario, no valdrá la pena.

Blaise puso los ojos en blanco, aunque sonreía, y volvió a salir.

—¿Conoce a las criadas? —pregunté, de pronto decepcionada.

—Sí. Blaise es mi prometida.

Volví a reírme, aunque él no. Me sonrió perplejo.

—Qué bien —añadí rápidamente—. ¿Cuándo se casan?

—El mes próximo.

—Enhorabuena.

—Gracias.

Saul se colgó de la barandilla de hierro, aburrido.

—Bueno, me esperan.

—Encantada de conocerlo. —Tomé en brazos al bebé. El señor Booth se marchó en dirección a la cocina, silbando, con la cartera rebotando en la cadera.

En las escaleras, cuando oí la puerta de la cocina cerrarse, le

pregunté a Saul si su tutor solía quedarse después de la lección.

—A veces. —Se encogió de hombros—. ¿Qué hay de almuerzo?

—Será sorpresa. —No había preparado aún un menú con la señora Mannion. Tras nuestro primer encuentro, había decidido esperar al día siguiente.

—¿Qué vamos a hacer después?

—He pensado en dar un paseo.

—¡Un paseo! ¿Puedo correr?

—Puedes correr si quieres.

Se oyó el suave clic de una puerta al abrirse y la señora England apareció en el rellano. Vestía una falda de color crema y un corpiño de encaje con un broche en la garganta. Tenía las manos desnudas y se irguió al vernos.

—Señora. —Me incliné y alcé más a Charley.

—Buenos días —respondió, aunque ya era más de la una. Se produjo un silencio incómodo de uno o dos segundos durante el cual aguardé a que hiciera algún comentario o saludara a sus hijos, pero entró en el baño y cerró la puerta.

Había dejado la puerta de su habitación abierta. Por la rendija, vi la esquina de una cama de hierro vestida con una colcha de color marfil y, más allá, una ventana que enmarcaba una imagen marrón y verde. La ladera se elevaba abruptamente por detrás de la casa y los árboles miraban de reojo por las ventanas. El baño estaba en silencio y me dio la sensación de que ella se encontraba al otro lado de la puerta, de pie, esperando a que nos marcháramos. Oí risas en la cocina. Me detuve y escuché un momento antes de quitarle de nuevo la pluma a Charley y cerrar la puerta de la habitación de los niños.

5

Los England eran católicos romanos y en mi primer domingo en Yorkshire los acompañé a la iglesia. Nos apretujamos los siete en el carruaje para recorrer los tres kilómetros hasta el pueblo; las criadas iban a pie delante de nosotros. Se tomaban su medio día de descanso los domingos y habían preparado una comida fría para cuando regresáramos.

Había conocido a la ayudante de cocina, Emily, la primera mañana cuando bajé los pañales de Charley en un balde a la habitación de la colada. Blaise estaba apoyada en la pared azul claro, mirándose las uñas.

—La señora Nangle los lavaba ella misma —dijo y señaló el cubo. Emily, una muchacha flaca con muchas manchas en la piel, la miró y después me miró a mí con timidez. No dije nada y puse el cubo en el suelo. Blaise enarcó las cejas y alzó la comisura del labio en una mueca—. ¿Demasiado buena para lavar?

Respondí que no podía dejar a los niños solos. Entonces se apartó de la pared y pasó por mi lado hacia la cocina. Emily tomó el balde sin decir una palabra.

Avanzamos por medio de un bosque con baches. Mis paseos diarios con los niños me habían mostrado cuán alejada estaba ubicada la casa, sin vecinos en la ladera y con la fábrica agazapada como si fuera un secreto en el fondo del valle. Esperaba que Yorkshire fuera un páramo árido rodeado aquí y allá de pueblos de piedra gris, pero el paisaje parecía sacado de un sueño, de un cuento de hadas. Los árboles se alzaban como columnas de fuego cubiertas de musgo y los helechos brotaban del suelo húmedo como fuentes. El terreno era empinado y estaba lleno de grietas, con desfiladeros oscuros y cascadas brillantes que desembocaban en el rápido río marrón del fondo. Las altas paredes del valle atrapaban el humo de las fábricas, que se mezclaba con las nubes bajas y creaba una atmósfera lúgubre, pesada. Esa mañana, sin embargo, el ambiente se había despejado y el cielo era de un azul brillante.

Los niños me mostraron sus lugares preferidos: rocas grandes llamadas «riscos» que estaban esparcidas por el bosque y se apilaban en montones desordenados, algunos de casi diez metros de altura, provistas de forma natural de huecos y espacios para esconderse. Me llevaron a ver los peldaños y me pidieron que cruzara el río. Saul saltó de un lado a otro sin problemas y de nuevo al otro lado, y se rio cunado me negué a acercarme más. Me contaron que la señora Nangle nunca los llevaba al bosque. Saul estaba haciendo recuento de mis hábitos y preferencias, y de los de la señora Nangle, pero estaba claro que la lista se inclinaba en mi favor: la anciana niñera servía los restos de la comida anterior en la siguiente, les permitía leer solo la Biblia los domingos y los secaba con fuerza excesiva después del baño. Qué vida más diferente a la de los parques y las terrazas a las que estaba acostumbrada. Aquí, los niños subían pendientes y se escondían detrás de los árboles, aparecían y desaparecían de la vista. A Saul se le daba muy bien desaparecer y aparecer de pronto para sorprendernos. Millie permanecía cerca de mí y del carrito, chocando con él, y Decca caminaba a nuestro lado mientras recogía flores silvestres. Conocía la flora y la fauna, y me enseñaba colonias de hayas y agrupaciones pequeñas de setas. Conocía el nombre de todas ellas y me explicó que solo las más resistentes crecían en las sombras que proyectaban los

árboles y bloqueaban la luz.

Decca iba sentada frente a mí en el carruaje, incómoda con la ropa de domingo. Era distinta a su hermana; Millie se había pasado toda la mañana escogiendo los lazos para el pelo y había insistido en cambiar la cinta de satén que rodeaba el sombrero. Su padre estaba sentado con un brazo detrás de su hijo y la madre en la esquina con un bolso pequeño en el regazo. La señora England no me había pedido llevar al bebé y no había visitado el cuarto de juegos en los cuatro días que llevaba yo allí. Todas las tardes llevaba a los niños con sus padres al salón y todas las tardes su padre jugaba con ellos mientras la madre observaba. Se sentaba en el reposabrazos de un sillón, como si no tuviera intención de quedarse, y parecía visiblemente aliviada cuando pasaba media hora y Tilda anunciaba la cena.

Con tan poca interacción, apenas había evaluado a la señora England, y admito que me sentía decepcionada por lo que había visto hasta el momento. En aquellos primeros días, pensaba a menudo en la señora Radlett, en cómo me traía un trozo de tarta de la cocina o jugaba con nosotros en el jardín, arrodillada en la hierba sin preocuparse por si se manchaba la falda. La señora England se quedaba en su dormitorio, tomaba allí el desayuno todas las mañanas y salía a mediodía para comer con su esposo en el comedor, cuando el señor England llegaba a casa del molino, a las doce y cuarto. Solía vestir de blanco y se movía en silencio; sus zapatos no hacían ruido en el suelo de piedra, como si estuvieran hechos de crepé. Lo más extraño de todo era que el señor England actuaba de señor y de señora. Me había indicado que le dirigiera a él todas las preguntas e incluso venía en ocasiones a la habitación para dar a sus hijos un beso de buenas noches. Le enseñé a él el menú semanal que había diseñado antes de entregárselo a la señora Mannion; le pedí dinero para completar el botiquín de medicinas; le avisé de que los niños necesitaban zapatos nuevos. Con cada petición y trivialidad, me preocupaba ser una molestia, que acabara cansado de verme, pero, al parecer, mis nervios eran infundados: siempre se mostraba alegre y de buen humor, generoso con las bromas y los cumplidos. La tarde anterior me dijo que nunca había visto tan bien organizada la habitación infantil y

sentí la calidez de la victoria.

—¿Va su familia a la iglesia, señorita May? —preguntó ahora. Yo estaba mirando los árboles por la ventanilla, perdida en mi mundo.

—No, señor.

Los domingos lavábamos los productos de la semana mientras mi padre hacía el balance de las cuentas. La mesa grande era el corazón palpitante de nuestro hogar, donde lo hacíamos todo: coser, pelar, amasar, comer. Padre se sentaba en mangas de camisa, con el ceño fruncido y la vista fija en las cuentas, mientras nosotros trabajábamos a su alrededor y madre cocinaba. Si Ted y Archie hacían mucho ruido, él los echaba de allí. No se le daban muy bien las sumas y a menudo me pedía que las revisara. Yo reseguía con un dedo las columnas, consciente de su mirada, que se desviaba de la tinta a mi cara. La mitad de las veces estaban mal y las corregía con cuidado.

—¿Qué haría sin ti, Rhubarb? —decía él y recuperaba el libro con un suspiro.

La señora England me miró desde debajo del sombrero de ala ancha. Llevaba en el cuello un crucifijo fino y dorado.

—Ojalá no tuviéramos que ir a la iglesia —protestó Saul—. Es aburrida y apestosa.

El señor England torció el bigote; nuestros ojos se encontraron y apartó la mirada.

—No desanimemos a la señorita May. ¿Ha ido alguna vez a misa?

—No, señor.

—¿Qué tal su latín?

—Me temo que deficiente, señor.

—Entonces es probable que su atención se disperse. Hemos llegado.

En el pueblo, los rostros se volvieron hacia el carruaje y miraron a la ventana. La iglesia estaba ubicada en una calle amplia y polvorienta, frente a un pequeño parque. Más allá de la hierba cuidada y los parterres, los caballos arrastraban gabarras amontonadas a lo largo de un canal. La iglesia era fría y olía a polvo; encontramos dos bancos delante y nos sentamos. El señor, la señora y Saul se acomodaron en el primero, y yo ocupé el segundo con las niñas y el

bebé. Los niños se comportaron muy bien e incluso Millie estuvo tranquila, aunque se movía ligeramente mientras el sacerdote hablaba. Los England estaban entre las dos o tres familias mejor vestidas; la congregación parecía formada por gente trabajadora normal, que nos miraba de vez en cuando a los niños y a mí.

Cuando llevábamos diez minutos de sermón, Charley se puso a llorar. Acerqué un dedo a su boca y, como no succionó, le di un ratón de tela que había hecho con una servilleta. Sin embargo, no le prestó ninguna atención y se contorsionó de un modo que sabía que desembocaría en gritos. Cuando lo tomé en brazos para sacarlo de allí, la señora England se volvió.

—Yo lo llevo —susurró. Demasiado sorprendida para protestar, se lo entregué por encima del banco y ella pasó junto a su hijo y su esposo hacia el pasillo, dejando un ligero olor a polvos de talco.

La miré por encima del hombro. Varios pares de ojos aterrizaron sobre mí y volví a mirar al frente.

Las dos niñas parecían estar soñando despiertas, con la mirada perdida. Decca bostezó. Unos minutos después, la puerta de la iglesia chirrió al abrirse y unos pasos suaves se aproximaron. La señora England me dio a Charley, que tenía las mejillas rojas, pero estaba callado. Ella tomó asiento en el banco. Comprobé que seguía con el bolso de seda; lo dejó a su lado y tomó el libro de cantos con guantes impecables.

La congregación se puso en pie y abandonó los bancos para hacer cola delante del altar. Le pregunté a Decca qué estaba entregando el sacerdote y me respondió que era la comunión, cuando los adultos recibían el pan y el vino, y los niños una bendición. Los tres siguieron automáticamente a sus padres y se unieron a la fila, que avanzaba despacio. El señor England saludó con la cabeza a varias personas y muchas me miraron al pasar. Yo era una pieza de exposición, exhibida con mi uniforme para que todos me vieran; una o dos chicas más jóvenes sonrieron tímidas. Sentí alivio cuando Charley se puso a lloriquear antes de que los England llegaran al altar. Lo saqué fuera enseguida y noté una docena de pares de ojos siguiéndome; tuve la sensación de caminar por una telaraña y deseaba liberarme de ella.

Llevé a Charley al pequeño parque y lo dejé en un camino que serpenteaba entre rocas hacia un monumento a los caídos en la guerra. Al ser domingo por la mañana, estaba casi vacío. La única persona que había era un hombre que leía un periódico en un banco verde. Charley caminó alegremente hacia un jardín de pensamientos y caléndulas. Impedí que metiera los pies en la tierra y le tomé la mano para dirigirlo al canal.

El hombre del banco me dio los buenos días y le devolví el saludo.

—Es decidido este pequeño, ¿no?

—Sí —respondí.

—Seguro que tienes a tu niñera dando vueltas a tu alrededor.

Le habló directamente a Charley, quien se cayó para atrás y aterrizó con los puños. Se puso a llorar enseguida. Yo lo tomé en brazos y le limpié las manos con el ratón de tela. El hombre se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas. Tenía la piel bronceada y agrietada por el sol y poseía manos de trabajador, tan manchadas de tierra y aceite que serían difíciles de limpiar. Tenía las uñas ennegrecidas por la base.

—Debe de ser la niñera de los England.

—Así es.

—¿Ha perdido a los demás?

Tardé un momento en entender que estaba bromeando.

—No, señor.

Él sonrió.

—No tiene que llamarme «señor».

Me llevé a Charley a la cadera y le deseé un buen día con tono frío.

La misa había terminado y salía gente de la iglesia. El carruaje de los England estaba aparcado contra la barandilla, con Broadley el cochero (un hombre de Yorkshire, viejo y robusto) sentado delante, masticando algo y con la mirada perdida en el camino. Busqué al resto. El señor England hablaba con un hombre vestido muy elegante junto a una mujer que llevaba un sombrero grande y un vestido con vuelo. Dos chicas mayores aguardaban con los niños alrededor de ellas y Saul hablaba con un niño de su edad con un bonete verde y traje. La señora England, apartada a la derecha, me miraba directamente a mí.

Me observó cruzar la carretera.

—Lo siento por hacerles esperar, señora —dije.

Desvió la mirada a mi hombro, hacia el parque, y luego se volvió y subió al carruaje. La seguí con los niños y, un momento después, el señor England asomó la cabeza.

—Me voy a Laithe Hall —anunció. La señora England asintió y siguió mirando por la ventana, el rostro oculto por el sombrero—. Adiós, angelitos míos —canturreó a los niños y cerró la puerta con entusiasmo.

Esa noche, cuando los niños estaban dormidos, cerré con llave la habitación, me quité las botas y me senté en la cama para escribir a Elsie. Me dolía la espalda; llevar en brazos a Charley me había dejado los músculos tensos y rígidos. Apreté los nudillos en los hombros, los masajeé y me apoyé en la pared cuando los huesos se recolocaron. Escribir a mi hermana era como un regalo para el que me reservaba. Recopilaba pequeñas historias y anécdotas en mi mente y disfrutaba relatándolas. La imaginé leyendo a la mesa de la cocina, con la mano apoyada en la sien, y sonreí. Extendí el papel secante que había comprado en una papelería de Uxbridge Road, decorado con hiedra y muérdago. Era de Navidad y lo había adquirido con un descuento, pero era tan grueso y claro que lo usaba todo el año.

Querida Elsie. Soplé suave la tinta para que se secara y alcancé a Herbie, el osito de Elsie que me dio cuando me fui de casa. Estaba lleno de bultitos, era de lana y seguía oliendo a ella. ¿Existía una palabra para designar la nostalgia, no de un lugar, sino de la gente? No añoraba la casa en sí, ni nuestro dormitorio, solo la sensación cálida y única de estar con aquellos que mejor me conocían. Aquí nadie me llamaba Ruby. Nadie me conocía.

Las paredes de la habitación estaban decoradas con imágenes enmarcadas y, frente a mi cama, había una reproducción de una niña pequeña de pelo claro con un gatito y una bobina de cordel. De pequeña, tenía un libro de recortes en el que pegaba imágenes de

niños de piernas rollizas con sus mascotas. Yo quería un perro o un gato, pero nuestro piso situado encima de la tienda no permitía que tuviéramos ninguno de los dos. Teníamos gallinas en el patio, recogíamos los huevos para desayunar, y el poni Damson vivía en un cobertizo destartalado con techo de hierro. Cuando tenía diez años, Robbie descorrió un día las cortinas y lo vio vacío.

—¡Damson se ha ido! —se oían sus chillidos desde la habitación. Yo levanté la mirada del fuego de la cocina, donde estaba friendo grasa. La puerta de la escalera estaba abierta para que saliera el humo —. ¡Damson se ha ido! —Robbie entró corriendo y bajó las escaleras. Mi madre estaba cortando una hogaza de pan y no levantó la mirada. Yo corrí al dormitorio y miré el patio por la ventana, el retrete desconchado y la carbonera, las cajas de entrega apiladas, como si pudiera estar escondido detrás. Las gallinas paseaban indiferentes en el gallinero. La puerta del callejón estaba cerrada.

—No está el caballo —repetí yo a la espalda de mi madre. Ella siguió cortando.

—Tu padre lo ha vendido.

—¿Qué?

—La sartén se está quemando.

Regresé a la grasa, impactada. Ted bajó trotando por las escaleras detrás de Robbie, poniéndose las botas.

—¿A quién se lo ha vendido?

—No lo sé.

—Pero es nuestro —protesté al borde de las lágrimas—. Trabaja para nosotros.

—Silencio, y sirve el desayuno. Tu padre regresará en un minuto.

Nunca volvimos a hablar de Damson.

Espero que esta carta te llegue bien. Había pasado más de un año desde la última vez que había visto a mi hermana. Un sábado de primavera subí al tren para visitarla a ella y a Robbie en Birmingham. Nos vimos a la una junto a la estatua de Horatio Nelson; les había prometido llevarlos a uno de los salones de té más bonitos de Bull Ring, con platillos de borde dorado y manteles de encaje. Vi primero a mi hermano y no reconocí a la chica larguirucha que había a su lado,

con una blusa de cuadros y una falda larga. Se había puesto cintas de cuadros en las trenzas, a juego con la blusa. Con una sonrisa, agarré una trenza y le di un tirón. Ella me devolvió la sonrisa. Era una vieja broma, solía decirle que su pelo daba suerte y tiraba de él para pedir un deseo. Robbie también se había transformado: delante de mí había un joven con un bigote incipiente, vestido con la ropa vieja de mi padre.

Escribí a la luz de la lámpara mientras caía la noche. La ventana estaba abierta y una brisa movió la cortina e hizo que la persiana chocara contra el marco. Me levanté para cerrarla y así no molestar a los niños. Fuera había una luz tenue, no estaba a oscuras, aunque los árboles absorbían la penumbra y al otro lado del patio vi una forma. El señor England se encontraba en la pendiente, de espaldas a la casa, mirando el valle. Unos puntitos de luz de granjas distantes salpicaban la ladera, alumbrándola como si fueran estrellas. La punta caliente y encendida de su cigarrillo brillaba con fuerza, subiendo y bajando mientras fumaba. Tenía la costumbre de dejar las colillas allí donde las cortaba; había pequeñas protuberancias marrones por toda la casa, como migas de pan, y yo recogía las que pasaban por alto las criadas y me las metía en el bolsillo, fuera del alcance de Charley.

Con un movimiento rápido, tiró el cigarro y dio media vuelta. Miró la casa y yo me aparté rápido de la persiana. Me quedé muy quieta cuando las tablillas golpearon el cristal. Unos segundos más tarde, oí sus pasos en el adoquinado y entonces la puerta de la casa se abrió y cerró. Me arrodillé en silencio y saqué mi baúl de debajo de la cama. Había llegado la mañana anterior y para mí había sido como ver a un amigo. Acerqué la lámpara y busqué sellos dentro. Encontré el cuadernillo y pegué uno en el sobre. Antes de cerrarlo, por costumbre, busqué la lata de té negro, donde guardaba mis pertenencias más preciadas, y pasé una mano por la tapa. *Esta noche no.*

Un suave resoplido, un movimiento. Me volví y vi a Millie apoyada en los codos, mirándome entre las barras de hierro de su cama.

—¿Qué hace? —me preguntó.

—Nada —susurré y empujé al baúl a las sombras—. Vuelve a dormirte.

6

Detrás del molino del señor England había un estanque plano y vidrioso, usado ahora, en la era del vapor, solo por patos y aves de caza. Una tarde azul y dorada pedí pan duro en la cocina, regresé a la habitación con una servilleta de té ya estropeada y oí gritos de alegría. Los niños se apresuraron a terminar la sopa y Decca se reservó el panecillo para averiguar si a los patos les gustaba la mantequilla. Cuanto más tiempo pasaba con Decca, más cosas que me gustaban encontraba. Era reflexiva e inteligente, tierna y tímida, y le apasionaba la naturaleza. Aparecía a mi lado con un imperdible cuando le cambiaba el pañal a Charley y encendía las lámparas cada tarde antes de que lo hiciera yo. Recogía lo que usaba y guardaba los juguetes, al contrario que su hermana y su hermano, que dejaban rastros de destrucción. Decca también ordenaba lo de ellos. Todas las noches, yo leía un fragmento de *El maravilloso mago de Oz* y, aunque todos escuchaban, Decca se mostraba embelesada, pero nunca protestaba cuando devolvía el libro a la estantería, nunca pedía más de lo que recibía. A veces pensaba en ella, su madre parecía haber estado ausente la mayor parte de su vida, pero ella no parecía

afectada por ello.

Eran las dos menos cuarto cuando salimos de la casa. Charley estaba en su carrito, enfadado, y yo intentaba empujarlo por la cancela cuando apareció el señor Booth subido a su bicicleta.

—Señorita May. —Acudió de inmediato a ayudarme. Apoyó la bicicleta en un árbol y levantó el carrito.

—Gracias —dije, un tanto desconcertada.

—¿A dónde va?

—A la posada, a enviar una carta.

—¡Pero primero vamos a dar de comer a los patos! —gritó Millie.

—Ah, ¿sí? —Se puso a caminar con nosotros por el camino. Decca se quedó a mi lado, pero Millie y Saul se colocaron a cada lado del señor Booth y su bicicleta. Las clases de Saul terminaban a la una, lo que significaba que el señor Booth había estado tres cuartos de hora en la cocina. Después de marcharse cada día, notaba una ligera mejora en el comportamiento de Blaise, antes de que la acritud la invadiera de nuevo.

—La señorita May nos ha estado enseñando a deletrear con las granas —le contó Millie y la tomó la mano.

—Ah, ¿sí? —repitió él, desconcertado—. ¿A qué te refieres con las granas?

—Quiere decir «anagramas» —explicó Decca cuando nos detuvimos junto a ellos.

—Parece un juego espléndido —dijo él—. ¿Qué sabéis deletrear?

—*Árbol*, *bosque* y *río* —anunció Millie—. Y *gato*, *pato* y *rato*.

—Esas son palabras de bebés —intervino Saul—. Seguro que no sabes deletrear *indio* ni *pirata*.

—No todo el mundo tiene un tutor —le recordé.

—¿Tuvo usted un tutor, señorita May? —me preguntó.

—No. Yo fui a la escuela.

—¿Puedo ir yo a la escuela? —chilló Millie—. Quiero ir a la escuela.

El señor Booth me miró.

—Hoy no —respondí.

—¿Cuándo?

—Mi padre es el maestro de la escuela —reveló el señor Booth—. Enseña a muchos niños y niñas antes de que estos se vayan a trabajar.

Millie frunció el ceño.

—¿A trabajar dónde?

—En los molinos y las fábricas. Como vuestro padre.

Los niños no notaron la ligera irritación en su tono.

—¿Trabaja usted en la escuela? —le preguntó Millie.

—No, estúpida.

—¡Saul! —lo reprendí.

—Trabajo en las casas de la gente —explicó el señor Booth—. Y no tiene nada de estúpido hacer preguntas, así que no dejes de hacerlo.

—Pero es suficiente por hoy —corté yo—. Corred al estanque.

Millie echó a correr junto a su hermano. Decca los siguió y corrieron por el puente.

—Es una pena que no las escolaricen —observó el señor Booth mientras caminábamos juntos—. Hay niñas sin zapatos con más formación que ellas dos.

Haber mostrado mi acuerdo con él habría sido desleal, aunque no parecía esperar una respuesta. Yo había empezado a enseñarles ortografía con las fichas de un juego de palabras, aunque no era mi deber. Como Saul no estaba en la habitación la mayoría de las mañanas y Charley dormía, habíamos convertido la mesa del desayuno en un aula de clase y usábamos mis libros de Norland. No les había dicho que lo mantuvieran en secreto, aunque Decca no les había contado nada a sus padres y su padre las mantenía tan ocupadas en el salón que Millie estaba demasiado distraída para hablar. Sabía que eso desagradaría a Sim. Nuestra formación había sido diferente: nuestro trabajo consistía en enseñar moral y modales, no aritmética.

—Espero que no lo hayamos retenido —le dije al señor Booth.

—En absoluto. He de tomar el camino a la posada, por si quiere que envíe su carta y así le ahorro el paseo.

—Ah, es muy amable.

Me la saqué de la capa y se la entregué. Él miró la parte delantera y, demasiado tarde, reparé en mi error.

—¿Escribe a casa? —Se metió la carta en la cartera—. Disculpe, no

era mi intención mirar.

El corazón se me aceleró y traté de parecer animada.

—A mi hermana.

—¿Mayor o menor?

—Menor —respondí unos segundos después.

—Bueno, mejor continúo. Enseño en Laithe Hall por las tardes. Está encima de la colina, ¿ha ido ya?

—No, pero el nombre me resulta familiar. El señor England fue allí después de misa.

—Es la casa de su cuñado. Bueno, la mansión más bien. Michael Greatrex.

—Greatrex —repetí—. ¿Está emparentado con la señora?

—Es su hermano.

Fruncí el ceño.

—El hombre que vi el domingo no parecía su hermano. Ella apenas habló con él. —El señor Booth no dijo nada y empezó a caminar de nuevo—. ¿Tienen dos hijas y un hijo?

—Anne, Enid y el señorito Michael, mi pupilo.

—Entonces eran ellos. Sin embargo… qué extraño. —Sacudí la cabeza.

—«Todas las familias felices se parecen unas a otras, pero cada familia infeliz lo es a su manera».

—¿Disculpe?

—Tolstói. *¿Anna Karenina?*

Negué con la cabeza.

—Se lo prestaré si la temática no le resulta demasiado escandalosa para la habitación de los niños. —Me ofreció una sonrisa traviesa—. Que tenga un buen día, señorita May.

Observé cómo se alejaba en bicicleta y giraba a la derecha, más allá del patio del molino, en dirección al pueblo. El señor Booth era inteligente, mucho más listo que yo, aunque amable y generoso al respecto. Había sido amable con los niños y le había tomado la mano a Millie. Y, sin embargo, había algo en él que sugería una complejidad más profunda: el comentario que había hecho sobre la riqueza comportaba algo más que una pizca de resentimiento. ¿O era desdén?

Sentí calor en las mejillas. Me llevé los dedos a la cara y fui a buscar a los niños.

El algodón flotaba en el aire como si fuera ceniza, aterrizó en mi capa y dio la sensación de que había estado empujando el carrito del bebé en medio de una tormenta de nieve. Como la mayoría de los molinos de agua construidos cien años antes, England Mill era una empresa más modesta que las deslumbrantes construcciones en pueblos y ciudades más grandes. Los tres pisos de la fábrica tenían cada uno seis ventanas y una robusta chimenea se elevaba como un dedo hacia el cielo. El propio molino no era más grande que Hardcastle House, aunque alrededor de él había construcciones anexas: establos, encima de los cuales dormía Broadley con su nieto Ben, el mozo de cuadra, así como cinco salas de almacenamiento y una caseta de peaje para recaudar una tasa para el puente. Un almacén y un cobertizo completaban el conjunto y, en la orilla oeste, la antigua sala de calderas se usaba para almacenar madera.

Detrás del molino, los niños arrojaban pan al estanque, y los tres o cuatro patos se multiplicaron enseguida. Yo aguardaba en la distancia con el carrito de Charley, mirando el agua. El bebé, sentado, observaba y entrechocaba las manos, feliz.

—Esos patos estarán pronto tan gordos que no podrán volar —dijo una voz.

Me volví. El señor England se acercaba por el camino. Me alisé la capa.

—Buenas tardes, señor. Espero que no le importe que traiga a los niños.

—Por supuesto que no. Me hubiera gustado traer yo también una hogaza. —Le acarició la barbilla a Charley y el pequeño chilló de alegría.

—Padre, ¿podemos entrar en la sala del motor? —pidió Saul.

—El señor England está trabajando —le dije yo. Un pedacito de pan aterrizó en la manta de Charley y lo retiré antes de que pudiera llevárselo a la boca.

—No veo por qué no —respondió el padre—. La señorita May no ha visto el molino.

—Señor, por mi parte no es necesario.

—¿No le interesaría? —preguntó él con tono amable.

—Ah, sí. Pero… ¿es seguro para los niños? —Pensé en lo que diría Sim si supiera que había llevado a las niñas a mi cargo dentro de una fábrica, aunque en realidad sentía intriga.

—Admiro su preocupación. Es muy seguro, se lo garantizo. Ya han entrado antes, ¿verdad, niñas? Les gusta observar a los trabajadores.

—Me gusta la nieve —dijo Millie.

—El algodón —la corrigió su padre y le ofreció el brazo, tal y como haría un caballero. Giré con el carrito de Charley y los seguí, intrigada y bastante animada ante la idea de escapar del barro y las aves por un rato.

Nos llevó por una puerta lateral a una habitación estrecha y oscura llena de sacos y cuerdas. Salimos a un vestíbulo cavernoso con una escalera que subía tres plantas. El algodón flotaba libremente y un niño de la edad de mi hermano Archie barría el suelo, formando montones de algodón, pero entonces otra manta blanca ocupaba su lugar. Años atrás, la fábrica de papel de Balsall Heath se incendió y mis hermanos y yo sacábamos la lengua para atrapar las motas de pergamino que cayeron durante días del cielo.

Recorrimos un pasillo iluminado con lámparas en dirección a un rugido tremendo y tal hedor a sulfuro que me dieron ganas de taparme la nariz. Saul pasó y yo me quedé atrás con el carrito.

—La sala del motor —anunció el niño.

—No me gusta —protestó Millie—. Es oscura y ruidosa.

—Yo me quedo contigo —le dijo Decca.

Acerqué el carrito a la puerta.

—Después de usted, señorita May —me ofreció el señor England.

—No debería, señor.

—Bobadas. El carrito cabe. Mire, déjeme. Vamos, niñas.

Para mi sorpresa, agarró el manillar y lo empujó él mismo. La sala del motor estaba a oscuras, aislada de la luz y del aire, con dos hornos encendidos que manejaban tres hombres sucios con chalecos, empapados de sudor y polvo del carbón. Tenían piel de carbón, el blanco de sus ojos parecía lámparas. No pararon para hablar con

nosotros, arrojaban carbón de un montón junto a la pared a las bocas ávidas y hambrientas de los hornos. Aunque hubieran hablado, probablemente no los habríamos oído por todo el ruido que había allí dentro, y el calor era muy intenso. Saul preguntó si podía echar una pala de carbón al fuego y su padre le ayudó.

Abrumado por el calor y el ruido, Charley se puso a llorar y, aliviada, moví el carrito para salir al hueco fresco de la escalera. Decca y Millie me siguieron y, unos minutos más tarde, salieron los hombres England con rostros resplandecientes por el triunfo.

—¿Mejor que alimentar a los patos? —preguntó el señor England.

—Yo no lo creo —respondió Millie. Decca no dijo nada, ella hablaba poco con sus padres y mucho menos delante de las criadas y del señor Booth—. ¿Podemos ver la sala de nieve? Por favor, por favor.

—Muy bien —aceptó su padre—. Tú nos llevas. Ah. —Se acordó del carrito—. Joven Charles, ven conmigo. —Se agachó sobre el carrito y tomó al bebé en brazos. Yo lo seguí, anonadada, mientras nos dirigíamos a un ruido retumbante que había más arriba.

En la primera planta, el señor England abrió un par de puertas azules enormes. El ruido era ensordecedor. A lo largo de la fábrica, sostenida por unos pilares de hierro, había una de las habitaciones más vastas que había visto nunca. El suelo estaba lleno de pelusas y la luz entraba por las ventanas altas e iluminaba la tormenta de polvo, pelusas y telas. Era como estar dentro de una almohada, o en una tormenta con tanto ruido y caos. Había cinco máquinas a cada lado de un pasillo estrecho con unos cajones grandes que salían y entraban tan rápido que me mareaban. Había allí nueve o diez trabajadores, pero o bien estaban demasiado ocupados para fijarse en nosotros o les habían dicho que no lo hicieran. Pasamos desapercibidos, habría sido descortés quedarse mirando. Con una sensación extraña por no tener al bebé en los brazos ni un carrito que empujar, tomé la mano de Decca y se la apreté. Las ventanas estaban empañadas por la humedad y la condensación formaba gotas en los cristales. Como el señor England era incapaz de hablar por el ruido, estudié los componentes de los telares y me parecieron insondables, con el hilo estirándose

como lenguas de masa entre unos rodillos. Tenía la vaga sensación de que me observaban. Me giré y vi a un niño de catorce o quince años mirándome desde debajo de su cofia. Se mostró atrevido; no apartó la vista cuando lo descubrí y me siguió con los ojos. Le di la espalda y continué moviéndome por la habitación.

Los niños supieron mantener las distancias con las máquinas y caminaron en grupo. El trabajador más joven era un muchacho de la edad de Decca. Vestía pantalones blancos manchados de polvo y de pronto se lanzó rápido como un rayo bajo una máquina, desapareciendo de nuestra vista. El telar se abrió una, dos, tres veces, y entonces salió y ocupó su puesto. A pesar del aceite y el polvo, tenía los pies descalzos y, mientras caminaba, vi que tenía las plantas de los pies grises. A su lado había una niña de unos dieciséis años que padecía una tos profunda. Se tapó la boca y se abandonó a la tos, todo su cuerpo temblaba por el esfuerzo. El pelo le llegaba a las mejillas en mechones grasientos. Me di cuenta de que me había quedado mirándola y di media vuelta para examinar una rueda; a punto estuve de tocarla, pero me lo pensé mejor. Mientras retrocedíamos por donde habíamos venido, Decca se resbaló. Todavía le tenía agarrada la mano y la aferré con fuerza mientras recuperaba el equilibrio.

El señor England me devolvió a Charley en la escalera. Me pareció educado hacer una pregunta, y entonces le consulté cuántos telares tenía.

—Diecinueve —respondió; parecía encantado—. Había dieciséis cuando tomé el cargo. ¿Visitaba a su padre en el trabajo cuando era pequeña?

—Vivíamos encima de la tienda —contesté. Me pitaban los oídos —. Así que nunca nos alejábamos de verdad.

—¿Qué clase de tienda?

—Una verdulería, aunque ahora es una tienda de comestibles en general.

—Un hombre de negocios. Él y yo tenemos algo en común.

Los dos hombres eran incomparables. Me imaginé a mi padre sentado a la mesa grande de caoba del señor England con su uniforme de la tienda, manchando el papel pálido con los dedos sucios. Al final

del día, se lavaba las manos en la cocina y el agua se teñía de un profundo tono marrón. Lo imaginé con la ropa del señor England, un vaso de brandi en la mano, el humo de un cigarrillo flotando a la luz de la lámpara. Mi padre no había fumado nunca en su vida y firmó el movimiento por la templanza antes de que yo naciera.

—¿Y cómo va el negocio? —preguntó el señor England.

—Bien. Gracias, señor.

Visitamos la segunda planta, que era prácticamente igual que la primera, y el señor England habló con un supervisor que saludó a los niños con la cabeza en un gesto de cortesía y me ignoró a mí. Quería preguntarle por la edad del trabajador más joven, pero tras mi conversación con el señor Booth, me pareció que podría ser inapropiado. Pregunté, en cambio, de dónde procedía el algodón.

—Del canal de Rochdale. —Hizo una pausa y sonrió. Me reí sin entender y devolví a Charley al carrito—. Ahora de Australia. Aunque soy uno de los últimos productores de algodón que quedan en esta zona. Todos los demás se pasaron a la lana, o al fustán: pana, sarga, terciopelo, molesquín. —Tomó el bajo de mi capa entre el dedo índice y el pulgar. Se me aceleró el pulso—. Esto es estameña, un tipo de sarga. A lo mejor la hicieron en este valle.

Estábamos fuera, en el patio. De pronto pareció cansado y sacó un cigarro de una cajita plateada que tenía dentro del bolsillo del pecho. Pensé en todas las telas que había dentro de la fábrica, ese lugar se incendiaría en segundos.

—Prohibido fumar en la fábrica —declaró, como si me hubiera leído la mente—. Una ofensa, incluso para mí.

Me pareció razonable por su parte, al menos explicaba la frecuencia con la que fumaba en la casa. Le dije que la visita me había parecido interesante y pareció complacido. Me respondió que era bien recibida en la fábrica en cualquier momento. Al volver por el puente de piedra y la colina, me sentía más alegre, más viva; había visto a mi señor en el trabajo, un productor de éxito que parecía bueno con sus empleados. Aunque no tenía deseos de trabajar en una fábrica con unos hornos que rugían y hombres llenos de grasa, con ruedas que giraban y marcos que entraban y salían, resultaba en cierto modo

atractivo ser una parte pequeña y vital de semejante sistema, donde todo y todos tenían su rango y ocupación.

La mayoría de las mañanas, veía desde la ventana de la habitación de los niños a los trabajadores llegando, recorriendo el camino del valle como una fila de hormigas. Las mujeres quedaban prácticamente ocultas por los árboles, envueltas en mantones grises y marrones. Nadie pasaba nunca junto a Hardcastle House, pero en la cima de la colina había un pueblo y una o dos veces había visto a gente cruzar el puente y desaparecer entre los árboles de nuestro lado. La colina era excepcionalmente empinada, sin un sendero claro; debía de ser un ascenso duro para hacerlo dos veces al día, y más en invierno. Pensé en la chica que tosía: con quién viviría y cómo sería su casa. Me miré los guantes blancos con los que envolvía las piernas regordetas de Charley y me pregunté qué pensaría ella de mí. Si sabría que no éramos en absoluto diferentes.

Esa tarde, al ir a encender las lámparas del dormitorio de los niños, encontré algo en mi almohada: un ramito de flores con tallos oscuros y capullos blancos y esponjosos, como bejines o colas de conejo. Lo examiné con una sensación extraña, nerviosa, como si hubiera hecho algo malo. Oí ruido en el pasillo. Entró Millie buscándome y lo escondí debajo de la almohada. Más tarde, cuando los niños estaban dormidos, saqué la enciclopedia de botánica de Decca de la estantería y busqué la flor en sus páginas. La encontré en la letra G: *Gossypium hirsutum*. Algodón. Lo acerqué a la luz de la lámpara y acaricié los capullos nevados.

7

La vida en Hardcastle House siguió su ritmo y lo nuevo se volvió familiar. Una limpieza profunda en la habitación de juegos y el dormitorio reveló el alcance de la negligencia de la señora Nangle, o de sus problemas de visión. A mí no se me escapaba rincón ni objeto: limpié juguetes y frascos de medicinas, lavé ventanas y paredes, aireé y remendé prendas de ropa, y organicé el armario en secciones para cada niño. Enjaboné cepillos de pelo, limpié orinales y lavé cortinas. Los niños me ayudaron en lo que podían, quitando el polvo y ordenando. Me iba a la cama exhausta, y una noche Saul me despertó para avisarme de que debía de haber una gotera, pues había llovido en su cama. La esfera de mi reloj me mostró que eran las siete, había dormido una hora de más, y el agua que había dejado Blaise fuera se había enfriado. Le seguí la corriente a Saul con su historia, me vestí rápido, llevé su ropa de cama a la cocina para que la lavara Emily y pedí más agua.

—El señorito Saul ha tenido un accidente —le dije y eché las sábanas en la cesta de la colada.

—Oh, otra vez no —contestó ella con lástima.

—¿Sucede a menudo?

Se encogió de hombros.

—De vez en cuando.

Blaise estaba en la esquina, planchando.

—Blaise, ¿podría traerme más agua, por favor?

—Haré esto primero.

—¿Hay algún hule de repuesto?

—Solo el del bebé.

Presionó la plancha sobre unas enaguas y no me miró. Pedir cosas era incómodo en el mejor de los casos, pero Blaise siempre conseguía hacerme sentir peor. Aunque había logrado una armonía con la señora Mannion en la cocina, la animosidad de Blaise persistía, y Tilda y Emily me hablaban poco. Sentía como si las hubiera puesto en mi contra. No me importaba que hablasen de mí en la cocina; sabía que lo hacían, pues se quedaban calladas cuando yo entraba. Pero no me gustaba la deferencia que me mostraba hacia ellas, como si hubiera de estar agradecida por la más mínima migaja que lanzaban. Me sentía sola, y solo me di cuenta de lo sola que estaba más tarde esa mañana, cuando alguien llamó a la puerta de la habitación de los niños. Para mi sorpresa, entró la señora England con una carta en la mano.

—Para usted.

Ella tampoco había hablado apenas conmigo, tan solo me había saludado cuando me la cruzaba en la casa o me había hecho preguntas benévolas cuando llevaba a los niños al salón. Parecían extraños y eso me incomodaba. Charley no la buscaba nunca y se pegaba a mí. Una tarde, se lo pasé a su madre en un intento por mejorar su vínculo, pero el bebé se retorció en su regazo y a punto estuvo de caerse. En ese momento, la señora England me miró desesperada y lo tomé de nuevo en brazos.

—Gracias, señora.

Acepté el sobre y el corazón me dio un vuelco al ver la letra de Elsie. El sobre parecía grueso, lleno, como si mi hermana hubiera escrito una docena de hojas en lugar de una, como era habitual. Debí de sonreír porque la señora England vaciló, como si deseara decir algo.

—¿Cómo se está acomodando? —preguntó.

—Muy bien, gracias, señora.

Miró la mesa.

—Las niñas están escribiendo un compendio de plantas locales.

—¿Ah?

Había sido idea mía y habíamos reunido ya una docena de especies diferentes durante nuestros paseos. En la mesa había unas cuantas especies para que Decca las copiara y ella había decidido que, tras completar la flora, empezaría con la fauna, con los pájaros. Le había prometido apuntarla a la biblioteca pública y la idea le había entusiasmado. Estaba entregada a su tarea y permitía que Millie la ayudase, aunque su hermana tenía su propio cuaderno. Sus diagramas eran irreconocibles, pero Decca y yo los colmábamos de cumplidos.

—Niñas, enseñad a la señora England vuestro trabajo. —Esperaba que no le molestase la tierra en el mantel.

Ellas le pasaron sus cuadernos. La madre los examinó y buscó algo que decir.

—¿Qué es esto?

Decca rebosaba atención.

—Espino —dijo—. También conocido como majuelo, árbol de mayo. ¡Árbol de mayo! —Sonrió—. Como la señorita May.

—No sé si me gusta compartir nombre con un espino —observé sonriente.

Decca señaló el siguiente dibujo.

—Esto es un helecho macho. ¿Ves cómo se enrolla?

—Creo que parece más una hembra. —La señora England se irguió y miró a su alrededor—. La habitación está impecable.

—La limpiamos ayer —explicó Millie, que quería recibir elogios.

—¿Tú la limpiaste?

—Yo ayudé.

Un atisbo de asentimiento, el fantasma de una sonrisa.

—¿Señora? —Le indiqué que nos acercáramos a la chimenea y en voz baja dije—: El señorito Saul ha tenido un pequeño desliz durante la noche.

Sus ojos marrones buscaron los míos.

—Ha mojado la cama, señora.

—Oh.

—Debería de haber preguntado al señor, pero no he tenido tiempo esta mañana. No sé si lo hace con regularidad.

—Sí lo hace —dijo Decca desde la mesa.

—¿Hay hules para los niños o solo para Charley? A Blaise le pareció que no.

Abrió y cerró la boca.

—Yo no… No lo sé, me temo.

—¿Podríamos comprar uno? Se tarda mucho en lavar el colchón y que se seque.

—No sé dónde comprar uno.

—Puedo hacerlo yo. Espero que solo sean unos chelines.

Abrió y cerró la boca.

—O podría hacer uno —añadí rápidamente—. Pero tardaría unos días en secarse.

—Pregunte al señor England. Discúlpeme.

Salió apresurada de la habitación y nos dejó a todos en un silencio perplejo. Incluso Charley, que estaba tocando un tambor con un soldadito de plomo, parecía sorprendido. Me alisé el delantal y me senté con las niñas. Me encogí en la silla diminuta y bajé la cabeza para mirar.

—Bien, ¿quién quiere decirme qué es esto?

Mientras ellas trabajaban, yo abrí la carta de Elsie, ansiosa por tener noticias de casa. Me acerqué a la ventana para leerla.

Querida Ruby:

No sé dónde está Yorkshire, pero le pediré a la señorita Sellers que me lo enseñe. No sé cuándo volveré a ir a la escuela. Mis manos llevan un tiempo mal. La semana pasada se me cayó la tetera. Se rompió y manchó el suelo. Padre nos escribió esta semana, nos envió una carta a nosotros y otra para ti. La he metido en el sobre, depende de ti leerla o no. Madre dice que deberías hacerlo. Archie se ha apuntado a un equipo de fútbol. Práctica con coliflores en el patio y eso hace enfadar a madre. Ted está ahorrando para unos binokolares, no sé cómo se escribe, pero es eso que te pones en los ojos para mirar en la distancia. ¿Tienes tu propia cama allí y puedo

visitarte si es así? Escribe pronto, por favor. ¿Tienen juguetes bonitos los niños? Estoy pensando en donar a Constance. Estoy ya mayor para las muñecas. Si ellos la quieren, pueden quedársela. Necesita manos nuevas.

Te quiero.
Elsie.

Además de la carta de mi hermana había un sobre pequeño del tamaño de un pedazo de mantequilla con mi nombre. Lo saqué y lo sostuve con dos dedos. Sentí el peso de las palabras y lo saqué del cuarto. En la habitación de al lado, me arrodillé delante de mi cama para abrir mi caja y encontré el pequeño fajo de cartas que había envuelto con una blusa vieja. Metí la carta dentro del cordón de zapatos y las junté todas. Las guardé en la oscuridad de nuevo.

—¿Le enseñamos a la señorita May nuestro truco?

—¡Sí!

Estábamos en el salón y el señor England estaba de buen humor. Había tocado dos canciones en el piano y estaba ahora fumando en la banqueta. Las colillas salpicaban la alfombra. Su buen humor era infeccioso, los niños estaban contentos y corrían, y Charley daba palmas en la alfombra. Su padre se levantó con los bíceps tensos, las rodillas flexionadas y los puños en el aire, como un forzudo. A cada lado de él, Millie y Saul le agarraron las mangas y él los levantó en el aire sin esfuerzo. Los niños chillaron, colgados de sus brazos, los pies a unos treinta centímetros del suelo. Luego, rojo por el esfuerzo, con el cigarrillo todavía en la boca, los subió y bajó. Yo me reí, aunque si Millie se soltaba podría torcerse un tobillo; la misma determinación se apoderó de Saul mientras se aferraba a su padre, con las piernas a centímetros del suelo.

Poco después, el señor England rugió, se rindió y dejó a los niños en el suelo, donde estos cayeron entre risas.

—¿Qué tal? —dijo a nadie en particular. Decca sonrió tímida,

demasiado mayor para tomar parte.

—Ha sido maravilloso, señor. —Por lo general, yo pasaba desapercibida y me quedaba junto a la puerta.

La señora England esbozaba una sonrisa ausente. No la había visto desde nuestro incómodo encuentro y la conversación sobre el hule de esa mañana. Un retrato enorme de su abuelo, el productor Champion Greatrex, ocupaba la mayor parte de la pared, encima de la chimenea. El señor England me había preguntado qué me parecía y yo le había respondido que era sorprendente. El anciano estaba sentado en una silla con unos pantalones de cuadros escoceses y una levita con botones dorados. La barba gris le llegaba al cuello y tenía en la mano derecha un bastón negro con una bestia plateada en la empuñadura. Le había preguntado qué era y el señor England me lo había contado: una alpaca, por la lana que producía.

—Niños —anunció—. Tengo noticias. —Esperó a que hubiera silencio y yo recogí a Charley del suelo—. La Sociedad de Trabajadores de los Molinos por el Auxilio de los Enfermos me ha nombrado tesorero.

—¿Van a darte un tesoro? —preguntó Saul.

—Me temo que no. Significa que estoy a cargo de las finanzas.

—Ah —dijo Saul.

—Enhorabuena, papá —lo felicitó Decca.

—Gracias, Decca. Debido a mi nombramiento, mañana va a venir a la casa alguien muy especial. ¿Se os ocurre quién puede ser?

—¡Un filibustero! —gritó Millie.

—No, mema. Ha dicho que no habrá tesoro.

—Saul, no insultes a tu hermana. Un filibustero es una buena suposición, pero incorrecta. Sin embargo, empieza por F.

—Un… un… ¡fantoche! —fue la opción de Saul.

Una carcajada.

—¿Dónde has escuchado eso?

—La señora Mannion lo dijo sobre el hombre de los cuchillos. ¿Qué es?

—No importa. «Fantoche» no es la respuesta.

Los niños temblaban de la emoción.

—¿Quién es, papá?

—Un fotógrafo —respondió, pronunciando cada sílaba—. Va a venir a hacernos una fotografía.

—¿Vamos a salir nosotros?

—Sí. Los seis.

—Ah —dijo Saul, aunque estaba impresionado—. El primo Michael quiere ser fotógrafo cuando sea un hombre.

—Señorita May, por favor, tenga a los niños preparados para las nueve —indicó el señor England.

—Sí, señor.

Les lanzó a todos ellos una mirada de advertencia.

—Espero vuestro mejor comportamiento. Y ni una mancha de gachas en la ropa.

El fotógrafo y su asistente llegaron después del desayuno. Les puse unas toallas a los niños mientras comían y escenificaron una estupenda comedia en la que se alimentaban con exagerado cuidado y rigidez, con brazos mecánicos. Por la ventana vi a dos hombres descargando su equipo del carro de Broadley y colocando una cámara en el suelo, tapada con una lona. Los ricos tenían inclinación por que les hicieran las fotografías en el exterior para poder mostrar sus casas y el clima parecía favorable: el cielo era de un blanco apacible. Los niños se amontonaron a mi alrededor para mirar.

—¿Eso es la cámara? —preguntó Saul.

—Sí, ¿has visto una antes?

—Sí, pero era diminuta.

—¿Os han hecho ya una fotografía? —les pregunté.

—Sí, pero yo era un bebé —contestó Saul—. ¿Hacen fotografías a las niñeras?

—A mí me han hecho una, sí. No he visto ninguna vuestra en la casa —añadí.

—Había un día del deporte en Greatrex —comentó Decca.

—¿Greatrex es una casa?

—Es el pueblo de nuestro bisabuelo.

Me quedé mirándola.

—¿Tiene un pueblo?

—Sí, lo construyó alrededor de su molino, para los trabajadores. Hay una escuela y escuela de domingo, y un parque, un baño público. Hay incluso un hospital.

—Y una estatua de treinta metros de altura. —Saul lanzó la mano al aire.

—No son treinta metros. También hay una estación de tren.

Si lo hubiera dicho cualquiera y no Decca, no lo habría creído. La familia Greatrex era como unas piezas blancas de damas que monopolizaban lentamente un tablero.

—Me gustaría ver el pueblo llamado Greatrex —dije, casi para mis adentros, mientras limpiaba las cosas del desayuno.

Les limpié las caras y las manos y después bajé con Charley para preguntar si estaban preparados los fotógrafos. El señor England estaba de espaldas a la casa, vestido con un traje de lino claro y una corbata burdeos, los dedos enganchados en los ojales. Hablaba sobre productos químicos con el asistente. A unos pasos de la puerta, habían dispuesto una tienda de lona a modo de cuarto oscuro y la cámara estaba colocada en una tabla plana de madera, de cara a la casa. Su único ojo redondo me observaba. La señora England no estaba allí.

Me acerqué al lado del señor England y un momento después se volvió.

—Señorita May, él es el señor Cleeve, el asistente y sobrino del señor Harpenden. Señor Cleeve, ella es la niñera de nuestros hijos.

Saludé con la cabeza al joven.

—¿Bajo ya a los niños, señor? —pregunté.

—Creo que estaremos preparados pronto —dijo el señor Cleeve. Miró la tienda de lona justo cuando un tercer hombre levantaba la puerta de tela y salía.

—Señor Lowden —se dirigió a él el señor England—. Disfrute de la casa a su antojo. No tardaremos mucho.

—Me quedaré aquí, señor —contestó el señor Lowden con la cabeza ladeada hacia la tienda—. A Percy no le importa, si a usted

tampoco.

—No. —El bigote del señor England se torció en una sonrisa—. Señorita, ¿puede ir a buscar a mi esposa también?

—Sí, señor.

—Puede que tenga que sacarla a rastras del tocador.

El señor Cleeve esbozó una sonrisa apaciguadora y entré en la casa con Charley. No había rastro de la señora England en la planta baja. Fui al rellano y llamé a su puerta.

—¿Sí? —La voz procedente del interior sonaba tensa.

—El fotógrafo está listo, señora.

La puerta se abrió y reculé. La señora England tenía la boca llena de alfileres y se los estaba colocando en el pelo. Detrás de ella, cubriendo todas las superficies disponibles, había una gran cantidad de faldas, vestidos, corpiños y cinturones. Llevaba puesto un precioso vestido lavanda de seda y gasa adornado con encaje.

—Pensaba que llegarían a las diez.

—A las nueve, señora.

Corrió al tocador y se sentó en la banqueta para mirarse. Se giró a continuación y buscó algo en la cama. Tomó un único guante de seda de color crema.

—Oh, ¿dónde está el otro?

—¿Lilian? —El señor England la llamó desde el vestíbulo.

—Ya voy, Charles.

—Deje que la ayude —me ofrecí y me puse a rebuscar en la cama el guante a juego. En unos segundos lo localicé debajo de un cinturón de seda y se lo entregué. Ella se lo puso en los dedos y se volvió hacia el armario. Tomó unas sombrereras y removió el papel de seda.

—¡Lilian!

La turbación de la señora me alarmó, y también su memoria; la noche anterior, el señor había dicho «en el salón a las nueve» y ya pasaba un cuarto de hora.

El señor England apareció en la puerta.

—Pensaba que ibas de blanco —le dijo.

Ella se quedó inmóvil al lado del armario con una caja rayada en las manos.

—Me he puesto este traje para ir a juego con el tuyo. Si me hubieras dicho que ibas a vestir de lila, me habría puesto el negro de lana.

La señora England habló en voz baja:

—No encuentro mi vestido blanco de seda, debe tenerlo Emily. Puedo ponerme…

Él suspiró.

—No importa, me cambiaré. No tardaré mucho. —Desapareció en su habitación, por la puerta de al lado. Había una puerta detrás del lavamanos que conectaba las dos habitaciones y la señora England la miró, como si esperara que se abriera. Sostenía en las manos un sombrero de color crema tan grande como una bandeja.

Sentí una punzada de irritación, ardiente y repentina como una picadura de avispa. Los niños habían esperado media hora, si tardaban un poco más, habría que cambiar el pañal de Charley. Se movía por el suelo ahora, llevándose la mano a la boca. Volví a alzarlo y lo acomodé en mi cadera. *Qué sencillas serían las cosas si hubiera un ama de llaves*, pensé, no por vez primera. Los fotógrafos habrían hecho ya la fotografía y todo el mundo habría podido continuar con su trabajo.

Llevé a los niños al patio y, cuando el señor England se había cambiado ya de traje y había reunido a la familia, vio una cortina que había que alisar y fue a hacerlo él mismo. La señora England se había recuperado de sus nervios. Saludó con un breve «hola» a los fotógrafos y se colocó junto a los niños con las manos enguantadas en la cintura.

—Me gusta tu vestido —dijo Decca con tono humilde. Su madre le ofreció una sonrisa delicada de agradecimiento y se alisó la manga.

El señor Cleeve organizó a los niños. Decca llevaba en brazos a Charley y estaba en medio de Millie y Saul. Sus padres a los lados, sentados en sillas que habían sacado del comedor. El señor England se removió y decidió que la silla de su estudio tenía una altura más adecuada. El señor Cleeve la trajo y en medio de todo el alboroto y la demora, Charley se puso a llorar y tuve que pasearlo por el patio, dándole palmaditas y arrullándolo. Al fin, los England estaban listos y también las placas fotográficas. El señor Harpenden inspeccionó la composición mientras se mesaba el bigote y reculó. Se produjo un

breve y agradable silencio, interrumpido de pronto por el señor England:

—¿Dónde se puede poner la señorita May?

Di por hecho que se refería a mientras hacían las fotografías y me ofrecí a entrar en casa.

—No —repuso—, por supuesto, saldrá en la fotografía. ¿Qué le parece detrás de Decca, señor Harpenden?

—Ahí estará bien —respondió el fotógrafo.

No podía moverme. Solo tenía unos pocos segundos para pensar en una objeción que no resultara ruda ni desobediente, pero no se me ocurrió ninguna y pasó mi oportunidad.

—¿Señorita May? —insistió el señor England.

Todo el mundo estaba esperándome y, rígida y renuente, me acerqué. El tercer hombre, el señor Lowden, observaba desde la distancia con un cuaderno debajo del brazo y un lápiz en la oreja. El señor Cleeve me indicó que me colocara detrás del pequeño grupo, junto al hombro derecho de la señora England. La cabeza me daba vueltas: ¿por qué me estaban incluyendo a mí y no a otras criadas? Los tres hombres examinaron nuestra configuración con semblante pensativo y entonces el señor Harpenden desapareció bajo la tela.

Cuando hubo hecho la fotografía y el señor Cleeve se encargaba de las placas, tomé a Charley y Decca sacudió los brazos con alivio. En ese momento, el señor Lowden se acercó con el lápiz entre los nudillos, como si fuera un cigarro. Llevaba un traje marrón y los dedos manchados de grafito. Su cuaderno estaba muy desgastado y se mojó el pulgar con la lengua para pasar a una página limpia.

—¿Puede hablarme de los beneficios de la Sociedad, señor? ¿Por qué habrían de unirse los trabajadores del molino?

Con un frío abrumador, comprendí que se trataba de un periodista y me volví hacia los niños para colocarles bien los cuellos de la ropa.

El señor England asintió.

—Desde el mismo día de ingreso, los miembros reciben quince chelines a la semana durante los primeros seis meses de enfermedad, después ocho por los siguientes.

El señor Lowden tomó nota.

—¿Cómo compara eso con lo que les paga a sus trabajadores varones?

—El beneficio refleja el salario promedio de los trabajadores del valle, teniendo todos los rangos en consideración.

El señor Lowden lo apuntó.

—¿Y cómo se apuntan los hombres?

—¿Cuánto tiempo tenemos que quedarnos? —se quejó Millie.

—Hasta que el señor Harpenden y el señor Cleeve hayan acabado de tomar la fotografía —contesté en voz baja.

—¿Cuándo será eso?

—Cuando nos lo digan.

—Me gustaría ser fotógrafo, pero yo no haría fotografías de familias —comentó Saul—. El primo Christopher tiene una cámara Brownie, pero es minúscula. La mía será mucho más grande.

—Sus cuñados son el presidente y el vicepresidente —señaló el señor Lowden—. ¿Le importa recordarme sus nombres?

—Henry y Michael Greatrex.

—Ah, sí. He intentado hacerles una entrevista, pero son hombres muy ocupados.

—Así es —dijo el señor England y se alisó la corbata.

—¿Y los niños se llaman…?

El señor England tocó a cada niño en la cabeza.

—Saul, Rebecca, Millicent y el bebé es Charles.

—¿Y su esposa?

Al parecer, nos habíamos olvidado todos de que ella también estaba allí, incluso ella lo había olvidado. Volvió en sí y respondió:

—Lilian.

—¿Anteriormente Greatrex?

—Así es.

—¿Cuál es su nombre, señorita?

Tras una pausa, me di cuenta de que el señor Lowden me hablaba a mí.

—¿Mi nombre?

Él asintió con el lápiz preparado.

—Me temo que yo no tengo nada que ver con la Sociedad para

enfermos. Ni siquiera me acuerdo de cómo se llama. Lo lamento.

—No, señorita. —El señor Lowden era un hombre con poca paciencia—. Para la fotografía del periódico.

Se produjo un silencio incómodo.

—¿Va a salir la fotografía en el periódico?

—En el *Halifax Courier*, en la edición de la semana próxima. ¿Su nombre, señorita?

El sudor me perlaba las axilas y el corazón me latía con fuerza en el pecho.

—Oh, nadie querrá saber quién soy yo.

—La señorita May es modesta y tal vez un poco tímida —intervino el señor England.

—Señorita May —apuntó con ímpetu en el cuaderno el señor Lowden.

—¿Tal vez sería mejor una fotografía de la familia para el artículo? Sin mí.

—En absoluto, queremos presumir de nuestra niñera de Norland —señaló el señor England—. Anote eso, Lowden. Es del Instituto Norland de Londres. La princesa de Grecia cuenta con una, me han dicho.

El señor Lowden lo hizo y el señor England sacó la pitillera.

—¿Quiere?

—No, señor, gracias.

—Me he dejado el cortador dentro, un momento.

Tenía la boca seca y el corazón me latía tan fuerte que pensé que lo oirían. ¿Por qué no me había negado? Ahora no podría convencerlos, con la fotografía tomada y las placas revelándose. Pero tenía que hacer algo.

—Señora, ¿puede quedarse un momento con Charley?

Se lo pasé a su madre, quien se mostró demasiado sorprendida para oponerse, y corrí tras el señor England.

—Señor, debería haberlo mencionado antes, pero mi directora, la señorita Simpson, se enfadará mucho si se entera de que una de nosotras ha aparecido en un periódico sin el uniforme completo. Si hubiera sabido que iba a salir en la fotografía, me habría puesto la

capa y los guantes.

—Entonces vaya a buscarlos. No queremos que tenga problemas con la directora.

—No debo dejar solos a los niños. Tal vez podrían hacer otra sin que saliera yo. No me gustaría retrasarlo todo.

—Bobadas. ¿Cuándo va a tener otra oportunidad de aparecer en el periódico? Vaya a buscar sus cosas, avisaré al señor Harpenden. Los niños pueden esperar con su madre mientras usted no está.

Los miré, alrededor de ella. La señora estaba meciendo a Charley con rigidez y Millie le acariciaba los pies al bebé. Al sentir que la estaba mirando, la señora England me devolvió la mirada y esta vez no la apartó.

8

Tras haber escuchado hablar tanto sobre ellos, tenía intriga por conocer a los Greatrex. Supuse que pasarían por la casa con frecuencia, que el perchero se llenaría de capas y sombrillas de padres, primos, tías, pero transcurrieron tres semanas antes de que la familia de la señora England bajara un domingo a comer. Miré por la ventana de la habitación de los niños a las damas que subían por el camino con faldas, los bastones de los hombres que golpeteaban el adoquinado. Los hermanos parecían haber eclosionado del mismo huevo: tenían la piel pálida y el pelo rubio, de distintos tamaños, con bigotes dorados y ojos claros e inteligentes. Asistieron también su madre y su padre, Helen y Conrad, que eran mayores y vestían prendas de aspecto caro. Una de las primeras cosas en las que me fijé fue en sus voces: vestían como gente de bien, pero tenían el mismo acento ordinario de la gente local. Se trataba de un contraste curioso y entretenido; reunidos en el salón, bien podrían ser actores en una obra de teatro.

Los niños se habían pasado toda la mañana inquietos, preguntando cuándo vendrían. Los vestí con la ropa que se habían puesto para la fotografía. Habían planchado para los invitados un ejemplar del

periódico en el que aparecía el artículo del señor Lowden. Cuando llegó, el señor England vino a la habitación de los niños y lo mostró con un gesto triunfante, señalando la fotografía con un dedo. Compró copias para todos los sirvientes. Me alivió comprobar que la imagen era bastante pequeña, aunque mi nombre aparecía con tinta negra: «Señorita May, graduada en el Instituto Norland de niñeras». Lo dejé en el fondo de una estantería de la habitación.

Los tres niños mayores iban a comer con la familia y Charley y yo nos quedamos en la habitación, aunque lo bajé para que lo consintieran antes de la comida. Tilda y Blaise dispusieron la mejor vajilla en la mesa y la señora Mannion estaba asando aves. A juzgar por los gritos que salían de la cocina, parecía que esas reuniones no eran frecuentes.

—Usted debe de ser la nueva Nangle —me dijo la madre de la señora England. Era alta y majestuosa, con el cabello gris y unos ojos azules y suaves, como la nieve. Sonreí. Los niños la rodeaban, nerviosos—. ¿Habla usted?

—Sí, señora —respondí y recordé cómo había calificado la señora Radlett mi tacto con las visitas: muy bien, pero no excelente—. Encantada de conocerla.

—¿Tiene nombre?

—Señorita May, señora.

—Es usted de ese lugar sofisticado, ¿no?

—¿Birmingham, señora?

—No, Birmingham no —replicó—. La escuela de niñeras.

—El Instituto Norland, señora.

—Instituto, dice. Grandioso. Le dije a Charles que buscara a una chica en el pueblo que costara un tercio menos, pero él insistió. ¿Qué os enseñan en ese instituto?

—Los fundamentos del cuidado de los niños, señora. Es una combinación de conferencias y pruebas, académicas y prácticas.

—¡Académicas! —Soltó una risa aguda y fría, y de inmediato la odié—. ¿Y le gusta el norte?

—Mucho, señora. Es un lugar precioso.

—¡Precioso! ¿Eso le parece?

Busqué una huida, pero Charley se estaba comportando bien, miraba a su alrededor con serenidad. Decca se había apartado para hablar con una prima y Saul no estaba allí. Millie estaba arrodillada a mis pies toqueteando un colgante de coral que le había dejado ponerse Decca. El señor England estaba absorto en la conversación masculina y su mujer se encontraba ausente. La señora Greatrex pareció reparar en ello al mismo tiempo que yo.

—¿Dónde ha ido Lilian? —preguntó.

Fingí buscarla.

—Puede que se haya retrasado.

—Mi hija es una mujer, no una locomotora. Haga algo y vaya a buscarla, ¿quiere?

—Sí, señora.

Tomó a Charley, que estaba sentado en su regazo y la miraba con fascinación y miedo. Sabía que solo tenía un minuto antes de que se pusiera a llorar y cerré la puerta del salón al salir. El murmullo de voces y el repiqueteo de las copas de vino continuaron y me permití un momento de paz; cerré los ojos y espiré. La puerta de la cocina se abrió y pasó Blaise con una bandeja con vasos de agua. Un momento después, la siguió Tilda con la jarra. Evité sus miradas y me dirigí a la escalera.

—Está amargada —oí murmurar a Blaise en el comedor—. Cerdita amargada.

Las dos estallaron en carcajadas y las lágrimas me empañaron los ojos. Me las limpié con la manga y llamé a la puerta de la señora, que se abrió de inmediato, como si estuviera al lado. Se estaba ajustando un botón del puño.

—¿Qué hora es? —preguntó.

Miré el reloj de mi muñeca.

—Las doce y veinticinco, señora.

—¿Qué sucede?

Parpadeé y tragué saliva.

—Nada, señora.

—Está usted afligida.

—No, yo… tengo un ligero resfriado.

Se sacó un pañuelo de seda de la manga y me lo tendió.

—Oh, yo tengo uno, señora, gracias, no es necesario.

Volvió a guardárselo.

—¿Está todo el mundo aquí?

—Eso creo, señora.

De la habitación llegaba un aroma a polvos de talco y a algo más, un olor penetrante y ahumado, como el de una cerilla extinguida.

—¿Va a volver a bajar?

—Sí, señora. Los niños están en el salón.

—La acompaño.

Bajé detrás de ella y me dio la sensación de que se armaba de valor antes de abrir la puerta. Tomó aliento y entró, se detuvo de nuevo y se quedó en el vano, como si se enfrentara a una habitación llena de extraños. Vi los ojos de su madre recorriéndola con mirada neutra, evaluando su falda, su corpiño, como si fuera el maniquí de una tienda. ¿Qué había dicho el señor Booth sobre las familias infelices? Tal vez no existieran tantas formas de ser desdichados, a fin de cuentas.

Después de un almuerzo de sándwiches de jamón, le di a Charley un pan crujiente y lo acosté para que durmiera la siesta. La habitación estaba en silencio sin los otros niños y me encontraba sentada en la mecedora, arreglando calcetines, cuando oí el crujido del suelo de madera del pasillo. Nadie llamó a la puerta, así que me levanté para investigar y vi a la señora England en el dormitorio de los niños, de pie al lado de la cuna.

—¿Señora?

Estaba examinando a Charley y parecía cansada. Abandoné mi tarea y dejé las cosas en la cama de Saul.

—¿Sucede algo?

Se oía abajo el zumbido de las voces; la habitación de los niños estaba encima del comedor.

—¿Necesita que baje, señora?

Entonces volvió en sí, como si me oyera por primera vez.

—No, no. He pensado en venir a ver al bebé.

No era algo inusual en la mayoría de las madres, pero sí en la señora England. Me acerqué a ella y lo observamos nadar bajo la superficie del sueño.

—Lo he dejado aquí hace diez minutos.

Se acercó a la ventana y miró afuera, como si esperara o temiera que llegasen más invitados. Vio entonces a Herbie en mi almohada y sus rasgos se suavizaron.

—¿Es suyo?

—Sí. Bueno, es de mi hermana, pero insistió en que me lo llevara cuando me fui de casa. Dijo que cuidaría de mí.

Tomó el osito, perdida en algún lugar lejano, y le acarició los ojos de cristal.

—Qué amable. Me gustaría haber tenido una hermana.

No supe qué decir.

—Los hermanos también están bien —señalé—. Y sus esposas pueden ser como hermanas.

—Eh… —Miró a su alrededor y se fijó en las camas y los dibujos con una expresión compleja de afecto y dolor—. Esta era mi habitación cuando era pequeña.

Me sorprendió. La casa no parecía de ella, ya que a la señora England se la veía bastante incómoda allí.

—Debió de vivir momentos felices aquí.

—Sí —respondió sin más.

Me levanté y esperé un momento antes de que suspirara.

—Bueno, debería volver.

Oí el susurro de la seda, sus pies eran silenciosos en el suelo de madera y cerró la puerta con cuidado al salir.

A las dos y media, bajé para recoger a los niños. La comida había terminado y Saul se encontraba en el comedor con los hombres. La habitación estaba llena de humo de tabaco, que lo envolvía todo en

nubes grises. Saul tosía cuando entré y se vino conmigo sin oponer resistencia. De la cocina llegaban el repiqueteo y el chirrido de la vajilla. Al otro lado del vestíbulo hallé a Decca en el salón con las mujeres, sentada en un cojín a los pies de su prima Anne o Enid, no conocía la diferencia, pero era uno o dos años más joven que yo y me miró de arriba abajo cuando entré.

—Ya nos estábamos preguntando dónde se había metido —señaló la anciana señora Greatrex.

Su hija estaba sentada a su lado y sus tres nueras estaban también presentes: una junto a la ventana, otra sentada en la banqueta del piano leyendo música y la tercera al lado de sus hijas. La señora England no tenía una taza de té y entrelazaba las manos en el regazo. Vi una tira de calicó en su mano derecha, que cubrió con la izquierda.

—A Rebecca le gustaría quedarse aquí, con las damas —dijo la señora Greatrex—. ¿Verdad, Rebecca?

Decca parecía insegura y se aferraba al cojín como una rana en un nenúfar.

—Por supuesto, señora —respondí—. ¿Dónde está la señorita Millie?

—¿No debería saberlo usted?

—Está jugando con los pequeños —explicó la señora England. Parecía cansada, como si estuviera deseando estar de nuevo sola. La envidiaba por el santuario de calma de su dormitorio, por sus baños largos y solitarios.

—Gracias, señora. Iré a buscarla.

Saul y yo miramos en las habitaciones de la planta baja y vimos a Frank Greatrex, el más joven de los tres hermanos, que venía por el pasillo. Tenía la cara redondeada y aspecto alegre, con la naturaleza afable de los que disfrutaban de la compañía de los niños. Le atusó el pelo a su sobrino.

—Tío Frank, ¡hazle el faisán a la señorita May!

Accedió y sonó tan similar al distintivo chillido del ave que me quedé con la boca abierta.

—Ahora el zarapito.

El hombre se metió los dedos en la boca y emitió un grito curioso y

lúgubre.

—¡Ahora el urogallo!

A continuación, produjo un cómico sonido chirriante y me tapé la boca para reírme.

—Frank. —El tono era frío y cortante, y sentí la presencia como una corriente de aire tras de mí.

Frank desvió la mirada por encima de mis hombros y su sonrisa se volvió más determinada.

—Estaba entreteniendo a los niños, padre.

—Ya tienen a su nodriza para eso.

Me enfadé por el desaire, aunque la probabilidad de que fuera intencionado era escasa; era poco probable que Conrad Greatrex estuviera familiarizado con la jerarquía del cuidado de los niños. No sabía si querían que me fuera o si Frank iba a hacerlo, así que dije:

—Ven conmigo, Saul. —Y lo conduje al fondo de la casa. Frank me ofreció una sonrisa de disculpa y pasó junto a mí para unirse a los hombres.

Saul y yo continuamos nuestra búsqueda fuera, aunque no había rastro de Millie en el patio; pregunté en la cocina si la habían visto, pero no. No habíamos mirado arriba y eché un vistazo en las habitaciones y en el baño con una creciente sensación de pánico.

—A lo mejor están jugando al escondite —sugirió Saul.

El cuartillo de la ropa estaba vacío, pero entonces oí risitas provenientes del ala de la habitación de los niños; había dejado la puerta abierta para oír a Charley y me encontré a Millie y dos de sus primas en la primera habitación, agachadas al lado de mi cama.

—Señorita Millie, te estaba buscando. Apártate de ahí. Mira, habéis despertado a Charley. ¿Qué estáis haciendo?

Millie tenía las mejillas ruborizadas y me acerqué para ver a qué estaban jugando. Mi baúl estaba abierto y todas mis cosas estaban desperdigadas por el suelo.

—¡Me dijo que no le importaba que mirase sus cosas! —gritó—. ¡Dijo que podía hacerlo!

Cegada por la sorpresa y la furia, tomé todo lo que pude y lo metí de nuevo dentro.

—¿Quién es este? —Una de sus malvadas primas tenía en la mano una fotografía, mi fotografía. Habían mirado dentro de mi lata de té y habían encontrado lo más privado de todo.

—¡Devuélvemela! Millie, ve a la habitación de al lado inmediatamente. El resto, abajo. ¡Ya!

Las dos niñas mayores se escabulleron en enaguas y Millie se puso a llorar.

—Yo no quería mirar, ¡me han obligado!

—Ve a la habitación, por favor. Saul, lleva a tu hermana.

Rebosante de alegría, Saul le agarró el brazo a Millie y la sacó de la habitación. Los sollozos de la niña resonaron en el pasillo.

Yo estaba temblando. La fotografía se había arrugado y en la esquina había una mancha de un dedo pegajoso. La froté con el delantal y noté lágrimas calientes por segunda vez ese día. Había recortes de periódico esparcidos por la alfombra y las cartas de Elsie, y… vi la palabra «Rhubarb» y arrojé el fajo de sobres al fondo del baúl.

Oí un ruidito en la puerta.

—Fuera —ordené y me limpié las mejillas con la manga. Pero siguió el silencio y me volví. Decca agarraba el pomo de la puerta, con los ojos marrones muy abiertos.

—Lo siento, señorita —me disculpé—. Pensaba que eras…

—Saul me ha contado lo que ha sucedido —dijo—. Millie no debería haber hecho eso, pero Pamela y Sarah tendrían que haberse portado mejor.

Se acercó y se arrodilló a mi lado para ayudarme a ordenar. No se detuvo a examinar nada ni hizo preguntas. Dejó mi cepillo del pelo, un gancho para botones y un fajo de revistas dentro.

—Gracias. —Lo cerré y le puse el candado—. Es culpa mía por haberlo dejado abierto.

—No lo creo —respondió la niña.

—Bueno, he aprendido la lección. No volveré a perder de vista a Millie.

Una pequeña sonrisa.

—No sé por qué es tan traviesa.

—Si no tuviera yo misma una, me costaría creer que las hermanas pudieran ser tan diferentes.

—¿Es traviesa su hermana? —preguntó Decca.

—No, pero mis hermanos sí. O lo eran. —Sonreí—. Mis hermanos menores solían esconderse en los cobertizos para el carbón de los vecinos y saltar sobre ellos. Se les oía gritar desde el extremo de la calle. Siempre traían cosas a casa que habían encontrado entre montones de chatarra o que se habían caído de los carros. Robaban cuando el cochero no estaba mirando. Incluso trajeron una vez a casa un gato muerto. Mi madre tuvo un ataque. Decía que eran como perros. Mi otro hermano, Robbie, solía arreglar las cosas que ellos traían: metal y latas, cosas rotas, pedazos de objetos. Lámparas, relojes, esa clase de cosas. Él las desarmaba y volvía a juntarlas.

—¿Volverá a verlos en vacaciones? Una vez al año, la señora Mannion visita a su hermano en Scarborough y tenemos que comer comida fría durante tres días.

Me metí la llave en el bolsillo y saqué a Charley de la cuna.

—Puede. Vamos ahora a buscar a Millie antes de que se ahogue en un charco de sus propias lágrimas. —En la puerta, recordé algo—. Decca, tu madre llevaba una venda. ¿Se ha lastimado la mano?

—Ah, sí. Se ha quemado con el cigarro de papá.

Llegó una ola de calor sin avisar y me llevé a los niños al pueblo a por un helado. En el paseo largo y polvoriento desde la casa, les conté que en invierno solíamos prepararlos en casa nosotros mismos, dejando mermelada y nata en el umbral de la puerta toda la noche.

—¿Para los zorros? —preguntó Saul, incrédulo. No pude contener una carcajada y pareció satisfecho.

Además de visitar la tienda de helados, quería comprarle a Elsie una postal de los riscos. Elegí una para mí de la cascada que visitábamos en nuestros paseos, que caía de las rocas como una cortina de encaje. Tenía el bonito nombre de Horseshoe y en la imagen aparecía rodeada de un bosque negro lleno de niebla. Vi a

Decca mirándolas con deseo, así que le compré una también a ella. Paseamos por el pueblo, miramos escaparates y regresamos a casa por el río. En el club estaban jugando un partido de críquet. Aparqué el carrito y nos sentamos en un banco a mirar mientras lamíamos los helados. El banco estaba en el borde del campo y Saul se entusiasmó con el juego; se acercó tanto que estaba solo a unos pocos metros de uno de los jugadores.

Lo llamé para que volviera y no fuera una molestia, y también el jugador se giró al oír mi voz. Lo reconocí de inmediato, pero tardé un momento en ubicarlo. Entonces me acordé: era el hombre del parque que había a las puertas de la iglesia. Me saludó con una inclinación de cabeza.

—Saul, ven a sentarte.

—No pasa nada —dijo el hombre.

Cuando hicieron un descanso en el juego, le trajo a Saul la pelota de críquet. Le enseñó cómo lanzarla, formando con el brazo un amplio arco. Saul lo copió y poco después tuvo que quitarse la chaqueta por el esfuerzo. Charley estaba dormido; le ajusté la capota del carro y puse mi cara un poco al sol. Uno o dos espectadores dormitaban en los rincones con los sombreros tapándoles las caras. Millie parecía tener la mayor parte del helado en la barbilla y en las mejillas, y saqué un pañuelo para limpiárselas.

—Hola de nuevo —saludó el hombre, que se acercó y dejó a Saul practicando.

—Hola —saludé con la mano encima de los ojos para protegerme del sol.

—Los ha encontrado entonces.

—¿A quiénes?

—Al resto de los niños.

No sonreí. Se rascó la nuca, que tenía del mismo tono marrón rojizo que los brazos. La ropa de críquet blanca le daba un aspecto más oscuro y comprobé que esta vez tenía las manos limpias. Se las frotó, cohibido.

—¿Os gusta el críquet? —preguntó a las chicas.

Ellas se mostraron tímidas y no dijeron nada.

—No creo que lo hayan visto antes.

—Sí lo hemos visto, en Greatrex —replicó Millie.

—Ah —dijo el hombre—. Sois los chicos de Greatrex.

—England —lo corregí.

—¿Disculpe?

—Su apellido es England, no Greatrex.

—Por supuesto. ¿El pequeño está escondido?

—Está dormido.

Miró con los ojos entrecerrados a los jugadores, que bebían limonada a la sombra.

—¿Qué es eso que tienes? —preguntó a Decca y se acercó más. La niña se aferraba con fuerza a la fotografía, como si temiera que pudiera volarse.

—Una postal —murmuró.

Él la miró del revés.

—La cascada Horseshoe. Uno de mis lugares preferidos.

—Nosotros también vamos —dijo ella.

—Seguro que no habéis nadado por el fondo. Yo no lo recomendaría: tiene poca profundidad, como una bañera. —Pronunció las palabras con acento.

Ella sonrió a regañadientes.

—Esa cascada lleva ese nombre por mi abuelo —prosiguió—. Se ganaba la vida haciendo herraduras para caballos, como yo.

Las niñas se quedaron mirándolo y Millie frunció el ceño.

—Los caballos no llevan herraduras.

Él se rio.

—Sí llevan, pero debajo de las patas, así que no se ven.

—¿Para qué?

—Para protegerles las pezuñas en las carreteras. Tenéis caballos, ¿verdad? —Ellas asintieron—. Deberíais echar un vistazo a las herraduras la próxima vez que los veáis. ¿Os gustaría ver cómo se hacen?

Saul se unió a nosotros, jadeante.

—¿Cómo se hace qué?

—Las herraduras. Soy herrero. ¿Habéis estado alguna vez en una

forja?

—No. Yo quiero ir, ¿podemos, señorita May?

—No estoy segura.

—Hoy no —dijo el hombre—. Cuando podáis. Vivo en el páramo, no está lejos de donde vivís vosotros. Cerca de las cascadas, en realidad, en Keighley Road, ¿la conocéis?

—No sé. Y no estoy segura de que una forja sea un lugar adecuado para los niños.

—Es tan segura como las casas. Y les dejaré llevarse una herradura. Dan buena suerte —me dijo.

—Por favor, señorita May —pidió Millie.

—La niña quiere. ¿Qué me dice? Pueden venir mañana por la tarde.

—Tengo que preguntar a sus padres.

Él asintió.

—Soy Tommy. Sheldrake —añadió—. Y si le gusta lo que ve, puede convencer a su mozo de cuadra para que acuda a mí en lugar de a Travis, en el cruce. Dígale que le haré un buen precio.

Miré detenidamente a Tommy Sheldrake y traté de evaluarlo. No era feo, tendría unos treinta años y no llevaba anillo en el dedo. Tenía el pelo aclarado por el sol, los ojos oscuros y, mientras me miraba con los ojos entrecerrados, no pude distinguir su verdadera intención. ¿Estaba flirteando? Era bastante amigable, pero se mostraba demasiado familiar y poco presuntuoso al dar por hecho que iría a los establos a entablar una conversación con Broadley sobre herraduras.

—Deberíamos irnos —les dije a los niños y me levanté—. Que tenga un buen día, señor Sheldrake.

—Y usted también.

Levantó la mano para despedirse y nos observó retirarnos por el camino.

Saul se salió con la suya esa tarde y le habló a su padre de la invitación del señor Sheldrake mientras le hacía una demostración de

su lanzamiento de críquet con una pastora de porcelana de la repisa de la chimenea.

—Me parece una idea espléndida —apuntó el señor England, como bien sabía que haría. La señora England estaba en cama con una de sus jaquecas. Llevaba sin verla un día o dos, pero esa mañana oí un suave chapoteo de agua en su baño. Solía bañarse después del desayuno y tardaba una hora.

—Alguien le puso el nombre a esa cascada por su abuelo —señaló Millie.

El señor England me miró con las cejas enarcadas.

—Ah, ¿sí? ¿Y vais a ir los cinco?

—Lo cierto, señor, es que no estoy segura de que pueda llevar al bebé. —Al recordar lo cariñosa que se había mostrado con él la señora England en la comida familiar, añadí—: Tal vez la señora pueda ocuparse de él una hora.

Sacudió rápido la cabeza con discreción suficiente para que no lo vieran los niños.

—Entonces lo llevaré en el carrito —declaré con la esperanza de que la sugerencia le pareciera tan ridícula como a mí.

—Maravilloso. Está decidido entonces. Espero un informe completo a la hora del té. —Sacó un cigarro nuevo.

—No sé si conozco el lugar, señor —observé—. Me dijo que estaba en Keighley Road.

El señor England alzó un dedo para indicarme que esperara y salió de la habitación. Regresó un minuto después con un mapa del tamaño de una servilleta pequeña. Lo extendió encima del piano y me acerqué a mirar.

—Aquí. —Hizo movimientos circulares con el dedo índice para que me acercara más. Vacilante, lo hice y seguí su dedo hacia el norte, fuera del pueblo—. Esta es Keighley Road. Aquí estamos nosotros.

El olor a tabaco era intenso, aunque no había encendido el cigarro. Sentí calor de pronto y deseé que entrara una brisa fresca por la ventana.

—Gire a la izquierda aquí y continúe colina arriba. Sé de una forja, si es que se trata de esa. La enviaría con Broadley, pero tengo que ir a

Leeds mañana.

Había unos centímetros entre nosotros y de pronto fui consciente de muchas cosas: de su aliento, que me movía el cabello, y de su pecho amplio y poderoso. Tenía las manos grandes y bajo el olor a tabaco había una nota limpia y fuerte de colonia. Seguí mirando el mapa.

—¿Ve cómo se tuerce aquí el camino? —Me mostró un pequeño cuadrado que marcaba una vivienda—. Creo que es esto.

Me aparté rápido.

—Muy bien, señor.

Para mi asombro, me guiñó un ojo.

—Excelente. —Se volvió hacia los niños y se metió el cigarro entre los dientes—. ¿Quién quiere jugar a los generales prusianos?

9

El señor England tenía razón: la forja estaba en una curva de la carretera que atravesaba el páramo. La vimos a medio kilómetro de distancia, situada en la cima de una colina como una roca en un lecho marino vacío, con el cielo acuoso por arriba. Aquí el terreno era árido, sin apenas un árbol que desviara la vista o frenara el viento, lo que nos obligó a sujetarnos los sombreros. Los niños echaron a correr y los trajes ondearon tras ellos. Había unas cuantas granjas aquí y allá, pero el páramo no tenía nada hasta donde alcanzaba la vista, parecía que la vida no fuera bienvenida aquí. Me pareció un lugar extraño y antinatural, y pensé en cómo describírselo a Elsie.

El patio estaba lleno de ruedas y barandillas, y supe que iba a ser imposible que los niños permanecieran limpios. El señor Sheldrake salió para recibirnos y nos saludó desde la distancia con la mano y una amplia sonrisa. Sin el uniforme blanco del críquet, estaba casi irreconocible, con la cara manchada de grasa y un delantal de cuero por encima de la ropa. Junto a la forja había una cabaña vieja y baja con ventanas como saeteras para resguardarla del viento. La casa estaba aislada, casi vulnerable en su exposición; no había ninguna otra

vivienda visible en ninguna dirección, a pesar de la que la carretera pasaba justo por delante.

—Buenas tardes —saludó. Una oveja descarriada nos observaba mientras nos acercábamos.

—Buenas tardes, señor —corearon los niños. En ese momento salió el perro pastor del patio y vino hacia nosotros.

—Ven, Sam. —El señor Sheldrake lo agarró del cogote y lo apartó, pero no antes de que dejara dos huellas de barro de las pezuñas en mi delantal—. Lo lamento. Espero que no le disgusten los perros.

No me disgustaban y así se lo hice saber. Sam ladró, quería jugar, y los niños lo rodearon.

—Antes de entrar, un momento. —Desapareció por el lateral de la forja y regresó con varios delantales de algodón, todos de tallas de adultos que quedaban enormes a los niños, en particular a Millie. El señor Sheldrake se rio.

—Imaginaba que pasaría esto. Venid conmigo para que los arregle.

Lo seguimos al patio. Cada centímetro de espacio estaba lleno de trozos de metal de todas las formas y tamaños, desde largos postes de andamios hasta arados oxidados y maquinaria dentada. Esperamos al señor Sheldrake en la puerta y, un momento después, llegó con una aguja e hilo entre los dientes. En unos minutos había acortado el bajo del delantal de Millie. Saul quería ser el siguiente, pero el de Decca casi rozaba el suelo. Cuando hubo terminado, metió la aguja en el cinturón de herramientas que llevaba a la cintura.

—Los herreros son también costureros, ¿lo sabíais? —Tenía acento local, pero aderezado con otra cosa, y sus palabras tenían una entonación al final de la frase. Me alisé mi delantal y empujé el carrito adentro.

La forja estaba a oscuras, iluminada únicamente por dos rendijas estrechas abiertas a los elementos y un fuego rojo cereza que restallaba en una chimenea que ocupaba la mayor parte de la pared del fondo. Había más metal apilado en las esquinas, y docenas de herramientas cuyo uso no podía siquiera imaginar decoraban las paredes restantes. En el suelo sucio había dos sillas y una mesa vestida con un mantel alegre delante de una chimenea doméstica. El señor

Sheldrake me invitó a sentarme. Sin luz solar, parecía que estábamos en el interior de una cueva, o en una casa sacada de un cuento de hadas. Los niños se movieron alrededor, examinándolo todo, con los dedos tiñéndose de negro. El señor Sheldrake les enseñó cómo bombear los fuelles para avivar las brasas. Saul probó y luego Decca, quien no reaccionó cuando una chispa se elevó de las llamas y aterrizó en su delantal, y se quedó mirando con calma cómo se extinguía.

Charley se había quedado dormido en el camino, ajeno a lo que nos rodeaba. Mecí el carro adelante y atrás, y observé desde la distancia al señor Sheldrake mientras mostraba cómo hacer una herradura. Sostenía un trozo de acero en el horno y luego lo curvaba como si fuera una masa alrededor del extremo del yunque. Los niños lo contemplaban con Sam jadeando a sus pies mientras la herradura pasaba de un rojo fiero a un ámbar brillante y, finalmente, a un gris aburrido. El señor Sheldrake trabajaba rápido y asestaba con el martillo golpes ensordecedores. Nunca los había visto tan absortos, incluso Millie fruncía los labios, concentrada. El herrero devolvió la herradura al fuego y luego tomó un cincel y golpeó con el martillo con precisión, sin que pareciera importarle el calor o el impacto. Vi que sus manos eran como el cuero, los antebrazos como el flanco de un caballo.

—Señorita May, venga a ver —gritó Saul.

Me levanté y me acerqué a ellos, y los retuve delante del horno mientras metía la herradura una última vez. El señor Sheldrake dejó que Decca la sumergiera en el cubo de agua, donde emitió un siseo satisfactorio.

—¿Es seguro tocarla? —preguntó ella cuando el hombre volvió a usar el cincel.

Afirmó que lo era y los cinco la acariciamos; estaba templada, como pan recién hecho.

—Quédatela. —Le entregó la pequeña herradura a Millie, quien se la llevó al pecho.

—¿Podemos hacer otra? —preguntó Saul.

—Claro.

—¿Por qué está tan oscuro esto? ¿No le gustaría tener más

ventanas?

—Necesito ver cómo brilla el metal. No se trabaja bien a la luz del día.

—Yo prefiero la oscuridad —comentó Saul con tono altivo—. En ocasiones hay demasiadas cosas que mirar.

El señor Sheldrake tomó una barra de hierro en bruto y la sostuvo con las tenazas.

—El metal tiene mente propia. No se crea, se manipula. Lo entrenas para que haga lo que le pides y cuentas con muy poco tiempo para hacerlo. No puedo detenerme para abrir la puerta ni para rascarme la nariz; de lo contrario, se arruinará. Es una cuestión de tiempo y precisión. Esto podría ser un cerrojo. —Giró las tenazas—. Podría ser un atizador, un cuchillo. Una cuchara. Podría ser cualquier cosa. Pero es un criado, no un esclavo, y no hará nada en contra de su voluntad.

Charley gritó desde el otro lado de la habitación y fui a mecerlo. Se sentó y miró a su alrededor. Decidió que quería bajar del carro y me echó los brazos.

—No —le dije—. Tienes que quedarte ahí. —Mis palabras lo hicieron enfurecer y se le puso la cara tan roja como el fuego mientras lloraba.

Llamé a Decca, quien se abrió paso en la penumbra.

—¿Puedes sacar a Charley fuera en el carro? Lo haría yo misma, pero no puedo dejaros aquí a todos.

—Sí, señorita —respondió, aunque me di cuenta de que estaba decepcionada.

La luz del día era cegadora y cerré la puerta cuando salió. Regresé con los demás.

—El joven señorito ha pedido un casco de caballero —indicó el señor Sheldrake con semblante serio—. Pero no estoy seguro de que sea trabajo de una tarde.

—¡Una espada entonces!

—No fabrico armas.

El calor del fuego era incómodo y el señor Sheldrake parecía refulgir con una energía similar. Di un paso atrás y deseé tener un

paño fresco para la cara.

—¿Por qué no arreglo algo? —propuso el señor Sheldrake y miró a su alrededor—. Ya sé. Un momento. —Cruzó la habitación y abrió la puerta, deslumbrándonos de nuevo. Me quedó en la vista una marca rectangular brillante cuando parpadeé.

—Debemos regresar pronto a casa —avisé a los niños.

—No, ¡quiero quedarme aquí! —protestó Saul.

—Esos modales.

—Me gustaría quedarme, por favor.

—El señor Sheldrake puede enseñaros una cosa más, después iremos a casa a tomar el té. Son ya las tres.

—¿Podemos volver mañana?

—El señor Sheldrake tiene que trabajar.

—Puedo ayudarle.

Sonreí.

—No creo que necesite un aprendiz.

El señor Sheldrake regresó con una horqueta rota.

—¿Quién sabe qué es esto? —preguntó.

—Lo usa un gigante para comer —contestó Millie.

—Buena respuesta, señorita, pero es algo mucho más repugnante. Es una horqueta para el estiércol.

Los niños gritaron con fascinación.

—Me la traje de Australia y he querido arreglarla desde entonces.

Hablé sin pensar.

—¿Ha estado en Australia?

—Viví allí casi diez años.

—¿Quita la caca con eso? —preguntó Saul.

—De oveja, vaca, caballo, elefante.

Los niños se rieron.

—No sé si es apropiado —observé.

—Perdón. —Puso cara de culpabilidad y los niños se rieron de nuevo.

—¿Hay algo más apropiado para que puedan contárselo a sus padres?

—Seguro que sí. Veamos lo que tenemos. —Rebuscó entre las pilas

que había junto a la chimenea y vino con una tostadora de hierro.

—Qué aburrido —exclamó Saul—. Quiero arreglar la horqueta para el estiércol.

—Si me ayudas a arreglar esto, dejaré que te lo lleves a casa y se lo des a la cocinera. ¿Sabéis qué tuestan en Australia? Malvaviscos. —Los niños estaban fascinados—. Si os portáis bien, tal vez os compre algunos vuestra nodriza. Después podréis tostarlos en el fuego de la habitación y fingir que estáis de acampada.

—Niñera —aclaré cuando terminó de hablar.

—¿Disculpe?

—Soy niñera, no nodriza.

Hablé con más dureza de la que pretendía, aún irritada por cuando Conrad Greatrex cometió el mismo error en la casa. A nuestro lado, el fuego restalló y lanzó chispas. El señor Sheldrake estaba atónito.

—Mis disculpas —dijo y me miró un segundo más de lo necesario.

A pesar de los delantales improvisados, los niños tenían la ropa manchada de polvo y tierra, y cuando llegamos a casa, solo me quedaban quince minutos para asearlos y cambiarlos. Subí yo misma el agua. Esperaba encontrarme a los niños desvestidos, tal y como les había pedido. Sin embargo, estaban metiendo el tostador arreglado en la chimenea vacía mientras Millie hacía galopar la herradura por el suelo. Le quité el vestido y empecé a desabotonar las botas de Saul. Decca estaba parada al lado de su cama y le pedí que me pasara la esponja. El agua quedó negra cuando les limpié manos y cara y maldije al oír el sonido de la bandeja de té en el vestíbulo.

—Decca, pásame tus cosas. —Le tendí una mano.

—Si me cambio ahora, el té se enfriará —dijo.

—No puedes tomar el té tan sucia. Solo es un minuto.

—No me importa quedarme vestida.

—Pero estás llena de mugre. Ven, te ayudaré.

Me arrodillé para desatarle el mandil y lo lancé al montón de prendas junto a la puerta. Le desabotoné a continuación el vestido y

ella sola se lo quitó. Lo dobló encima de los otros y se puso un vestido limpio que le tendí.

—¿Dejo las cosas en la bolsa de la ropa sucia? —preguntó.

—Sería de gran ayuda.

—¿Se la bajo a Emily?

—Eso sería todavía de más ayuda. Gracias. —Estaba acostumbrada a su ayuda y a veces la daba por sentada. Le abotoné el vestido y salió corriendo con la bolsa.

En la habitación de al lado, senté a Saul y a Millie y coloqué a Charley en su sillita alta para servirles el té. Me di cuenta de que me había olvidado el babero y pasé al dormitorio. Decca había regresado y estaba colocando algo debajo de su almohada.

—¡Qué rápida! ¿Qué estás haciendo? —Alcancé el babero.

Para mi sorpresa, pareció preocupada, o culpable, y retiró la mano como si se hubiera quemado.

—¿Va todo bien? —le pregunté.

Tenía las orejas de color escarlata.

—Sí.

—¿Qué has dejado debajo de la almohada?

—Nada.

Hubo un silencio y entonces le tendí la mano.

—¿Por qué estás tan rara? Dámelo. —Algo pasó entre las dos y sentí que mi buen humor se esfumaba—. Dámelo —repetí. Ella no era una niña que mirara con odio ni replicara, ni tampoco lo contrario; esta era la primera vez que mostraba resistencia. Nos movimos al mismo tiempo hacia la cama y ella actuó primero, metió y sacó la mano, rápida como un rayo. Oí el susurro del papel. Se lo escondió a la espalda y se pegó a la cama.

—¿Qué es lo que tienes?

—No es nada. —Estaba asustada, reprobadora, y me arrodillé en el suelo, delante de ella.

—¿Es tuyo?

Se mordió el labio y sacudió la cabeza.

—¿De quién entonces? ¿Es mío?

De nuevo sacudió la cabeza.

—Decca, tienes que contármelo.

—No puedo.

Le rodeé el cuerpo con el brazo y cerré la mano sobre un sobre. Dejó que se lo quitara y vi que estaba en blanco.

—¿Quién te ha dado esto?

Ella tragó saliva.

—El señor Sheldrake.

Fruncí el ceño.

—¿El señor Sheldrake?

No dijo nada, tenía los ojos marrones muy abiertos.

—¿Por qué te ha dado esto? ¿Qué es? ¿Qué te ha dicho? —Hice ademán de abrirlo y movió la mano rápidamente para detenerme.

—No, me ha dicho que no lo mirase.

—¿Por qué no?

Las siguientes palabras las susurró:

—No es para mí.

—¿Para quién es?

—Para mamá.

La habitación se quedó en silencio. Del cuarto de al lado llegaban gritos y ruidos de los otros niños y mi reloj marcaba el tictac en mi bolsillo. Me lamí los labios y tragué saliva.

—¿Qué te ha dicho exactamente? Decca, ¿qué te ha dicho?

—Me ha pedido que le diera esto a mamá.

—¿Cuándo? ¿Cuándo lo ha hecho?

—Cuando yo estaba fuera.

—¿Por qué no me lo ha dado a mí?

No dijo nada y el papel crujió en mis dedos.

—Debería contárselo a tu padre de inmediato —le dije, pero sabía que no lo haría: las cartas eran privadas. Yo más que nadie entendía eso.

—No puedes —suplicó—. Por favor, me ha dicho que nadie más puede saberlo.

Mi mente bullía con posibilidades, pero no dejaba de volver a una sola. O bien la señora England no esperaba una carta del herrero, el señor Sheldrake, o sí la esperaba. En tal caso, estaban manteniendo

correspondencia. Lo que significaba… ¿Qué significaba?

Me metí la carta en el bolsillo y le agarré a Decca las manos.

—Déjamelo a mí. Yo hablaré con tu madre y te prometo que no se lo contaré a nadie.

La señora England estaba presente en el salón esa tarde, recuperada del dolor de cabeza. Parecía cansada y descolorida en el sofá rosado, pero se animó cuando entraron los niños; se sentó más erguida y reprimió un bostezo. Yo me debatía por el momento ideal para hablar con ella, sin saber si era mejor o peor sacar el tema con su esposo en casa, donde podía oírnos. Pero ¿a quién estaba protegiendo? El sobre me quemaba en el bolsillo y me hacía sentir culpable por asociación. Estaba convencida de que uno de los otros niños lo encontraría en mi delantal y lo sacaría, que mi cara me delataría.

—Bien, niños —dijo el señor England mientras cortaba un cigarrillo. La punta cayó a la alfombra, junto a la falda de la señora England. Se llevó una cerilla a la boca e inspiró con una gran satisfacción, como si llevara todo el día esperando este momento—. Habladnos de vuestra salida —les pidió, rodeado de humo.

La señora England los miró uno por uno y Millie sacó de detrás de ella la pequeña herradura. Saul blandió la plancha tostadora como una espada.

—¿Qué tenéis ahí? —preguntó la mujer.

Su hija se la tendió con gesto triunfante. Decca se quedó a mi lado en la puerta.

—¡Una herradura! ¿Dónde habéis encontrado esto?

—El señor Sheldrake la ha hecho para nosotros.

Se produjo un silencio durante el cual la sonrisa de la señora England parecía pintada. Miró a su hija.

—¿Quién, querida?

—El señor Sheldrake, el herrero.

La miré con atención. Hubo un movimiento en su garganta, como si deseara tragar saliva, pero cambió de opinión.

—¿Quién es?

—Lo conocieron ayer, ¿verdad, niños? —intervino el señor England y se apoyó en el piano. Detrás de él, Champion Greatrex observaba la sala desde su cuadro—. Los invitó a visitar su forja para enseñarles cómo hace las cosas. —Tosió en la mano y dio otra calada —. Muy amable por su parte. ¿Qué os ha parecido?

—Ha sido muy interesante —respondió Saul—. Me ha dejado arreglar esto.

—¿Qué es?

—¡Una daga!

—Es una plancha tostadora —terció Millie—. Le pidió una espada, pero el señor Sheldrake no fabrica armas.

—¡Ja! Un pacifista. —El señor England echó la ceniza en una de las bandejas de cristal que había por la casa—. ¿Qué habéis aprendido entonces?

—Que el metal es más un criado que un esclavo —señaló Saul.

—¿Y eso?

—Puedes entrenarlo, pero no forzarlo.

El bigote del señor England se retorció.

—¿Qué le ha parecido a la señorita May?

Tragué saliva.

—Me ha resultado muy interesante, señor.

Él asintió.

—Decca, estás muy callada. ¿Qué tienes que decir de tu excursión? —Esperó, sonriente. Decca se retorció el mandil. Su madre estaba completamente inmóvil, observándola.

—Ha sido muy interesante.

—¡Bien! —declaró su padre—. ¿Te has traído algún regalo a casa?

—No había nada para mí, papá. —Miró entonces a su madre y una expresión indefinible cruzó el rostro de la señora England. Se retrepó en el sofá y cerró los ojos, como si notara de nuevo el dolor de cabeza.

—Tengo que darle esto a la señora Mannion —comentó Saul, descontento.

—Diría que todo muchacho necesita una plancha tostadora para acampar en el bosque. La señora Mannion tiene una horquilla de

tostar perfectamente buena —declaró el señor England.

Saul pareció aliviado y se metió la plancha en el bolsillo. En ese momento, Charley gateó a la velocidad de la luz por la alfombra y agarró la punta del cigarro. Yo salté tras él y se la quité del puño. El señor England me tendió el cenicero, lleno de colillas. Asentí, agradecida, y me acerqué a él, consciente de nuestra proximidad y de la carta en mi bolsillo, a solo unos centímetros de su pierna. Forcé una sonrisa falsa y la dejé en el cenicero.

Llamé a la puerta de la habitación de la señora esa tarde, mientras su marido estaba abajo con su pipa. En el salón, había dicho que notaba de nuevo el dolor de cabeza y que se tomaría la comida en la cama. Aguardé a oí a las criadas limpiando el servicio de té y el clic de la pesada puerta. Crucé entonces el rellano. La señora England abrió la puerta en camisón, con la melena dorada y suelta casi hasta la cintura.

—Señora, ¿puedo entrar un momento?

La más diminuta de las arrugas apareció en su frente y entonces la suavizó. Abrió más la puerta y la seguí dentro. Se sentó en el borde de la cama, como una niña.

Cerré despacio la puerta y le pasé el sobre arrugado.

—He encontrado esto en posesión de la señorita Decca, señora.

Lo tomó y le dio la vuelta para examinarlo.

—¿Qué es?

—Es del señor Sheldrake.

—¿Quién?

—El herrero, señora.

Sus ojos oscuros ardían como el carbón.

—Se lo ha dado a Decca sin mi conocimiento y le ha pedido que se lo entregase a usted. Le dijo que no debía saberlo nadie. Decca se ha mostrado muy reacia a enseñármelo.

—No puedo imaginar qué querrá. ¿Lo ha leído? —preguntó.

—No, por supuesto que no.

—Bien —dijo con tono ligero—. Probablemente ofrezca sus

servicios, pero ya tenemos un buen herrero. —Lo dejó sin más en la cama.

—Señora, no es mi intención entrometerme. —Su expresión estaba llena de cautela y hablé con vacilación—. Pero si no desea recibir correspondencia del señor Sheldrake, puedo decírselo. Ha sido inapropiado por su parte.

—¿De qué conoce a Tommy Sheldrake?

—No lo conozco, señora. Solo lo he visto en un par de ocasiones que he salido con los niños. Nos invitó a su forja para que lo viéramos trabajar y el señor England pensó que disfrutarían.

—No quiero que vuelvan ni que se acerquen a él. ¿Lo comprende? Y usted lo mismo.

—Sí, señora.

Miró el sobre y se pasó la lengua por los labios.

—Le agradecería que no contara nada de esto. En cualquier caso, seguro que no es nada. —Había aparecido una mancha roja en su garganta.

—Sí, señora.

Cuando cerré la puerta, me sobrevino un pensamiento: en nuestra conversación, solo una de nosotras lo había llamado Tommy y no había sido yo.

Metí a Charley en la cuna y bañé a los otros niños. Estaba agotada y apenas era capaz de levantar las jarras de agua caliente. Decca había hablado muy poco desde lo acontecido esa tarde y estaba desplomada al fondo de la bañera, quitando jabón de la pastilla con una uña. Era tímida a la hora del baño e intentaba taparse, sentada con las rodillas flexionadas y los tobillos pegados. Pensé en empezar a bañarla sola al recordar lo cohibida que me sentía yo a su edad.

—¿Qué es ese olor? —preguntó Saul.

Detecté un olorcillo a humo.

—Tal vez haya que recortar la mecha de las lámparas.

Le enjaboné el pelo a Millie en silencio, mecida por el tranquilo

sonido del chapoteo del agua, y me levanté para ir a por el cepillo del pelo en el lavabo. El cuenco de afeitar del señor England no estaba vaciado, el agua se acumulaba gris y espumosa en la porcelana, la cuchilla roma. Tomé el cepillo y regresé a la bañera.

—¡Me da tirones, señorita! —gritó Millie.

—Lo siento.

De una habitación llegó el sonido de voces, masculinas y femeninas. El cuarto del señor England estaba al lado del baño y el de la señora, junto al de él. Rápido, las conversaciones se volvieron acaloradas y nerviosas, y estaba ese olor a humo, un aroma a madera, diferente al del aceite quemado o el carbón.

Me levanté para mirar por la puerta. El rellano estaba lleno de neblina. Tosí, ahuyenté los vapores y miré a mi alrededor. La puerta del dormitorio de la señora England estaba abierta y Blaise apareció en lo alto de las escaleras con un balde y se dirigió allí.

—¿Por qué no se lo has pedido a las sirvientas? —dijo la voz del señor England—. Lo has encendido mal. ¿De dónde has sacado esa madera?

—¿Todo bien, señor? —pregunté.

Se asomó por la puerta.

—La señora England ha decidido que quería un fuego y que lo iba a encender ella misma. No importa, ya está extinguido. —Oí el siseo del agua en los leños calientes y volvió a desaparecer—. ¿Qué es eso?

Me quedé en el rellano, atenta, pensando que el sonido era como el del barril de agua en la forja y el siseo del hierro al enfriarse.

El señor England habló de nuevo:

—Gracias, Blaise. —Lo dijo con tono frío y cerró la puerta cuando salió la criada. Esta me lanzó una mirada que casi parecía clandestina, como si deseara poner los ojos en blanco, y bajó el cubo vacío. Me quedé un momento más, pero solo había silencio.

En el baño, los niños giraron las caras hacia mí como flores en una bañera.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Decca.

—Vuestra madre quería un fuego.

—Yo sé encender un fuego —señaló Saul—. Papá me enseñó.

—Tengo frío —protestó Decca.

Los ayudé a salir de la bañera uno a uno, los sequé y les puse la ropa de dormir. Los acompañé por el rellano, les indiqué que se metieran en la cama y me dirigí a la planta de abajo. Blaise estaba sentada a la mesa de la cocina comiendo un pastelito untado con mantequilla. La señora Mannion estaba limpiando la chimenea y tenía las manos y las muñecas manchadas de carbón.

—Los niños han terminado el baño —le indiqué a Blaise.

Cayeron migas en la mesa mientras seguía comiendo.

—Un minuto.

Esperé a que me mirara.

—Y hay que vaciar el cuenco de afeitado del señor England.

—¿Subo yo a la habitación de los niños y le digo cómo hacer su trabajo?

—¡Blaise! —exclamó la señora Mannion—. Deje de echar migas en toda la mesa y vaya a vaciar la bañera. Y recuerde dejar la puerta de la señora cerrada o todas las habitaciones apestarán.

Blaise limpió el desastre y echó las migas en un cubo de basura. Rodeó la mesa con languidez y alcanzó la tetera.

—Primero me tomaré una taza de té. No quiero molestar.

—¿A qué se refiere? —pregunté yo.

Ladeó la cabeza hacia el techo.

—Están teniendo una gresca y todos sabemos lo que sucede después. —Esbozó una sonrisa desagradable y me miró directamente —. Lo hacen como conejos en celo.

10

Escribí la postal a Elsie y las chicas y yo la llevamos al buzón con Charley en el carro. Contamos las ardillas que vimos en el bosque durante el camino. Una alfombra de hojas y bellotas cubría el suelo y el aire se había enfriado. Temía un poco el invierno con sus días cortos, pues no podríamos salir tanto.

Cuando regresamos, el vestíbulo nos recibió cálido y acogedor, y metí a los niños dentro. El señor England apareció en la puerta de su estudio.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días, señor.

Saul y el señor Booth estaban en el comedor, oía sus voces bajas por la puerta. Había transcurrido una semana desde el incidente con la carta y la repentina zambullida en el otoño hacía que pareciera un sueño medio olvidado.

—Caminando por el bosque otra vez, por lo que veo —señaló el señor England.

—Hemos ido al buzón, señor.

—Hay uno aquí. —Señaló el buzón dorado del vestíbulo.

—No sabía que podía usarlo, señor.

—Por supuesto. Ahórrese el paseo.

—Gracias.

—Señorita May, ¿puede traer a Decca al salón a las once?

Una pausa.

—Sí, señor.

—Gracias.

Decca estaba callada a mi lado. Su padre cerró la puerta y ella giró la cara hacia mí.

—Vamos a quitaros los zapatos aquí abajo, chicas —les indiqué—. Acabo de limpiar la moqueta arriba.

Las llevé al cuartillo frío del fondo de la casa que hacía de guardarropa, donde el señor England guardaba su ropa de caza. Las paredes estaban cubiertas de abrigos que no se llegaban a secar del todo y olían a humedad.

—¿Por qué quiere verme papá? —preguntó Decca mientras le desataba las botas.

—No lo sé —respondí con tono animado.

—¿Por qué no quiere ver también a Millie?

—Ya lo veremos. Seguro que no hay de qué preocuparse.

Casi había terminado su enciclopedia de botánica. Había hecho un par de agujeros y atado el papel con un lazo rojo del pelo. El proyecto estuvo a punto de acabar destrozado cuando Charley volcó un bote de pegamento sobre la mesa, pero pudimos retirar la mayor parte y corté las páginas sucias.

A las once menos cuarto acosté a Charley para la siesta y dejé a Millie con unos sellos hechos con patatas en la mesa. El señor England me había dado dinero para comprar un hule para Saul y había encontrado uno enorme en el mercado. Lo corté en dos, puse una mitad en la cama y la otra debajo del mantel de la mesa para proteger la madera. Desde el primer incidente, Saul había sufrido dos más, pero ahora cambiar la cama era tarea de cinco minutos y le ahorraba a él la vergüenza.

Decca y yo bajamos juntas. Sujetaba su compendio pegado al pecho y pasaba la otra mano con suavidad por la barandilla de la

escalera. Esa mañana se había puesto el colgante de coral que le había regalado su madre por su décimo cumpleaños, un accesorio precioso tachonado de perlas.

—¿No debería enseñárselos cuando esté terminado? —me había preguntado en la habitación mientras alisaba una arruga del lazo.

—Podemos decirles que no está acabado. Seguro que quieren leerlo y ver lo duro que has trabajado. Podríamos hacer incluso una ficha, como tienen en la biblioteca, y pedirles que la firmen.

Su expresión turbia se despejó levemente. Llamé una vez a la puerta del salón y la abrí.

El señor England estaba de pie delante del retrato de Champion con el reloj en la mano, que apartó a nuestra llegada. La señora England aguardaba sentada en el extremo opuesto de la habitación, bajo un ventanal. Tenía las manos bajo la amplia falda de seda, con la mirada fija en la moqueta. No levantó la cabeza.

—Por favor, siéntate. —El señor England señaló el pequeño sofá duro que había junto a la puerta. Decca lo hizo y se colocó bien las enaguas, nerviosa—. Usted también, señorita May.

Me senté con rigidez.

—Vas a ir a la escuela —le dijo a Decca con un pequeño suspiro de concesión, como si hubiera perdido en una discusión—. Está todo dispuesto. Este fin de semana, Broadley y la señorita May te llevarán a St. Hilda, en Ripon. Han tenido la amabilidad de concederte una plaza en poco tiempo gracias a las conexiones de tu abuela. El trimestre empezó hace unas semanas, así que irás un poco retrasada con respecto a las demás. Sin embargo, te pondrás al día enseguida. —Esbozó una sonrisa tranquilizadora, aunque no estaba claro para quién.

En la cubierta de su enciclopedia, Decca había escrito: *Compendio botánico de Yorkshire del Oeste, por Rebecca England*. Debajo había dibujado un narciso y lo había pintado amarillo y verde. Me quedé mirando el narciso, absorbiendo las palabras del señor England, y de pronto tuve claras dos cosas: que Decca sería muy infeliz en la escuela y que el hecho de que la enviaran allí era consecuencia de algo que no comprendía del todo. Miré a la señora England, cuyo rostro parecía

una máscara.

Hubo un silencio horrible. Después, en voz baja, Decca habló:

—¿Cuándo podré regresar a casa?

—Vendrás a casa en Navidad.

—¿Y después?

Su padre ladeó la cabeza.

—Cielo santo, aún no te has ido y ya quieres volver. Creía que estarías un poco más feliz. Piensa en todas las amistades que harás y en las cosas que aprenderás. Volverás hecha una dama, colmada de logros.

—¿No puedo quedarme aquí? —preguntó Decca con voz aguda, embargada por la emoción—. No quiero ir a la escuela.

—¡Todos los niños quieren ir a la escuela! La señorita May está a favor, ¿verdad? Una de las primeras cosas por las que me preguntó fue por tu educación. Debo decir que la conversación me dejó un tanto avergonzado.

Decca se volvió hacia mí, sorprendida y traicionada a partes iguales. Su expresión era insoportable.

—Admito que tu madre y yo hemos descuidado tu educación. En nuestros tiempos no se enseñaba a las niñas, pero ahora las cosas son diferentes. Ha sido idea de tu madre y me parece espléndida.

Se sacó una caja de cerillas del bolsillo y después el inevitable cigarro. La señora England seguía con los ojos fijos en el suelo.

—Díselo, Lillian. Dile lo que me dijiste a mí.

Por primera vez, la señora England miró a su hija.

—Yo habría deseado ir a la escuela de niña.

Siguieron varios segundos de silencio, interrumpidos solo por el reloj de mesa.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó el señor England y señaló el regazo de Decca.

—Un libro, papá —susurró ella.

—¿Me lo enseñas?

La niña estaba inmóvil. Se lo puse en las manos y la empujé con suavidad. Se acercó rígida a su padre y se lo entregó.

—¿Conque *Compendio botánico de Yorkshire del Oeste*? Parece

impresionante. —Lo hojeó rápido y se lo pasó a su esposa—. Mira esto, Lilian.

Estaba agitado y le daba caladas cortas al cigarrillo. Lo miré con compasión: era un buen padre, lo hacía lo mejor que podía con su hija. Al enviarla a la escuela, le estaba haciendo un regalo más valioso que cualquier joya o dote. Que ella tuviera un hogar feliz que no quisiera abandonar era gracias a él. Me dije a mí misma que era por mi propio egoísmo por lo que me sentía tan desamparada. Me gustaría poder decir algo para consolar a Decca, a él, a los dos, pero me vi obligada a guardar silencio, preocupada por lo retrasada que sin duda iría Decca con respecto a las otras chicas.

La señora England cruzó la habitación para tomar el libro con expresión neutra. La observé y pensé en lo insensible que parecía a veces, en lo distante que era con sus hijos. ¿Era mucho pedir que abrazara a su hija? ¿Que le asegurara que no había nada que temer? Me había esforzado mucho por no emitir juicios, pero ahora rebosaban de mi interior. Como si pudiera sentirlo, me miró y, con la misma rapidez, apartó la vista.

—Te irás el domingo por la tarde. —El señor England parecía aliviado de regresar al reino de la logística—. Hay un par de horas de viaje hasta Ripon, dependiendo del tiempo.

—Pero no hemos terminado *El maravilloso mago de Oz* —terció Decca—. Y está la boda de Blaise y el señor Booth.

—Estoy seguro de que te guardarán un pedazo de tarta.

Me picaba la nariz por las lágrimas y parpadeé para apartarlas. Pensé en mi hermana y en todas las discusiones que había mantenido con mi madre sobre su educación. Varias veces había resistido la tentación de escribirlo todo en una carta despiadada cuando me daba la sensación de que Elsie se sentía sola y desanimada. Pensé en ella limpiando la hornilla y pelando verduras mientras su futuro descendía como un techo sobre ella. Intenté imaginarla como una mujer joven, sentada a una mesa, delante de una máquina de escribir, esforzándose por teclear con sus dedos complicados, como los llamaba ella, y me dieron ganas de llorar.

Quedaban cinco días para el domingo. Me imaginé cerrando el

baúl de Decca y despidiéndome de ella en la puerta, y algo dentro de mí se encogió. Me endurecí y me senté más derecha.

La señora England le devolvió el libro a Decca.

—Está muy bien —fue todo cuanto dijo.

Decca lo aceptó y tembló a mi lado. Me acerqué más a ella y la rodeé con un brazo.

—Te dije que les gustaría.

—Debo regresar al trabajo —señaló el señor England. Pasó junto a nosotras en un silencio sólido, dejando humo tras de sí.

La señora England se quedó junto al piano y esperó a que se cerrara la puerta.

—Serás feliz allí —le aseguró—. Aprenderás muchas cosas.

Decca tragó saliva y le acaricié la espalda.

—La señorita May te acompañará arriba.

Me obligué a levantarme y le tendí una mano que Decca aceptó automáticamente. Tenía la piel helada. Le apreté los dedos y la saqué de la habitación.

—Mi compendio —dijo cuando estábamos en las escaleras.

—Yo iré a buscarlo. Tú sigue.

La señora England estaba sentada en la banqueta del piano, inclinada hacia delante. Tenía los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos. Me di cuenta entonces de que se había quitado la venda y tenía un círculo perfecto en el dorso de la mano derecha, debajo del dedo meñique.

Vacilé en el vano de la puerta. El libro de Decca estaba en el suelo, al lado del sofá.

Despacio, se apartó las manos de la cara. Tenía la piel roja, las mejillas mojadas. Su boca estaba ligeramente torcida hacia abajo y parecía tan deshecha como su hija, por lo que tuve el instinto de consolarla. Me acerqué y me arrodillé a sus pies. Intentó recomponerse sin hacer ningún ruido. Presionó las palmas de las manos en las mejillas, como si tratara de devolver las lágrimas adentro.

—No llore, señora. —Le ofrecí un pañuelo limpio, aunque me confundía lo afligida que estaba. ¿No había sido idea de ella?

Aceptó el pañuelo y se dio toquecitos con él en los ojos mientras sorbía por la nariz. Entonces se levantó, se arregló el cabello y alisó la falda, dejando que yo cayera al suelo, y salió de la habitación.

Decca estaba consternada. Me senté en su cama mientras lloraba durante una hora, limpiándole la cara y acariciándole el pelo. Lloró tanto que temí que enfermara. Millie mantuvo una seria vigilia a nuestro lado y Charley permaneció sentado en su cuna. Millie pensó que algo terrible había sucedido y frunció el ceño, desconcertada, cuando le conté la causa del desasosiego de su hermana.

—¡No quiero ir! ¡No quiero ir! —gimoteaba Decca una y otra vez.

Yo la consolaba y murmuraba, trataba de animarla mientras ella lloraba y temblaba, empapando mi pañuelo.

—Las primeras semanas pasarán rápido ¡y pronto no querrás volver a casa! Lo pasarás bien y te olvidarás de nosotros. Puedes llevarte tus dibujos y a Tedda. Y piensa en cuántas amigas hará Tedda con los ositos de las otras niñas. Te divertirás mucho. Y yo te escribiré todas las semanas y te enviaré tus cosas preferidas: zarzaparrilla y cerezas glaseadas, almendras y todas tus revistas. Podemos ir mañana a la tienda a comprar todos tus libros y lápices. ¿Qué te parece?

El llanto cesó al final y cuando Saul regresó de sus clases, ella estaba sentada en la cama.

—¿Qué era ese barullo? —preguntó al soltar los libros—. Apenas podía oír al señor Booth.

—La señorita Decca va a ir a una escuela en Ripon.

—¿Una escuela? ¡Pensaba que yo iría primero a la escuela!

—Decca es mayor que tú.

—¿Irá ella en mi lugar?

—Por supuesto que no. Tú irás cuando tengas diez años.

Saul no dejó de hacer preguntas que yo no podía responder: ¿cuántas niñas iban?, ¿qué clases iba a tener?, ¿iba a llevar un canotier? Así, sin parar, hasta que me dieron ganas de meterme en la cama.

Yo tenía la edad de Decca cuando vino por primera vez el doctor Pike. Era una tarde de invierno, la tienda estaba cerrada y habíamos retirado las cosas de la cena. Los tres pequeños se habían acostado ya y yo estaba bajándole el ruedo a los pantalones de Archie; mis hermanos crecían más rápido de lo que podía coser mi aguja. La cocina estaba envuelta en el calor de la hornilla y había una vela encendida junto a mi codo. Robbie estaba sentado en el otro extremo de la mesa, trasteando con un reloj que había encontrado en un montón de basura, intentando ponerlo de nuevo en funcionamiento. Alguien llamó a la puerta de entrada y madre fue a abrir. El hombre subió las escaleras, se quitó el sombrero y nos dio las buenas tardes a todos aferrado al maletín grande y reluciente con cierre dorado. El suelo de madera gruñó y mi padre salió del dormitorio carraspeando. Tenía la camisa limpia y se había peinado con un cepillo húmedo.

—Hola, doctor —lo saludó padre.

Solté entonces la aguja. Solo en una ocasión había venido a casa un médico, años atrás, cuando Ted tuvo paperas. Yo me había quedado en casa después del colegio para cuidar de Elsie mientras madre se ocupaba de él; la medicina era tan cara que la guardaba encima del armario, lejos de nuestros dedos torpes.

El doctor Pike dejó su maletín en la mesa.

—Ruby, Robbie, a la cama —nos pidió madre.

—Pero no he terminado los…

—Mañana los haces.

La habitación estaba a oscuras y me tumbé al lado de Elsie, un bebé por entonces, que dormitaba despatarrada. Me quedé despierta, escuchando las voces bajas de los adultos, presa del miedo. Archie tosía un poco, pero no estaba peor que otras veces. Ninguno de nosotros estaba enfermo y nos encontrábamos todos en la cama, por lo que supe que el doctor Pike debía de haber venido por mis padres. Pero ellos también parecían estar bien. A lo mejor se trataba de una enfermedad invisible, silenciosa como la peste, o incluso la lepra, de la cual habíamos leído en la Biblia en la escuela. Pasó un buen rato hasta

que oí el arrastre de las sillas, el crujido del suelo, el golpe de la puerta de entrada. Me quedé mirando en la oscuridad, con el corazón acelerado. Madre y padre no volvieron a hablar y los oí irse a la cama: madre se quitó los zapatos y padre dejó su reloj en el aparador.

El doctor Pike regresó unos meses después. Era primavera entonces y yo estaba en la calle jugando a la rayuela. No lo había visto entrar, pero lo vi salir; fue el maletín lo que atisbé primero. Temiéndome lo peor, subí corriendo para ver qué sucedía. Mi padre estaba sentado a la mesa. Mi madre, apoyada en la cómoda de brazos cruzados. Habían oído mis pasos en las escaleras.

—¿Por qué ha venido el médico? —pregunté.

Ninguno de los dos me miró.

—¿Café?

El señor England y yo estábamos sentados en el estudio el día antes de que Decca se marchara a la escuela. La semana había pasado inmersa en un caos de empaquetar y organizar, y tenía los dedos doloridos de tanto coser. No me gustaba el café, pero acepté una taza. El señor England me había pedido que fuera a verlo cuando hubiera terminado el trabajo de la intensa mañana. Decca estaba con el bebé y yo anhelaba regresar arriba: ya la echaba de menos y aún no se había marchado.

—¿Crema?

Negué con la cabeza.

—No, gracias.

El estudio era una habitación pequeña y bonita, amueblada con tonos malva y carmesí. Era oscura y perfumada, iluminada únicamente por una lámpara verde, como la guarida de un adivino. Una estantería con frontal de cristal recorría la pared opuesta a la chimenea. Debajo de la ventana había una mesa de madera de nogal del tamaño de un piano llena de papeles y pisapapeles, aunque no entraba ni una ligera brisa; la ventana estaba cerrada y el ambiente era pesado por el humo. Se trataba de un espacio masculino que el

señor England ocupaba con toda naturalidad.

Se apoyó en el reposabrazos del sillón.

—Bien, señorita May. Lleva aquí un mes y su directora nos ha comunicado que hay que hacer una revisión como parte del proceso. Escribió a la señora England la semana pasada.

Pensé en las tiendas de pasteles de boda de Pembridge Square, el flujo constante de niñeras que entraban y salían del número diez, como cucos en un reloj que marcaba la hora en punto. Qué distante se me antojaba ya todo eso. Cuatro niños me habían parecido demasiados después de la bebé Georgina. Ahora iba a perder a una y tres no me parecían suficientes.

—Primero, estamos muy satisfechos con su trabajo y así se lo comunicaremos a la señorita Simpson.

—Gracias, señor.

—¿Puedo hacerle una pregunta sobre la agencia?

—¿La agencia Norland? Intentaré responderle, señor.

—¿Sabe cuánta comisión se queda de su salario?

—Una pequeña parte. No sé cuál es la cantidad exacta.

—Tiene sentido que se quede usted el salario completo, ¿no? Eliminar al intermediario, por así decirlo.

Parpadeé, sorprendida.

—¿Se refiere a dejar la agencia, señor?

—Soy un hombre de negocios, usted es la hija de un hombre de negocios. Siempre estoy pensando en modos de llenar el bolsillo. Es uno de mis peores hábitos, me temo que no puedo evitarlo. Le iría mejor, ¿no le parece?

—No estoy segura de poder hacer eso, señor.

—¿No está segura de poder o de querer? —Alzó el bigote formando una sonrisa—. Piénselo. Solo lo sugiero por su beneficio.

Asentí.

—Señorita May, parece incómoda. Por supuesto, no le insinúo que haga nada en contra de su voluntad. Quédese con la agencia si lo desea. Es solo que recuerdo que mencionó a una hermana enferma. ¿Qué edad tiene?

—Once años, señor.

—¿Y qué le sucede exactamente?

—Es la columna, señor. Afecta a sus movimientos, a manos y piernas. A veces le cuesta caminar o sujetar cosas.

Entrecerró los ojos, compasivo.

—¿Tiene dolor?

—Sufre, pero lo sobrelleva bien.

Suspiró y movió el platillo un centímetro a su derecha.

—Esta es una pregunta delicada, discúlpeme si me sobrepaso, pero… ¿entiendo que contribuye usted en las finanzas de su familia? Las facturas médicas, esa clase de cosas.

—Sí, señor.

—¿Con qué cantidad de su salario?

Enrojecí y me miré los dedos.

—La mitad, señor.

Asintió al otro lado de la mesa y yo me llevé la taza de café al regazo.

—Y su primer salario lo recibirá…

—La semana que viene, señor.

Apoyó un codo en la madera pulcra y se acarició la barbilla, pensativo.

—Aún tengo que hacer el giro postal. ¿Serviría de algo si le aumentara el salario cinco chelines al mes?

Me quedé con la boca abierta y la taza se ladeó en mi regazo. Me salpicó café en el delantal y dejé el platillo sobre la mesa para limpiar la mancha.

—Lo… Lo siento… Yo…

—Considérelo hecho.

—Señor England, yo…

—Esto no se discute. —Sonrió.

—Gracias, señor. No puedo agradecérselo lo suficiente.

—Con «gracias» bastará.

Me levanté para marcharme. El cojín escarlata sobre el que estaba apoyada cayó en el asiento y lo apoyé en el respaldo. Volvió a caerse y yo volví a enderezarlo. Pasó una y otra vez, y yo me puse cada vez más nerviosa. Tras varios intentos, me dieron ganas de arrojarlo

contra la pared. El señor England, por su parte, observaba divertido detrás del escritorio. En el noveno intento de colocarlo bien, se apiadó de mí y se quedó quieto.

—Quieto —dijo el señor England—. Buen chico. —Sonrió y tenía los dientes blancos como perlas.

Caminamos todos hasta la cochera del carruaje; los England, las criadas y yo, seguidos por Broadley, quien transportaba el baúl de Decca en un carro. Decca y yo habíamos estampado «R. England» en el arcón. Cuando ella no estaba mirando, tomé a Herbie de mi almohada y lo metí dentro, debajo de su camisón. Llevaba toda la mañana con el estómago revuelto y, por mucho que pusiera cara alegre por los niños, sabía que ellos veían más allá.

Sus padres se despidieron; el padre, digno y sereno, le dio un beso en la cabeza; su madre, desgastada y cansada, como si esto fuera algo que hubiera hecho ya cientos de veces. Mientras Broadley aseguraba el baúl, yo entré a su lado. Millie y Saul se despidieron alegremente con la mano y Blaise meció a Charley en sus brazos y movió la mano para decirle adiós. Los niños estarían sin mí hasta la noche y había dado instrucciones a sus padres de cómo llevarlos a la cama.

Había advertido a Decca que no se comiera toda la comida, y había hecho bien; vació el estómago tres veces de camino a Ripon e iba sentada tan rígida y pálida que si no supiera lo de la gelatina de moras, habría pensado que estaba enferma. Se pasó el trayecto mirando en silencio por la ventana, con la cabeza apoyada en el tapizado de cuero. Hacía un día gris y lluvioso, y el tiempo empeoró en los páramos, pero ella miraba el cielo lúgubre, aunque sin parecer verlo de verdad. Señalé una oveja en el campo y unas cometas que volaban en círculos, pero no respondió. Me hubiera gustado tener palabras de consuelo, una promesa de cuándo volvería a verla, pero me había quedado sin un ápice de positividad y no quería hacer promesas que no podía cumplir. Sabía que la encontraría distinta la próxima vez que la viera y ya tenía miedo. Las otras chicas la

moldearían, la colorearían; no estaría hecha de masa mucho tiempo más.

El centro para mujeres St. Hilda era un edificio gris con torreones situado detrás de un muro alto con puertas complejas. La señora Maurice, la maestra principal, nos recibió en la puerta. Tendría entre cincuenta y sesenta años, llevaba un vestido negro anticuado y un crucifijo en el cuello. El vestíbulo estaba en silencio, bañado de una luz tenue y con un fuerte olor a lirios y a cera para muebles. Unos ángeles de piedra flanqueaban una amplia escalera central, dominada por una enorme vidriera que representaba varias escenas bíblicas. Las puertas oscuras llevaban a todas direcciones y en la distancia sonó una campana.

—Bienvenidos a St. Hilda —nos saludó la señora Maurice. Hablaba bajo, como si estuviéramos en la iglesia—. Usted es la niñera de la señorita England, imagino. ¿Puedo ofrecerle un refrigerio?

Miré a Decca, que parecía ser solo un par de ojos oscuros en la penumbra. Afortunadamente, su mandil estaba limpio, había tenido la previsión de sacar la cabeza por la ventanilla para vomitar.

—No, gracias, señora. Debería regresar ya.

—Muy bien. La jovencita, al ser una de nuestras alumnas más jóvenes, será emparejada con una niña mayor, a la que llamamos «tía». Si no le importa acompañarme, señorita. ¿Es todo?

Broadley había terminado de dejar las cosas de Decca en el vestíbulo. Además del baúl, había una maleta pequeña y una sombrerera para los domingos. Además de Herbie, había metido en el baúl la postal de las cascadas, una bolsa de zarzaparrillas y el último número de *Girl's Realm*.

No había motivos para que me quedara y le di a Decca un fuerte abrazo.

—Escríbeme cada vez que quieras. Y yo te escribiré a ti —le hablé en el pelo—. Dejaremos *El maravilloso mago de Oz* hasta que regreses en vacaciones.

Ella se dejó hacer, demasiado compungida por lo que estaba sucediendo para devolverme el abrazo. Le arreglé el pelo y le desabroché el botón superior de la capa con la excusa de tocarla, sin

saber cuándo lo haría otra persona.

—¿Se sabe la dirección? —susurró.

Le respondí que sí y que le escribiría una vez a la semana al menos, en días diferentes a sus padres para que las cartas llegaran por separado. Después me dispuse a marcharme, le di las gracias a la señora Maurice y salí a la luz del día. Broadley había tomado asiento tras las riendas.

—¿Todo bien, señorita?

—Sí, gracias, Broadley.

—La lluvia acecha. Tardaré más en la vuelta.

Entré en el carruaje con olor agrio más afligida de lo que debía. Las niñas pequeñas se marchaban a la escuela: aprendían a tocar el piano, a hacer arreglos de flores, a hablar francés y otras cosas bonitas y convenientes que las convertirían en buenas esposas e hijas. «Logros», como había mencionado el señor England. Haría amigas que tal vez la invitarían a sus casas de campo en verano, que podrían ampliar su pequeño mundo. Todos los padres de Longmore Street, de los pisos apilados como cerillas encima de las tiendas, habrían dado sus mejores candelabros por ver a sus hijos en un lugar como St. Hilda; no habrían podido comprender las lágrimas y la resignación. Me acomodé en el asiento de Decca, que seguía caliente, apoyé la cabeza en el cuero y me quedé mirando el cielo todo el camino a casa.

11

Hubo un estruendo en el rellano a la hora del desayuno. Yo estaba pelando uvas para Charley cuando nos sobresaltó el ruido, como el de un armario al caer de una gran altura. Saul, Millie y yo nos miramos y, aunque les dije que se quedaran allí, me siguieron a la puerta. El rellano estaba hecho un desastre, con el suelo lleno de porcelana rota. El té humeaba sobre las losas de piedra, el cristal centelleaba y el huevo formaba fragmentos perlados. En medio del caos estaba Blaise, echándolo todo en una bandeja de plata.

—¡La condenada puerta está cerrada con llave! —exclamó. Me arrodillé a su lado y la ayudé a recoger la peor parte—. He ido a entrar de lado, pensando que estaba abierta, y he perdido el equilibrio. —Tenía las mejillas rojas por la vergüenza y le sangraba la mano derecha.

—Pare, ya lo hago yo. ¿Por qué estaba cerrada?

—¿Blaise? —habló la señora England desde detrás de la puerta.

Blaise puso los ojos en blanco.

—No puedo entrar, señora. Tiene que abrirla —le indicó en voz alta.

—Yo no la he cerrado. —Puso énfasis en la primera palabra.

—Yo no tengo llave de su habitación.

Dos caras pálidas nos observaban desde la habitación infantil.

—Saul, ¿puedes ir a comprobar si está tu padre en casa?

—¿Por qué?

—Por favor, haz lo que te pido.

Salió disparado escaleras abajo mientras Blaise y yo recogíamos la vajilla rota con los delantales.

—¿Es feo el corte? —le pregunté.

—No.

—Le traeré algo del botiquín.

Me miró por el rabillo del ojo.

—Gracias. —Y, un momento después—: ¿Recibió formación médica en esa escuela?

—Pasamos tres meses en un ala de niños de un hospital. El resto es teoría del libro de medicina de Cassell y periódicos, ese tipo de cosas.

—Supongo que se le ha de dar bien la lectura para aprender sobre medicina. —Sonaba resentida, pero era un resentimiento general y no el sentimiento que solía reservar para mí.

Limpiamos la mayor parte y vaciamos los delantales en una toalla que sacó Blaise de un cuartillo para la ropa.

—¿Por qué está la puerta cerrada? —pregunté en voz baja entre el sonido del tintineo de la porcelana.

Blaise parecía incómoda. Tras una pausa, respondió:

—Él la encierra por la noche.

—¿Por qué?

Desvió la mirada hacia la puerta del dormitorio y habló en susurros:

—La ha encontrado deambulando por la noche.

—¿Y qué tiene de malo?

—Un día estuvo a punto de encender un fuego en la cocina. Bajó al bebé cuando la señora Nangle dormía. Y en otra ocasión… la encontró en el bosque. Al señor le da miedo que se haga daño.

Me acordé de la quemadura con forma de moneda bajo su dedo meñique.

En ese momento, Saul subió las escaleras de dos en dos.

—Papá está en la fábrica —chilló.

—Gracias. Ahora ve a terminarte el desayuno.

—No tengo hambre.

—Saul. —Con un suspiro, desapareció—. ¿Qué estaba haciendo en el bosque? —susurré.

Blaise hizo una mueca.

—A saber. Parecía haber estado caminando: tenía el vestido lleno de barro. Ella no me dijo nada y yo no pregunté.

Estábamos al lado del cuarto del señor England. La puerta estaba entreabierta y vi las cortinas descorridas y la estrecha cama hecha. La puerta del dormitorio de su esposa estaba al lado de la ventana. Junto a la cama, había una banqueta con una pila de libros y, encima, un vaso de cristal en equilibrio, como un pisapapeles. Antes de saber siquiera lo que estaba haciendo, entré, alcancé el vaso e inhalé el olor a brandi.

—¿Qué está haciendo?

—Puede que la llave esté aquí.

En la moqueta había una lamparilla que había que limpiar. Una levita colgaba de la puerta del armario.

—No puede entrar en la habitación del señor.

—¿Por qué no? La señora está encerrada, la llave tiene que estar en alguna parte.

—Una de las dos tendrá que ir a la fábrica y contárselo.

—Yo no puedo dejar solos a los niños.

Nos miramos la una a la otra y entonces Blaise suspiró y se desató el delantal.

—Pues parece entonces que iré yo.

Cuando se hubo marchado, eché un último vistazo a la estrecha habitación antes de salir al rellano. El cristal crujió bajo mis pies y me quedé parada un momento, sola con los retratos. La puerta de la señora England era un muro silencioso.

—¿Señora England?

—¿Qué?

Su voz sonó mucho más cerca de lo que esperaba y reculé un paso.

—Blaise ha ido a buscar al señor.

Hubo movimiento al otro lado de la madera, el frufrú de la falda. El aire salió por el agujero de la cerradura y me rozó la mano como si fuera una pluma. Después, silencio, frío y pesado como un lago.

El último día de Blaise, la señora Mannion preparó pastel de limón y todos en la casa nos reunimos en la cocina para despedirnos de ella. Comimos de pie de unos pequeños cuencos de cristal y la señora Mannion repartió copas de jerez a los adultos. Acepté una, pero no bebí. El señor England pronunció un generoso discurso de despedida, burlándose de ella por ser mucho más apta como esposa de un maestro que como sirvienta, y todos nos reímos, Blaise incluida. Se abanicó con una servilleta, ruborizada por la atención. Les limpié a los niños el helado de las caras y les dije que no podían comer más, pero el señor England siguió echándoles cucharadas en los cuencos al tiempo que les guiñaba un ojo. La señora England escuchaba una historia de la señora Mannion con una sonrisa ausente en el rostro. Emily estaba a su lado y echaba miradas nerviosas al nieto de Broadley, el mozo de cuadras Ben. Era un año o dos mayor que Emily, hablaba con voz aguda y dormía encima de los establos con su abuelo. Sus apariciones en la casa eran como brasas arrojadas sobre un fuego humeante; ella resplandecía y brillaba y él no sabía dónde mirar.

—Señorita May —dijo la señora Mannion—, ¿quiere ir a buscar el regalo de los niños?

—¡Yo voy! —gritó Millie y todos se rieron. Llevé a Charley con nosotras a la habitación, donde aguardaba un ramo de flores silvestres dentro de un jarrón de porcelana. Los niños y yo habíamos pasado la tarde recogiéndolas y habíamos reunido un bonito puñado de orquídeas y ulmaria con algunas hojas brillantes de helecho y ramitas de mirto. Las había atado con una tira de encaje de uno de los trajes de bebé de Charley. Millie se lo entregó a Blaise, quien estaba radiante de felicidad. No había dejado de sonreír en toda la noche; tenía el rostro transformado, con los suaves pómulos resaltados en las mejillas

y los ojos oscuros brillantes.

—Le deseamos un matrimonio largo y feliz, Blaise —le dijo la señora England—. Gracias por sus años de servicio y todo lo que ha hecho por nosotros.

—Gracias, señora.

—Mucha suerte mañana. Yo me voy ya, si me excusa.

—Por supuesto —respondió Blaise—. La veré en la iglesia. Le he planchado el vestido, está colgado en el armario.

La señora England abrió la boca, pero la cerró y sonrió.

—Gracias. No estoy segura de si iré mañana. No me encuentro muy bien.

—Oh, no vaya a perderse mi boda.

—No lo hará —le aseguró el señor England—. Toda la familia estará allí.

—Excepto la señorita Decca. —Blaise fingió un puchero—. ¿Cómo le va en la escuela?

—Muy bien —respondió el señor England.

No me había escrito aún, aunque yo le había enviado una carta el día después de su marcha.

—¿Le ha escrito, señor?

—Todavía no. Aunque la maestra sí.

Con cierta inquietud, repasé las cosas que había metido en su baúl. Los bolígrafos nuevos y el material de papelería, un cuadernillo de sellos. A lo mejor solo podían escribir en momentos establecidos, pensé, aunque habían pasado ya cinco días.

En algún momento, la señora England había salido de la habitación y había cerrado en silencio la puerta.

—Bien, voy a limpiar y nos vamos al Lanterns, ¿no? —sugirió la señora Mannion.

Los demás se pusieron a recoger cuencos y copas, y la señora Mannion sacó el bote de jabón y vertió un poco en el fregadero. Yo llené una jarra para los niños y agarré la mano pegajosa de Millie para llevarlos a la cama.

—¿Viene, señorita May? —me preguntó la señora Mannion desde el otro lado de la cocina.

El señor England nos sujetaba la puerta y me detuve debajo de su brazo.

—¿A dónde?

—Al Three Lanterns. Vamos a tomar una *shandy* por Blaise antes de la boda de mañana. Solo una.

—Ah, no. No iré, pero gracias.

—Una cerveza no hace daño, señorita May. Cuando los niños estén en la cama —dijo el señor England—. Ojalá me hubiera invitado la señora Mannion a mí.

—Ah, vamos. —La señora Mannion agitó la espuma del jabón—. Blaise me ha dicho que la invitase. —Para mi sorpresa, hablaba conmigo.

—Ah, ¿sí?

Miré a Blaise, que estaba apoyada en la encimera, al lado de una maleta ajada que contenía las pertenencias de ocho años. Estaba hablando con Tilda y no nos había oído.

—Vaya al pub —me animó el señor England—. Meta a los niños en la cama. Broadley las llevará y recogerá a Tilda y a usted.

Era una orden medio encubierta, pero una orden igualmente. Asentí.

—¿A qué hora van?

—En veinte minutos —respondió la señora Mannion—. Voy a terminar aquí.

La señora Mannion vivía en una casa de campo a las afueras del pueblo y venía todos los días caminando desde allí. Emily vivía también en su casa, por lo que, desde esta noche, Tilda dormiría sola encima de la cocina. ¿Le importaría? Aunque no sabía nada acerca de su carácter.

Blaise me miró y esbozó una sonrisa rápida antes de regresar a su conversación. Llevé a los niños a la cama; el bebé se durmió rápido, lleno como estaba de helado, y Saul se desvistió solo mientras yo bañaba a Millie.

—¿A dónde va? —preguntó la niña.

Desde que se había marchado Decca, no dejaba de hacer preguntas. La había dejado dormir en mi cama la primera noche,

cuando añoraba la calidez de su hermana a su lado.

—A un pub —respondí.

—¿Qué es eso?

—Un lugar donde se reúne gente después del trabajo.

—Y bebe cerveza —añadió Saul.

—Yo no —repuse.

—¿Qué es la cerveza? —quiso saber Millie.

—Una bebida para adultos.

—¿Puedo probarla?

—Las damas no beben cerveza, aunque tal vez cuando seas mayor tu padre te deje tomar un sorbo.

—Yo la he probado. Es horrible —indicó Saul.

—Ah, ¿sí?

—Sí, sabe a tierra.

Yo escuchaba solo a medias, algo nerviosa por la noche que iba a pasar con las criadas. Pensé en fingir un dolor de cabeza o decir que Charley no se dormía, pero a estas alturas cualquier excusa sería evidente. Tal vez habría más gente en el pub, amigos y conocidos de Blaise que querrían hablar, y yo volvería a casa con Tilda en el carruaje. ¿De qué íbamos a hablar? Y si ella deseaba quedarse más tiempo que yo, dudaba que Broadley hiciera dos viajes. Además, no podía dejarla sola en el pub. Tampoco podría sentarme con la callada Emily, quien era demasiado joven para venir con nosotras. ¿Por qué me había tenido que invitar la señora Mannion? Era mucho más sencillo en Norland, donde las estudiantes solo se mezclaban entre sí y no había jerarquías. En Perivale Gardens solo estaban la cocinera y Ellen, que nunca salían por la noche ni sugerían ninguna reunión social. Iban a las tiendas en sus horas libres y para ellas era un regalo tomar un té en un salón.

Los niños me miraban mientras me cambiaba y me ponía mi único conjunto elegante: una blusa blanca que necesitaba un planchado, pero que tendría que valer, y una falda de lana azul marino con ribete y botones negros. Me parecía raro ponerme mi ropa; había vestido con uniforme cada día desde mi llegada a la casa de los England y me negaba a tomarme mi medio día libre los sábados, otra cosa que

disgustaría a Sim. Pero esto no tenía nada que ver con Londres, donde podía pasear de forma anónima. No albergaba deseo alguno de sentarme en un salón de té de la calle principal y entablar conversación con criados y patrones. Aquí la gente era demasiado amigable, no estaba familiarizada con el concepto de preocuparse por sus propios asuntos. En Hardcastle House, nadie había reparado en que no me había tomado mis horas libres, y si lo habían hecho, no lo habían mencionado. O tal vez pensaban que sí me las tomaba, que los niños se entretenían solos durante cinco horas mientras yo leía un libro.

El señor England seguía en la cocina. Se había quitado la chaqueta y estaba con el chaleco y en mangas de camisa, que se había remangado.

—Lista para una noche en el pueblo —dijo con el cigarro en la boca. La sonrisa no le alcanzó los ojos y su mirada me dejó clavada en el suelo. Busqué a tientas mi cinturón y me acerqué a las demás, que también se habían cambiado y se habían quitado los uniformes. Ya quería quitarme el sombrero y volver arriba, al santuario del cuarto de los niños para leer a la luz titilante de la lámpara, con los pequeños a salvo a mi alrededor.

Blaise estaba animada por el jerez y se puso una flor en el pelo.

—¿Nos vamos?

Seguí a las demás por la trascocina, pero el señor England me llamó.

—¿Está la habitación de los niños cerrada con llave? —me preguntó mientras daba golpecitos en el cigarro para que cayera la ceniza.

—Sí, señor.

Asintió.

—Que se divierta.

El Three Lanterns estaba junto al viejo puente de piedra, en el centro del pueblo. Tenía suelo de piedra y paredes encaladas. Se inundaba

todos los años, cuando el cauce del río aumentaba y sumergía las tiendas y las aceras en un agua helada marrón, por lo que no se preocupaban mucho por su apariencia. Era un bar modesto para gente obrera y pocos pedían los vinos y licores que ofrecía. Dentro había dos salas, una a cada lado de una barra central, con una sala de billar al fondo y un almacén y un granero más allá. Aunque era mi primera vez en un pub, me pareció bastante confortable y familiar, con el techo bajo y los cuadros en las paredes. En la sala de la derecha había un grupo de hombres sentados alrededor de una pequeña mesa, riendo y gritando. Conocían a Blaise y la llamaron. Ella caminó entre sombreros y abrigos con la maleta y las flores, y se sentó en el regazo de un hombre que había en un banco. Era el señor Booth y vi, asombrada, cómo se besaban en la boca, Blaise aferrada a su sombrero y con el ramo de flores entre los dos. Hubo gruñidos de apoyo y aplausos, y uno o dos hombres se levantaron para hacernos sitio. Fueron a buscar taburetes y sillas de los rincones.

Un joven con una boina y en mangas de camisa me ofreció asiento a su lado. La señora Mannion y Tilda aceptaron sillas al lado de otros, nerviosas y sonrientes; se quitaron los abrigos y se acomodaron los sombreros. Yo no sabía que sería así, que nos sentaríamos con hombres. Con hombres que habían estado bebiendo. El que estaba en mangas de camisa se presentó como Alan Shawcross. Era alegre y de mejillas sonrojadas, con el pelo del color de la paja y un hueco entre los dientes.

—Yo soy Ruby.

—¿Es usted criada como Blaise? ¿Cuántas tienen?

—No, soy la niñera.

—¡Una niñera! —Estaba impresionado.

En ese momento, el señor Booth se levantó para ir a pedir una ronda de bebidas para las mujeres. Se movió con dificultad entre piernas y bancos hacia donde estábamos sentados el señor Shawcross y yo, al lado de la chimenea apagada.

—Señorita May. —Sonó feliz—. No esperaba verla aquí.

—Yo tampoco. —El señor Booth tenía un vaso de cerveza en la mano.

—¿Quiere beber algo?

—Nada para mí, gracias.

—Tiene que tomar algo. ¿Una copa de vino? *¿Shandy?*

—Ya me he bebido un jerez en la casa.

—Jerez entonces.

Blaise se estaba riendo por algo.

—Señora Mannion. —El señor Booth puso una mano en el hombro de la cocinera—. ¿Puedo invitarla a un brandi?

La señora Mannion chilló.

—Ah, no, un brandi no, señor Booth. Solo me tomaré una *shandy* muy suave.

—¿Y Tilda?

—Yo quiero un vaso de cerveza, por favor.

—Ese es el espíritu.

Le dio una palmada en la espalda a la señora Mannion y desapareció por la puerta. Yo me volví hacia el señor Shawcross y miré el reloj que había en la chimenea. Broadley regresaría a las diez, en dos horas; unas horas insoportablemente largas. Del techo colgaba una lámpara de aceite y, con tanto tabaco, el vapor de los licores y todos los hombres bebiendo tan cerca, sentí como si me encontrara en el vientre de un barco. Tuve que pedirle al señor Shawcross que repitiera lo que había dicho.

—Le he preguntado: ¿qué conlleva ser una niñera?

—¿Tiene hijos, señor Shawcross? —Me había fijado en su anillo de casado.

—Sí, un niño pequeño. Cumplirá siete meses el próximo martes.

—Supongo que mis tareas no son muy diferentes a las de su esposa.

—Ojalá alguien le pagara por ello a ella —dijo con un toque de resentimiento—. Tiene un acento extraño. ¿De dónde es?

—Birmingham.

—¡El País Negro! Solicité trabajo en el *Post* hace mucho tiempo.

—¿El *Birmingham Post*?

—Sí.

—¿Es usted periodista?

—Reportero del *Halifax Courier*, igual que John. —Señaló a un hombre que había a dos o tres asientos de distancia y vi que era el señor Lowden.

—Hola de nuevo —me saludó.

—Hola.

—Señorita May, ¿no? No me dijo usted su nombre de pila.

—Ah, ¿no?

—A mí sí me lo ha dicho —intervino el señor Shawcross—. ¿Cuánto vale?

—¿Vio el artículo? —me preguntó el señor Lowden.

—Sí.

—Tenemos que ensalzar a los Greatrex de vez en cuando en el *Courier* —comentó el señor Shawcross—. Nunca se sabe cuándo puedes necesitarlos.

—Más bien al revés —señaló el señor Lowden—. ¿Ha oído lo que sucedió en la fábrica de Colden el lunes? Un muchacho se cortó el brazo en un telar. Cuarta muerte en un molino de los Greatrex en todos estos años.

—Un jerez, una *shandy*, una cerveza, un brandi. —El señor Booth dejó cuatro vasos delante de nosotros y los repartió a las criadas—. ¿Cuál era el suyo, Ruby?

Los ojos del señor Lowden encontraron los míos y había en ellos algo que me dejó fría. Al parecer, mi propia expresión se lo confirmó y se retrepó en el asiento. Vi cómo cambiaba la cara y adoptaba una expresión que conocía muy bien. Me dieron ganas de marcharme de inmediato. Había una parada de cabriolés en la estación, a cinco minutos a pie por el canal. El reloj de pared marcaba las ocho y cuarto.

—¡No se irá ya! —Blaise se había quitado el sombrero y tenía las mejillas sonrosadas.

—Creo que he tomado demasiado helado. —Oí lo patética que sonaba. Ella sabía que estaba mintiendo y entrecerró los ojos oscuros en un gesto de desconfianza, pero no dijo nada.

Tilda se había alejado con el hombre con el que estaba hablando y la señora Mannion estaba de espaldas a mí, enfrascada en una

conversación. Me abrí paso por el bar y salí a la fría noche.

Me dirigí hacia la estación a toda prisa y me hice a un lado para que pasara el tranvía antes de cruzar la carretera.

—¡Señorita May! ¡Ruby!

Una voz masculina volvió a gritar y aceleré el paso, feliz por la oscuridad que me permitía desaparecer. Unos pasos me alcanzaron y el señor Booth apareció a mi derecha. Se metió las manos en los bolsillos.

—¿Qué pasa?

—He de volver con los niños.

—No ha pasado fuera ni una hora. ¿No le dijeron en la casa que podía salir?

—No debería. Tengo tareas que hacer después de acostar a los niños.

—La acompaño. —Se dispuso a cruzar la carretera.

—No pasa nada, iré a la estación a buscar un cabriolé.

—No va a encontrar ninguno ahora, terminan el servicio sobre las siete, después del tren de Leeds.

—Por favor, señor Booth. Insisto en que regrese.

—Y yo insisto en que regrese usted. Ha salido corriendo. —Me miró con detenimiento bajo las lámparas de la calle.

—No me encuentro bien.

—La acompaño. Solo es carretera arriba.

—¡Son tres kilómetros!

—No puede caminar por el bosque usted sola.

—Por favor, vuelva.

—Entonces venga conmigo y espere a Broadley. —No me moví—. Ya veo de dónde saca el señorito Saul su testarudez. Vamos pues.

Echó a andar a mi lado y continuamos colina arriba. La carretera se curvaba por la ladera, rodeada por un muro bajo de piedra con una caída vertiginosa al lago que se extendía más abajo. El agua sonaba más rápida de noche y me pregunté si el señor Booth me acompañaría hasta la casa. Solo había cruzado el puente una vez en la oscuridad, con el señor England en mi primera noche, y llevábamos una lámpara.

El señor Booth cambió de lado automáticamente para ponerse

junto a la carretera y le pedí que se cambiara.

—¿No le gustan las alturas? —preguntó.

—No.

—Yo solía sentarme en este muro a pescar cuando era un niño.

—¡Hay doce metros! Lo único que atrapará ahí es su muerte.

Se rio y seguimos caminando.

—Estará emocionado por mañana —observé.

—¿Qué pasa mañana?

—Debería empujarle. Ya sabe a qué me refiero: su boda.

—«He aquí el cierre dorado del amor, todo mi cortejo está hecho».

—Eso espero.

Se rio.

—Lord Tennyson. Uno de mis preferidos.

—No he oído hablar nunca de él.

—¿No ha oído hablar de Tennyson? —Gruñó—. Oh, qué envidia. Uno de los mayores poetas y aún lo tiene todo por descubrir de él.

—¿Cuándo voy a leer yo poesía?

Pasamos bajo más lámparas con luces ambarinas y, mientras ascendíamos, el pueblo se iba haciendo menudo.

—¿Espera convertirse en una novia sonrojada, señorita May?

—Me gustaría casarme algún día. —Para mi vergüenza, me sonrojé. Deseé que no lo hubiera notado—. ¿De qué conoce al señor Lowden?

—Oh, quiere casarse con Lowden —bromeó.

—¡No!

—He pensado que podía haber dicho algo que la ofendiera, pues ha salido usted muy rápido. ¿No tiene él nada que ver con su indisposición?

—No, claro que no. Aunque estaba haciendo muchas preguntas.

—Natural, en su línea de trabajo. Conozco a Lowden desde la escuela.

—¿Es amigo de los England?

—No creo que nadie sea amigo de los England.

—¿Qué quiere decir?

—Los opulentos no tienen amigos. Solo la prole.

—¿Qué es «opulentos», y «prole»?

Se rio.

—¿Burguesía? ¿Proletariado? Está muy verde, señorita May. Le dije a Blaise que se equivocaba con usted.

—¿Por qué? ¿Qué dijo ella?

Guardó silencio, parecía arrepentido, y acarició a un gato color carey que había sentado en un muro junto a una casa.

—Me mataría por contárselo, pero supongo que ya que se marcha no importa. Me dijo que se creía usted mejor que ellas.

—En absoluto —respondí, enfadada e indignada.

—Eso le dije yo. Creo que le ofendió que fuera de Londres. Pensó que tendría esas ínfulas y elegancia.

—No es así. Y no soy de Londres, solo trabajaba allí. —Seguimos en silencio, y entonces dije—: Decidió que yo no le gustaba antes de conocerme.

—Se puede tardar un tiempo en tomarle cariño. Pero tiene el corazón en el lugar correcto. Es una buena persona.

De algún modo, su lealtad me enfadó más. ¿Cómo sería tener a alguien que me defendiera así?

—Solicitó el empleo de niñera, ¿sabe?

—¿Blaise?

Asintió.

—Y el señor E. la rechazó. No tenía experiencia. Pero no está resentida, es feliz como criada. Era —corrigió.

—Eso explica muchas cosas —comenté con tono agrio.

—Al menos el nombre le pega, ¿no le parece? Un fuego fiero y ardiente.

No pude evitar sonreír.

—Sí.

—Aquella es nuestra casa, al lado del puente de los burros de carga. —Señaló la masa de ventanas iluminadas que había más abajo —. Spring Grove. Nos mudamos el lunes. Blaise quiere que pinte la puerta de rojo.

Sonreí.

—¿Y lo hará?

—¿Qué cree? Será como vivir dentro de una cereza.

—Supongo que al principio le parecerá raro. No trabajar —observé.

—Quería seguir, pero…

—Pero ¿qué?

Se encogió de hombros.

—No es apropiado, ¿no?

—La señora Mannion está casada.

—Ella es una señora honoraria.

Parpadeé, sorprendida.

—Supongo que ser esposa es, en cierto modo, un trabajo.

—¿Qué quiere decir?

—Un punto intermedio entre una madre y una criada.

—Santo cielo. —Se detuvo y miró a su alrededor—. ¿Estoy a punto de casarme con mi madre?

Me reí. Estábamos ya a medio camino de la casa y dejamos las ventanas iluminadas de la carretera para adentrarnos en la boca oscura del bosque.

—Me temo que tengo que dejarla ya —dijo.

—Oh.

—Estoy bromeando. —Me tomó del brazo y sentí la fuerza de un rayo—. ¿Está bien, señorita May?

—Sí, gracias. Lamento que haya tenido que dejar a los demás.

—Seguirán allí cuando regrese. Me iré con Broadley.

El bosque se cerró a ambos lados del camino y miré entre la oscuridad sólida del valle, en dirección a la casa, donde Saul, Millie y Charley estaban dormidos.

—¿Añora a Decca? —me preguntó, como si notase mis pensamientos.

—Mucho.

—Son como dos guisantes de una vaina.

Fruncí el ceño.

—No he sabido nada de ella. No se me ocurrió preguntar a la maestra con qué frecuencia podían escribir cartas.

—Puede que aún no tenga mucho que contar.

Asentí y caminamos un momento en silencio.

—Antes —empecé de nuevo, despacio—, cuando ha dicho que el señor England no tiene amigos…

—¿Mmm?

—¿Por qué no tiene ayuda de cámara? ¿Ni lacayo? No hay sirvientes hombres en la casa.

—¿Por qué cree?

—No lo había pensado hasta ahora.

—Le gusta ser el único gallo del gallinero.

—¿Qué quiere decir?

—Ah, no lo sé. Algunas cosas que me ha contado Blaise.

Deseaba hablar con él del otro día, en el desayuno, cuando encontramos a la señora England encerrada, pero la discreción me lo impidió. Ya nos desviábamos hacia la incorrección y, de mala gana, conduje la conversación a un lugar seguro. Era la charla más informal que había mantenido en mucho tiempo y no deseaba que terminase. Había pasado de ser alguien que no había estado nunca a solas con un hombre a caminar del brazo de uno por la noche. Estaba confundida, acostumbrada solo a la compañía de mis hermanos.

Nos aproximamos al puente de piedra y lo cruzamos juntos.

—Puedo ir sola desde aquí. —Me volví para mirarlo.

—La acompaño a la casa.

—No es necesario.

Estábamos muy cerca el uno del otro.

—Mucha suerte mañana —le deseé.

—La necesitaré.

—No es así.

Tenía la cara medio oculta por las sombras, pero supe que estaba sonriendo.

—La veo en la iglesia, señorita May. Ruby.

—Gracias por acompañarme, señor Booth. Y dele las gracias a Blaise de mi parte.

—Llámeme Eli. Los demás lo hacen. No es molestia.

Lo observé marcharse y fue como si se llevara un farol con él, pues la oscuridad parecía acercarse más ahora y, con ella, la seguridad de

que el señor Lowden seguía en el pub con Blaise y los otros, y la convicción de que él sabía quién era yo. Tendría que haber sido más precavida, pero ahora emergía otro pensamiento a la superficie, uno traicionero: me alegraba mucho de que Blaise hubiera dejado su empleo y me agradaba que el señor Booth se quedara.

12

Era un día perfecto para una boda. El aire de octubre era fresco, el cielo lucía de un azul soleado. Dentro, Hardcastle House era un caos: sirvientas desquiciadas, corbatas de seda buscadas y desechadas, botas abrillantadas con brío y un cambio de ropa para Millie, que se había derramado encima el desayuno. Tilda volaba de habitación en habitación como un molinete; al parecer, Blaise era una persona más organizada de lo que pensaba la familia. Los England no iban a sustituirla, habían nombrado a Tilda criada general y ella estaba completamente sobrepasada.

Devolví la bandeja del desayuno del cuarto de juegos yo misma y, al cruzar el rellano, oí voces alzadas en la habitación de la señora England. Un momento después, se abrió la puerta y salió el señor. Escuché sus últimas palabras:

— … solo con los niños.

Me dirigió una mirada ceñuda, pero fue una de complicidad.

—¿Tilda? —bramó escaleras abajo—. ¡Tilda!

Pasé junto a la criada, que lucía su mejor vestido. Se había rizado el pelo rubio y llevaba un recogido atractivo.

—Tilda, ayude a la señora England a vestirse, por favor. Hemos de salir en media hora. ¿Está listo Broadley?

—Creo que sí, señor. —Desapareció dentro de la habitación de la señora.

Yo llevé la bandeja a la cocina, donde la señora Mannion estaba limpiando los avíos del desayuno. Vestía una chaqueta negra ajustada y una falda, y se había puesto un broche ámbar en el cuello. Yo era la única del servicio que iba en uniforme.

—Qué jaleo —gritó—. Tilda no sabe si viene o va, Emily ha desaparecido para arreglarse el pelo y yo me he echado jabón en la falda.

—Déjelo para después. Puedo ayudarle cuando Charley esté durmiendo la siesta.

Corrí escaleras arriba para preparar a los niños. A las diez y media los tenía en la puerta de la casa y a Charley en mis brazos con un vestido largo blanco que esperaba no se manchara de polvo en el trayecto. Al lado estaba el señor England con un traje oscuro, un bastón de empuñadura plateada y el bigote erizado. Las criadas se reunirían con nosotros en la cochera y, por supuesto, la señora England fue la última en aparecer. Bajó tropezando por las escaleras en un estado desordenado, con un vestido violeta. Llevaba un bolso de seda en el brazo.

Para mi sorpresa, me tendió una carta.

—Esto llegó ayer para usted.

Reconocí de inmediato la letra de Elsie. La señora England no dio explicaciones de por qué me la entregaba ahora. Le di las gracias, la metí en el bolsillo y saqué a los niños de la casa.

Fuimos de los últimos en llegar a la iglesia, que no era la misma a la que asistían los England, y pertenecía a una confesión distinta. Ayudé a los niños a subir los escalones y seguí a los señores hasta un banco reservado al frente. Casi todos los asientos estaban ocupados y los presentes se volvieron para mirarnos por el pasillo. El señor Booth estaba sentado delante, al lado de su familia, mirando a su alrededor y saludando. Me vio y sonrió, y sentí que me ruborizaba.

La señora England se sentó a mi lado. Llevaba un sombrero enorme

que le ocultaba la mayor parte de la cara y se miraba los guantes impolutos. El señor tomó a Charley en su regazo y el bebé mostró un gran interés en su bigote, del que le tiraba, haciendo que la gente se riera. Poco después, el órgano comenzó a tocar y nos levantamos todos a una cuando Blaise cruzó el pasillo con dos damas de honor. Lucía un vestido sencillo de color crema de manga corta y unos guantes hasta los codos, y sostenía en las manos un ramito de eléboros blancos. Un velo le cubría el pulcro recogido de pelo oscuro y una sonrisa le dividía en dos la cara. No fui capaz de mirar a la pareja mientras intercambiaba los votos, por lo que miré en cambio un arreglo floral de rosas y las cabezas de las personas que teníamos delante. La señora también me estaba poniendo nerviosa, pues vibraba con una especie de energía y se removía más que los niños. Abría y cerraba el libro de cantos, se movía en el asiento y no se levantaba cuando lo hacíamos todos para cantar.

Media hora después, la pareja fue proclamada señor y señora Booth y salimos al tráfico lento del pasillo. El señor England habló con mucha gente y estrechó muchas manos. Tardamos cinco minutos en llegar a la puerta y, cuando el vicario se aproximó con su atuendo negro, la señora England había desaparecido.

—No puedo creerme que lo esté conociendo —dijo al tiempo que le estrechaba la mano al señor—. Reverendo John Blackley. —Era menudo y de aspecto humilde, y llevaba unas lentes de montura dorada.

—Charles England. Encantado de conocerlo, reverendo.

Mientras los dos hombres hablaban, yo busqué a mi alrededor el distintivo sombrero de la señora en el mar de marrones y negros.

—¿Podemos buscar al señor Booth? —preguntó Saul.

—Sí —respondí—. Lo veo allí. ¿Por qué no vais a darle la enhorabuena?

—¿Puede venir con nosotros, señorita May? —dijo Millie.

Miré alrededor en busca del señor Lowden y los llevé hacia el pequeño grupo que rodeaba a la novia y el novio. Alguien entregó a Millie y a Saul un puñado de arroz y todos rieron cuando se lo arrojaron a los recién casados. El señor Booth hizo como que le habían

disparado y los niños rieron más fuerte. Charley pesaba cada vez más y yo deseaba que se pusiera a llorar para poder retirarme a un lugar tranquilo, pero el bebé miraba a su alrededor, absorto por la celebración.

—Enhorabuena —lo felicité con tono alegre.

—Gracias —contestó el señor Booth.

Blaise estaba hablando con una mujer mayor. Me miró y ofreció una sonrisa desdeñosa. Desvié la mirada al anillo dorado en su dedo. Me volví hacia el señor Booth, pero, al parecer, tras la noche anterior, nos habíamos quedado sin nada que decir. Noté de nuevo que se me coloreaban las mejillas y me entraron ganas de beber un vaso de agua.

—¿Dónde es el desayuno de bodas? —pregunté.

—En Crossley. Nada especial, solo jamón y huevos para dos docenas de personas.

—Encantador.

—No sé qué sentido tiene llamarlo «desayuno» cuando es después del almuerzo.

—Creo que es porque se trata de su primera comida como marido y mujer.

—Ah, ¿sí?

Me dio la sensación de que lo sabía y estaba buscando algo que decir. Me acordé de nuestro paseo por el bosque, de su brazo enganchado al mío. De cómo había deseado que no terminara nuestra conversación. Sentí alivio cuando Charley mostró su deseo de bajar al suelo.

—Lo dejo con sus invitados.

—Lleva a pasear a tu niñera, jovencito —le dijo a Charley—. Gracias por venir, Ruby.

Conduje a Charley por un camino que atravesaba el cementerio y dejé que caminara entre dos lápidas.

—Hola —oí una voz masculina detrás de mí. Me volví y miré a la cara a la última persona que esperaba.

—Señor Sheldrake.

El herrero tenía la espalda apoyada en el muro de piedra de la iglesia y fumaba un cigarro. Estaba más elegante que nunca, con un

traje marrón y una boina.

—Parece que hubiera visto a un fantasma —comentó.

Tomé a Charley en brazos y me coloqué de frente a él.

—¿Qué creía que estaba haciendo al pedir a una niña pequeña que hiciera sus recados?

Me miró un momento. Bajó luego la vista al suelo y tiró el cigarro.

—Sí, lo sé todo —continué—. No se preocupe, Decca no rompió la promesa. No me lo contó, lo descubrí yo misma.

—¿Se lo entregó a ella?

—Lo hice yo.

Tomó una bocanada de aire y espiró despacio, con alivio.

—No puedo imaginarme qué ha escrito a la señora, pero le agradecería que no me involucrase a mí ni a los niños en sus asuntos. Ya conoce su dirección; si desea escribir a los England, le sugiero que compre sellos.

—Señorita May. —La señora England estaba detrás de mí—. Los otros niños la están buscando.

—Sí, señora.

Pasé por su lado. Pensé que se quedaría a intercambiar unas palabras de advertencia con el señor Sheldrake, pero unos segundos después oí sus pasos detrás de mí, y luego estaba mi lado, con el pequeño bolso balanceándose entre las dos. La gente que había a las puertas de la iglesia comenzó a dispersarse como las nubes del cielo. El tiempo era cambiante en este condado y el cielo azul de la mañana no prometía una tarde igual.

—Voy a buscar a Broadley —indicó la señora England. Estaba imperturbable. Recordé a la mujer desordenada que había dejado la casa dos horas antes.

Encontramos el carruaje y subimos. Me coloqué a Charley en el regazo y noté la carta de mi hermana en el muslo.

—A la señorita Decca le habría encantado —observé. La señora miraba por la ventanilla—. ¿Ha tenido noticias de ella?

—Todavía no.

—Espero que escriba pronto. Blaise estaba muy bien —seguí en un intento por aligerar el ambiente—. Me ha parecido ver algunos de

nuestros mirtos en su ramo.

—Empieza a notársele —observó la señora England.

La miré.

—¿A notársele el qué, señora?

Creo que fue la primera vez que la vi sonreír y me miró casi con afecto.

—Blaise está en estado.

Me quedé anonadada y sin palabras.

—¿En estado de qué? —preguntó Saul, que estaba escuchando.

—En estado de felicidad —le respondí un instante después.

La señora England se giró de nuevo hacia la ventanilla. Con el dedo índice y el pulgar de la mano derecha, jugueteaba con el anillo de bodas, moviéndolo por el guante, como si tratara de quitárselo.

Querida Ruby:

Gracias por la postal, no sabía que había cascadas en Yorkshire. La he puesto en el salón, en la pared. Ted pregunta cuán grande es comparada con las del Niágara de Canadá, dice que le gustaría ir de visita algún día. Madre pregunta si has leído ya la carta de padre. También pregunta cuándo recibirás el salario, ha de ser pronto. El médico quiere repetirme lo de la máquina electromagnética. Sigue sin gustarme, pero supongo que ya me he acostumbrado. No hay ni rastro de mi ciruelo en el patio, tal vez necesite más tierra. Por favor, envíame otra postal si te queda dinero.

Te quiero.

Elsie

Alguien llamó a la puerta del cuarto y el señor England la abrió y ocupó todo el vano. Siempre parecía más grande que estas habitaciones, o ellas parecían más pequeñas con él dentro.

Charley estaba de pie, al lado de la cama de Millie, con las piernas regordetas plantadas en el suelo. Se volvió al oír la voz de su padre y estiró un brazo.

—Tiene la pose de un general —señaló el señor con orgullo—. Señorita May, hay una fiesta en Crow Nest el próximo fin de semana. Es la casa del abuelo de Lilian. Por el cincuenta aniversario de

Greatrex Mill. Está solo a ocho o nueve kilómetros, por lo que no nos quedaremos a pasar la noche.

—Sí, señor. ¿Irán los niños?

—Sí. Ya ha conocido a parte de la familia, pero quiero advertirle: puede que haya más niños. Algunos chicos abandonados o callejeros. Suelen emocionarse mucho con estas cosas.

—Sí, señor.

—¿Se lo ha pasado bien en la boda?

—Sí, señor. Ha sido un día precioso.

Señaló con la cabeza la carta de Elsie, en mi cama.

—¿Noticias de casa?

Asentí. Se me aceleró el corazón y él sonrió.

—No pensaba que fuera de las que tuvieran un amor.

—No lo tengo, señor.

—Su vida privada no es asunto mío, pero espero que no se abandone usted a la institución del matrimonio por un tiempo. Y esto me lleva a otra cosa. —Suspiró y apoyó una mano en la cama de Saul —. Agradezco su tacto con Lilian. Es usted muy amable, señorita May. Con todos nosotros.

—Gracias, señor.

—Si tiene alguna inquietud —dijo, mirándome de cerca—, espero que acuda a mí.

Un segundo de silencio.

—Sí, señor.

En ese momento entró Millie corriendo y gritando.

—¡Me dijo que me ayudaría con el puzle!

—Lo haré, señorita.

El señor England le atusó el cabello a su hija.

—¿Nadie te ha dicho que es de mala educación interrumpir? —La tomó en brazos y la arrojó a la cama. Se puso a hacerle cosquillas y yo sonreí al ver que la pequeña se entregaba a unas risas incontenibles mientras le pedía que parara.

Crow Nest se elevaba en la cima de una colina, rodeada de bosque. Estaba a unos ocho o nueve kilómetros de Hardcastle House y parecía un palacio en comparación. La propia casa era grande, con dos alas, una a cada lado de un edificio central. Las ventanas eran del tamaño de túneles de ferrocarril y la puerta de entrada estaba custodiada por cordeles de terciopelo. Había un lago, hierba y terrazas, jardines con flores, viñedos y una bodega. Al oeste del jardín de invierno acristalado había un invernadero con plátanos. Alpacas y llamas deambulaban por los terrenos y parecían criaturas de otro mundo bajo el cielo gris de Yorkshire. Además de los innumerables miembros de la familia Greatrex, había allí cientos de sus trabajadores: jefes, empleados, tejedores, clasificadores, hilanderos, encargados de estirar las telas, mensajeros. Estaban todos presentes en el elegante almuerzo tras haber recibido las invitaciones en tarjetas gruesas de color crema. Unas tiendas blancas de lona cubrían mesas llenas de ternera, cordero, pastel de paloma, pato asado, urogallo, perdiz, pudin de ciruelas, tartaletas y gelatinas, helado para los niños.

Había decenas de niños sentados con los que estaban a mi cargo y sus primos, de los cuales había demasiados como para contarlos. Solo entonces comprendí el tamaño y la influencia de la familia de la señora England. Y, en el corazón de todo, Champion Greatrex, el octogenario de barba gris, traje de cuadros escoceses y botones dorados que portaba cincuenta años de poder y prosperidad con la misma ligereza que un vestido de seda. En todo momento, hubo veinte o treinta pares de ojos fijos en él, como si sus invitados no pudieran creerse que este hombre que tenía nueve hijos y cuarenta fábricas, que había dirigido su negocio con auges y caídas sin cerrar una sola fábrica, fuera de carne y hueso. Se movía entre los pequeños grupos que había allí reunidos, agarrado con los dedos delgados a un estrecho bastón negro coronado con una alpaca de plata.

Cuando salimos de casa esa mañana, no esperaba encontrarme ni una décima parte de esta grandeza. Imaginaba simplemente un pícnic en un jardín grande. Con sus ropas espléndidas, los hijos de los England parecían sencillos y discretos entre los atuendos blancos impolutos y trajes marineros de las familias más refinadas de

Yorkshire. Nodrizas e institutrices seguían a los niños de los Greatrex, intercambiando sutilezas. Una o dos admiraron mi uniforme y me hicieron preguntas sobre Norland. Hablaban con libertad, se mostraban familiares entre ellas y con los niños a su cargo, congregadas en mantas de lana mientras limpiaban migas de pastel de sus bocas. Al ver a los niños correr por la hierba, me pregunté cómo lo manejaría Sim; con toda probabilidad, frotaría sus pequeñas manos pálidas y les haría formar filas de dos. A pesar del caos, el cambio de lugar era alentador. Allí, al aire libre, no había reparado en lo cercano y sombrío que se antojaba el valle.

La mayor parte de ese día observé a la señora England. Era como una mariposa, delicada con su vestido rosa de lino y chaqueta a juego, con un lazo blanco de satén en el cuello, revoloteando entre conversaciones sin detenerse nunca en una. Estaba con sus hermanos en una pequeña pendiente y, poco después, sus padres se acercaron; él de riguroso negro, ella de gris con unos guantes largos y un sombrero con plumas de avestruz. En un minuto, la señora England se alejó del grupo y regresó a su sitio en la mesa vacía. Parecía tener frío, aferrada a las mangas y moviendo los pies. Se volvió en mi dirección, pero no sonrió; miró más allá, hacia el lago.

Saul se acercó a mí jadeante y sonrojado para pedirme limonada. Le serví un vaso y lo dejé con Charley, que estaba arrancando puñados de hierba. Después me senté al lado de ellos. Estaba cansada y deseaba sentarme un rato. Saul había vuelto a mojar la cama y cambiar las sábanas en mitad de la noche había molestado a Millie y a Charley, que habían tardado en calmarse después. Yo había pasado las horas anteriores al amanecer en el cuarto de juegos, paseando con el bebé en brazos y tratando de dormirlo.

Observamos la carrera de sacos al pie de la colina y atisbé a Millie con sus primos, retorciéndose los rizos.

—¿Puedo ir a jugar? —preguntó Saul.

—Sí, pero no corras muy rápido, hay mucha gente.

—No lo haré.

Salió disparado como un perro de caza y yo le agarré el puño a Charley y lo conduje hasta donde estaba sentada la señora England.

Las mesas albergaban un derroche de tartaletas y helado derretido, el olor azucarado flotaba en el aire como una enfermedad.

—¿Se lo están pasando bien los niños? —preguntó la señora England. Tenía manchas oscuras bajo los ojos; al parecer, tampoco ella había dormido.

—Sí. —Reprimí un bostezo y dejé a Charley en la hierba, a mis pies. Él también estaba cansado y sabía que no tardaría mucho en tener una rabieta—. Me ha agradado el discurso de su abuelo.

—¿Sí?

—Me ha gustado lo que ha dicho sobre la comunidad de un molino, y que cada uno es como un pueblo.

La señora soltó una risa de desprecio.

—Y él es el señor alcalde.

Observamos a la gente. Más abajo, en la hierba, dos hombres se habían quitado las camisas y habían comenzado un combate de lucha libre. Junto a un bosquecillo de rododendros, algunos jugaban a tirar de una cuerda y un grupo de niños acariciaban a una llama marrón que llevaba una correa, como un perro.

—Qué lugar más extraordinario para vivir —comenté—. Es como un parque de atracciones. ¿Se crio su padre en Crow Nest, señora?

—Sí. Viper Nest, lo llamo yo. Nido de víboras.

Me contuve para no enarcar las cejas. Charley encontró una cuchara en el suelo y se puso a golpear con ella la hierba. Ninguna de las dos oímos llegar a Helen Greatrex.

—Buenas tardes, Lilian.

—Buenas tardes, madre. —No se levantó para darle un beso y la mujer me miró por encima de las gafas.

—Buenas tardes, señora Greatrex —saludé.

No me hizo caso y se sentó al lado de su hija.

—Es como en los viejos tiempos. Todos los niños aquí juntos.

La señora England no dijo nada.

—Le he preguntado a Charles cómo ha conseguido que vinieras a una de estas cosas. No recuerdo la última vez que viniste a vernos a tu padre y a mí a Reddicliffe.

—Cuesta salir con los niños.

—¿Para qué la tienes a ella si no puedes separarte de los niños? —Ladeó el sombrero en mi dirección—. Tengo casi cincuenta y nueve años, Lilian. No puedo pasarme el día viajando en carruajes.

Se oyó una fuerte risa en el grupo que estaba reunido en el césped. Era del señor England, quien encajaba tan bien en el grupo que podría haber sido un Greatrex él mismo, si no fuera por su tez oscura. Muchos de los hombres tenían bastones como el de Champion y dos habían sido requisados por un par de niños que estaban luchando en un duelo.

—Charles quiere hablar con tu padre después —prosiguió la señora Greatrex.

—Están hablando ahora.

—En privado.

—¿De qué?

—Negocios, imagino. Sin duda, querrá otro préstamo.

—¿No se beneficia padre de los préstamos? No creo que se lo ofrezca libre de intereses.

—Dejemos eso a los hombres. —Tras un silencio pétreo, la señora Greatrex continuó—: A tu abuela le habría encantado esto.

—Toda esta gente derramando cerveza en su jardín, ¿cómo no iba a gustarle?

—Podrías participar un poco más. ¿Por qué estás aquí sentada? Eres como una pelusa arrinconada.

—Más bien resguardada.

—¿Te encuentras mal? Pareces enferma.

—Estoy bien.

La mujer se inclinó para mirar por delante del sombrero de su hija y me dirigió una mirada glacial.

—¿Está tomándose un descanso tu niñera?

Me levanté enseguida, como si me hubiera picado algo.

—Siéntese, señorita May. Charley está bien, como puede comprobar.

—Se va a manchar el traje.

—Le compraré otro.

Me sorprendió su brusquedad. Su madre era una mujer

complicada, pero la señora England se estaba mostrando ruda; sus respuestas eran como el vinagre, acres y agrias.

—¿Cómo le va a Rebecca en la escuela? Espero que el precio valga la pena. Si me preguntas, es absurdo impartir a las chicas una educación formal. Un malgasto de dinero. Le dije a Charles que tuvisteis suerte de encontrar una escuela con tan poca antelación. Espero que hayas enviado una nota de agradecimiento a la señora Audley.

—Aún no.

Decca no me había escrito todavía y llevaba ya dos semanas en St. Hilda. Yo había echado una segunda carta en el buzón dorado del vestíbulo, que Ben vaciaba y llevaba a la oficina de correos a las cuatro y media cada día. La imaginé agachada sobre una mesa, con el pelo oscuro como una cortina. Pensé en quién se lo cepillaría por la noche, quién le cortaría las uñas. Esperaba que las otras niñas fueran amables con ella, pero sabía cómo podían ir estas cosas, lo natural que podía resultar para algunos niños mostrarse crueles con los que eran amables.

—Caroline está en estado —informó la señora Greatrex—. Seguro que espera que sea el último. En diciembre cumplirá cuarenta y cuatro años.

Su hija no dijo nada. La atmósfera crepitaba y yo no sabía cómo alejarme con Charley de allí. Vi un pequeño grupo que se había arremolinado junto a la carrera de sacos. Un niño salió a correr hacia donde estaban los Greatrex, más arriba, y un momento después, el señor England se alejó con él. Me levanté de inmediato.

—El señor England está corriendo hacia allí.

—¿Dónde? —La señora England frunció el ceño y examinó al grupo.

—Allí, al lado de la carrera de sacos.

Se levantó para ver dónde le señalaba y la señora Greatrex miró por encima de las gafas.

—No veo nada, ¿qué pasa, Lilian?

—Vigila al bebé, madre.

Corrimos juntas por la colina, sujetándonos los sombreros. Había

una docena de personas reunidas alrededor de Saul, que estaba sentado en la hierba con la cabeza entre las rodillas. Al principio pensé que estaba llorando.

—¿Saul? —La voz de su madre destilaba un miedo genuino y los demás se apartaron para dejarla pasar.

—Le falta el aire. Es el asma —informó el señor England, arrodillado al lado del niño. Su sombrero estaba en el suelo—. ¿Hay algún médico aquí?

Me arrodillé al lado de él. Solo se veía la coronilla de pelo dorado de Saul y sacudía los brazos arriba y abajo como un pistón.

—Señorito Saul, voy a moverte para que puedas respirar un poco mejor. No hay que asustarse, solo sube la cabeza y te quitaré la chaqueta. Buen chico.

Al ver lo que estaba haciendo, el señor England me ayudó con la otra manga y luego le aflojé el cuello. El niño inspiraba desesperado, como un pez en la tierra.

—Hay mil personas aquí, tiene que haber un médico —gritó la señora England—. ¿Puede alguien ir a buscar uno, por favor?

Varios hombres corrieron en direcciones diferentes. Uno de los luchadores se había acercado al ver el alboroto, con el pecho desnudo brillante por el sudor, y más gente llegaba, algunos con botellines de cerveza y fruta del bufé. Saul enterró la cabeza en los brazos.

La señora England se puso de rodillas al lado de su hijo, como para protegerlo. Se manchó la falda de barro y el sombrero estaba en el suelo.

—Vamos a llevarlo a un lugar tranquilo —sugerí. La casa estaba a unos noventa metros y el señor England lo levantó con facilidad para trasladarlo. Una criada desató la cuerda de terciopelo y los seguí adentro.

13

—Arriba —indicó la señora England y nos condujo por un pasillo oscuro y alicatado. Pasamos junto a varias puertas blancas y llegamos a un patio central con la altura de tres casas.

La luz del día entraba por un tejado de cristal abovedado y una escalera subía por tres de las paredes. En la primera planta había una galería con columnas que conducía a docenas de puertas y pasillos interminables. La señora England vaciló arriba y miró en ambas direcciones antes de decantarse por una. Nos llevó por un pasillo estrecho con cuadros hasta un dormitorio espacioso y luminoso con vistas al jardín trasero. Había una cama anticuada con dosel y el aire estaba viciado; no habían ventilado la habitación en un tiempo y no me podría haber arriesgado a adivinar cuándo había sido la última vez que la habían limpiado a fondo.

—¿Hay camas de hierro? —pregunté—. Estas se llenan de polvo. Preferiblemente, cerca de la escalera del servicio.

Regresamos al laberinto de pasillos y nos detuvimos en un cuarto estrecho con una sola cama y un voluminoso armario de madera de caoba. El señor England bajó a su hijo sobre el edredón y yo le quité

los zapatos y coloqué las almohadas de modo que se sentara erguido. Había muchas cosas que me inquietaban: además de ver cómo le costaba respirar, se oía un sonido agudo, sibilante, que salía de su garganta, y la resignación que le empañaba el rostro me pareció alarmante. La señora England abrió la ventana y yo me senté en el filo de la cama.

—Saul, necesito que respires tranquilo, si puedes. Es difícil, pero intenta inspirar un poco más, y también al espirar. —Me volví hacia sus padres—. ¿Qué suelen hacer cuando sucede esto?

—Mantenerlo tranquilo —respondió el señor England—. El médico le masajea el cuello y el pecho. Hace mucho tiempo que no tiene una crisis como esta. No puedo imaginarme qué la ha causado.

—No… no puedo… respirar…

—Shh, señorito Saul, no hables. Concéntrate solo en respirar… inspira… espira… despacio, así… inspira… espira… —A la señora y el señor England, les dije—: Necesitamos cuencos de agua hirviendo. Muchos, por el vapor. Padece asma bronquial, ¿no?

—Sí.

—Tiene que haber cuencos por toda la habitación.

—¿Vapor? —El señor England se pasó una mano por el pelo, estaba muy nervioso.

—Sí. Humedece el aire y abre la garganta. Iré a la cocina a pedirlos.

—Voy yo, sé dónde está —se ofreció la señora England—. ¿Cuántos?

—Todos los que puedan traer.

—¿Diez? ¿Veinte?

—Con cinco o seis bastará por ahora. Asegúrese de que el agua esté hirviendo.

La señora England desapareció y cerró la puerta al salir. El señor England se acercó a mi lado y miramos a Saul. Estaba aferrado a las sábanas, con los nudillos blancos. Tenía manchas rojas por el esfuerzo en las mejillas y la boca muy abierta. No dije nada, tan solo apoyé una mano fría en la de él y unos minutos más tarde se oyeron pisadas y un bastón en el pasillo. El propio Champion Greatrex entró en el cuarto

acompañado por otro hombre anciano de barba corta y gris y un gran bigote.

—Powell le echará un vistazo, Charles —anunció el señor Greatrex con ambas manos apoyadas en el bastón. Le dirigí una mirada y comprobé lo bajo que era, y delgado como un niño, aunque la barba larga le daba aspecto de mago.

El médico se acercó a Saul, le tomó una mano con la suya llena de manchas oscuras y miró el reloj con el ceño fruncido. Hizo una mueca.

—Demasiado pastel, imagino. El asma gástrica es un efecto secundario habitual del crup espasmódico.

—El niño padece asma bronquial, señor —informé.

El médico me ignoró.

—Mucho descanso, chico. No hay nada más que hacer. Deberías tumbarte para ayudar a la digestión.

—¿Le ayudaría un cigarro? —preguntó el señor England.

—No le haría daño, pero puede estimular los sentidos. Mejor que no.

El señor England se metió la pitillera de plata en la chaqueta.

—Nuestra niñera le ha pedido a mi mujer que trajera cuencos con agua caliente.

El médico lo examinó por encima de las lentes, como si yo no estuviera allí.

—¿Para qué?

—El vapor es más fácil de inhalar, señor, y abre los pulmones —respondí.

—Tonterías. Solo le haría sudar la fiebre, pero no tiene. El ácido estomacal es la causa de esto. No será el único niño de aquí en enfermar, con tanta indulgencia. —Cerró la ventana con un manotazo decisivo—. No he traído mi maletín, pero iré a casa y volveré en una hora.

El anciano señor Greatrex había permanecido en silencio en la puerta. La sujetó para que pasara el médico y los dos hombres se marcharon.

—Señor —dije en voz baja—, usted sabe que no es gástrico. La indigestión no provoca este tipo de asma.

—El médico ha dicho que debería tumbarse —indicó el señor England.

—Señor, está equivocado. El señorito Saul ha de estar elevado para que el aire circule por sus pulmones.

—¿Equivocado? —No ocultó su sorpresa—. El doctor Powell es el médico del señor Greatrex. Ha servido a la familia durante cuarenta años.

—No pretendo desautorizarlo, señor…

—Y, sin embargo, lo hace. —Había un asomo de sonrisa bajo su bigote—. Dígame, señorita May, ¿qué estudios médicos tiene usted?

Tragué saliva.

—Trabajé tres meses en un ala infantil, señor, en el hospital Charing Cross.

Miró pensativo a su hijo.

—Tres meses —repitió—. ¿Importa el origen del asma?

—Sí, señor. El señorito ha de sentarse derecho para que el oxígeno pueda circular y el vapor le ayudará a respirar. Habría que ventilar bien la habitación hasta que llegase el agua. Con todo eso, debería de pasar en una o dos horas.

Me escuché a mí misma, lo terca que estaba mostrándome. Solo en una situación como esta me atrevería a hablarle así. Mientras Saul seguía con dificultades, el señor England me observaba colocar las almohadas detrás de él, con el corazón acelerado. En ese momento regresó la señora, silenciosa como un ratón y con expresión afligida.

—El doctor Powell dice que nada de vapor —le informó él a su esposa.

Ella se quedó parada en la puerta.

—Pero la señorita May no está de acuerdo.

Lo miró a él y luego a mí.

—También nos ha dicho que hay que tumbar a Saul. De nuevo, la señorita May piensa que ella sabe más. —Esbozó una sonrisa renuente, aunque la situación estaba lejos de resultar cómica—. ¿Qué piensas tú, Lilian? ¿Deberíamos de obedecer al médico con cuarenta años de experiencia? ¿O a la niñera con un mes?

En su rostro revolotearon varias expresiones y yo permanecí en

silencio junto al cabecero de la cama. Abrió la boca, pero no dijo nada y miró a Saul con ojos hambrientos y desesperados.

—Hijo, te dejo con tu niñera y tu madre —se despidió el señor England y le acarició la cabeza—. Espero que te mejores pronto.

Sus pasos se alejaron por el rellano y la señora England y yo nos quedamos en silencio. Los sonidos lejanos de alegría entraron por la ventana, que había vuelto a abrir del todo. Decidí que, si iba a perder mi empleo, al menos salvaría la vida del niño.

—Me voy a equivocar —murmuró la señora England.

—¿A qué se refiere, señora?

Cruzó la habitación para sentarse junto a su hijo y le tomó la mano. Era el gesto más íntimo que le había visto con él.

—¿Por qué está en desacuerdo con el médico?

—Señora, claro que sé que él tiene más experiencia que yo. Pero ha dicho que los síntomas de Saul son debidos al exceso de indulgencia cuando yo he visto lo que ha comido en el almuerzo: solo ha tomado un poco de ternera y unas patatas. Estaba demasiado emocionado para comer.

—El doctor Powell es el médico de mi abuelo. Nos conoce desde hace años. Creo que deberíamos seguir su consejo.

Cerré los ojos.

—Si lo tumbamos, no va a poder respirar.

—¿Qué sabe usted?

—No tanto como el doctor Powell, señora. Pero el hospital donde trabajé trataba a niños con enfermedades respiratorias y el vapor y el aire fresco era lo que usaban. Había un sanatorio, como una especie de casa con calor donde iban si estaban mal.

Me miró como si estuviera hablando una lengua extranjera. Unos segundos después, alguien llamó a la puerta y llegó una criada con el agua.

—No la devuelva —le pedí a mi señora—. Deberíamos de aumentar la humedad, le prometo que ayudará. Es peor aquí con el humo del carbón, es un milagro que alguien pueda respirar.

Dos criadas dejaron las palanganas y cuencos con agua caliente; todo lo demás se estaba usando en la fiesta, así que habían reunido lo

que habían podido de las habitaciones y la cocina. Ahora que estaban aquí, cerré la ventana y el vapor empañó el cristal enseguida. Tomé dos sillas de habitaciones cercanas para la señora England y para mí y nos sentamos al lado de la cama de Saul, una frente a la otra. Ella le aferraba la mano a su hijo y apenas dijo nada, le miraba la cara y le apartaba el pelo rubio de la frente. Su estado no había mejorado, pero tampoco había empeorado. Dio la sensación de que no había pasado el tiempo cuando volvió el doctor Powell con su maletín, acompañado por el señor England. Miró los cuencos, que las criadas habían rellenado ya una vez, y su boca desapareció bajo el bigote.

—Llévese eso —exigió el doctor.

Yo dudé y el señor England se dio cuenta.

—Señorita May, llévese esos cuencos de inmediato.

Saqué el que tenía más cerca al pasillo, conteniendo las lágrimas, y me encontré con una ayudante de cocina que subía por las escaleras del servicio con el hervidor. Le pasé la palangana y le pedí que se la llevara. Ella parpadeó, confundida, pero hizo lo que le pedí. Mientras el doctor Powell rebuscaba en su maletín, dejé el resto en la puerta del dormitorio. Saul yacía tumbado en la cama, retorciéndose de dolor y sin aliento mientras su padre le sujetaba los brazos. Yo estaba recogiendo el último balde cuando el doctor Powell colocó la punta de una jeringa grande en la garganta pálida de Saul.

—¡No! —grité sin pensar.

El médico se volvió, sorprendido, y me miró a los ojos por primera vez antes de desviar su sorpresa hacia el señor England.

—Señorita May, salga de inmediato de la habitación —me ordenó con un tono que nunca le había escuchado. Me fulminó con la mirada, pero yo di un paso hacia la cama.

—Señor, mi lugar está con los niños.

—Su lugar está donde yo diga —bramó—. Vaya abajo.

Miré a la señora England, que estaba de pie junto a su hijo con la misma expresión de incredulidad y horror.

—No mire a la señora, ¡váyase!

—Quiero… a… la… señorita… May —resolló Saul.

—Señor, por favor.

—¡No debo tener distracciones! —gritó el doctor Powell.

—¿Qué está inyectando? —supliqué.

—¡Señorita May!

El médico le clavó la jeringa a Saul en el cuello y el desagradable sonido de la punción nos dejó a todos sin habla. Saul se atragantó y luego gimoteó ruidosamente mientras el doctor Powell bajaba el émbolo. El niño miraba el techo con ojos desorbitados. Después de lo que parecieron varios minutos, el médico retiró la aguja, que brillaba con sangre oscura. La cabeza me daba vueltas y busqué con la mano el armario para recuperar el equilibrio.

—Los resultados han de ser instantáneos —informó el doctor Powell mientras limpiaba la aguja con un pañuelo—. Le he inyectado una solución diluida de cocaína, que disminuirá el dolor en los pulmones y estimulará el cerebro para que produzca más oxígeno.

Saul se aferró la garganta y tragó saliva, pero no hizo ningún sonido; era como si hubiera olvidado cómo respirar. El doctor Powell puso una compresa en la herida de la punción y le indicó a la señora England que se hiciera cargo. Su maletín estaba abierto en el suelo, lleno de frascos e instrumentos, y lo cerró con un chasquido.

—Regresaré en una hora, una vez que haya hecho efecto por completo. Mientras tanto, preocúpense de que esté cómodo.

—Gracias, doctor —le dijo el señor England. Sin decir nada más y sin mirarnos a su esposa ni a mí, acompañó al médico afuera y cerró la puerta con firmeza.

En el silencio que siguió, el sonido de las festividades comenzó de nuevo. Casi había olvidado que se estaba celebrando una fiesta fuera. Metí los brazos por debajo de las axilas de Saul y, con cuidado, lo senté. No opuso resistencia y respiraba entrecortadamente.

—El médico ha dicho…

—Señora England, nunca he oído hablar de que se inyecte cocaína en la garganta de un niño. La cocaína se utiliza para el alivio del dolor y la fiebre, no para el asma. —Estaba a punto de echarme a llorar y ella calló al verme. Acerqué la silla a la cama y lo miré de cerca.

—¿Qué hacían en el hospital para el asma?

—Vapor, señora. Como ya le he dicho.

—Entonces vuelva a intentarlo.

La miré.

—Pero el señor England…

—¡Maldito sea! Cerraré con llave la puerta si tengo que hacerlo. Solo diga que lo traigan.

Entregué el mensaje en la cocina y me disculpé con la criada molesta que acababa de llevarse los cuencos uno a uno. Las escaleras de la cocina estaban al final de un pasillo largo donde un busto de mármol de Champion Greatrex descansaba sobre un plinto delante de una ventana con vistas a los terrenos. Los invitados de la fiesta eran pequeñas manchas marrones en el paisaje verde y reparé, sobresaltada, en el tiempo que llevaba sin ver a Millie y a Charley. Corrí escaleras arriba y pregunté a la señora England si deseaba que regresara a mis tareas con los demás, pero sacudió la cabeza. La ayudante de cocina llegó con una olla llena seguida por otra chica, que se había derramado agua hirviendo en los brazos. La ayudé a dejarlo todo en el suelo y las dos hicieron dos viajes más. Cuando habían traído el último cuenco y el ambiente estaba cargado de vapor, volví a sentarme en mi sitio y vi a la señora England mirar la puerta. Se levantó, se llevó la silla con ella y la colocó bajo el pomo antes de volver a sentarse de espaldas a la puerta.

—Que no… traiga… la aguja… —gimoteó Saul.

—No —le aseguré—. No va a hacerlo.

Mientras le limpiaba el sudor del pelo húmedo, Saul acabó durmiéndose. El cielo se oscureció fuera y no teníamos lámpara, pero no me atreví a pedirle a la señora que se moviese de su sitio. Mantuvimos la vigilancia mientras la luz se apagaba.

—Yo no quería venir hoy —comentó.

Me removí en el asiento.

—Usted no sabía que sucedería esto.

—Siempre pasa algo.

—Debería de haberlo vigilado más de cerca.

—Es por mi culpa —dijo sin rastro de autocompasión—. A veces me pregunto si estoy maldita.

No sabía por qué iba a ser culpa de ella y no podía imaginar que el

señor England la acusara sin motivo. Había muchas cosas que deseaba preguntarle: qué había escrito el señor Sheldrake en su carta, por qué la encerraba su esposo en su habitación. Por qué sentía tanto desprecio por toda su familia. Por qué era, como había dicho su madre, una pelusa arrinconada, frágil y solitaria. Por qué no venía nadie a la casa. Por qué no salía ella nunca.

—Yo no creo en las maldiciones, señora.

—Ha actuado usted en su contra.

—¿Del médico?

—No.

—Lo siento, señora. Sentí que tenía que hacer lo correcto.

Entrecerró los ojos, pero no con malicia. Siempre me miraba con una especie de asombro, como si yo fuera un rompecabezas que resolver.

Al fin se marcharon los invitados y empezó la limpieza. La gente se dirigió a sus carruajes y trenes, arrastrando a niños cansados y pensando en la cama y en los restos de la despensa.

El médico regresó por la tarde. Intentó entrar en la habitación y la encontró cerrada. Pidió que lo dejáramos pasar, pero le aseguré que el niño se había recuperado y estaba dormido. Le sugerí que volviera a probar en media hora. Aceptó y se marchó.

Cuando Saul respiraba profundamente, la señora England, sin apartar la mirada de él, dijo:

—Quiero quedarme aquí con él.

—¿Desea que salga, señora?

—No, me refiero a que quiero quedarme aquí, en Crow Nest. Con Saul.

—Por supuesto. ¿Quiere que yo vuelva a Hardcastle House con los demás?

Asintió. Se mordió el labio y miró a su hijo, cuyos párpados aleteaban por los sueños.

—Ya he perdido a Decca —musitó en voz baja—. No puedo volver

a pasar por ello.

—Pero el señor England dijo que fue idea de usted enviarla a la escuela.

Me miró directamente a los ojos.

—¿Y lo creyó?

—Iré a buscar a los demás. —Me levanté y me ajusté el delantal.

—Charles la escuchará si se lo dice usted. Haga que parezca que ha sido idea de él.

—¿Señora?

No dijo más y siguió mirando a su hijo.

Las lámparas y los faroles iluminaban las carpas y les conferían un aspecto inquietante. Encontré a Millie haciendo figuras de sombras con sus primas y a Charley dormido en el regazo de una tía. Varias personas preguntaron por Saul mientras me abría paso entre las sillas hacia el señor England, a quien encontré sentado junto a media docena de hombres. Tenían delante botellas de vino y de brandi abiertas y el mantel estaba manchado de rojo oscuro.

—Señor —murmuré al acercarme.

—Ah, señorita May —exclamó—. Caballeros, ella es Ruby May, la niñera de nuestros hijos.

Los hombres me miraron y algunos asintieron. Vi cómo bajaban la mirada y fingían no reparar en mí.

—Es del Instituto Norland, de Londres. Una escuela de niñeras, ¿han oído hablar alguna vez de algo así? La señorita May nos mantiene a todos en orden, ¿eh?

—Señor, ¿puedo hablar un momento con usted?

—¿Cómo está mi hijo?

—El señorito Saul ha mejorado un poco —respondí, consciente de la atención del grupo—. Pero a la señora England le preocupa que el viaje a casa de esta noche pueda resultar peligroso.

—¿Qué ha dicho Powell?

—Que es un riesgo —mentí.

El señor England lo pensó y los hombres que lo rodeaban torcieron los bigotes. «Haga que parezca que ha sido idea de él».

—¿Por qué no se queda aquí una semana o dos? ¿Qué piensan

ustedes?

—Suena razonable —respondió uno.

—¿Y la señora England? —pregunté.

—Supongo que debería quedarse también por un tiempo.

—Lo que desee, señor. Me encargaré de que envíen sus cosas.

Golpeó con el cigarrillo el fondo de una copa de vino.

—Estaré soltero sin mi esposa —murmuró—. Usted volverá a Hardcastle, por supuesto. Con los otros dos.

—Sí, señor.

—¿Entonces ha funcionado el vapor?

Parpadeé y lo miré a los ojos, suaves y neutrales.

—Eso parece, señor.

—Vaya a buscar a los niños, señorita May. Enviaré a buscar el carruaje.

14

Cuando tenía nueve años, llegó la feria a Balsall Heath y padre nos llevó a mis hermanos y a mí. Hacía frío, era finales de otoño o ya invierno, y estaba oscuro cuando salimos del piso. Madre se quedó en casa, embarazada de Elsie. La feria estaba montada en el campo de críquet, al lado del puente de las vías del tren, y unos faroles alumbraban las atracciones y los puestos atestados de gente. Dimos una vuelta juntos y después padre nos dio un penique a cada uno para que lo gastáramos como deseáramos. Yo me compré una manzana con tofe y mis hermanos se dispersaron como canicas para jugar. Había un carrusel, centelleando y girando a la luz del fuego, los caballitos pintados hipnotizaban con sus pelajes de color arcoíris. Mi padre y yo nos quedamos un rato allí mirando. Le tomé la mano y levanté la cabeza para sonreírle, para transmitirle que no me importaba no poder subirme, que me bastaba con mirar. Sus dedos estaban flácidos en los míos y miraba adelante con la expresión vacía que solía llevar cada vez con más frecuencia, como si se hubiera olvidado de cómo sonreír. Le brillaban los ojos y los caballos danzaban dentro de ellos.

Me desperté cuando el carruaje se detuvo. Charley estaba dormido

en mi regazo y la cabeza de Millie se bamboleaba en mi hombro. El señor England sonrió cuando volví en mí.

—Lo siento, señor.

—No tiene que disculparse. Es tarde.

Apagó la lamparita del techo y nos apeamos.

—¿Quiere que los acompañe con el farol, señor E.? —preguntó Broadley.

—Yo lo haré, Broadley, gracias. Buenas noches.

—Buenas noches, señor.

Tomó en brazos a Millie, que volvió a hundirse en el olvido, con los brazos colgando, y aceptó el farol de las manos de Broadley. Lo seguí por el río y por la oscura colina, bostezando, con Charley en mis brazos como un peso muerto. Tilda había dejado una sola lucecita en el vestíbulo y se había ido a la cama. Los habitantes de la casa habían disminuido; primero se había ido Decca, luego Blaise, ahora Saul y la señora England. Mientras subía al bebé por las escaleras, tuve la incómoda sensación de haber olvidado algo y pensé en cuánto tardaría en acostumbrarme a tener dos niños en lugar de cuatro.

El señor England entró delante de mí en el cuarto y dejó a Millie encima de su cama. Le quitó los zapatos y yo desvestí a Charley, que lloriqueó un poco antes de quedarse dormido. Cerré la cortina de encima de su cuna y me moví a la cama de Saul. Su osito de lana marrón se desplomó sobre los cojines y lo enderecé de nuevo.

Mientras yo arreglaba las sábanas, el señor England se sentó en el edredón. Había sido el primero en quedarse dormido en el carruaje, unos minutos después de partir de Crow Nest. Su imagen me conmovió: la boca abierta debajo del bigote, el rostro relajado y tranquilo como el de un niño.

—Ya puedo encargarme yo, señor —le aseguré.

—¿Cuándo va a volver Saul? —preguntó Millie somnolienta y se quitó las medias.

—Muy pronto —respondí y me acerqué a ayudarle.

—¿Ha ido al mismo lugar que Decca?

—No, la señorita Decca está en la escuela, ya lo sabes. El señorito Saul y tu madre se van a quedar en la casa de tu bisabuelo hasta que

Saul mejore. —Le puse un camisón y le pedí que se tapara.

—¿Por qué está papá aquí?

Le subí las mantas hasta la barbilla.

—Quería acompañarte a la cama.

—Buenas noches, papá.

—Buenas noches, Millie.

Satisfecha, la niña se giró y se puso de cara a la pared.

—Es muy atenta, señorita May —murmuró el señor England—. Me temo que los niños se han olvidado ya de la señora Nangle.

Me invadió otra oleada de cansancio. Sonreí y me alisé el delantal. Deseaba que se marchara a su habitación para poder colgar mi ropa y dormir.

—¿Señorita May?

—¿Sí, señor?

—¿Soy un buen patrón?

Su tono melancólico me sorprendió. Miré a Millie y hablé en voz baja.

—Sí, señor.

Él alcanzó el osito de Saul.

—¿Soy un buen padre?

—Por supuesto, señor.

—¿Era bueno su padre con usted?

Una pausa.

—Lo era, señor.

Suspiró, parecía cansado.

—Mi padre estaba resentido conmigo.

—Estoy segura de que no es verdad, señor.

—Mi madre murió el día después de mi nacimiento. Mi cumpleaños siempre le traía mucha tristeza. Yo tenía diez años cuando se casó otra vez. Mi madrastra tenía solo dieciocho años, era una niña. No sabía ser una madre conmigo y luego llegaron sus hijos propios.

Escuché la respiración de Millie y me alivié al oír que era profunda y lenta.

—Cuando volvía a casa de la escuela, no me dejaba jugar con mis hermanos y hermanas. Es muy desafortunado no sentirte bienvenido

en tu propia casa. Ser una carga. Una vez le regalé un silbato a mi hermano James por su cumpleaños y ella lo arrojó al fuego. Dijo que los silbatos eran para los perros. Murió cuando yo tenía veinte años, en el parto. Mi padre nunca se recuperó. —Arrugó el ceño con la mirada fija en la pared.

—Siento escuchar eso, señor. ¿Qué fue de él?

—Se casó una tercera vez. Una mujer mayor, una viuda. Lo he invitado a la casa, para que vea a los niños, pero nunca ha venido.

Millie se movió y suspiró.

—Mírelos —dijo—. Qué paz. A salvo con su niñera en la habitación.

—Debería irse a la cama, señor. —Reprimí un bostezo.

—¿Haría una cosa por mí, señorita niñera? ¿Me llevaría a la cama?

El bostezo murió en mi garganta. Me pareció que no lo había oído correctamente.

—¿Disculpe, señor?

—Lléveme a la cama, señorita May.

Tragué saliva.

—No sé a qué se refiere, señor —susurré.

Le ardían los ojos con intensidad y la luz titiló dentro de ellos.

—Me gustaría que se ocupase de mí, como hace con los niños. No tema, solo quiero que me cuide. Lo hace muy bien.

Siguieron varios segundos de silencio y el temor me invadió al comprender que hablaba en serio.

—Por favor. —Pronunció las palabras con tono bajo y grave, como la primera tecla de un piano.

Pasó una eternidad durante la cual nos miramos el uno al otro. Sabía que había estado bebiendo, pero no parecía ebrio. Pensé en la señora England, a kilómetros de distancia en Crow Nest, y en Tilda, dormida encima de la cocina; las habitaciones del servicio no formaban parte de la casa principal.

Me pasó despacio la luz y, con mano temblorosa, la acepté. Ya no estaba cansada, pero sí alerta mientras lo conducía desde el cuarto de los niños por el rellano oscuro hasta su habitación.

Me quedé en la puerta.

—¿Quiere que le traiga algo de la cocina, señor? —Qué calmada sonaba cuando el corazón me latía tan rápido.

—Agua caliente y whisky, por favor. Solo un chupito.

—¿Dónde guarda el whisky, señor?

—En mi estudio. El armario de la derecha.

Bajé con la lamparita y me dirigí a la cocina oscura. La señora Mannion había dejado masa fermentando debajo de un paño; su libro de recetas estaba cerrado en la encimera, salpicado de manchas. Esperé con los dientes castañeando a que el agua hirviera, abrazándome el cuerpo mientras la mente me daba vueltas. La casa estaba en silencio. Me deslicé hacia la trascocina oscura, encima de la cual dormía Tilda sola. Un tramo de escaleras subía por la pared del fondo y, despacio, las subí y probé el pomo de la puerta. Como todas las puertas de la casa, esta también estaba cerrada con llave. Llamé suavemente y susurré el nombre de Tilda, pero solo había silencio. Volví a tocar y esperé medio minuto, pero estaría dormida profundamente o habría salido. Volví a la cocina, donde el hervidor burbujeaba, y llené una taza. A continuación, me dirigí al estudio para buscar el whisky. Allí, la lámpara arrojaba una luz tenue sobre el papel pintado de color crema, la madera de caoba brillante y los ceniceros de cristal. Fui hasta el fondo, hacia el armario. Había una llave dentro de la cerradura, pero la puerta estaba entreabierta. Encontré el decantador y vertí un poco en la taza, arrugando la nariz por el olor. Las sombras se agolpaban al borde de la luz y pensé en Elsie y en lo que me habría dicho que hiciera.

—Deja la bebida fuera de la habitación y pronuncia con voz firme un «buenas noches». Después ve al cuarto de los niños y cierra la puerta con llave.

La firmeza de mi voz me ofreció cierto consuelo. Pasé junto al magnífico escritorio barnizado y me detuve cuando algo captó mi atención. Volví a mirar el desastre de papeles y lo vi: una sola línea escrita con letra apretada asomando debajo de un volumen negro y grande. Ladeé la cabeza para mirar mejor y sentí como si alguien me vertiera un vaso de agua fría por el cuello. Antes de poder soltar la taza para mover el libro, un crujido encima de la cabeza me dejó

paralizada. Me quedé inmóvil dos segundos, tres, cuatro. Me pitaban los oídos y entonces salí del estudio al pasillo.

—¿Señorita May? —El señor England estaba en lo alto de las escaleras con una lámpara.

—Ya voy, señor.

Se había puesto la ropa de dormir. Me observó mientras subía las escaleras y me guio por el rellano hasta la habitación, donde volví a detenerme en la puerta.

—Aquí tiene, señor.

—Déjelo ahí.

Señaló la banqueta que había al lado de su cama. Lo dejé con cautela y retrocedí con la luz.

—¿Algo más, señor?

—Antes me comentó que el doctor Powell había dicho que suponía un riesgo traer a Saul a casa.

Tragué saliva y vi el asomo de una sonrisa.

—No fue así como sucedió. Me informó de que le había negado usted el acceso. Que el niño estaba dormido y no quería que lo molestara. —Aguardó unos segundos—. ¿Le pidió mi esposa que me dijera eso, señorita May?

No dije nada. La luz titiló y arrojó sombras en la pared.

—¿Le pide mi esposa a menudo que me mienta, señorita May?

—No, señor.

Se sentó apoyado en el cabecero de la cama y flexionó las piernas.

—Siéntese, por favor. —Señaló los pies de la cama. Me senté de modo que estuviéramos dispuestos como una enfermera y un paciente.

—Creo que estaba preocupada por el señorito Saul, señor.

Él asintió.

—¿Sabe? Lo llamé así por el rey de Israel. Creí que le daría fuerza.

—Estoy segura de que se recuperará, señor.

El señor England me miraba fijamente.

—Hoy me ha desafiado usted.

Transcurrieron varios segundos de silencio. El corazón me latía con fuerza en el pecho y no sabía dónde mirar. «Ha actuado usted en su contra», me había dicho la señora England. La cara de Sim revoloteó

en mi cabeza; ella me habría apoyado, sé que lo habría hecho. *Por encima de todo, su trabajo es mantenerlos con vida.*

—Me alegro de que lo haya hecho —continuó en voz baja, íntima —. No me asusta admitir la derrota. Puede que le haya salvado usted la vida. Mis hijos tienen suerte de tenerla.

El alivio me embargó y aferré la lámpara con las dos manos.

—Hoy ha demostrado su temple, señorita May. ¿De dónde lo ha sacado?

—No lo sé, señor.

Había dejado la taza encima de la pila de libros, en la banqueta junto a su cama. La alcanzó y le dio un sorbo, moviendo el libro de arriba del montón. Devolvió la taza a la pila.

—Cuando hablamos en su primer día y me contó su interés en moldear a los niños para convertirlos en buenos seres humanos, dijo algo sobre el mármol. ¿O era el lienzo?

—Ambos, señor.

—¿Me lo recuerda?

—Mi directora decía que la mente del niño es un material más preciado que el lienzo, más exquisito que el mármol.

Él sonrió.

—Extraordinario. Yo mismo estoy interesado en el asunto de las mentes y el debate en torno a la naturaleza y la crianza. ¿Está familiarizada con el polímata William Dalberg? —Levantó el libro.

—No, señor.

—Sus principios examinan el origen de nuestras personalidades: si hemos nacido impresionables, el lienzo del que habla usted, o si estamos predispuestos a ciertos… comportamientos. Tomemos como ejemplo a los criminales. —Los ojos le brillaban—. Dalberg cree que la naturaleza es el agente principal de nuestro desarrollo desde el nacimiento, que algunos de nosotros tenemos más inclinación a la criminalidad que otros. Su investigación demuestra que los padres aportan una cuarta parte cada uno y los abuelos, una dieciseisava parte.

Aguardé en silencio.

—Eso podría sugerir que los convictos engendran convictos. ¿Me

sigue?

—Creo que sí.

—Y que, para que la descendencia del convicto pueda vivir una vida libre de crímenes, ese individuo tendría que enfrentar tres cuartos de su ser al cuarto que es… malo. —Susurró la palabra y noté un escalofrío—. Debe ser difícil. Imposible no, pero sí difícil. —Le dio un sorbo al whisky—. Se ha quedado perpleja, señorita May.

—No tengo la cabeza para ciencia, señor.

Sonrió.

—Disculpe. Corro el peligro de matarla de aburrimiento.

—En absoluto, señor.

—Solo he sacado el tema por su interés en el alienismo. ¿Qué opina de Crow Nest?

—Me parece espléndido.

—¿Ha estado alguna vez en un lugar así?

—No, señor.

—Yo tenía la edad de Saul más o menos cuando lo vi por primera vez.

—¿Conocía a los Greatrex de pequeño?

—Mi padre era su abogado. Me convertí en una especie de primo para ellos. Pasé muchas tardes felices allí, corriendo por los terrenos. —Se encontraba en una suerte de ensoñación y mi mente divagó y pensó en el escritorio desordenado de su estudio—. Está cansada. Siento retenerla.

—No pasa nada, señor.

El miedo y la inquietud de los últimos minutos desaparecieron. Estaba paranoica: por supuesto que no estaba escribiendo a mi padre. Era una carta de otra persona la que había visto abajo. Por supuesto, dos hombres, diez, mil, podían tener una letra similar. Lo único que me había pedido el señor England era que le llevara una bebida y me sentara con él un rato; no había razón para despertar a Tilda. ¡Imagina que hubiera abierto la puerta! ¿Qué le habría dicho? ¿Que el señor quería una copa? Estaba delirando por el cansancio y me levanté para marcharme.

—¿No va a darme un beso de buenas noches?

Sonreí, pensando que bromeaba, pero no apartó sus ojos oscuros de mi cara. Pensé en él dormido en el carruaje, leyendo en la cama mientras su esposa dormía en la habitación de al lado, sin nadie con quien hablar de sus libros. Lo imaginé de pequeño, corriendo por los jardines de Crow Nest, llegando a casa cansado y feliz, y que su madrastra lo recibiera con palabras crueles, con miradas duras. Antes de pensar en lo que estaba haciendo, crucé la habitación y deposité un beso casto en su cabeza. Olía a aceite capilar y a tabaco, y se me revolvió el estómago. No se movió, no parecía respirar, y despacio me retiré, perpleja por lo que había hecho. No podía soportar mirarlo, consciente de sus ojos oscuros, encendidos con una energía que yo no comprendía.

—Buenas noches, señor.

Regresé a la habitación de los niños, cerré la puerta y deseé poder tragarme la llave.

—¿Tiene el sueño profundo, Tilda? —le pregunté mientras descargaba la bandeja del desayuno a la mañana siguiente.

—Estoy muerta para el mundo —respondió—. ¿Por qué? ¿Llamó a la puerta?

—Sí —dije mientras cortaba la tostada de Charley—. Estaba… buscando algo en la cocina.

Giró la bandeja en la cadera.

—Lo siento. Las visitas tienen que aporrear mi ventana con un mazo. —Era la primera vez que bromeaba conmigo, pero no fui capaz de sonreír—. La señora Mannion me ha contado lo del señorito Saul —añadió—. Espero que esté bien.

—Lo estará. Lo que me recuerda algo. ¿Puede hacer una maleta para la señora y yo hago otra para Saul? Broadley se las llevará a Crow Nest esta mañana.

—Iré ahora. ¿Lo ha encontrado entonces?

—¿El qué?

—Lo que andaba buscando.

—Sí, gracias.

—Bien —dijo un momento después—. Mejor me pongo a ello.

Antes de que los niños se despertaran, abrí mi baúl a la suave luz del amanecer. Lo primero que hice fue abrir la lata de té y buscar los sobres, que seguían ahí, cerrados y atados con un cordón, intactos. Los matasellos se extendían como manchas de sangre en las esquinas. Después saqué una hoja limpia de papel y me metí en la cama; hacía frío en el dormitorio, pero el fuego podía esperar diez minutos más. *Querida señorita Simpson*, escribí. Aguardé el tiempo que tardó en formarse una gota de tinta en la punta del bolígrafo.

—Señorita May, necesito pipí —dijo Millie desde la cama.

Arrugué el papel y lo dejé en la chimenea. Saqué el orinal.

Después del desayuno, me dieron ganas de salir de la casa. Esperé a oír la puerta principal y vi por la ventana al señor England cruzar el patio con el sombrero y el abrigo. Esperaba y temía al mismo tiempo que viniera al cuarto de los niños. Atenta a cada crujido, a cada murmullo, se me cayó el cubo de cenizas en la chimenea y tuve que limpiarla mientras Charley lloraba en su cuna.

Puse a los niños la ropa de calle y dejé a Charley con un panecillo en el carro. Cuando estaba en la cancela, donde siempre me costaba maniobrar con el carro, oí una voz.

—¿Por qué no usa la puerta de atrás?

Me sobresalté.

—Señor Booth, me ha asustado.

Se acercó a ayudarme. Levantó el carro por el estrecho espacio y bajó el escalón.

—Los niños usan la puerta principal —respondí.

—¿Quién lo dice?

—Yo. Me temo que el señorito Saul no se encuentra aquí.

—Oh, ¿dónde está?

Rompí a llorar.

—¿Qué sucede?

Millie corrió a mi lado, con los ojos marcados por la preocupación.

—Lo siento.

Busqué un pañuelo. El señor Booth me pasó el suyo, le di las

gracias y me lo llevé a la cara. Olía a jabón de alquitrán y me vino a la mente una imagen de Blaise ocupándose de su colada, canturreando en una cocina soleada.

—Es el asma. Enfermó ayer en la fiesta. Se quedará una semana o dos en Crow Nest. Lo siento, debería de haber enviado una nota.

—Pero ¿lo ha visto un médico?

—Sí, sí, aunque espero que no vuelva. —Me guardé el pañuelo—. Se pondrá bien. Lo siento —repetí—. No debería llorar delante de los niños.

—¿Por qué no? Los niños lloran más que nadie. —Se volvió hacia Millie y le dijo con voz alegre—: Señorita Millie, ¿por qué no llevamos a tu niñera a dar un paseo para animarla?

—Seguro que tiene cosas mejores que hacer.

—Está equivocada. ¿Señorita? —Le tendió un brazo a Millie, quien lo aceptó, riendo, y comenzamos a caminar juntos—. ¿A dónde vamos?

—¡A la cascada! —gritó Millie.

—Está lejos —protesté.

—A la cascada, pues.

Pasamos por el patio del molino y levanté la mirada a las ventanas.

—¿Cómo fue la fiesta? —se interesó el señor Booth.

—Eh, fue…

—¿Se ha quedado sin palabras esta mañana?

Sonreí.

—Nunca he estado en nada parecido. El alcance fue inmenso, no me puedo hacer una idea de la cantidad de comida que pidieron.

—¿Y qué pasó con el señorito?

Me detuve.

—¿Qué quiere decir?

—Ha dicho que ha sido el asma.

—Ah. —Le hice un resumen y me ahorré la parte de la inyección y lo que sucedió después de eso.

Dejamos el bullicio del molino atrás y pasamos por el estanque, donde varios patos flotaban tranquilos.

—¿Podemos darles de comer? —sugirió Millie.

—No tenemos pan —respondí—. Tal vez la semana que viene.

Nos alejamos de los humos del carbón y nos adentramos en el santuario del bosque, donde el aire era fresco y frío.

—No tiene allí su silla de baño —señaló el señor Booth—. Se la llevaré a Crow Nest.

—Es muy amable por su parte. Seguro que le gustará.

Millie corrió por delante para buscar hongos y el señor Booth le acarició la barbilla a Charley.

—He oído que va a ser padre.

Alzó la vista para mirarme y luego la apartó.

—Así es.

—Enhorabuena —dije, pero sonó vacío.

—Gracias.

—¿Cómo está la señora Booth?

—La señora Booth. La primera persona que me viene a la mente cuando dice eso es mi madre. Está bien. —La cocina soleada; la colada. Imaginé al señor Booth regresando a casa con su cartera, posando la mano en su vientre, los labios sobre los de ella.

—¿Para cuándo esperan al bebé?

—Febrero.

Me sorprendió.

—No queda mucho.

—No queda mucho —repitió. ¿Qué fue lo que me dijo la noche antes de la boda? «Está muy verde, señorita May».

Caminamos por la zona más llana de la ribera. A nuestro alrededor, el bosque cambiaba de color; los árboles estaban perdiendo sus hojas, que caían al suelo, donde quedaban pegadas por las ruedas del carro. Cada vez que salíamos a pasear, tenía que limpiarlas después en el guardarropa, pero hallaba una satisfacción extraña en la tarea de retirar la tierra.

Llegamos a los escalones de piedra, parecidos a enormes dientes planos en la boca ancha del río. Como no tenía a Saul para competir con él, Millie se lanzó hacia ellos y, unos segundos después, el señor Booth se le unió. Fingió que la perseguía y ella saltaba gritando de una roca a otra.

—Cuidado —le pedí.

—Señorita May, venga a saltar con nosotros —gritó Millie.

Le gustaba tenerme para ella sola y yo también debería de haber disfrutado de ofrecerle más atención, pero una parte de mí sentía que la ausencia de los otros dos era un fallo mío. Nerviosa e irritada, me quedé en la orilla, meciendo el carro.

—Millie, por favor, vuelve ahora mismo.

—¡No es profundo!

El señor Booth llegó al otro lado y dio media vuelta. Saltó sobre los escalones y se lanzó a la pequeña bahía de arena donde a veces buscábamos pececillos.

—Millie, vuelve, por favor.

Se resbaló y gritó, pero no se cayó, y en unos segundos el señor Booth estaba a su lado. La alzó sin problemas y la llevó hasta la orilla.

—Te he dicho que volvieras —grité y sentí calor en las mejillas mientras le pasaba las manos por las enaguas, que estaban secas—. Podrías haberte ahogado.

—No me he caído —lloriqueó.

—No, pero podrías.

El señor Booth le guiñó un ojo.

—Nadie se ha hecho daño.

Les di la espalda y empujé el carrito. La cascada Horseshoe rugía por encima del constante chorro del río y caía sobre riscos y piedras dentadas para unirse al agua más abajo. El terreno que rodeaba la cascada era una masa de piedras destrozadas, como si alguien las hubiera golpeado con un enorme martillo, y de pronto pensé en Tommy Sheldrake.

—Señor Booth —me dirigí a él mientras miraba a Millie abriéndose paso por las rocas—. ¿Conoce a Tommy Sheldrake, el herrero?

Bajó las comisuras de los labios.

—No lo conozco bien. Creo que está cortejando a una de las primas de Blaise. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada. Invitó a los niños a ver la forja hace unas semanas.

—Muy amable por su parte.

—¿Quién es la prima de Blaise?

—Una chica llamada Lucy. Es cajera en el banco.

Abandoné el tema y me quedé pensativa.

—No parece usted misma, Ruby. —Había esperado a que Millie se alejara más antes de usar mi nombre y sentí que algo se derrumbaba en mi interior.

Suspiré.

—Solo estoy confundida.

—¿Sobre qué?

—Muchas cosas.

—Adelante.

—Estoy preocupada por Decca, aún no me ha escrito. Y por Saul. Debería haber estado vigilándolo de cerca, pero me encontraba a varios metros cuando sucedió. Tendría que haber evitado que se cansara, haberme quedado con él.

—No podría haber hecho nada. No tiene ojos en la nuca y usted misma ha dicho que estaba bien —insistió—. Está preocupada, es todo.

—Tengo la sensación de que… —Miré a Millie, que saltaba entre las rocas con los brazos abiertos como alas—. No importa.

—¿La sensación de qué?

—De que algo no está bien aquí.

Fui consciente de los ojos del señor Booth sobre mí y pareció contener la respiración.

—¿A qué se refiere?

—En la casa. Con la familia.

—Ah. —La palabra aterrizó como una roca.

—¿A qué creía que me refería?

Me miró con fijeza y me recordó tanto al señor England la noche anterior que me aparté de él.

—¿Va todo bien, Ruby?

—No. Pero no sé qué hacer. No puedo dejar mi empleo.

—¿Por qué no? Aunque no deseo que se vaya, por supuesto.

Se produjo un silencio incómodo.

—Prometí a mi directora que me quedaría, pasara lo que pasare.

He peleado por este trabajo. Ella no quería enviarme aquí, no creía que pudiera encargarme de cuatro niños, y prácticamente le supliqué que me dejara venir. Y ahora dos de ellos no están aquí. Y, con toda sinceridad, no estoy segura de que deba abandonarlos.

—¿Por qué dice eso?

—¡Una rana! Señorita May, ¡he visto una rana! —El grito de júbilo de Millie me devolvió a mi ser.

—Olvide lo que he dicho.

El señor Booth dio un paso hacia mí.

—Ruby, yo…

—¡Señorita May!

—Ya voy. —Dejé al señor Booth con el carro y di unos pasos en dirección a las rocas. Me volví un momento—. Lo siento, ¿qué decía?

Una expresión ilegible le cruzó el rostro y desapareció.

—Nada. —Esbozó una sonrisa tan falsa como la mía.

15

Esperamos en el salón hasta las cinco y media, cuando ya había quedado claro que el señor England no iba a acudir a ver a los niños. Yo miraba por la ventana, pero no había luz en el patio, ningún farol alumbraba el camino. Tomé de las manos a Charley y lo llevé a la cocina.

—Señora Mannion, ¿sabe dónde está el señor?

—Avisó de que estaría fuera hasta la tarde. Estoy preparando una cena ligera para cuando vuelva.

La sopa burbujeaba en el fuego y espolvoreó en ella pimienta. Se limpió las manos en el delantal y alcanzó la lata de las galletas. Les ofreció a los dos niños una galleta de jengibre y Millie le dio las gracias.

—No me avisó de que iba a salir. —Traté de no sonar tan decepcionada como me sentía—. He preparado a los niños.

—Es todo lo que sé, me temo. Tomad, otra para la cama.

Les dio otra galleta y volvió junto a la hornilla. Dejé que Charley caminara hasta los pies de las escaleras. Recordé entonces algo y lo dirigí de vuelta a la cocina.

—Señora Mannion, ¿ha llegado hoy correo?

—No que yo sepa. La señora se encarga de eso. Pregunte a Tilda si ha llegado algo. Lo habría puesto en la mesa, imagino.

Aparte del habitual jarrón con banksias secas, la mesa del vestíbulo estaba vacía. Pasamos junto al estudio y recordé lo que había visto la noche anterior.

—Millie, ¿puedes llevar a Charley al salón?

Lo tomó de las manos como una titiritera y se fue con él. Cuando dobló la esquina, probé el suave pomo de latón de la puerta del estudio; no estaba cerrada con llave.

La habitación estaba siempre en penumbra, sin importar la hora del día, con una luz verde que se filtraba del bosque. Desde la puerta vi que la mesa estaba ordenada, no había papeles en la superficie y el libro negro no estaba a la vista. Di un paso vacilante al interior cuando oí un golpe en la habitación de al lado, seguido de un llanto.

En el salón, Charley estaba tirado en la moqueta junto a la banqueta volcada del piano, llorando.

—¡No se quedaba sentado! ¡No paraba de intentar bajarse! —gritó Millie.

—De acuerdo. —Levanté al bebé y lo mecí—. Ya, ya. Estoy aquí.

La puerta principal se cerró con fuerza.

—Será vuestro padre —les dije a los niños, aliviada por que no me había encontrado en su estudio por unos meros segundos. Pero no oí el sonido de los pasos ni sus silbidos. Salí al vestíbulo y vi al señor England de pie en la puerta, con el sombrero en las manos. Tenía los ojos oscuros preocupados y una oleada de una emoción profunda me atravesó el pecho.

—Buenas tardes, señor.

—Buenas tardes. —Miró escaleras arriba y seguí su mirada. Vi a la señora England subiendo. Hubo un segundo de silencio.

—¿Olvidamos empaquetar algo, señor?

Él sacudió la cabeza.

—¡Papá! —Millie se aferró a él.

Sentí un frío repentino.

—¿Es por el señorito Saul?

—No. Señorita May, ¿puede llevarse a los niños a su habitación? Me temo que no puedo asistir a nuestra reunión de esta tarde.

—Sí, señor. Ahora mismo, señor.

La puerta de la cocina se abrió y apareció Broadley con un baúl al hombro.

—¿Quiere que lo suba, señor E.?

—Gracias, Broadley.

Separé a Millie de su padre y llevé a los niños al dormitorio. Metí a Charley en su cuna y me arrodillé junto al fuego para atizarlo. El cubo de carbón estaba casi vacío y le pedí a Millie que se pusiera la ropa de dormir mientras yo bajaba. En el rellano, la puerta de la señora England estaba entreabierta.

—Tilda, ¿es usted? —oí su suave voz.

—La señorita May, señora.

—¿Puede pedirle a Tilda que me prepare un baño?

—Sí, señora.

—Gracias.

Bajé apresurada y pasé junto al estudio del señor England de camino a la cocina. La puerta estaba abierta y me detuve en seco. El señor estaba sentado a su mesa con la cabeza en las manos. No parecía haberme oído y lo observé, inmóvil, aún sosteniendo el cubo de carbón.

Bajó las manos por la cara, como si se limpiara el polvo y la mugre de todo el día. Yo seguía sin poder moverme y nuestras miradas se cruzaron. Esbozó una sonrisa, aunque pareció costarle un gran esfuerzo.

—¿Le traigo algo, señor?

Sacudió la cabeza y se levantó de la silla para acercarse a mí.

—Es muy buena conmigo —dijo y cerró con suavidad la puerta.

Me dieron ganas de llorar, quería saber qué era lo que causaba su aflicción.

Me recompuse, bajé a la bodega a por carbón y a continuación fui a buscar a Tilda, que estaba limpiando la cubertería en el comedor. Estaba absorta, canturreando, y no me oyó llegar. Decidí no molestarla y prepararle yo misma el baño a la señora.

Metí a Millie en la cama con un cuento y comencé la laboriosa tarea de preparar el baño: subir el agua y vaciarla en la bañera. Comprobé la temperatura con el codo, como hacía con los niños, y saqué una pastilla nueva de jabón y una toalla limpia. Ordené los utensilios de afeitado del señor England en el lavamanos y bajé la luz de las lámparas de la pared para dejar un brillo agradable antes de dirigirme a la habitación de la señora.

La puerta seguía entreabierta. Llamé y le indiqué que el baño estaba listo.

—Gracias, señorita May —fue su respuesta suave.

Aguardé allí. Deseaba preguntarle qué le había traído de vuelta a casa, por qué no había venido Saul con ella. El día anterior me había dado la sensación de que había cambiado algo entre las dos; tal vez solo había sido el cambio de lugar, porque la señora England se había vuelto a cerrar al mundo, como un libro. A mi lado, la puerta de la habitación del señor England estaba cerrada. Imaginaba qué diría ella si supiera lo que había sucedido, lo dolida que se sentiría. Me hormigueaba la piel por el remordimiento, y algo menos familiar, más peligroso, se internó en mi cuerpo, en un lugar dónde nunca antes había sentido nada.

—¿Cómo está el señorito Saul, señora? —Miré por el hueco la cama de hierro y el edredón de color crema. «Lo hacen como conejos en celo». Sacudí la cabeza.

—Está mucho mejor. Volverá a casa en una quincena.

—Me alegra oírlo, señora. Si necesita algo más, avíseme.

—Gracias.

En el cuarto de los niños, Millie se había quedado dormida sentada. Le retiré el libro del regazo y lo dejé bajo la cama. El fuego estaba extinguiéndose y caí en la cuenta de que me había dejado el carbón en la trascocina. Mejor ir a buscarlo ahora que por la mañana.

En el rellano me encontré a la señora England de camino al baño. Se iba sujetando a la moldura, como si buscara apoyo, con una mano en el vientre. De inmediato me olvidé de mis cosas y me acerqué a ayudarla. Le ofrecí el brazo.

—Señora, ¿se encuentra bien?

—Estoy bien. Sufro todos los meses. —Era tan frágil, no me había dado cuenta de lo delgada que se había quedado.

—La señora Mannion está preparando sopa, si lo desea.

Esbozó una sonrisa débil.

—Tal vez más tarde. Gracias.

Cerró la puerta y yo me quedé en el rellano, oyendo el tintineo distante de las cucharas de Tilda. Fui a buscar el carbón, pero antes de encerrarme en el dormitorio de los niños a pasar la noche, no pude evitar detenerme en lo alto de las escaleras. Algo no iba bien, había un miasma en el ambiente. Me acerqué de puntillas al baño y bajé el ojo derecho a la cerradura. Cerré el izquierdo. Vi la tapa enrollable de la bañera, la pequeña banqueta con la toalla y el jabón. El vestido rosa de la señora England, el que había llevado a la fiesta, estaba tirado y, primero un pie pálido y luego el otro se alzaron del suelo.

Miré debajo de mí y me arrodillé. El carbón sonó en el cubo y contuve la respiración. Oí un suave chapoteo de agua y vi una pierna, un trasero, una espalda. Se movía con dificultad; descendió y se agarró a los lados de la bañera. Tenía la piel del color de la leche y el pelo le caía por la espalda como una cortina dorada. Como una cascada.

Me aparté. ¿Qué diablos estaba haciendo ahí agachada y espiando por la cerradura? Pensé en lo que diría Sim si me viera y me invadió la vergüenza.

Querida Elsie:

¿Recibiste mi última carta? Te preguntaba si madre había recibido el giro postal. Confío en que haya llegado. El empleado de la oficina de correos me aseguró que así sería. Si no, iré a preguntar. Te mando otra postal de Harcastle Crags, como te prometí. La casa recibe el nombre por los riscos, creo. No se atisba en la

imagen, pero son del color del tofe y muy altos. A los niños les gusta jugar ahí y se esconden en los agujeros. A veces saltan y me dan un susto. No he abierto la carta de padre, pero me avisarás si era algo importante, ¿verdad? Por favor, escríbeme en cuanto recibas esto para que sepa que tenéis el dinero.

La familia para la que trabajo asistió a una fiesta el fin de semana y había alpacas que acariciaron los niños. Son criaturas de aspecto curioso: bastante suaves y peludas con cuellos largos y cuerpos cuadrados. Creo que proceden de Perú. Espero que te encuentres lo bastante bien para volver pronto a la escuela. No me gustaría que te quedaras por detrás de los demás.

Os mando todo mi amor a ti y a los chicos,
Ruby

El llanto de Charley me despertó y me devolvió a la superficie de un sueño turbio. Ni una brisa de aire movía las cortinas, pero el río resonaba suave más abajo. Charley se había calmado ya y se había vuelto a dormir. Me puse bocarriba y aparté el cieno de pensamientos y recuerdos que habían perturbado mi sueño. «Es muy buena conmigo». Pensé en su cuarto iluminado por la lámpara, la taza humeante a un lado. El susurro de su traje de dormir, el olor de su pomada. Le di la vuelta a la almohada y noté el algodón frío en la mejilla. Me tomó la mano. «Ruby, yo…». No, ese había sido Eli junto al río. ¿Qué era lo que iba a decir?

Charley tosió. Yo estaba de cara a la pared y abrí los ojos, consciente ahora del olor a sulfuro, como si hubieran dejado abierta una tubería de gas. El olor era débil, se mezclaba con el aire fresco de la ventana, y desapareció cuando me senté en la cama. Con el ceño

fruncido, me agaché para examinar el soporte de la pared que había por encima del cabecero y pegué la nariz a la pantalla de cristal. El hedor no era intenso y tampoco oía ningún silbido. Abrí la puerta y comprobé las luces del pasillo y del cuarto de juegos. Estaban todas las válvulas cerradas, las tuberías en silencio, pero el olor era inconfundible. Corrí hacia la casa principal.

En el rellano, el hedor a sulfuro me golpeó en la cara. Me acerqué a todas las lámparas de la pared y a los apliques del techo. Todos estaban cerrados y también los del baño. Llamé a la puerta del señor England, gritando, y después a la de la habitación de la señora. El señor England salió primero al rellano con la ropa de noche mientras se ajustaba una bata. Llevaba en la mano una lámpara apagada.

—¡No, señor! —Se la quité y la dejé en el aparador—. ¿Señora? —Volví a aporrear la puerta.

—¿Qué diablos pasa?

—El gas, ¿no huele el gas? No sé de dónde viene.

—Santo cielo.

El señor England desapareció en su habitación y vi, desde la puerta, que alcanzaba la esfera de la luz del techo, la olía y la encendía y apagaba—. Esta no es.

—La habitación de la señora entonces. O puede que sea abajo.

Corrí a la habitación vacía que había en la parte delantera de la casa. El cuarto estaba oscuro y frío, con un poco de hollín en la chimenea. La luz de la luna entraba entre las cortinas abiertas.

Volví al rellano y golpeé la puerta de la señora.

—Señora England, ¡despierte! No encienda la lámpara. —No me importaba estar en camisón delante del señor, con el pelo despeinado y gritando como una loca—. Tiene que abrir la puerta, señor.

Entonces comprendió y entró en su habitación. El olor era cada vez más fuerte. Me puse de rodillas y pegué la nariz a la ranura que había bajo la puerta. La arrugué de inmediato.

—¡Señora England! —Tosí y traté de contener la respiración.

Un momento después, el señor England estaba al lado de la cerradura con una llave de latón pequeña. Abrió la puerta. La habitación estaba impregnada del olor a gas y me sentí mareada. La

cabeza me daba vueltas y me llevé una mano a la boca. La señora estaba dormida, su cuerpo ligero apenas formaba un bulto bajo las mantas.

—Lilian. —El señor England la sacudió, pero estaba inmóvil como una muñeca de trapo—. Lilian, despierta.

Le quitó el edredón y la tomó en brazos mientras yo corría hacia los soportes de la pared. El aplique de la pared opuesta a la cama siseaba suavemente, un sonido que apenas era audible por el ruido del río. Por suerte, la señora dormía con la ventana abierta. Cerré la válvula y abrí más la ventana.

El señor England la sacó de la habitación y yo cerré la puerta del dormitorio al salir. Me dirigí entonces al ropero y coloqué un puñado de sábanas en la parte de debajo de la puerta. Abrí a continuación todas las ventanas de la planta de arriba.

Millie se despertó al oír el chirrido de la hoja de la ventana y se sentó con la cara arrugada por el sueño y la confusión.

—¿Qué está haciendo? —me preguntó.

Me acerqué a Charley, que dormía plácidamente con los puños por encima de la cabeza.

—Shh, vuelve a dormirte.

—Siempre me dice que vuelva a dormirme.

—Eso es porque es de noche.

—¿Por qué está la ventana tan abierta? Tengo frío. ¿Podemos encender el fuego?

—Esta noche no. La cerraré enseguida, pero tienes que dormirte primero.

Quité el edredón de la cama de Saul y lo puse encima de la de ella, pensando en todo momento en la señora England y su cuerpo de muñeca de trapo. En cómo llevaba horas durmiendo al lado de una tubería de gas con una fuga. Y en la dificultad que había demostrado para ir al baño, como si cada paso le causara dolor.

El reloj estaba dentro del bolsillo del delantal, que tenía colgado en un gancho. Eran las once y media. Las noches aquí eran largas y penetrantes. La casa de los Radlett se desconectaba como un juguete mecánico, crujía y suspiraba hasta quedarse dormida mientras las

ventanas se cerraban una por una, pero en Yorkshire el silencio era instantáneo, y la oscuridad, densa.

Millie se acurrucó contra mi cuerpo y me acordé de nuevo de Decca, a kilómetros de distancia, en una cama desconocida. ¿Estaría todavía despierta, pensando en nosotros? En los días posteriores a su marcha, lamenté no haberla acompañado al dormitorio y ayudado a deshacer la maleta.

La respiración de Millie se volvió pesada. El olor estaba desapareciendo ya y me estremecí al pensar en lo que podría haber sucedido si Charley no hubiera llorado. Cuando Millie estuvo dormida, la acomodé bajo las mantas y salí al rellano. No había ruidos en ninguna parte de la casa ni señal alguna de dónde había llevado el señor England a su esposa.

La encontré en el salón, tumbada en el sofá con el camisón. Estaba despierta y con los ojos llorosos, parpadeando a la luz tenue de la luna como una criatura subterránea. Oí pasos en el fondo del pasillo y apareció el señor England, que venía de la cocina con un vaso de agua.

—¿Está bien, señora? ¿Despierto a Tilda?

—No es necesario, enviaré a buscar al médico por la mañana —contestó el señor England y le dio el vaso a su esposa. Ella le dio un sorbo tembloroso—. ¿Están bien los niños?

—Sí.

La siguiente pregunta quedó en el aire como humo de tabaco. ¿Quién había dejado el gas abierto? Tilda encendía las lámparas por la noche, pero nadie esperaba a la señora England y esta había entrado en su habitación antes de que Tilda tuviera tiempo de prepararla, estaba segura. Yo no había entrado, solo había hablado con ella desde el rellano. ¿Había sido entonces una fuga? Tal vez lo había hecho Tilda cuando la señora estaba en el baño y, distraída, se había olvidado de cerrar la válvula. Broadley había subido su baúl, ¿habría encendido las luces?

El señor England estaba con los pies clavados en la moqueta, incómodo sin nada en las manos. Sabía que estaba deseando sacar una cerilla, llevarse un cigarro a los labios. Aparte de en Crow Nest, era la

vez que más deshecho lo veía.

—He abierto las ventanas de arriba —informé.

—Gracias.

La señora England se movió e hizo una mueca.

—¿Le preparo una cama aquí abajo, señora?

—Ya lo hago yo —declaró el señor England—. Pero vaya usted a por su bata y sus zapatillas.

—Sí, señor.

Encontré la bata de color melocotón colgada sobre la cama y, temblando, busqué las zapatillas de casa, pero no había nada en el suelo. El baúl que había preparado Tilda esa mañana estaba debajo de la ventana. Me arrodillé delante y lo abrí. La mayoría de las prendas estaban dobladas y encontré las zapatillas en una esquina, debajo de una hoja de papel llena de cuadrados de colores. Miré más de cerca, la sostuve a la luz de la luna y vi que eran sellos postales y que faltaba uno. Me parecía extraño que Tilda hubiera incluido sellos en la maleta. Los devolví al baúl, puse una manga por encima y dejé sus cosas en la oscuridad.

La señora pasó los siguientes días enferma y un médico la visitó y le diagnosticó intoxicación por gases. Dijo que no había ningún remedio, tan solo descanso y aire fresco. Estaba nauseabunda y mareada, y Tilda iba y venía de la cocina con orinales cubiertos con un paño. Aireamos la casa durante veinticuatro horas y acudió un ingeniero para comprobar las tuberías, pero no encontró ningún desperfecto. Cuando volvimos a encender los fuegos y las lámparas a la tarde siguiente, los niños y yo llevábamos el doble de ropa de lo habitual.

No llegó ninguna carta de Elsie ni de Decca, y empecé a sentirme incómoda, con náuseas, como si el gas también me hubiera intoxicado. El médico regresó para examinarnos a los niños y a mí, presionó el frío estetoscopio en mi pecho y le dijo al señor England que lo mandara llamar si alguno de nosotros empeoraba.

El tercer día esperé hasta que el señor England salió de la casa

para dirigirme a la habitación de la señora con Charley. Respondió cuando llamé a la puerta y la vi sentada en la cama. Había una bandeja con el desayuno intacto a su lado.

—Buenos días, señora.

—Buenos días.

Estaba pálida y parecía cansada, a pesar de que se pasaba la mayor parte del día durmiendo. Me acordé de los primeros síntomas de la señora Radlett, su malestar y aversión por la comida cocinada. La mente empezó a darme vueltas y pensé en qué sucedería si tuviera un quinto hijo. Tendrían que buscar a una niñera para el mes posterior al parto, pero ¿dónde dormiría? No había espacio para otra cama en el dormitorio de los niños. Sin embargo, me había dicho que sus periodos le causaban dolor, así que no podía estar en estado.

—¿Quería algo? —me preguntó.

—Me preguntaba si estaría usted lo bastante bien para visitar el cuarto de juegos hoy, señora.

—¿Para qué?

—Me ha parecido que le gustaría cambiar de aires.

Miró a su alrededor, pensativa.

—Supongo que no me hará daño.

—Solo si se encuentra usted bien.

—Iré después. ¿Le importaría pedirle a Tilda que me preparase un baño?

—Por supuesto, señora.

A las once y cuarto, apareció la señora con su bata de seda, jugueteando con el cinto. Millie se mostró tímida y cerró su cuaderno, en el que había escrito la palabra «oso» una docena de veces bajo mi dibujo cuestionable.

—He pensado que podríamos jugar al saco de historias —le dije a la señora England, quien se sentó en la mecedora.

—¿Qué es? —preguntó.

—¡Quiero enseñarle! —Millie alcanzó la funda de la almohada que

había llenado de objetos del cuarto. Me había pedido que cerrara los ojos para recoger cosas, y cuando me descubrió mirando de reojo, se puso a chillar.

—Metemos objetos al azar y agitamos. Después los sacamos y contamos una historia que los conecte —expliqué—. Millie, ¿te gustaría empezar?

Lo primero que sacó fue un soldadito de madera. Yo me coloqué junto a la chimenea, de espaldas al fuego, y entrelacé las manos.

—Había una vez, un soldado valiente llamado sargento Sonrojo —comencé. Millie se echó a reír y metió la mano dentro de la bolsa. Sacó un atizador.

—A quien retaron a un temible duelo con…

Sacó una taza de té de juguete.

—¡La reina del té! La reina tendría que tener mucho cuidado porque estaba hecha de porcelana y podía romperse fácilmente, así que pidió a todas sus teteras más temibles que se llenaran hasta los bordes de agua hirviendo y aguardaran en las murallas a que se acercara el sargento Sonrojo. Él llegó a la colina con su atizador…

Le hice un gesto para que sacara otro y rápidamente extrajo…

—¡La pieza de un puzle! Lo que el sargento Sonrojo no sabía era que el suelo era un puzle gigantesco y, de pronto, todas las piezas comenzaron a moverse a un lado y a otro, tratando de tirarlo. Él saltó adelante y atrás y se perdió cuando…

Millie volvió a meter la mano en la funda de la almohada.

—Un trompo enorme pasó zumbando y gritando: ¡Todos a bordo! Así pues, el sargento Sonrojo montó a horcajadas con su atizador como si fuera un caballo. Pero el problema era que solo daba vueltas y vueltas, y estaba más confundido que nunca, así que…

Lo siguiente que extrajo fue un lápiz.

—La reina del té se apiadó de él y dijo que lo convertiría en su nuevo cabo si firmaba el acuerdo. Él lo hizo con una floritura y…

Salió ahora el algodón que me había dado el señor England. Vacilé y me quedé callada. Dos pares de ojos me dejaron inmóvil, los de la señora England más sorprendidos que los de su hija. Charley se levantó en su cuna, se aferró a los barrotes y balbuceó.

—Señorita May, ¡no pare!

—Oh, no pare. —La señora England me dirigió una sonrisa tímida —. ¿Qué pasa a continuación?

Tragué saliva.

—Eh… el algodón… Oh. Ay, él tenía un elegante traje nuevo de algodón confeccionado con los colores reales, eh, azul y blanco. Pero luego lo dejaron bajo la lluvia y se oxidó, y ese fue el final del sargento Sonrojo.

—Pero tengo más cosas —protestó Millie.

—El final significa el final, señorita Millie. Suficientes aventuras para el sargento Sonrojo.

—¡Bravo! —La señora England aplaudió y sonrió. Tenía un tono febril, pero parecía encantada—. Ha sido maravilloso, señorita May. ¿De verdad lo inventa sobre la marcha?

—Sí, señora.

—¿Dónde ha aprendido a hacerlo?

—En casa. Para todos los niños.

Millie se acercó a su madre.

—¿Quieres hacer uno?

—Oh, no. No sabría.

—¿Por qué no?

—Yo no… —Vaciló—. Me temo que no tengo imaginación.

Millie se quedó confundida.

—Imaginación. Es, eh… cuando vas a algún lugar de tu mente y sientes que estás ahí de verdad.

—¿Como inventar cosas?

—Podría decirse.

—La señorita May dice que no debemos inventar cosas —declaró Millie con voz solemne.

—Y tiene razón. Pero en ocasiones está bien hacerlo si te hace sentir mejor.

Charley tiró un ladrillo de madera de su cuna y me acerqué para sacarlo.

—¿Quiere tomarlo en brazos, señora?

—No se me da muy bien.

—Es robusto, señora. No puede hacerle daño.

—Me temo que se me caerá.

—No, señora. Y si sucede, sobrevivirá. Va a ser un chico grande y fuerte. —Lo alcé por encima de mi cabeza y él chilló y pateó con sus piernas regordetas.

—No como su hermano. —La señora estaba mirando el espacio donde antes estaba la silla de baño, hasta que el señor Booth se la había llevado a Crow Nest.

—El señorito Saul es fuerte, a su manera.

Ella asintió y de nuevo pareció distante.

—¿Le parece bien que escribamos al señorito Saul?

—Por supuesto.

—¿Escribimos a tu hermano? —sugerí a Millie. El ramito de algodón estaba en la moqueta. Recogí los objetos y los devolví a la funda de la almohada.

—Sí —respondió la niña—. Y me gustaría escribir las palabras «oso» y «manzana».

—Seguro que le gusta mucho leerlas. Voy a buscar mi material. ¿Quiere escribirle una carta también usted, señora?

Algo en ella pareció desvanecerse.

—Lo haré esta semana. Yo me quedaré aquí sentada, mirando, si no le importa.

—Claro que no.

Saqué el material de escritura del baúl y Millie y yo nos sentamos a una mesa baja. La señora England se puso a Charley en el regazo y lo meció. El bebé se introdujo el pulgar derecho en la boca y se acurrucó contra ella; en unos minutos, se quedó dormido. Millie y yo trabajamos cada una a un lado de la mesa, yo escribiendo, ella dictando. El bolígrafo crujía y la lluvia golpeteaba las ventanas. Cuando me levanté para echar más carbón al fuego, comprobé que la señora England se había quedado dormida debajo de Charley, con un brazo alrededor del vientre del niño y otro aferrado al reposabrazos de la mecedora. La contemplé y pensé en mi madre, que se dormía a menudo después de haber tenido a Elsie y que no pudo alimentarla ella misma. Me pregunté si la señora England habría sido una madre

lactante, intenté imaginarla acomodada en un nido de cojines esponjosos con una bandeja de té plateada al lado.

El parto de Elsie no fue muy bueno. Hubo otros entre medias de los cinco, pero nunca los mencionábamos. Yo pensaba a veces en ellos, en los otros bebés, y sentía alivio de que hubieran ido al cielo, aunque también sentía culpa, pues no había espacio para ellos en Longmore Street. Elsie sobrevivió. Estaba amarilla y enfermiza, pero se aferró con fuerza a la vida y nos miraba con sus ojos como botones marrones. Yo estaba emocionada de tener una hermana. Padre la quería también; le hacía cosquillas en la nariz con una pluma y la hacía estornudar. Dormía en la cómoda de la habitación cuando era diminuta y yo tenía pesadillas en las que la dejaba dentro encerrada. Empecé a llevármela conmigo a la cama, a dormirme con su olor a leche caliente y jabón. Por la noche, cuando se despertaba, era por mí por quien lloraba, a mí a quien quería. En mí confiaba.

Había estrellas aquella noche. Había escampado y el cielo estaba lleno de ellas mientras yo yacía en el suelo, mirando hacia arriba. Hacía frío y había humedad, el pelo me goteaba por el cuello, pero no temblaba. No sentía el cuerpo.

—¿Cómo te llamas? —me preguntaron.

—¿Dónde está Elsie? —respondí. O eso ponía en los periódicos. Yo no me acordaba.

16

Pasé la mañana en la ventana, esperando a que llegara el cartero en su bicicleta.

—¿Qué está buscando? —preguntó Millie.

Decidí convertirlo en un juego.

—La primera que vea al cartero, gana. ¿Puedes vigilar mientras yo limpio las cosas del desayuno?

Cuando regresaba de la cocina, Millie bajaba corriendo las escaleras.

—¡Lo he visto! ¡He ganado! ¡Está aquí!

El cartero retrocedió de la puerta, sorprendido.

—Buenos días, señorita.

—Buenos días.

Me entregó tres cartas y le di las gracias antes de cerrar la puerta de forma abrupta. Las tres eran para el señor England.

—¡He ganado! —volvió a gritar Millie.

—Sí, has ganado. Bien hecho.

—¿Podemos jugar mañana otra vez?

—Buena idea.

Dejé las cartas en la mesita al recordar que el señor había dicho que su esposa era la encargada de distribuir el correo. Recordé también que ella me había entregado la carta de Elsie la mañana de la boda de Blaise y Eli, uno o dos días después de que hubiera llegado.

La señora se encontraba en su dormitorio, buscando entre su ropa. Llamé a la puerta y esperé.

—Discúlpeme, señora, pero no hay cartas para mí, ¿no?

Me miró por encima del hombro.

—¿Por qué pregunta?

—Estoy esperando una carta, pero no ha llegado.

Negó con la cabeza. tenía en las manos una chaqueta militar de un color azul claro con ribetes de color crema. Para tratarse de alguien que no iba a ninguna parte, tenía prendas de lo más atractivas.

—¿Ha preguntado al cartero?

—Acabo de verlo.

—Tal vez haya un retraso. —Me dio la espalda.

—Es una chaqueta muy bonita, señora.

—¿Esta? —La examinó con la cabeza ladeada y la devolvió al armario.

Vacilé. Había dejado a Charley en su sillita alta, manchado de tostada y mantequilla, y por un momento me pareció oírlo llorar.

—La señorita Millie y yo vamos a hacer una competición de trompos esta mañana. Tal vez quiera participar.

Sonrió.

—Me gustaría mucho.

No había nada en el correo de la tarde y tampoco a la mañana siguiente. Dormí a ratos, acosada por sueños malos y escenarios feos, y después del desayuno pregunté a la señora England si le importaba que fuera a la oficina de correos. Para mi alivio, me aseguró que podía e incluso se ofreció a cuidar de Charley. Los dejé en el cuarto de juegos y me llevé conmigo a Millie mientras le abotonaba rápido el abrigo y los guantes.

El señor England estaba en el patio del molino hablando con un caballero.

—¡Papá! —Millie corrió hasta él antes de que pudiera detenerla y me apresuré a alcanzarla.

—Señorita Millie, tu padre está trabajando.

Le agarré la mano y tiré de ella, pero el señor England parecía feliz de vernos. El otro hombre se volvió ante la distracción y me encontré con los ojos azul claro de Conrad Greatrex. Millie se mostró tímida y se abrazó a su padre.

—Buenos días, Millicent —la saludó el señor England. Tenía la mandíbula tensa—. ¿A dónde vas?

—A la oficina de correos —respondió. Su abuelo no le dijo nada y miró a su alrededor como si tuviera algún lugar adonde ir.

—¿Quiere que las lleve Broadley? —El señor England buscó el carro—. ¿Dónde está Charley?

—Con la señora England, señor.

Me dio la sensación de que iba a decir algo y que se lo estaba pensando mejor.

—¿Va a enviar una carta?

—No, señor. Espero noticias de mi hermana, pero no las he recibido aún. Voy a preguntar si hay retrasos o ver si tienen allí algo para mí.

—Ya veo. —Parecía perturbado por algo. A su lado, Conrad Greatrex destilaba impaciencia—. Señorita May, no estoy seguro de que sea responsabilidad de mi esposa ocuparse de los niños para que su niñera pueda estar al tanto de la correspondencia.

Hubo varios segundos de silencio. Abrí la boca para hablar, pero me hallé indefensible: tenía razón. Me ruboricé por la vergüenza y me obligué a mirarlo a los ojos.

—Lo siento mucho, señor. Regresaré a la casa.

—Está bien. Tome el carruaje y regrese inmediatamente después. —Posó una mano en la cabeza de su hija—. Y nada de arrastrar a la señorita May a la juguetería.

Apenas era consciente de mi alrededor, casi no oí sus palabras de despedida cuando los dos hombres se alejaron hacia el molino. Me

sentía tan humillada que me dieron ganas de llorar.

La visita a la oficina de correos fue infructuosa: el empleado estaba ocupado y se mostró muy impaciente, insistió en que no había retrasos ni correo pendiente. Extendió el brazo por encima de mi cabeza para tomar una carta de la persona que hacía cola detrás de mí, zanjando así nuestra conversación. Salí a la calle anonadada y me quedé un momento allí parada con Millie. Busqué a Broadley, que estaba donde lo habíamos dejado, delante de la sastrería. ¿En qué había estado pensando al enviar bonitas postales y creer que todo estaba bien cuando la última vez que había sabido de mi hermana era…? ¿Cuándo era? Ella no fechaba las cartas y yo tiraba los sobres. Al menos habría pasado una quincena. Pensé en el sobre beis que había junto a su carta y lo que podría contener.

Durante el trayecto de regreso a casa, me quedé mirando el bosque pasar veloz por la ventana. Millie estaba más callada de lo normal, resiguiendo con los dedos las flores del borde de su pañuelo, y comprendí entonces que tendría que haber enviado un telegrama a Robbie. Ahora ya no tendría otra oportunidad, a menos que me llevara conmigo a los dos niños en el trayecto de ida y vuelta de seis kilómetros y medio al pueblo.

Cuando estábamos a medio kilómetro más o menos del molino, adelantamos al señor Booth. Él levantó el sombrero y pareció sorprenderse de verme en la ventana. No me dio tiempo a saludar y, un momento después, había desaparecido. Estaba demasiado preocupada para pensar en qué estaría haciendo cerca de Hardcastle House cuando Saul se encontraba en Crow Nest.

«Depende de ti leerla o no. Madre dice que deberías hacerlo». Eso era lo que me había escrito. Sentí frío de pronto y me ajusté la capa alrededor del cuerpo. Esperaba que el señor England no estuviera en la casa.

—Señorita May, parece triste —señaló Millie.

Forcé una sonrisa.

—No estoy triste.

—¿Estaba buscando la carta de Decca?

—No, aunque habría estado bien tener una. ¿Le escribimos otra

esta semana?

—Sí. ¿Cuándo vuelve a casa?

—No volverá en un tiempo. En Navidad.

—Queda mucho para Navidad. No sé si quiero dormir sola hasta entonces.

—Cuando ella regrese ya te habrás acostumbrado a tener tu cama propia y no querrás compartirla.

No respondió y miró por la ventana con la barbilla alzada.

La señora England estaba sentada en la alfombra del cuarto de juegos al lado de Charley, construyendo torres con ladrillos de colores. Uno se cayó cuando entramos y Charley profirió un grito de emoción.

—Oh, querido —dijo la señora England, sonriendo. Puso mala cara al verme—. ¿No tenían sus cartas?

—No, señora. Voy a guardar los abrigos.

Entré en el dormitorio y cerré la puerta. Vacilé un momento antes de echar la llave. Temblando, me arrodillé junto a la cama y saqué el baúl. Extraje la lata negra de té con un viejo diseño de Horniman que solíamos vender en la tienda. En la tapa, una mujer pelirroja miraba una taza humeante como si tratara de descifrar algo en el vapor. La abrí en la alfombra y saqué el fajo atado con un cordón. Nunca había contado las cartas que había, pero esta vez lo hice: catorce, incluyendo la última. Casi dos por año.

Saqué la primera del montón. No tenía matasellos, solo una única palabra en el papel beis. Ruby. Me acordé de sus columnas temblorosas, los números que decía que se retorcían delante de él. Nunca aprendió la ortografía correcta de las palabras: *califlor, zanaorias, brécoli*. Aunque no importaba.

Con manos temblorosas, empujé con la uña del pulgar hacia la esquina y oí un suave desgarro. Alisé la pequeña solapa y la froté, como para volver a pegarla. Entonces, con un movimiento rápido, la abrí. La carta estaba doblada hacia dentro; sombras de palabras presionaban el papel y lo pellizqué para determinar cuántas hojas había: unas dos o tres. Por fin la saqué y la abrí.

Querida Ruby.

La cabeza empezó a darme vueltas y cerré los ojos. Cuando pasó la sensación, me obligué a abrirlos y examiné la primera página, pero las palabras volaban hacia mí como pájaros y no tenían sentido las unas al lado de las otras. Sostuve el papel a la distancia de un brazo y lo miré. Temblando con fuerza, le di la vuelta y miré la siguiente página, y entonces pasé a la última, firmada: *Con cariño, Arthur, tu padre.*

Volví a mirarla para asegurarme de que no me hubiera dejado nada. Me senté entonces con la espalda apoyada en la cama y cerré los ojos. No había sido acertado leerla con los niños en la habitación de al lado, con todas mis tareas por hacer hasta la hora de la cama. Me apetecía quedarme ahí sentada, en el suelo con la capa puesta hasta que el cielo gris se tornara negro y fuera hora de meterse en la cama. No sé cuánto tiempo permanecí allí. Estaba aletargada: demasiado vacía para llorar, demasiado agotada para sentir nada.

—¿Señorita May? —La voz de Millie llegó del pasillo. Intentó abrir, pero se encontró la puerta cerrada con llave. El pomo volvió a girarse y entonces otra voz:

—Millie, vuelve. Deja un momento a la señorita May. —Unos pasos retrocedieron por el pasillo y la puerta del cuarto de juegos se cerró.

Posé la cabeza sobre los brazos y cerré los ojos. «Enfermedad de los riñones».

No sé cuánto tiempo seguí allí. Después de dos minutos, tres, cuatro, rompí en pedazos el sobre y me los metí en el bolsillo de la capa. No sabía qué hacer con la carta. Cuando estaba cerrada, las palabras sin leer, podía fingir que no existía, como las otras. Pero ahora, con la tinta sangrando sobre la página… «Enfermedad». No había escondite para una palabra como esa en la habitación; era venenosa, como la fuga de gas, y acabaría ahogándome.

Oí un suave golpe en la puerta seguido de la voz de la señora, baja e íntima.

—Señorita May, ¿quiere que me lleve a los niños fuera?

Mi mente regresó de inmediato a la riña del señor England en el molino, su expresión oscura. Abrí la boca y la cerré.

—No, señora.

—No me importa. Solo deme sus cosas y puedo llevármelos a dar un paseo.

Me levanté del suelo y abrí la puerta. La señora England estaba en el pasillo oscuro y parecía preocupada.

—Los acompaño —dije, aunque era lo último que deseaba. Quería enterrarme debajo de las mantas y dormir.

—No tiene buen aspecto.

—Estoy bien.

Salir de la casa con el bebé tenía su propia rutina y seguí todos los pasos: atarle los zapatos de calle, aunque apenas pusiera un pie en el suelo; abotonarle la ropa dentro del abrigo y encontrar un gorrito. Millie se puso la chaqueta sin decir palabra. Sabía que pasaba algo, era muy extraño que su madre nos acompañara. Fui a buscar el carro al guardarropa y metí unas mantas limpias, pues el vestíbulo estaba a la sombra y hacía frío, y cualquier cosa que se dejara ahí acababa húmeda. Tomé un sonajero, un mordedor y una servilleta y una toalla limpias para las emergencias, además de una botellita de agua con corcho. Millie insistió en llevarse el juego de cartas Happy Families y se metió la baraja en el bolsillo del abrigo. La señora England comentó que parecía que nos íbamos una semana.

Salimos los cuatro, la señora England con un bonito abrigo azul y un sombrero de paja con un amplio lazo blanco. Pensaba que tomaríamos el camino habitual hacia el molino, pero ella giró a la derecha al salir de casa y seguimos un sendero discreto hacia el valle boscoso, compartiendo el peso del carro cada vez que se atascaba. En la cima plana se erigía una aldea enclavada en el páramo con el broche de azabache de una iglesia que había superado un siglo de duros inviernos norteños. Las calles de la aldea eran estrechas, las casas estaban hechas de la misma piedra de tono oscuro que la carretera, por lo que todo tenía una apariencia húmeda, marcada por la lluvia. Los páramos la rodeaban, bañaban las cabañas más alejadas en una marea de desolación. En la calle principal había un grupo de

niños con las caras sucias junto a una bomba de agua. Un niño pequeño se aferraba como un mono a la palanca, que movía arriba y abajo, desperdiciando el agua en el suelo. Nos miraron al pasar, el carrito adornado de plata, la señora vestida de miel y su niñera de azul. Una mujer de pelo oscuro que fregaba la puerta de su casa se volvió para seguirnos con la mirada. Detrás de las cabañas bajas, un cementerio envolvía la iglesia y pensé en lo desolador que debía de ser mirar las lápidas y el páramo solitario de más allá.

Enseguida dejamos la aldea atrás y todo cuanto teníamos delante era tierra y cielo. Sin más refugio, el viento nos azotó desde todas las direcciones y el cielo era de un gris oscuro.

—¿Dónde iremos si llueve? —pregunté.

—Bajaremos enseguida —respondió la señora England. Tenía las mejillas sonrosadas y el pelo se le soltaba de las horquillas. Había en ella una vivacidad que no había visto antes; me dio la sensación de que había perdido a la criatura pálida y triste de la casa y que, ante mí, había otra persona.

Poco después descendimos al valle, empujando con dificultad el carro por la ladera escarpada y evitando las dentadas rocas cubiertas de musgo del suelo. Antes de lo que esperaba, oímos el sonido burbujeante del agua que sonaba más fuerte con cada paso que dábamos.

—¿Ese es el río?

—La cascada Horseshoe —indicó la señora England.

Siempre me sorprendía al recordar que Hardcastle House era su hogar de la infancia. Me parecía la última persona que pudiera estar familiarizada con el bosque, pero se movía por los caminos y los pequeños arroyos claros como si los conociera muy bien. En casi dos meses, solo había salido de casa unas pocas veces y yo la había acompañado la mayoría de ellas.

Pronto llegamos al fondo del valle y al río marrón y rápido. Había un puente de madera de aspecto frágil que no había visto antes. Tenía calor y estaba cansada de empujar el carro entre las hojas mojadas. Me detuve en la orilla del río.

—¿Vamos a cruzarlo?

La señora England sonrió.

—¿Le da miedo?

—¿Hay otra forma? No sé si es seguro con el carro.

—No hay otro puente en más de medio kilómetro. Este es el camino a los riscos. El carro estará bien. Mire, es lo bastante ancho.

No sabía por qué habíamos elegido un camino tan largo en lugar del sencillo que pasaba junto al molino y por el sendero de herradura. Millie cruzó sola y esperó al otro lado. Con su cabello rubio y el abrigo y el sombrero marrones, se mezclaba con el bosque como si fuera una fotografía. Miré el agua, que había creído por las lluvias.

La señora England agarró el manillar del carrito.

—Yo lo llevo.

—¿De verdad es seguro?

—Lo he cruzado cientos de veces. A menos que prefiera dar la vuelta.

Pensé en lo que diría el señor England si su esposa le contara que de nuevo me encontraba indispuesta e incapaz de cuidar de los niños. Agarré el manillar, pero ella me apartó las manos.

—Yo lo hago. Así, si nos caemos, será mi culpa.

Me adelanté para ir primero. Las tablas eran resbaladizas, estaban cubiertas de musgo, y cuando había recorrido un tercio del camino me resbalé, pero me agarré con fuerza a la barandilla y recuperé el equilibrio. Miré a Millie, me concentré en su cara redonda y rosada, en su chaqueta beis, su pequeño sombrero de paja. El río corría como un tiovivo por debajo. En unos segundos todo terminó. Decidí que insistiría en regresar a casa por el camino habitual.

Ascendimos por el bosque y llegamos a los vastos riscos de color tofe, rodeados de losas planas y grises dispuestas como tablas, cubiertas de musgo, helechos y hiedras, como un templo abandonado a la ruina. Me dolían los muslos, los brazos protestaban mientras avanzábamos por el estrecho camino que atravesaba las rocas. La señora England se dio cuenta y volvió a encargarse del carro.

—Creo que es mejor dejarlo aquí y llevarlo en brazos —sugirió.

—¿Vamos a subir hasta arriba, señora?

—Deberíamos. Ya hemos llegado hasta aquí.

Levantó al bebé de las mantas y se lo colocó al hombro. Él miro a su alrededor, sorprendido.

—¿Es seguro con los niños?

—Muy seguro. Vengo aquí desde que soy una niña.

Suspiré y la seguí, y al fin las copas de los árboles descendieron hasta que estuvimos por encima y se expandieron ante nosotros en una gran alfombra marrón, rala en algunas zonas, con parches dorados y castaños en otras, con un ejército de hojas perennes cubriendo una parte del valle. Los helechos y los brezos lilas y grises tapaban los bordes afilados donde los riscos caían en el aire. Seguimos por el sendero serpenteante y llegamos por fin a la cima, donde una enorme roca se balanceaba de forma precaria en la cumbre.

En toda mi vida, no había visto una imagen más bonita. Habíamos alcanzado una altura inmensa y teníamos todo el valle ante nosotras, como una pintura, iluminado por la luz del sol. Un gran abismo se extendía entre los riscos y los páramos más allá, como si hubieran abierto dos cortes profundos en el paisaje y hubieran retirado un fragmento estrecho. Me quité el sombrero y el viento enfrió el sudor de mi cuero cabelludo.

—¿Echa de menos su casa? —me preguntó la señora England mientras observábamos el paisaje.

—No. Añoro a mi hermana y a mis hermanos. Verlos crecer. Están distintos cada vez que los veo.

—¿Cuándo fue la última vez?

—Hace más de un año.

Se quedó callada unos segundos y después habló:

—No siempre podemos estar ahí para aquellos a los que amamos.

Pensé en lo que querría decir y entonces prosiguió:

—Esto debe de resultarle muy diferente a Birmingham. No puedo imaginarme viviendo en una ciudad.

—Lo es —contesté—. Aunque vivíamos a las afueras. Nunca he estado en un lugar como este. Tengo que decir que no es como esperaba.

—¿Qué esperaba?

—No estoy segura, señora. No tuve mucho tiempo para pensarlo.

Millie se apartó de mí y empezó a recoger brezo. Le pedí que tuviera cuidado y que se mantuviera alejada del borde. La señora England sostenía a Charley con fuerza.

—Es como una pequeña urraca —comentó mirando a Millie—. Siempre recogiendo cosas.

La seguimos por allí, recolectando pequeños ramilletes de brezo, y vi a la señora England mirar una o dos veces las colinas baldías que se extendían en todas direcciones. Una ráfaga de viento la alcanzó desprevenida y le robó el sombrero de la cabeza; ella gritó y movió la mano para agarrarlo, pero salió volando por el borde de los riscos, hacia las copas de los árboles.

Se volvió hacia mí con el rostro invadido por la sorpresa. Me eché a reír.

—Lo siento, señora. No era mi intención reírme de usted.

Una sonrisa amplia le dividió el rostro y, en cuestión de segundos, Charley temblaba en sus brazos y nos miraba desconcertado a una y a otra mientras nos doblábamos de la risa.

—¿Qué es tan divertido? ¿Qué? —Millie tiró de nosotras, lo que nos hizo reír con más ganas.

La señora England se limpió los ojos.

—Oh, bueno, no importa. Al menos no era de mis favoritos.

—¿Quiere que bajemos a buscarlo?

—No —respondió, riendo—. Los riscos lo han reclamado.

Iniciamos el descenso, la señora England delante de mí con Charley mientras yo aferraba con fuerza la mano de Millie. En lo alto del sendero, eché una mirada rápida atrás para admirar el magnífico paisaje una última vez. Una mancha negra en el paisaje captó mi atención, en un lejano páramo al otro lado del valle. Vi el sendero para los burros de carga serpentear por delante y lo que parecía un patio largo y bajo al lado. Por la diminuta chimenea salía una espiral de humo azul y entonces entendí que se trataba de la forja de Tommy Sheldrake, solitaria entre los matorrales. La observé un poco más, como si en la distancia pudiera verlo a él salir con su delantal de cuero y llevarse una mano a la frente.

Por debajo de mí, la señora England se alejaba con su impecable

abrigo azul y la falda gris. El bosque había reclamado el bonito sobrero y llevaba el pelo castaño al viento.

17

—Gracias por haber preparado el baño la otra noche —me dijo Tilda. Estábamos en la trascocina ordenando la ropa mientras Charley dormía la siesta—. Ojalá contrataran a otra criada. Me vendría bien algo de ayuda.

—Ah, no fue nada. —Me colgué del brazo izquierdo las medias limpias—. ¿Por qué no lo hacen?

—No lo sé. Dinero, imagino. Le pregunté al señor E., pero dijo que tendría que encargarme yo por el momento.

Las dos hablábamos ahora más a menudo, parándonos en las puertas con bandejas, paños y orinales, aunque seguíamos mostrándonos vacilantes y corteses la una con la otra. Sabía que no habría sucedido si Blaise siguiera trabajando en la casa.

—Parecía indispuesta aquella noche —proseguí—. Me comentó que sufría con el periodo.

Tilda le pasó a Emily otra carga de colada.

—No ha tenido el periodo.

La miré.

—¿El otro día?

Tilda sacó un par de bragas de algodón con volantes de una pila y las levantó.

—Limpias como una patena.

Emily removía la ropa en el caldero de cobre de espaldas a nosotras y el pelo castaño asomando de la cofia. Fruncí el ceño y seguí apilando medias.

—Ah, quería preguntarle algo —continuó Tilda—. ¿Le pidió a la señora E. que cuidara de su correo?

Me quedé mirándola.

—No, ¿por qué?

—He encontrado un fajo en la mesita de su cuarto.

El corazón se me aceleró.

—¿Cómo dice?

—Un puñado de cartas, al lado de su cama. Eran todas para usted. Me pareció extraño, pero luego pensé que tal vez querría mantenerlas alejadas de los niños. No tiene mucha privacidad, ¿no? Aunque los pequeños no saben leerlas.

Tuve la sensación de que la habitación se deformaba a mi alrededor. Tilda me vio la cara y frunció el ceño.

—¿Se las ha ocultado?

Intenté recordar las veces que le había preguntado a la señora England si había correo para mí: al menos lo había hecho una vez. Emily siguió removiendo la ropa y el jabón en polvo flotó en el calor húmedo. Me picaba la nariz.

—¿Por qué iba hacer algo así? —preguntó Tilda.

—¿Está segura de que eran para mí?

—Si su nombre es Ruby May, sí.

Salí de la trascocina, crucé la cocina hacia el pasillo y subí las escaleras, despojándome de las medias por el camino. Del comedor llegaba el crujido de la cubertería y el susurro de un periódico, la señora England se encontraba allí comiendo. Su salud estaba ya recuperada y había regresado el apetito. Por un impulso, me dirigí directamente a la mesita que había junto a su cama y abrí el cajón sin importarme quién me siguiera o descubriera. Dentro había un revoltijo de objetos: marcadores de páginas, plumas estilográficas,

pañuelos. Una agenda fina del año anterior, un pasador de pelo roto, una pequeña bolsa de algodón con lavanda seca. Y debajo de todo eso, como si estuviera allí oculto, un fajo de sobres de diferentes tamaños, cinco o seis, todos dirigidos a mí, en Hardcastle House. Los saqué con cuidado, como si los ojos me estuvieran engañando. Ahí estaba la letra de Elsie, y la letra clara y rápida de Sim, y de nuevo la de Elsie. Y… se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Decca —susurré, acariciando su letra desordenada.

Una nube de confusión descendió, espesa y densa. ¿Cuánto tiempo llevaban ahí? El tiempo tenía la costumbre de detenerse en Hardcastle House, la única señal de que se movía era el frío, cada mañana más intenso, y la densa alfombra de hojas en el suelo.

Todas las cartas estaban cerradas e intactas. Las tenía en las manos, muda por la incomprensión, cuando un ruido me sobresaltó. La puerta se abrió despacio y, un momento después, apareció una cabeza dorada.

—¡Millie! —Exhalé un suspiro—. Me has asustado.

—Charley se ha despertado y tiene hambre.

—Ya voy. —Volví a meter las cartas en el cajón y lo cerré.

—¿Qué hace en la habitación de mamá?

—Buscando el sonajero de Charley.

—Está en la cuna.

—Ah, ¿sí? Gracias.

Invadida por el desconcierto y el alivio de que Elsie se encontrara bien para escribirme, me erguí y alisé el delantal. ¿Habría más? Miré a mi alrededor, pensando en otros posibles escondites. La idea de que me las hubiera ocultado… era demasiado inmensa para describirla con palabras, demasiado inmensa para resultar razonable. Consideré la posibilidad de que las hubiera dejado ahí para entregármelas y se hubiera olvidado de ellas. ¿O me las había ocultado por algún motivo?

Le pedí a Millie que fuera a lavarse las manos y salió hacia el cuarto. Antes de saber qué estaba haciendo, me puse de rodillas y miré debajo de la cama. Me levanté y fui al otro lado. Había pocas cosas en el cajón del mueble de la izquierda: monedas, un libro de bolsillo y una lata de aceite capilar, prueba de que el señor England

había dormido ahí en el pasado. En el tocador había una ordenada exposición de botes de cristal, bonitos frascos, cepillos, peines, un calzador. Una rosa en el interior de un pisapapeles.

Estaba temblando de rabia. Los England sabían lo de mi hermana, su salud, su discapacidad. Debían de saber que el papel, los sobres y los sellos no eran gratis para nosotras, que cada carta que enviábamos esperaba una respuesta. Había escrito a Elsie aterrada y eso seguro que la había confundido y preocupado. Volví a arrodillarme y saqué el baúl de la señora England de debajo de la cama, decidida a descubrir algo más, cualquier otra cosa. Tal vez lo sabía todo, tal vez lo había sabido todo este tiempo. El baúl no estaba cerrado con llave y dentro estaba aún su ropa de Crow Nest. Rebusqué entre seda, algodón y lino, buscando la suavidad fría del papel, la esquina afilada de un sobre, pero no había nada. Cuando terminé, su ropa quedó desordenada y cerré la tapa.

Había abierto la carta de mi padre sin motivo. Ocho años de distancia, de espacio y separación rotos sin razón; las capas que con tanto cuidado había superpuesto a mi alrededor estaban ahora hechas pedazos. Yo misma las había arrancado. Temblando, le di una patada al baúl para meterlo debajo de la cama y salí de la habitación, haciendo más ruido del que me importaba. Me quedé en el rellano, atenta a los sonidos del comedor: su conversación en voz baja, el tintineo de los cubiertos. La magnitud de su venganza era incomprensible. Sentí rabia e intenté calmarme. Había guardado un secreto por ella, uno que no comprendía del todo, ni siquiera vagamente, pero que había guardado de todos modos. Yo sabía de secretos y sabía también que uno llevaba a otro. Había sido una necia al pensar que ella no tendría más.

Hacía muy mal tiempo para pasear, así que pasamos la tarde en el cuarto de juegos y escenificamos un teatro de marionetas para Charley. Una mañana lluviosa, los niños y yo habíamos hecho un teatro en miniatura a partir de cajas viejas de zapatos y lo habíamos

decorado con los dibujos de Decca. Sabía que la señora England vendría al cuarto, nos visitaba ahora cada día, y a la una y media la oí acercarse por el pasillo. Aguardé a que llamara a la puerta; nunca esperaba respuesta y entraba directamente.

—Disculpen —dijo, sonriente, al ver lo que estábamos haciendo—. ¿Hay sitio para una persona más en el público?

—Sí, señora —respondí y sentí un repentino arranque de furia. Se sentó en la mecedora, detrás de Millie y de mí. Estábamos las dos arrodilladas junto a la mesa baja mientras Charley miraba desde el suelo, al otro lado.

Había tenido aproximadamente una hora para pensar, pero no había conseguido llegar a una conclusión, mucho menos una explicación. No obstante, era como si Elsie y Decca me llamaran desde la habitación de la señora. Siempre la había considerado cuerda y digna de confianza, aunque reticente y en cierto modo inútil como esposa y madre. Ahora, sin embargo, no estaba tan segura. Tal vez el señor England fuera la única persona que la entendía, que la conocía mejor que nadie.

Él había estado evitándome desde la noche de la fiesta. Una o dos veces lo había visto por la ventana acercarse a la casa o salir de ella. Me atormentaba la sensación de que había hecho algo malo, de que lo que había sucedido en su habitación había sido culpa mía. Que tendría que haberme controlado, que me había comportado de forma inadecuada. Aunque tenía el presentimiento de que su humor cambiante se debía solo en parte a mí; parecía ocupado y preocupado, como si algo lo inquietara.

Era incapaz de concentrarme en el espectáculo de marionetas, pero a Millie no le importaba o no se daba cuenta, porque siguió jugando sin desanimarse. Tenía dos personajes en nuestra obra: una princesa y un hada, y me había dejado a mí los personajes del rey y el marinero. Tan solo podía pensar en el muro que había pasado ocho años construyendo, reducido ahora a escombros. «Enfermedad de los riñones». Saberlo era una responsabilidad y yo ya tenía suficientes.

—Señorita May, ¡no está poniendo la voz!

—Tal vez el marinero quiera besar a la princesa ya —dijo la señora

England.

Millie juntó las dos marionetas de papel y yo tiré del cordón que habíamos hecho con un cojín viejo y que cerraba las cortinas.

—Es usted muy creativa, señorita May. —La voz de la señora estaba impregnada de calidez—. Me hubiera gustado tener una niñera como usted de pequeña.

—¿No tuvo ninguna, señora? —pregunté con tono frío al tiempo que recogía el juego.

—Solo una institutriz que compartía con mis hermanos.

Dejé las marionetas en su caja y las devolví al armario. Me puse a reordenar los juegos y juguetes que había dentro solo para no tener que mirarla.

—¿Sigue sin haber correo para mí, señora?

—No que yo sepa, me temo.

—Sin embargo —hablé despacio y noté la voz espesa en la garganta—, Tilda me ha mencionado que ha visto una carta dirigida a mí entre sus cosas personales. —Tenía la boca seca y me lamí los labios—. Ha pensado que podría haberla extraviado usted.

Se produjo un silencio.

—¿En mis cosas?

—Señorita May, ¿podemos jugar a los tigres?

—Sí, Millie. Deja que ordene primero.

—¿Una de sus cartas? —preguntó la señora England.

—Eso me dijo, señora.

—¿Le mencionó dónde? —Estaba confundida, perpleja.

—En la mesita de noche, creo. —Usé un tono neutral, pero el corazón me latía con fuerza.

Se levantó entonces de la mecedora y fue a mirar. Yo le limpié la barbilla a Charley, que estaba protestando; le pasé el mordedor y se puso a chuparlo mientras me miraba. Un minuto más tarde, la señora England regresó con el pequeño montón de cartas. Sabía que había seis sobres y los había traído todos. Tenía una expresión de puro desconcierto.

—No sé cómo han llegado ahí —comentó—. Debo haberlas puesto y haberme olvidado. —Tenía las mejillas y las puntas de las orejas

sonrojadas.

—Gracias, señora. —Las acepté de sus manos y procuré no sonar tan resentida como me sentía—. Seis. Esa es la letra de mi hermana. Y la de Decca. Ya me parecía que no era propio de ella no escribir. —Traté de sonar tranquila y serena, pero la señora England no parecía escuchar. Tenía los ojos empañados y una suave arruga entre las cejas.

Esperé una disculpa. Ella se dio cuenta y me miró a los ojos.

—Lo siento, señorita May. ¿Qué debe pensar de mí?

Tomé aliento.

—Está bien, señora. No pasa nada.

—No, pero ha sufrido usted mientras las esperaba. Y también hay una de Decca. —Parpadeó, confundida—. A mí no me ha escrito.

El señor England me había dado las gracias por ser amable con su esposa y ella ahora tenía los ojos marrones tan afligidos que sentí una punzada de compasión. Después de todo, no tenía sentido que ocultara cartas de su propia hija. ¿Por qué en esta casa parecía que el suelo se estaba moviendo siempre? ¿Por qué no sabía dónde me encontraba de un día para otro?

—Imagino que esta es para toda la familia. —La abrí.

—¿Qué dice?

Decca solo había escrito una cara de la hoja.

—Dice que comen macarrones los viernes y que está aprendiendo francés. Le gusta la profesora de francés, la señorita Patrice.

—¿Qué más?

Su caligrafía había mejorado un poco y sentí una punzada en el pecho.

—No mucho. —Me recordé a mí misma que, sin importar cómo me sentía yo, ella era la madre de Decca y yo no tenía ningún derecho sobre la niña—. Tal vez en la otra diga más.

Era todavía más breve y acababa con la frase: *Espero que llegue pronto Navidad.*

La señora England se retorcía las manos y me miraba a la cara, nerviosa.

—¿Qué dice?

—Puede leerla usted, señora.

Sus ojos se movieron por el papel.

—Oh, cuenta muy poco.

El subtexto dejaba muy claro qué le parecía St. Hilda a Decca. *Fue idea suya*, pensé. El resentimiento ardió dentro de mí y experimenté el profundo deseo de apartarme de la señora England, de ir a un lugar privado a leer las cartas de mi hermana. Después de tanto tiempo y con lo que sabía ahora sobre mi padre, era peor que una picazón que no podía rascarme. Incluso la pobre Decca palidecía en importancia, aunque supe que más tarde leería las cartas con cuidado y me sentiría asolada por la impotencia. Recordé los primeros días en Norland, cuando todo el mundo excepto yo parecía tener una amiga. Haber empezado tarde el trimestre, cuando las niñas habían contado con semanas para formar alianzas y organizar jerarquías, había obrado con toda seguridad en su contra.

Suspiré.

—¿Quiere quedárselas, señora?

—No, están dirigidas a usted. Esto es lo que temía —añadió en voz baja.

—¿Qué temías? —preguntó Millie. Estaba arrodillada junto a la mesa baja, dándoles el té a sus muñecas.

—Nada. —Una sonrisa titiló en la cara de su madre y desapareció.

—¿Hay una carta para mí?

—Decca nos ha escrito a todos —aseguré, animada—. Te echa mucho de menos.

—¿Cuándo podemos jugar a los tigres?

—Enseguida, señorita.

—¿Puedo tomar leche?

Charley estaba jugando alegremente en el rincón.

—Iré a por ella si vigilas a Charley por mí.

La señora England se levantó y se pasó las manos por la estrecha cintura.

—Esta tarde iré a Crow Nest.

—¿Quiere que la acompañemos?

—La próxima vez, tal vez. —Me miró a los ojos y su mirada era tranquila, atrevida y firme—. Siento lo de las cartas.

La creí y me sentí más confundida que nunca.

—Está bien, señora.

—¿Sabe dónde está el buzón?

—¿El que hay abajo?

—No, el del final del camino de herradura. En el muro, junto a la posada.

—Sí, señora.

—Yo usaría ese si fuera usted.

Fruncí el ceño.

—Señorita May, ¡tengo sed!

Le acaricié el pelo a Millie.

—Voy a traerte algo de beber.

Seguí a la señora al rellano. Entró en su dormitorio y cerró la puerta.

En la cocina, la señora Mannion estaba preparando un pastel de grosellas.

—La señora England va a visitar al señorito Saul —le dije mientras servía leche en un vaso.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo ha dicho.

La cocinera puso los ojos en blanco.

—Estaría bien que avisara. El señor no va a comerse esto él solo.

—Señora Mannion, ¿vino el señor Booth antes a la casa?

—No, ¿por qué iba a venir?

—No lo sé. Lo he visto venir del molino.

Tilda entró por la puerta con un trapo.

—No meta eso en mi cocina —le advirtió la señora Mannion. Tilda se lo agitó en la cara y la cocinera chilló—. ¡Fuera de aquí!

—La señora England va a visitar a Saul —le comuniqué a Tilda.

—Ah, bien. ¿Ha recuperado sus cartas?

Asentí, aunque no quería hablar del tema delante de la señora Mannion.

—No ha mencionado si se quedará o no en Crow Nest, pero he visto que tiene el baúl preparado.

Tilda me miró con el ceño fruncido.

—¿Qué baúl?

—El que hay debajo de su cama.

—Lo deshice la noche que regresó.

—¿Qué hablan ustedes dos? —intervino la señora Mannion—. Esto es una cocina, no una reunión de madres.

Tilda me acompañó a la puerta.

—¿Sabe por qué regresó? —susurré.

—Ni idea. Solo mencionó que Saul estaba bien cuidado donde estaba y que se sentía un poco inútil.

Abrió la puerta para que pasara y chocamos las dos con el señor England, que estaba al otro lado. Llevaba puesto el sombrero y el abrigo y tenía una expresión indescifrable.

—Tilda, ¿puede encender el fuego en mi estudio? Esta tarde trabajaré desde casa.

—Por supuesto, señor.

—Gracias.

Esperaba que me dijera algo, como de costumbre, que hiciera algún comentario breve o me llevara aparte, pero ni siquiera me miró y se marchó silbando por el pasillo. Tilda hizo una mueca y lo siguió al estudio. Sentí como si me hubieran reñido, a pesar de que no había pronunciado una palabra. Decidí que hablaría con él más tarde. Era lo correcto, tenía que disculparme por haber dejado a los niños con su madre. También podía enseñarle la carta de Decca, tal vez preguntarle si deseaba que le dijese algo en la respuesta. Le desagradaría saber que su esposa había guardado mis cartas, eso nos uniría a los dos, aunque solo fuera brevemente. Imaginé contárselo, sus ojos marrones llenos de preocupación y alarma. Yo podría confortarlo, asegurarle que, ahora que las tenía, no importaba, que no había problema. En unas horas, llevaría a los niños al salón y estaríamos todos juntos de nuevo, él tocaría el piano con Millie sentada en su rodilla mientras Charley se movería de un lado a otro como un globo, chillando de placer.

Después del incidente del gas, cuando la señora se encontraba enferma, el señor England me pidió que evitara que los niños pasaran a la casa por si había restos todavía. Tilda me entregó este mensaje en

el cuarto de juegos y la decepción me golpeó. No importaba, su esposa estaba mal y él estaba preocupado. Era comprensible, pero ahora que ella se había recuperado, podíamos recuperar la vida normal. Tenía suerte de estar casada con un hombre tan considerado.

18

Sin embargo, no fue así. A las cuatro en punto, Tilda entró en el cuarto de juegos con pan y mantequilla, manzanas asadas y un mensaje: el señor estaba ocupado trabajando y no vería hoy a los niños.

Mi consternación debió de ser evidente, pues dijo:

—Pero la señora sí los verá.

—Creía que se había marchado a Crow Nest.

—Al final no. Van a ir juntos mañana.

—¿Dónde está ahora él, Tilda?

—En su estudio. —Salió con la bandeja.

Millie me miró.

—¿Papá ya no quiere vernos?

—Por supuesto que sí. Es solo que trabaja tanto que no encuentra el momento.

—¿Podemos ver mañana a Saul?

—Lo consultaré.

Los niños pasaron una hora con su madre en el salón y, a las seis menos cinco, oí al señor England salir de su estudio y dirigirse al

comedor. El humo del tabaco entraba por la puerta mientras yo recogía los libros de cuentos y la señora England les daba un beso de buenas noches antes de retirarse con su esposo. Una de las puertas dobles se abrió y oí el tintineo de la cubertería y el saludo amable de ella.

Arriba, Millie intentó alargar la tarde, como era habitual, conversando mientras yo le cepillaba el pelo y pidiéndome que volviera a hablarle de los tranvías de Londres que se movían sin caballos, y de la escalera de Harrods que ascendía sola. Las cartas me hacían señas desde la almohada. Desde el momento en que me quedé sola, fui incapaz de leerlas, pues temía las noticias que traerían consigo. Ya habían esperado semanas, podían esperar unas horas más. Las había dejado en la cama y las miraba de vez en cuando por si habían vuelto a desaparecer.

—Tienes que meterte ya en la cama —le dije.

—¿Por qué tengo que acostarme todas las noches? —protestó—. Es muy aburrido.

Cuando al fin lo hizo, apagué la luz de las lámparas y fui a la planta inferior en silencio. No se oía nada en el comedor. Miré dentro y me encontré la mesa vacía y las velas apagadas. También el salón, aunque cálido e iluminado, estaba vacío. Llamé a la puerta del estudio del señor.

—Adelante.

Se me revolvió el estómago al entrar en la sala en penumbra. El señor England parecía haber retomado el trabajo desde donde lo había dejado antes de la cena; había papeles y plumas estilográficas por la mesa, y un libro abierto junto a su codo izquierdo.

—Señorita May. —Su expresión era neutral a la luz de la lámpara —. ¿En qué puedo ayudarle?

—Señor, quería disculparme por el otro día.

Parpadeó.

—Por haber dejado a Charley con su madre.

Dejó escapar un suspiro hondo. Se limpió entonces la cara en un gesto que hacía cuando estaba desasosegado o incómodo, y señaló la silla con el cojín escarlata que había delante del escritorio.

—Gracias, señor. —Esperaba que hiciera sonar la campanita y pidiera café, pero era una necia; por supuesto, no lo hizo. Yo no era su igual, ni su confidente, y aunque era una estupidez, sentí como si lo hubiera sido en el pasado y hubiera perdido ahora su favor.

Se estiró y le crujieron los hombros al rotarlos.

—¿Le importa que me sirva un brandi? —preguntó—. Ha sido un día largo.

—Por supuesto que no, señor. —Yo misma relajé los hombros, aliviada.

Se inclinó y buscó en el aparador, y a continuación, se irguió con el decantador de cristal. El agradable borboteo del líquido ámbar me relajó y me acomodé en el cojín.

—Ha sido un asunto desagradable el tema del gas esta semana. Le debemos la vida. Si alguien hubiera encendido una lámpara… Bueno. —Devolvió el decantador al aparador y lo cerró con una pequeña llave de latón—. Es extraordinariamente perceptiva, señorita May. Imagino que ha llegado ya a una conclusión de por qué prefiero que los niños estén al cuidado de su niñera en todo momento.

El corazón empezó a latirme un poco más fuerte.

—Lo comprendo, señor.

¿Estaba acusando a la señora de haber dejado el gas encendido? «No sé cómo han llegado ahí». Lo había dicho con las orejas rojas: o estaba avergonzada o mintiendo. El olvido era una cosa; el engaño, otra diferente. No sabía qué creer, y luego estaba el comentario extraño sobre el buzón. Tal vez Ben no había podido recoger el correo en los últimos días. Pensé en la mujer con la que había estado en los riscos; allí había sido muy distinta, no parecía alguien que olvidara cosas, que dejara válvulas abiertas y extraviara el correo de sus criadas. Allí había estado completa. No la conocía lo suficiente para declarar que era ella misma, pero sentí que esa tarde había visto algo que se le acercaba mucho. No era la pelusa que se arrinconaba y evitaba las conversaciones, no era la criatura preocupada y distraída que se inspeccionaba los guantes en la iglesia. Había algo que se me había insinuado en los riscos, o, más exactamente, se me había descubierto por completo, como si saliera de detrás de un biombo: la

señora England era desesperadamente infeliz.

—Ojalá hubiera una forma de pagárselo.

—No me debe nada, señor.

Me miró por encima del bigote, pero no dijo nada. Comprendí que lo temía y al mismo tiempo me atraía. Temía lo que podría decir para herirme, temía que no me creyera apta para el trabajo. Y, sin embargo… deseaba quedarme toda la tarde con él en su pequeña habitación cargada de humo. Me contentaría con verlo trabajar, rellenarse el vaso, pasar sus documentos.

A veces, en las horas de soledad y nunca sin una sensación de culpa, pensaba en lo decepcionado que debía de estar de su esposa. Él merecía a alguien alegre, vivaz y resplandeciente que se interesara por su casa y por él. En cambio, dormía solo y se encerraba en su estudio. Charles England era apuesto y sociable, rico, cálido y dinámico; deseaba asistir a fiestas algunas noches, a carreras, cazas y teatros. Le habría encantado Londres, donde podría ir de un palco a un bar y luego a un restaurante. Qué distintas serían las cosas si estuviéramos casados. Yo estaría aquí para quitarle el abrigo y retirarle el algodón de los hombros por las tardes; estaría aquí para cortarle los cigarros. Nos iríamos juntos a la cama… Al pensar en ello, sentí que me ruborizaba. Tal vez él no supiera que lo normal era que un hombre y su esposa compartieran cama, que tener habitaciones separadas resultaba extraño y antinatural. Tal vez su madrastra se había mantenido alejada de su padre y él creyera que eso era lo habitual. «Solo quiero que me cuide». De nuevo me vino a la mente su rostro, ese rostro atormentado. Podríamos cuidar el uno del otro.

De pronto vi la imagen de la carta de Sim aguardando en mi almohada y otra de sus frases brotó en mi cabeza: «Un acto de autocontrol vale ochenta de obediencia forzada». Por supuesto, se refería a los niños, pero a menudo sus máximas me resultaban más relevantes de lo que parecían.

—¿A dónde fueron a pasear el otro día? —preguntó el señor mientras se acomodaba en la silla.

—A los riscos. Nunca había estado en la cima.

—Se necesita cabeza para estar allí arriba. —Sonrió.

—Sí, señor.

—Impresionante, ¿verdad? Lilian y yo solíamos subir a menudo.

—¿Ya no lo hacen, señor?

Sus ojos cayeron en algún recuerdo lejano, perdido.

—Se interpusieron algunas cosas.

Miré las columnas del cuaderno de cuentas y sentí un asomo de ansiedad.

—No deseo retenerlo más, señor. Gracias por su tiempo.

—Siento no haber podido ir a ver a los niños.

—Está bien, señor. No van a irse a ninguna parte.

Torció el bigote.

—No estoy seguro de que pueda decir eso de Charley.

Sabía que tenía que marcharme, pero no me levanté.

—Tilda me ha comentado que mañana visitarán la señora y usted a Saul.

—Sí. Es algo que espero con impaciencia.

Esperé por si nos invitaba a los niños y a mí, pero estaba distraído y tal vez no lo había pensado. Había llovido dos días, por lo que los caminos estaban imposibles y eso nos había dejado confinados dentro. Un viaje a Crow Nest para ver a Saul sería un reconstituyente para todos nosotros.

—Lo añoramos mucho, señor.

—Le gustará saberlo. Estoy seguro de que le resulta muy aburrido estar allí sin nadie a quien dar órdenes. Sin duda, echará de menos a su niñera. —Suspiró de nuevo y apoyó los dos codos en la mesa para sujetarse un momento la cabeza antes de tomar una hoja de papel. Me levanté de la silla y recoloqué el cojín. Esta vez se quedó bien.

—Gracias por su tiempo, señor. Ah. —Tragué saliva—. Debería de haberlo dicho: hubo una confusión con el correo. Mi hermana sí que me ha escrito.

Estaba ordenando su mesa, moviendo libros y papeles.

—¿Una confusión?

—Bueno, eh… —Alzó la vista para mirarme a los ojos—. La señora England extravió la carta y se olvidó.

—¿La extravió? —repitió—. ¿Dónde estaba?

—En su dormitorio, señor.

Frunció el ceño y me miró con dureza.

—¿Cuánto tiempo ha estado allí?

—Lo desconozco, señor. Una semana o así.

Apretó los labios, como si deseara decir algo, pero se lo pensó mejor.

—Espero que el retraso no haya tenido ninguna repercusión.

—No, señor. Nada de eso.

—¿Su familia está bien?

Él no entendería por qué no había leído aún las cartas.

—Sí. Gracias.

Pensé que sería el final de la reunión, pero siguió:

—No es malintencionada.

Parpadeé, sorprendida.

—Ya lo sé, señor.

—Se preguntará por qué no he llamado nunca a un médico, pero todos sabemos qué pasaría si viniera uno. No quiero transitar ese camino. Está mejor en casa.

Se produjo un silencio durante el cual consideré sus palabras y el candor que las impregnaba. Asentí.

—Bien. Bueno, estoy decidido a encontrar el sentido a estas cifras antes de retirarme. —Bostezó—. Siento que voy a perder la cabeza. —Parecía muy cansado y se le empañaron los ojos por el esfuerzo de bostezar—. Discúlpeme. Señorita May, parece desesperada por decir algo. ¿De qué se trata?

—Nada, señor. No pretendo saber nada sobre el negocio y no es mi intención decirle qué hacer, pero tal vez si está cansado es mejor que siga por la mañana, fresco, después de una noche de sueño.

—No recuerdo qué es eso. Pero tiene razón, por supuesto. —Esbozó una sonrisa y esta vez le llegó a los ojos—. ¿Qué haríamos sin usted?

Me invadió una calidez que me sustentó el resto de la tarde. Me senté en el cuarto de juegos, en la mecedora, y le aflojé el traje a Charley mientras trataba de ignorar el pasado, pero cuando estaba en silencio, cuando mis manos estaban trabajando y mi mente era libre

para divagar, podía ser muy persistente. «Voy a perder la cabeza». Sacudí la cabeza: una coincidencia. Pero mi mente no paraba de recordar sus palabras y tiraba de ellas como si fueran un hilo suelto.

Recordé el día cálido y luminoso de abril en el que desapareció mi padre. Había pasado toda la mañana en la tienda, como de costumbre, y contó el cambio de la señora Parker por la harina y las uvas que había comprado. La señora Parker le dio las gracias y él rodeó la caja para ir a abrirle la puerta. Sonó la campana, pero en lugar de cerrar la puerta, la siguió afuera y torció a la derecha, hacia Longmore Street, con su uniforme impoluto. La señora Parker no le dio importancia, supuso que iba a hacer un recado. Ella subió al tranvía junto a la panadería para ir a visitar a su hermana y, cuando regresó a casa esa tarde, el señor Parker comentó, mientras leía el periódico, que Emma May estaba buscando a su esposo.

—¿Arthur May, el tendero? —preguntó la señora Parker, confundida—. He estado en la tienda hoy.

Nos contó esto a nosotros a la mesa de la cocina media hora después, con el bolso en el regazo.

—¿Y no mencionó a dónde iba? —preguntó mi madre. Nosotros cinco la rodeábamos en silencio. Yo tenía a Elsie en brazos.

La señora Parker sacudió la cabeza. Era una dama gruesa y respetable de unos cincuenta años que trabajaba de costurera en su casa, en Sherbourne Street.

—He venido aquí en cuanto me lo ha contado Albert.

Mi madre estaba planchando cuando un cliente subió las escaleras. Venía de la tienda y quería que lo atendiéramos. Ella buscó a mi padre en el almacén y en el patio, en la cocina y en la letrina, pero no estaba en ninguna parte. Atendió ella misma a los clientes y, al regresar, encontró una marca de quemadura en su camisa y a Elsie jugando con los botones de la prenda en la esquina; por suerte, no había alcanzado la plancha. Mi madre volteó el cartel de la puerta para indicar que estaba cerrada y el pánico la consumió.

Cuando mis hermanos y yo terminamos las clases, seguía sin haber rastro de él. No había dejado el uniforme, ni siquiera una nota, y mi madre estaba desesperada. En escasas ocasiones teníamos visita en el

piso; una o dos veces al año venía la tía Doris, siempre con un paquetito de carbón. Pero todos mis abuelos estaban muertos y mis padres tenían una vida muy ocupada para conservar amistades. Era algo extraño y memorable ver a la intachable señora Parker sentada a nuestra mesa con una cuerda llena de medias secándose encima de su cabeza.

—¿No debería acudir a la policía? —preguntó.

Mi madre sacudió la cabeza.

—No quiero que se meta en problemas.

—Señora May, ¿y si ya tiene problemas?

Mi madre envió a los dos mayores a buscarlo y regresaron cuando había oscurecido. Ninguno de nosotros durmió esa noche y Robbie sugirió dejar una vela encendida en la ventana para que nuestro padre supiera que estábamos despiertos.

Después de las seis, la puerta del piso se abrió y yo me incorporé de inmediato en la cama.

—Robbie —musité.

Mi hermano se estiró en el colchón de en frente, se apoyó sobre un hombro y frunció el ceño bajo la luz tenue. La vela se había apagado; él se dio cuenta y me miró. De la habitación de al lado llegó el crujido del suelo de madera.

—Padre —murmuré y salimos los dos de la cama. Antes de que pudiéramos girar el pomo, oímos la voz de mi madre en su habitación.

—Arthur, ¿dónde has estado? Me tenías muy preocupada.

Oímos un murmullo suave, inaudible.

—¿Buscando trabajo? ¿Qué quieres decir? ¿Dónde has pasado toda la noche? ¡Son las seis de la mañana! Te marchaste sin decir nada, sin cerrar la tienda, sin… Yo estaba aquí arriba, Arthur. ¿Qué demonios me estás diciendo?

Robbie y yo nos pegamos a la puerta. A pesar de que estaba ya en casa, el miedo me invadía el estómago. Más murmullos. Oí las palabras «fábrica» y «automóviles».

—¿Has ido a Longbridge? Está a quince kilómetros de aquí.

—Trece.

—Tienes un negocio aquí, ¿por qué has hecho eso? No estás

buscando trabajo, ya tienes uno.

Oímos el chirrido de las patas de una silla y un golpe sordo cuando nuestro padre se sentó.

—Tienes la cabeza en las nubes, Arthur. Yo apenas soy capaz de resistir aquí. Me siento como una cuerda a punto de romperse. No puedo más.

Se oyó un sonido horrible y comprendí que mi padre estaba llorando. Más pasos, crujidos, un susurro.

—Shh —musitó madre—. Ya basta. Si te acuestas ahora, podrás dormir un par de horas. Te habrás pasado la noche caminando. Deja que te quite las botas.

Robbie y yo mirábamos en la misma dirección, la pared. Ninguno de los dos se movió hasta que oímos las botas de padre caer en el suelo y la puerta del dormitorio cerrarse. ¿A qué se refería al decir que no podía más? ¿No podía más con qué? El corazón me latía con fuerza y se me revolvió el estómago. Robbie se agachó debajo de mí y me quedé mirando el remolino de su coronilla, donde el pelo liso se le rizaba.

Se volvió para mirarme.

—¿Por qué estaba llorando? —susurró.

—No lo sé.

Volvimos a la cama y cerré la cortina para bloquear la luz del sol. Elsie había rodado hacia el espacio que yo había dejado libre y estaba profundamente dormida. La levanté con cuidado y me tumbé a su lado. Tenía frío, a pesar de que la habitación estaba caldeada con cinco cuerpos durmiendo allí. Madre decía que para un ladrón, una ventana abierta era tan buena como una puerta abierta.

Mi cama era la que estaba más cerca de la habitación de mis padres, el cabecero reposaba contra la pared fina. Robbie y yo nos quedamos mirándonos y, unos segundos después, se puso de lado y se durmió.

Después de una hora zurciendo, oí los pasos del señor England en las

escaleras, lentos y derrotados. Había estado esperando a que se fuera a la cama antes de acostarme yo. Aparté los remiendos y apagué las lámparas. En la otra habitación, donde dormían los niños, me acurruqué bajo las sábanas, dejé la lamparita al lado de la cama y, por fin, tomé los sobres.

Querida Ruby:

Hemos recibido el dinero, gracias por enviarlo. Necesitaba unas botas nuevas de invierno y madre va a llevarme a Ballards el sábado para comprarlas. Archie ha conseguido un trabajo en Belgrave Works rellenando colchones de alambre. Llega a la casa con plumas encima, nosotros nos ponemos a cloquear ¡y él lo detesta! Hubo un incendio en la calle de al lado el domingo por la noche. Lo veíamos desde la ventana. El coche de bomberos no cabía y pensábamos que se levantaría toda la calle. Pero entonces cupo, gracias a Dios. Madre dice que no debería malgastar un sello de medio penique si no tengo nada que contar. Si quieres enviarme dinero en tu próxima carta, me vendrá bien para poder comprar más sellos.

Con cariño,
Elsie

Querida Ruby:

Sí respondí tu última carta, espero que te haya llegado. Hemos recibido el dinero, gracias. Y gracias por la postal. No sé si me gustan los riscos, parecen aterradores. Pero me gusta el barco del fondo con la dama del sombrero bonito. Ojalá pudiera asistir a una fiesta. Por favor, contesta.

Con cariño,
Elsie

El alivio fue inmediato y devorador. Me puse a llorar y a sonreír al mismo tiempo, y me presioné los talones de las manos en los ojos para recomponerme. Sorbí por la nariz y suspiré, y dejé las cartas de Elsie encima del edredón. Alcancé entonces la de Sim, me sentía mucho más ligera.

Estimada señorita May:

Confío en que todo marche bien en Yorkshire y que se haya adaptado bien. Le escribo con una invitación de última hora que espero que acepte. La Ceremonia Verónica anual tiene lugar el jueves de la semana próxima en Steinway Hall, en Marylebone, y este año se galardonará con insignias a veinticuatro niñeras por cinco años de servicio. A la ceremonia le seguirá un té en el jardín de invierno y asistirán varios de nuestros inversores y clientes. La señora Ward distribuirá las insignias en el escenario, donde se le unirá una asamblea de niñeras con diferentes grados de experiencia. Como una de nuestras alumnas becadas, me gustaría que fuera usted una de ellas y que se uniera al té y la comida de después para compartir su experiencia como estudiante becada con las amigas del instituto.

Por favor, acepte mis disculpas por la poca antelación. La señorita Gilbert, la estudiante becada que iba a participar, ha contraído sarampión y usted me ha venido enseguida a la mente como sustituta. Si está de acuerdo, escribiré a la señora England para pedirle el gran favor de que le permita venir a Londres para el evento. Puede tomarse los días (con dos bastará) de sus vacaciones anuales. Por favor, responda lo antes posible y me encargaré de los preparativos.

Quedo a la espera de su contestación.

Su más sincera amiga,
M. Simpson

Estimada señorita May:

Escribo con la esperanza de que mi carta del 23 de octubre le llegara bien. Si no es así, le reitero mi invitación para que asista a la Ceremonia Verónica anual de entrega de insignias en Steinway Hall, en Marylebone. Podemos proporcionarle el pasaje del tren, el alojamiento en Pembridge Square y comida

en su visita. Si le parece bien, por favor, responda con efecto inmediato, pues la ceremonia tiene lugar en seis días. Si su familia no puede prescindir de usted o encontrar a una sustituta, buscaré otra opción, pero le agradecería que me avisara de todos modos.

Sinceramente,
M. Simpson

Aunque ya era tarde, escribí de inmediato a la señorita Simpson para explicarle que había habido un retraso en la oficina de correos y que sentía haberme perdido la Ceremonia Verónica. Solo era una mentira a medias. Añoraba Londres, con sus brillantes farolas y calles concurridas, sus prisas y zumbidos. Pero ahora era un mundo lejano para mí: la escuela, el bullicio del comedor y la tarta de limón de los viernes, las chicas impolutas con sus bordados y hojas de papel con olor a violetas. Incluso la propia insignia violeta, grabada con el lema de Norland, *Fortis in arduis*, y algo que había anhelado profundamente, me parecía un símbolo de vanidad ahora. Como si las niñeras fuéramos soldados, como si hubiéramos luchado en guerras. Incluso el propio instituto podía resultar vanidoso: después de nuestra ceremonia de graduación, la fundadora, la señora Ward, nos había llamado «poderosas agentes del Estado, formadoras de carácter, creadoras de imperios». ¿Los creadores de imperios vaciaban orinales y limpiaban bocas llenas de gachas?

Consideré la propuesta del señor England de trabajar de forma independiente y quedarme con mi salario completo. Si aceptaba, me iría mejor, a mí y a mi familia. Dudaba mucho que ninguna de las niñeras Verónica tuviera que comprarles botas a sus hermanas y pagar las facturas médicas. Dudaba mucho que sus hermanos rellenaran colchones. Sus padres eran superintendentes, cirujanos, abogados. Ellas estaban orgullosas de sus papás, sentían afecto por sus madres. Nadie había preguntado por mi familia y yo no había contado nada. Puede que captaran en mí el tufo a tragedia, tal vez apestara.

Era tarde cuando terminé la carta. Lo recogí todo y miré el reloj:

las nueve y media. Con un bostezo, tomé mi bolsa de aseo de la cama y me puse las zapatillas de casa para ir al baño. La señora England se había dado un baño, el agua seguía en la bañera y había una pastilla de jabón abandonada sin ningún cuidado en el suelo. La recogí y la dejé en el lavamanos. Y entonces vi algo en el espejo. Se había empañado con el calor del agua de la bañera y alguien había escrito con un dedo. Fruncí el ceño y di un paso atrás, estaba demasiado cerca para leerlo. Mi cara apareció en fragmentos. El rastro del vapor formaba espirales, el cristal se había aclarado casi por completo, pero el mensaje era inconfundible. Escrita en el espejo con una letra torpe, había una sola palabra: «furcia».

19

El señor Booth estaba en el patio del molino a la mañana siguiente. Se apeaba de su bicicleta cuando nosotros cruzamos el puente.

—Buenos días —saludó alegremente al tiempo que apoyaba la bicicleta contra el muro—. ¿Van a alimentar a los patos?

—Hoy no —respondí—. A pasear.

En el silencio que siguió a mis palabras me fijé en su cartera.

—¿Qué hace aquí? —me interesé.

—Imparto una clase de alfabetización para los trabajadores, solo hasta que regrese el señorito Saul.

—Qué considerado por su parte. ¿Ha sido idea suya?

—Del señor England. La imparto en su hora del almuerzo, pero parecen disfrutar. Y al menos así no estoy de brazos cruzados por las mañanas ni me interpongo en el camino de Blaise.

—¿Sigue enseñando en Laithe Hall por las tardes?

—Sí.

Miré a mi alrededor. Salían voces de la puerta abierta de una zona de carga y Ben estaba barriendo la cochera y organizando pequeñas

pilas de heno sobre los adoquines.

—Necesito hacerle una pregunta.

El señor Booth asintió, expectante.

—Es sobre Tommy Sheldrake.

—Ah, sí. ¿Está interesada en él?

—No, por supuesto que no.

—¿Por qué dice «por supuesto»?

—Señor Booth, necesito que me haga un favor. ¿Puede enterarse de por qué volvió de Australia y cuándo?

—Puede preguntarle a Blaise.

—No puedo.

—¿Por qué? Hágale una visita, le gustará. Solo tiene a su madre y a la mía, que están a todas horas de visita. Le vendría bien compañía nueva.

—No puedo llevar a los niños a su casa. No sería apropiado.

Se apartó, fingiendo ofenderse.

—Lo siento, no quería decir eso. Es que no estoy segura de lo que diría el señor.

—¿Tiene que dar cuenta de cada uno de sus movimientos?

—No.

—Bien, entonces. Me conocen. Se olvida de que yo llevo aquí mucho más tiempo que usted. —Se ajustó la cartera en el pecho—. Termino a las once y media, podemos volver juntos caminando. A Blaise le encantará ver a los pequeños.

Charley nos miraba con dulzura desde el carrito. Millie estaba en el puente, arrojando palitos al agua, y le pedí que se apartara. Corrió hasta nosotros blandiendo una rama sucia.

—¿Quieres ir a visitar a Blaise y comer en nuestra casa? —le preguntó el señor Booth.

—¿A Blaise, la criada?

Él se rio.

—La misma.

—¡Sí! —gritó ella.

—Sí, por favor —la corregí.

—Sí, por favor.

—Estaría bien —declaré—. Si está usted seguro.

—Nos vemos aquí.

Esa mañana, Tilda trajo el desayuno a la habitación de los niños, como de costumbre. Fue tan amable como siempre y yo no dije nada de la palabra del espejo, que había borrado rápidamente con la manga. Me aseé y cambié rápido con la sensación de que me estaban observando, de que la palabra se me había pegado en el brazo y me lo había ensuciado. No tenía ni idea de a quién estaba dirigido el mensaje, ni de quién lo había escrito. *Es para ti*, dijo una voz en mi cabeza. Pero ¿por qué? ¿Por mis paseos por el bosque con el señor Booth? ¿Por mi reunión con el señor en su estudio? Estaba muy afectada y había pasado una mala noche.

No me lo quitaba de la cabeza mientras caminaba con el señor Booth por el camino de herradura. De pronto no tenía nada que decir.

—Por cierto, ¿por qué quiere saber más del herrero Tom? —preguntó para llenar el silencio.

—No le diga a Blaise que es por eso por lo que voy.

—¿No es así?

—Sí, pero no quiero que interprete nada.

—Dudo que la engañe.

Tenía razón y exhalé un suspiro.

Spring Grove estaba formado por una hilera presentable de casas con terrazas, de tres plantas cada una, oscurecidas por el humo de los molinos. El señor y la señora Booth vivían en la última casa, con la puerta roja y una hiedra que subía hacia las ventanas superiores. El río corría por el final de la calle, a unos cuarenta metros. El señor Booth abrió la puerta con una llave y comentó que podíamos dejar el carro fuera. Dudé, pero entonces decidí que ya lo había ofendido una vez. Ya lavaría después las mantas si se manchaban de hollín. Saqué a Charley.

La puerta principal daba directamente a una pequeña sala y una segunda puerta se abría a la cocina.

—¿Eres tú, Eli?

—He traído visita.

Blaise apareció en la puerta, limpiándose las manos. Tenía el vientre redondeado bajo el delantal, como un pudin dentro de una bolsa.

—Diablos —exclamó, pero parecía feliz—. Es usted la última persona que esperaba.

—Hola, Blaise.

—¿Te parece bien que se queden a comer?

—Por supuesto. ¡Vaya, señorita Millie! —Le tendió las manos—. Habrás crecido unos siete centímetros desde la última vez que te vi.

—¡Se me ha caído un diente! —gritó la niña y se metió la lengua por el hueco.

—Es verdad. ¿Vino el hada de los dientes?

—Sí, me dejó un penique.

—Has debido de ser muy buena chica. Y mira al señorito Charley, todo abrigado.

Extendió los brazos hacia el bebé y se lo pasé. De la cocina llegaba el olor a pan recién hecho y sopa de rabo de buey. Me rugió el estómago. La sala estaba en penumbra y amueblada con sencillez, pero inmaculada y limpia. Contra la pared de la escalera había una mesa cubierta con una tela de pana de color salmón con la que Blaise estaba haciendo unas cortinas. Una muestra colgaba de la puerta de la cocina, bordada con hilo escarlata.

Blaise preparó la mesa y los cuatro nos sentamos mientras ella servía pan, queso y cuencos con abundante sopa. Cuando ella tomó asiento y acomodó su considerable barriga detrás del mantel, no pude evitar contemplar cómo se la acariciaba. Tampoco se me escapó la familiaridad sencilla que compartían el señor Booth y ella. No debería de haberme sorprendido; a fin de cuentas, estaban casados. Pero nunca había conocido a una pareja que hubiera construido un hogar siendo tan jóvenes y hubiera ocupado sus roles con tanta presteza. Blaise parecía una mujer cambiada, ya no era la persona dura y sarcástica que conocía. Gozaba de buen aspecto. Tenía el pelo espeso y brillante y, bajo el delantal, llevaba una bonita blusa bordada.

Después de comer y de que le diera a Charley la leche y pedacitos que cortaba de pan («¡Como un pato», exclamó Millie y todos se rieron), el señor Booth se llevó a Millie al río para tirar piedras al agua. Charley exploró las dos habitaciones de la planta inferior gateando y, satisfecho, se quedó dormido en el sillón. Blaise y yo llevamos las cosas de la comida a la habitación de atrás y nos pusimos a lavar los platos. Había entre las dos aún cierta incomodidad, pero había cambiado un poco, ya no sentía la vieja hostilidad. En su lugar, había una especie de tolerancia.

—Tiene una casa encantadora. —Lo pensaba de verdad.

—Gracias. Está todo un poco improvisado, pero hemos tenido suerte con las cosas de segunda mano. En cuanto tenga un escurridor, seré feliz. ¿Cómo van las cosas en la casa?

Me quedé callada un momento y entonces decidí que si había alguien con quien podía ser honesta, era Blaise, quien conocía a la familia mejor que nadie.

—No estoy segura —comencé—. Han sucedido algunas cosas extrañas.

—¿Como qué? —Me pasó la olla de la sopa, que sequé y dejé en el estante.

—¿Algo suyo acabó alguna vez… extraviado?

Una arruga apareció en su frente.

—¿Algo como qué?

—Correo.

Se echó a reír.

—Nadie me ha escrito nunca. ¿Guardan sus cartas?

—La señora England las ha tenido dos semanas en el cajón de su mesita.

—Qué extraño. ¿Por qué iba a hacer tal cosa?

—Yo tampoco lo entiendo. Estaba muy arrepentida, dijo que debió de ponerlas ahí y olvidarse. Pero no sé si la creo.

—¿Las leyó?

—No, no estaban abiertas.

Blaise hizo una mueca.

—Puede que se olvidara entonces. No me imagino por qué iba a

hacerlo si no tenía intención de leerlas.

—Supongo —dije, aunque seguía sin estar segura. Tenía que tratar con cuidado el siguiente tema y traté de sonar indiferente al continuar —: El señor Sheldrake es un hombre agradable, el herrero que estaba en su boda. Eli me dijo que es amigo suyo.

—Ah, sí. ¿Tommy? No es un amigo como tal, pero mi padre lo conoció antes de morir. Es solo una de esas caras a las que saludas.

—Eli mencionó algo sobre su prima.

—No sé si hay algo ahí. Lucy lo ha visto varias veces en el White Horse. Creo que esperaba más interés por parte de él.

—¿Cómo es él?

—¿Qué quiere decir?

Noté que se me ruborizaba el cuello.

—¿Es amable?

—¿Qué me está preguntando en realidad? —Me miró fijamente y me ruboricé—. No sea pícara, señorita May. ¿Le interesa? —Una sonrisa le tiró de la comisura de los labios.

—Apenas lo conozco. Lo he visto una o dos veces en el pueblo y nos invitó a los niños y a mí a la forja para hacer herraduras. Al señor England le pareció buena idea, así que los llevé. Fue hace un tiempo, antes de que se marchara Decca a la escuela.

Aguardó mientras removía el agua con las manos. La palabra del espejo apareció de nuevo en mi mente. No podía contárselo, no podía imaginarme pronunciándolo en voz alta. Aparté la idea de la mente.

Blaise seguía mirándome.

—Continúe —me pidió.

—Le escribió una carta a la señora England. Se la entregó a Decca sin que yo lo supiera y le dijo que no me lo contara, ni a mí ni a nadie. No comprendo por qué no le escribió de una forma corriente, a menos que hubiera en el papel algo… comprometido.

—¿Tommy? ¿Tommy Sheldrake?

Asentí.

—¿La leyó usted?

—No, se la entregué a la señora. Por eso me preguntaba si usted lo conocía bien.

—¿Cuándo fue eso?

—A finales de septiembre. Antes de que se marchara usted.

Entrecerró los ojos.

—¿Fue la noche que encendió el fuego?

—Puede ser.

—Vi algo en la chimenea. Pudo ser esa carta. Tal vez le prendió fuego para deshacerse de ella. El señor también la vio y preguntó qué era, pero ella le respondió que era un recorte viejo de papel.

Abrí mucho los ojos.

—¿Vieron lo que ponía?

—No. Eran prácticamente ascuas cuando llegó él. Me pareció raro: ella nunca encendía sus fuegos y ese día hacía una noche templada.

Se quedó callada, parecía confundida. Hundió entonces un cuenco en el agua y siguió hablando:

—Un día lo vi entre los árboles, cerca de la casa. Yo estaba limpiando la habitación de la señora y, cuando miré por la ventana, allí estaba él. Lo llamé, le pregunté qué estaba haciendo. Respondió que iba de camino al pueblo, pero nunca he visto a nadie que vaya por ahí, atravesando el bosque, cuando el camino pasa justo por debajo. Además, no iba caminando. Estaba quieto, mirando la casa. No se lo conté a nadie y no volví a verlo hasta que Lucy nos lo presentó, aunque no lo reconocí de inmediato.

Las dos permanecimos en silencio un momento.

—¿Cree…? —comencé—. ¿Cree que sabe algo importante de ella? No me imagino qué, pero ¿por qué si no tanto secretismo?

—No, él no es así.

Estaba de acuerdo; Tommy Sheldrake no parecía un chantajista.

—A lo mejor tuvieron un… —Blaise vaciló, sin dar con la palabra. Me pasó una cuchara—. Quién sabe.

—¿Y no volvió a verlo?

—Por la casa, no.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace unos seis meses, tal vez ocho. Era primavera, si no recuerdo mal, poco después de que regresara.

—Comentó que había pasado un tiempo en Australia.

—Unos diez años. Consiguió un pasaje barato. En aquellos tiempos, lo hacían los herreros, o cualquiera que tuviera un oficio. Creo que trabajaba en la explotación de ovejas. No me pregunte por qué recorrería alguien todo ese camino hasta allí, a miles de kilómetros de distancia, solo para trabajar con ovejas. Aquí hay muchas.

—¿Por qué volvió?

—Murió su padre y tuvo que hacerse cargo de la forja. Y su madre es una criatura enfermiza. ¿La ha conocido?

—No.

—Está en la cama con una enfermedad debilitante, la pobre. Tuvo que regresar para cuidar de ella. Al parecer, su hermano es un inútil, está siempre en el pub y haciendo tratos astutos en el canal. Tiene mala reputación.

—Qué triste. Le agradecería que no le comentase a Lucy lo que le he contado.

—¿Lo de la carta?

Asentí.

—Ni a nadie. No quiero que nadie se meta en problemas.

Blaise sonrió.

—Parece que ya podría estar metida en ellos.

—¿Qué? ¿Está diciendo…?

—Es broma. No ha de tomárselo todo en serio.

Tragué saliva.

—No le haría eso al señor England. Él cuida muy bien de ella.

—Yo no me preocuparía por él. Le pagan por ello.

—¿Qué quiere decir?

Se encogió de hombros.

—Blaise.

Sus dedos danzaron en la espuma del jabón.

—Tilda estaba un día limpiando el estudio y él había dejado uno de sus libros de cuentas abierto. Los Greatrex le dan una especie de salario. Una fortuna, en realidad. Para qué es y dónde va destinado, solo Dios lo sabe.

—¿Cuánto?

—Más de mil ochocientos al mes.

—¿Qué? —Estaba perpleja—. Eso hace más de veinte mil al año. ¿Y para qué?

—No me pregunte, no debería de habérselo dicho. No se lo contará a nadie. ¿verdad?

—Solo si usted tampoco.

Hubo una chispa de nuestra vieja hostilidad y sonreímos.

—Las criadas vemos cosas —comentó—. Demasiadas, a veces.

—¿Qué quiere decir?

—No quiero meterle ideas en la cabeza, pero tal vez Tommy y ella tuvieron algo. Y puede que se haya terminado ya.

—Pero un herrero… ¡y ella está casada! —Recordé lo que me había dicho el señor Booth, que estaba muy verde—. No me lo imagino —añadí, tratando de sonar cínica.

Blaise se encogió de hombros.

—Eso no detiene a las personas. En cualquier caso, no veo por qué ha de preocuparle a usted. La señora apenas sale de la casa y no tiene posibilidad de escapar por la noche mientras él la mantenga encerrada en su torre de marfil.

—Pensaba que ella le gustaba.

—Me gustaba. Me gusta. Aunque es complicada. Como atrapar el humo. Me preguntaba a menudo si la señora era más inteligente de lo que aparentaba. —Me pasó otro cuenco—. Dejó muy claro que no quería una doncella. Nunca me dejó vestirla, ¿sabe? Ella sola se abrochaba los corchetes, los botones, todo.

Me quedé pensativa, en silencio. Blaise preparó una tetera y la llevamos a la sala, donde Charley seguía dormido con su ratón de tela. Mientras ella servía, yo batallaba con la idea de contarle lo que había visto en el espejo, pero decidí no hacerlo. Ya había revelado demasiado. Lo peor de todo era que había roto la promesa que le había hecho a Decca, quien me había suplicado que mantuviera la carta de Tommy en secreto.

De pronto me puse nerviosa y me preocupó que Millie estuviera sola con el señor Booth; llevaban fuera mucho tiempo. Si sucedía algo en el río y el señor England se enteraba de que yo no estaba con su

hija, sino sentada con una criada bebiendo té…

Me levanté rápido y alcancé el sombrero.

—Cielo santo, ¿tiene prisa? —preguntó Blaise.

—Es mejor que vaya a ver a Millie.

—Estará bien, no se preocupe.

—Gracias por la sopa. Y por el té.

—No se lo ha tomado aún.

En ese momento se abrió la puerta de la casa y entraron Millie y el señor Booth, y con ellos se coló también una ráfaga de aire frío. Parecían muy contentos. Corrí hacia ella y le limpié las manos con un pañuelo.

—¿Ve? ¿Qué le he dicho? —dijo Blaise—. Siéntese, iré a buscar otra taza. Oh, mire, Charley se ha despertado. Le daré un poco de té en un platillo. Siéntate ahí, señorita, al lado de tu niñera. Voy a buscar un pedazo de bizcocho. Eli, ¿puedes ir a casa de tu madre a por más leche? Pondré otro cazo.

Siguió así, hablando y consintiendo a los niños, y me acordé de lo que me había contado el señor Booth, que Blaise había solicitado el puesto de niñera. Se le habría dado bien, pensé al ver cómo agitaba un pañuelo delante de Charley, y me pregunté si habría sido mejor que se hubiera quedado ella el empleo. Nuestra conversación me había incomodado y me senté en el reposabrazos del sofá con una profunda sensación de temor, como si me estuviera acercando a alguna especie de crisis, aunque no tenía ni idea de qué era.

De vuelta en la casa, oí voces por la ventana del salón: dos hombres gritando, sus cuerpos moviéndose detrás del cristal. Pasé el cochecito por la cancela y el camino, le pedí a Millie que entrara y cerré la puerta despacio, con un nudo en el pecho. La señora England estaba en las escaleras, parecía nerviosa, y corrió hacia nosotros de inmediato.

—He firmado el documento, ¡Dawson fue testigo! —gritó el señor England, pero antes de terminar, el segundo hombre bramó:

—Dawson tendría que haber hablado primero conmigo.

El silencio que siguió fue ensordecedor. En un intento de hacer el menor ruido posible, levanté a Charley del carro, pero él protestó y pataleó para que lo dejara en el suelo. Lo sujeté con fuerza y empujé el carro hacia el guardarropa, pero la señora England lo detuvo con una mano.

—Lo llevo yo —susurró—. Llévelos arriba.

El segundo hombre habló de nuevo:

—Estoy harto y cansado de limpiar después de tu comportamiento imprudente. Si no fuera por mí, estarías arruinado.

—Yo no soy uno de tus niños, así que no me hables como tal. —Nunca había oído al señor England tan enfadado.

—Eso es exactamente lo que eres. —La segunda voz se acercó al pasillo y oí unos pasos fuertes. Agarré a Millie de la muñeca y tiré de ella escaleras arriba.

—Sería una pena dejar que nuestro acuerdo de todos estos años acabase malgastado. —El tono del señor England era ligero y peligroso.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que sería una pena. Eso es todo.

Hubo varios segundos de silencio, y entonces:

—No acepto amenazas de canallas. Considera nuestro acuerdo rescindido.

Había algo en la frialdad del mensaje que me hizo adivinar que era Conrad Greatrex. Tenía razón: salió al pasillo como un rayo plateado y negro y cerró con un portazo. Los cristales tintados vibraron, y en el silencio que siguió, se oyó un enorme estrépito de cristal o porcelana al romperse.

Corrí al salón y me encontré al señor England delante de la chimenea, resollando como si hubiera participado en una pelea de puños. En el suelo, junto a la ventana, estaban los restos del elegante jarrón azul de la repisa de la chimenea. Despacio, giré la cabeza hacia el señor England, quien me miraba con odio y una expresión asesina; me encogí por la violencia que destilaba. Charley se puso a llorar y me di cuenta de que lo llevaba todavía en los brazos. Sabía que tenía que

sacarlo de allí, pero tenía los pies clavados en el suelo.

La señora England habló detrás de mí. No la había visto llegar.

—¿Voy a buscarlo? —Su voz era tranquila, apaciguadora. Era la voz de alguien a quien no le sorprendía lo que había visto.

—No. —Su marido se llevó una mano al bigote y se lo mesó. La metió luego dentro del bolsillo del pecho para sacar un cigarro. Temblando, sacó el cortador y le escindió la punta—. Recógela.

A punto estuve de dar un paso hacia delante, pero tenía la mirada fija en su esposa. La señora England vaciló y se agachó en la moqueta. Había visto suficiente. Cada fibra de mi cuerpo me gritaba que metiera a los niños dentro de la habitación y entonces, para mi horror, oí un sollozo ahogado detrás de mí. Millie estaba en la puerta con el abrigo y el sombrero, el rostro rojo y arrugado. Corrí hasta ella y la alejé de la habitación justo cuando Charley salió de su estupor y él también se puso a lloriquear.

—Señorita May —bramó el señor England desde la chimenea—. Traiga a los niños.

Me quedé inmóvil en el pasillo. Tilda estaba en la puerta de la cocina y su expresión era un reflejo de la mía. El tiempo quedó suspendido, aunque el reloj de pie avanzaba a mi lado.

—Señorita May.

—Charles, por favor.

Millie me miró aterrada y me apretó la mano. Pensé en qué pasaría si hacía caso omiso, si me llevaba a los niños al cuarto y nos encerrábamos allí con llave.

—Señorita May, tráigalos de inmediato.

Tilda parecía una estatua. Aparté la mirada de la suya y llevé despacio a los niños al interior de la habitación. Los ojos de la señora England eran como faros de advertencia cuando su esposo corrió hacia mí.

—Me llevo a los niños —anunció y me quitó al bebé de los brazos.

—Creía que íbamos a ir a ver a Saul —señaló la señora.

—Y vamos a ir, ¿verdad, querida? —No me miró a mí, hablaba con Millie, cuya pequeña mano estaba ahora asida a la suya.

—Voy a buscar los guantes —dijo la señora England.

—Tú te quedas aquí —repuso él con calma, sin mirarla. Salió al pasillo y tomó su sombrero.

La señora England se quedó muy quieta, como si temiera desbordarse.

—¿Cuándo vas a volver?

Temblando, salí detrás de él y agarré el manillar del carro para girarlo, pero el señor lo retuvo.

—Usted se queda en casa.

Parpadeé, sorprendida.

—Pero mi lugar está con los…

—Tómese la tarde libre. ¿Por qué no regresa con su amigo, el señor Booth? Se llevan muy bien ustedes dos. —Mantuvo sus fríos ojos negros fijos en los míos y no había en ellos ni un ápice de amabilidad —. No hay de qué asustarse, señorita May. Un padre está en la libertad de llevarse a sus hijos, ¿no cree?

Me miró fijamente dos segundos, tres, cuatro, para asegurarse de que entendiera el significado. Entonces, con Charley en un brazo, le dio un empujón suave a Millie, salió detrás de ella y cerró la puerta. El cristal tintado volvió a vibrar y sus formas borrosas se alejaron. Las paredes parecieron encogerse a mi alrededor y pensé que iba a desmayarme.

—Señorita May, ¿qué sucede?

Caí de rodillas y busqué las losas sólidas de piedra con las dos manos.

—¿Tilda? ¡Tilda! —gritó la señora England.

La criada acudió corriendo de la cocina. Las dos mujeres me ayudaron a llegar hasta las escaleras, donde me senté, temblando contra la pared.

—Envíe a que busquen a un médico, la señorita May no se encuentra bien.

—Tiene que ir tras él —le pedí—. Debe detenerlo.

—¿A quién?

—¡Al señor England!

—¿Por qué?

—Venga aquí. —Tilda me levantó con la facilidad con la que

alzaría un balde vacío. Me llevó al salón, me hundí en los cojines y recosté la cabeza, que me daba vueltas.

—Tráigale un vaso de agua, señora Mannion.

La cara rosada y la cofia blanca de la cocinera aparecieron y desaparecieron. Se retiró de nuevo y enfoqué el salón. Dos rostros preocupados me miraban y cerré los ojos.

—Tal vez sea mejor un brandi, hay en el estudio del señor England.

«Voy a perder la cabeza», había dicho. Sus palabras tenían un significado inquietante en comparación con las que había pronunciado yo ocho años antes, las mismas que aparecían en los periódicos, fosilizadas en tinta negra: «Era el mejor padre, hasta que perdió la cabeza». Guardaba una copia en mi lata de té con el titular ya descolorido, debajo de una fotografía en la que salíamos Elsie y yo con los policías que nos encontraron. La guardaba para recordarme, en mis momentos de debilidad y sentimentalismo, que había salido adelante en mis momentos más oscuros, cuando enloquecía de necesidad por abrir todas las cartas de mi padre, con sus matasellos como moratones en los sobres: estampados en las esquinas con la leyenda «Asilo para Criminales Lunáticos de Broadmoor».

Oí el borboteo del brandi y recordé a Millie tomándole la mano al señor y sus siluetas por los cuadrados de cristal tintado, rojas y azules y verdes.

Miré a la señora England.

—Debe detenerlo.

La habitación comenzó de nuevo a dar vueltas y noté que caía hacia atrás. El cielo era negro y lo último que recordé fueron las estrellas.

20

Tenía doce años cuando mi padre intentó matarme. Mi madre y yo estábamos limpiando las lámparas de aceite cuando padre salió del dormitorio. Había estado enfermo varios días, y madre y Robbie se habían estado ocupando de la tienda mientras yo cuidaba de los pequeños. Habíamos comido sopa y despejado la mesa, y madre y yo estábamos sentadas con las lámparas y un platillo con vinagre y agua entre las dos.

Padre tenía puestos el sombrero y el abrigo. En el cuello llevaba enrollada la bufanda que yo le había hecho una Navidad.

—Me llevo a las niñas —dijo.

A menudo hablaba sin mirarnos, como si prefiriese que no lo viéramos. Tenía las mejillas hundidas y su rostro había perdido la forma. Esa primavera había mejorado un poco, se aseaba todas las mañanas y se ataba el delantal para abrir la tienda. Pero luego había empeorado. Era como un fantasma atrapado en esta tierra. No vivía con nosotros, nos asustaba, sentado en su sillón o a los pies de la cama, con la mirada al frente, sin apenas hablar, sin reír nunca, olvidándose de atarse las botas. No se alimentaba mucho y pasábamos

días sin comer juntos. Madre decía que estaba mal. Eso era todo lo que decía.

—¿A dónde? —Madre no levantó la mirada del cuchillo con el que rascaba. Últimamente parecía más y más cansada. A veces parpadeaba y miraba a su alrededor sorprendida, como si despertara de un sueño. Entonces la invadía de nuevo el agotamiento y se encerraba en sí misma.

—A ver a mi primo.

—¿A quién? ¿Bert?

Padre no dijo nada, su expresión era inescrutable. Se había vestido y eso ya era algo. Me alegraba que se sintiera lo bastante bien para hacer una visita.

—Ruby cuidará de ti —dijo madre—. ¿Verdad?

—Voy contigo, padre —declaré—. ¿Por qué no nos llevamos a Elsie?

Así que Elsie y yo lo acompañamos.

Tomamos el tranvía a New Street y subimos a un tren, después a otro, y llegamos justo antes de las once de la noche. Padre nos había traído una manzana a cada una y le peló a Elsie la suya en el vagón con la navaja tras limpiarla en sus pantalones primero. Habló poco durante el viaje y al ser tan tarde no se veía nada por las ventanillas; el cristal sucio solo reflejaba la luz débil de la lámpara del techo.

La estación de ferrocarril era una caverna de ladrillo y cristal. Esperé con Elsie mientras padre preguntaba por los tranvías. Estaba lloviendo con fuerza y, al salir a la calle, fue un alivio ver un tranvía esperando en la parada. Padre preguntó al cochero cuándo regresaba a la estación el último tranvía. Yo estaba cansada y confundida, pero guardé silencio. A esa edad, había aprendido lo que era útil y lo que no, lo que podía preguntar una niña y lo que no preguntaría un adulto. «Ruby cuidará de ti». Tenía todavía una mancha de vinagre en los dedos.

Fue la primera vez que salí de Birmingham. No conocía a los

primos de mi padre, pero mientras traqueteábamos y nos mecíamos en la oscuridad, una imagen apareció en mi mente, una fotografía de una familia grande, confortable, con muchos hijos y dos perros. Elsie se apoyó en mí y se quedó dormida. Habían pasado horas de su hora de acostarse. Si hubiera sabido que el viaje sería tan largo, no habría sugerido traerla con nosotros. Mi padre tenía la mirada fija en las ventanas, donde la lluvia caía por los cristales mientras el tranvía ascendía. El cochero avisó de la última parada y salimos.

Fuimos los únicos pasajeros que desembarcaron. Padre volvió a hablar con el cochero, pero el sonido del agua ahogó sus palabras. Me alejé con Elsie unos pasos y vimos un gran lago negro y poderoso, ancho como tres campos, que se extendía en ambas direcciones hasta donde alcanzaba la vista. Detrás de nosotras había una pantalla vertical de piedra. Seguía lloviendo con fuerza. Padre tomó a Elsie en brazos y yo lo seguí más allá de la parada, dejando el río a nuestra izquierda. Llegamos enseguida a un tramo de escaleras excavadas en una alta pared de piedra. Parecían conducir a un bosque o a un parque, pero no pensé en preguntar a mi padre si sabía a dónde íbamos y lo seguí como un cordero. Dimos tumbos, resguardados de la lluvia, pero también de la luz de la luna, y por fin salimos a un sendero que ascendía hacia la cima de una colina. Parecía que habíamos escalado la roca; el sonido del río mermó y el cielo oscuro se abrió sobre nosotros. Seguimos colina arriba, rodeándola un poco y girando a la izquierda y luego a derecha. Sentí alivio cuando nos acercamos a una pequeña caseta de peaje con una lámpara en la ventana. Padre preguntó a qué hora cerraba el puente.

—No cierra, señor —respondió el hombre y me guiñó un ojo.

Yo no veía ningún puente a la luz lúgubre de las farolas de la calle, solo una enorme torre de piedra, como una fortaleza, a unos treinta metros por delante. Padre me enrolló su pañuelo en el cuello para protegerme de la lluvia, aunque ya estaba mojada. El sombrero me protegía la cara. Elsie se frotó los ojos y continuamos. A medio camino de la torre, padre se detuvo para colocarse a mi hermana dentro del abrigo, que abotonó para protegerla de la lluvia. Fue entonces cuando le pregunté si la casa de su primo estaba cerca.

—No queda lejos, Rhubarb.

Nos cobijamos bajo la torre, temblando. Elsie se quedó dormida y su boca desapareció detrás del cuello de padre. Yo estaba abotargada por el cansancio y algo preocupada por lo que haríamos si la lluvia no cesaba, pero no dije nada más. Pasó un policía y se levantó el sombrero.

—Mala noche para salir —comentó.

Padre asintió y el hombre siguió adelante. El camino era largo y recto, engullido por la niebla en la distancia y rodeado por unas colosales barandillas de hierro a ambos lados. Al otro lado de los barrotes, protegidos del tráfico, había dos senderos salpicados de vez en cuando por farolas que batallaban con la oscuridad. Padre tenía la vista fija en el punto más lejano, donde la oscuridad desaparecía, como si esperara que apareciese alguien. Pasaron uno o dos carruajes rodando por el barro.

Continuamos y rodeamos la torre para tomar el camino que iba a la izquierda de la carretera. Con la lluvia costaba ver nada, pero pasamos junto a un hotel u otra edificación grande con cien ventanas brillantes y amplios jardines. Las chimeneas escupían humo gris incluso a esta hora y pensé en lo agradable que sería trabajar en un lugar así cuando tuviera edad suficiente, colocando cubiertos sobre manteles blancos mientras unas damas glamurosas con joyas se acomodaban en sillones orejeros.

Llevábamos caminando varios minutos cuando mi padre dio media vuelta.

—¿Padre?

Vi cómo retrocedía con Elsie, con la cabeza gacha bajo la lluvia. Vaciló, giró de nuevo sobre sus talones y regresó conmigo. Sentí un asomo de ansiedad en el vientre. Estaba actuando todavía más raro que de costumbre y yo empezaba a dudar que supiera dónde vivía su primo. Estábamos en una ciudad extraña, en medio de la noche, bajo la lluvia, sin mapa ni una dirección. Había preguntado por un puente, pero yo no veía ninguno y el río había desaparecido de nuestra vista.

Cambiamos de dirección por tercera vez y regresamos a la torre.

—Padre, ¿a dónde vamos?

—Te llevo en brazos.

Apenas le veía la cara debajo del sombrero.

—Pero tienes a Elsie.

Me tomó en brazos y me pegó a él, y vi que estaba llorando. Enterró la cara en mi pelo y el nudo de mi estómago se convirtió en un puño mientras él sollozaba.

—Padre, ¿por qué lloras? ¿Te has perdido? No te preocupes, podemos preguntar al policía cómo llegar.

Elsie se despertó, aplastada por mi peso, y protestó. Me moví para bajarme, pero él se aferró a mí, llorando como si fuera a rompérsele el corazón, sujetándome los brazos para que no pudiera moverme.

Me llevó hasta el borde del sendero, flanqueado por un largo parapeto pintado de blanco. La parte superior de la barandilla le llegaba hasta el hombro y me levantó para sentarme en ella, con los talones metidos por los huecos. Miré la nada, parecía que estábamos en el filo de un parque o en un campo de críquet, con solo una negrura enorme más allá. Las luces del hotel titilaban como estrellas y había algo extraño en ellas, en su posición. Fue entonces cuando reparé en que estaban debajo de nosotros. Por un momento vertiginoso, me dio la impresión de que me balanceaba, como si estuviéramos suspendidos en el aire, y debajo del camino no había nada en absoluto.

Miré a mi padre y él mi miró a mí, y experimenté una sensación extraña, de temor, pues mi padre me parecía un extraño. Aunque me estaba sujetando, había algo distante en sus ojos, como si ya hubiera superado este momento, como si lo observara con años de distancia. Elsie asomaba de su abrigo como una criatura salvaje mojada, con los ojos marrones muy abiertos.

—¿Puedo bajarme? —pregunté.

Apoyó la cabeza en mi regazo, todo su cuerpo se convulsionaba mientras lloraba. Su abrigo olía a lana mojada y me rodeaba con fuerza con los brazos. Entonces me empujó con las dos manos.

Me desperté en el cuarto de los niños. Tenía algo frío y húmedo en la frente y la señora England estaba sentada en mi estrecha cama. Parecía preocupada.

—No, no se incorpore —me pidió mientras yo me removía—. Tiene que quedarse tumbada.

—¿Dónde está Elsie?

—¿Elsie? ¿Su hermana? —Su bonito rostro estaba marcado por la preocupación—. Por lo que sé, está en casa.

—¿Dónde están los niños?

—Los niños están bien.

—¿Dónde están?

—Con su padre.

—Tenemos que ir a buscarlos. —Me quité la compresa fría y me incorporé. Había poca luz, la persiana estaba bajada. Busqué a tientas mi reloj y la señora England posó una mano firme en mi muñeca.

—Debe recostarse, señorita May. Se ha desmayado y necesita descansar.

—No hay tiempo para descansar.

—Tómese todo el tiempo que necesite —murmuró.

En ese momento, se abrió la puerta y entró Tilda con una bandeja de té.

—¡Bienvenida a la tierra de los vivos! —exclamó y la dejó en la cama de Millie—. Estaba diciendo sinsentidos. ¿Leche? ¿Azúcar? No sé cómo lo toma.

—Ya me encargo yo, Tilda —se ofreció la señora England.

La criada se acercó más para examinarme.

—Parece pachucha. A lo mejor hay algo rondando. Podría ser por el gas. Mi padre no tiene en la casa.

—Gracias, Tilda.

Cerró la puerta al salir. Observé a la señora England un momento, pensando en cómo me había mirado el señor y en lo que había dicho. Mi mente estaba deshecha, los pensamientos revoloteaban como el confeti, era imposible encontrarles el sentido. La porcelana rota, la discusión con el señor Greatrex. Debía de haber sido por dinero. Siempre era por dinero. La señora echó dos cucharillas de azúcar en la

taza humeante y me la pasó.

—Antes ha dicho algo extraño —comentó—. Pensaba que… —Sacudió la cabeza, como si fuera una boba—. Pensaba que Charles iba a…

Di un sorbo y el líquido dulce me reanimó.

—Debía de estar delirando. —Ella me miraba, pero yo mantenía la vista fija en la taza que tenía en las manos—. Por favor, olvide lo que he dicho.

—¿Por qué dijo eso?

—No lo sé. Lo lamento, señora.

—Él no haría nada para lastimar a los niños.

—No.

De algún modo, me aferré al parapeto. Antes de caer, me sujeté a la barandilla y extendí el brazo derecho por instinto. Eso me habría salvado si hubiera sido un accidente, si hubiera sido un terrible error. Me quedé colgando como unas enaguas en una percha, demasiado impactada para gritar, demasiado asustada para comprender lo que estaba pasando. Mis pies se agitaban debajo de mí, buscando un punto de apoyo. Elsie se puso a lloriquear. Mi padre sollozaba. Se agachó y una llama de alivio se encendió en mi interior. *Me pondré a salvo*, pensé. Entonces mi padre colocó su mano grande alrededor de la mía, la misma mano que me había retirado el pelo de la frente febril, que había sostenido la mía para cruzar la carretera. Y me soltó los dedos, uno a uno.

Tenía los ojos cerrados, pero no podía dormirme. Oí los zapatos de la señora England en el suelo de madera, la llave en la cerradura. De fuera llegó el graznido de un grajo de una rama cercana. Unos minutos después, regresó mi señora y volvió a cerrar la puerta. Oí el susurro del papel y la cama se hundió. Exhaló un suspiro, uno suave,

de satisfacción, y abrí los ojos justo cuando terminaba de meterse algo en el corpiño. Se sacó la mano del cuello y se la pasó por la manga. Estaba imperturbable, con mirada firme y tranquila.

—¿Sabe cuál es uno de los empleos más cualificados de una fábrica? —me preguntó.

Negué con la cabeza.

—El anudador. Su trabajo es reparar los hilos rotos cuando las máquinas están en movimiento. Tienen que vigilar el hilo como halcones, pasar entre los telares y comprobar si hay desperfectos. Cuando encuentran uno, han de arreglarlo mientras todo sigue en movimiento. Es un trabajo peligroso. Y los anudadores son siempre niños, por su tamaño. Pueden meterse debajo de las máquinas con más facilidad.

»Mi abuelo empezó trabajando como anudador cuando tenía siete años, en una fábrica de Bradford. Cuando mi padre y sus hermanos cumplieron la misma edad, les hizo trabajar también a ellos durante dos semanas, como una especie de rito de iniciación. En realidad, fue para enseñarles cómo identificar errores. Imperfecciones. Y cómo arreglarlas rápido, para que se volviera así instintivo para ellos. Ahora son todos unos expertos arreglando hilos rotos. Es uno de los trabajos peor pagados en la fábrica, pero, en cierto modo, es el más importante. Hace que toda la operación continúe.

Esperé a que siguiera, pero se quedó callada. No entendía qué quería decirme con eso, qué mensaje intentaba transmitir, y pensé en un comentario adecuado, una pregunta apropiada, pero no se me ocurrió nada y el momento pasó.

Mi padre arrojó a Elsie después de mí. Las dos caímos setenta y cinco metros y nos estrellamos en el agua oscura de abajo.

Se produjeron dos milagros aquella noche de septiembre. El primero fue que las dos sobrevivimos a la caída; el segundo, que aterrizamos a pocos metros de una barca llamada *Mazeppa*, que iba río arriba para escoltar a una embarcación desde el puerto a la costa. La

lluvia caía con fuerza y la visibilidad era escasa, pero la tripulación oyó la primera caída, seguida de lo que les pareció el graznido penetrante de una gaviota. Después un segundo chapoteo. Dieron una vuelta y nos subieron a bordo, primero a Elsie, de tres años y el tamaño de una muñeca, que gemía, lloraba y se aferraba a ellos. Después me sacaron a mí, pensando que estaba muerta.

La tripulación del *Mazeppa* sabía de las almas torturadas que caían como gotas de lluvia del vasto y reluciente puente al río. Las había visto arrastrarse de las orillas fangosas cuando el viento las sacaba del agua. Pero ¿niños? Nunca antes habían visto nada parecido. De inmediato nos llevaron a mi hermana y a mí a una posada en la orilla y despertaron al propietario. Elsie fue llevada rápidamente a un médico mientras dos miembros de la tripulación intentaban reanimarme, como habían hecho en el barco, vaciándome los pulmones del agua negra y exhalando aire en mi boca. Ninguno lo podía creer cuando un sonido manó de mí como el de un interruptor al desconectarlo, seguido de una cascada de agua. Estaba muerta y ahora vivía.

—¿Dónde está Elsie? —pregunté, tumbada en el camino con las enaguas pegadas a los huesos.

Por supuesto, yo no recordaba nada del rescate. Leí al respecto en los periódicos, como todo el mundo. Imprimieron una fotografía de Elsie y de mí con nuestro salvador, el capitán. Era un anciano amable con una barba blanca y ojos pequeños y marrones, y quedó deslumbrado por Elsie. Nos visitó a las dos en el hospital más de una vez y nos trajo chocolate y nueces. Cuando llegó el momento de que regresáramos a casa, se entristeció por tener que separarse de ella y, cuando se marchó, tenía lágrimas en los ojos.

En la fotografía, yo llevaba un abrigo beis con ribete de piel que pertenecía al estudio de fotografía y un sombrero enorme. Después hicieron una postal de nosotras, reunidas con el capitán y los agentes. Llevábamos vestidos negros a juego con cuello blanco de encaje. Elsie sostenía una muñeca y estaba sentada en la rodilla del capitán. No podía mantenerse de pie ella sola, la caída le había lastimado la columna y tenía que aprender a caminar de nuevo. Sus heridas

proyectarían una larga sombra sobre su vida. Yo escapé ilesa, pero la culpa era peor que cualquier dolor que conociera, y aunque los médicos se mostraban esperanzados y me dijeron que viviría una vida normal, supe incluso entonces que nunca me recuperaría.

—¿Señorita May? —Millie apareció junto a mi almohada. La habitación estaba caldeada, con un fuego ardiendo en la chimenea y las lámparas encendidas contra la luz mortecina. La habitación tenía un aspecto encantador por las tardes, como el escenario de una fotografía o de un sueño.

La señora England estaba arrodillada con Charley, jugando con un caballo de madera. A su lado había restos de un servicio de té en una bandeja.

—Shh, Millie —susurró la señora—. Te he dicho que no la despertaras.

—Pero se ha perdido el té.

—No pasa nada, señorita, estoy despierta. —Me incorporé—. Señora, yo me ocupo de los niños.

—No va a hacer tal cosa. ¿Cuándo fue la última vez que alguien cuidó de usted?

Me recosté contra el cabecero.

—¿Has visto al señorito Saul? —pregunté a Millie.

—Sí. Le he guardado esto. —Me pasó un bollo de pasas.

—Qué amable, gracias. ¿Cómo está?

Se encogió de hombros y miró a su madre.

—Creo que está bien —contestó.

Los niños habían regresado, lo que significaba que su padre se encontraba en la casa. Noté un nudo en el estómago y observé a la señora England jugando con su hijo, haciendo galopar al caballo por la alfombra. *El señor sabía quién era yo.*

Pensé en mi primera noche en Hardcastle House, cuando me recogió él mismo en la estación. ¿Lo había sabido siempre? Mi mente zumbaba y traqueteaba como uno de sus telares y recordé lo extraño

que me había resultado que la señora England no me esperase aquella noche. Cómo se equivocaba siempre con la hora, apenas comía, dejaba el gas encendido. Lo mucho que parecía despreciar a sus padres y cómo pasaba las noches encerrada en su habitación como una niña. El señor me había agradecido que fuera amable con ella y entonces, despacio, comprendí que yo había sido cómplice.

Llamaron a la puerta y regresó Tilda para recoger la bandeja del té. No quería pasar por otra inquisición, por amable que fuera, así que cerré los ojos y fingí que dormía.

Con el repiqueteo de la porcelana, Tilda habló en voz baja:

—¿Es todo, señora?

—Sí, gracias. Creo que la señorita May necesita dormir —respondió la señora England—. Tilda —se dirigió a ella cuando la criada se retiraba—, ¿puede pedirle al señor England que venga a la habitación de los niños?

El corazón me latía con fuerza. *No, no, no.*

En unos minutos oí pasos, medidos y ordenados. Una brisa me acarició la cara y su presencia llenó la habitación como un aroma. Recordé cómo eclipsaba las camas estrechas, los objetos de tamaño infantil, y hacía que todo pareciera encoger, incluida yo misma. El corazón me latió con fuerza contra la caja torácica y me quedé muy quieta. Se produjo un breve silencio cuando observó la imagen que tenía ante él.

—¿No está mejor? —preguntó.

—No, Charles.

—¿Mando llamar a un médico?

—No lo creo necesario. Solo ha prescrito descanso.

Charley balbuceó e hizo entrechocar dos caballos.

—Creo que alguien debería quedarse con la señorita May esta noche. No puede cuidar de los niños en este estado.

—Pensaba que solo se había desmayado.

—Sigue mareada. No quiero que salga de la cama y corra el riesgo de caerse.

—Puede hacerlo Tilda.

—Pero Tilda se levanta a las seis para encender los fuegos.

Las manecillas de mi reloj sonaban en mi bolsillo y el fuego crepitaba y crujía. Parecían estar manteniendo una conversación sin palabras, una que yo no podía interpretar sin ver sus caras, su lenguaje corporal. Sabía que él me estaba mirando, sentía sus ojos en mi piel.

¿Por qué volvió la señora England de Crow Nest antes de tiempo? ¿Por qué cojeaba hacia el baño como si cada paso le causara dolor? «Lo hacen como conejos en celo». ¿Y si no era eso lo que hacían?

—Mamá, duerme tú con nosotros —lloriqueó Millie.

Su madre la acalló y el suelo crujió. Se produjo un silencio tan espeso que pude saborearlo. Recordé lo que me había dicho en Crow Nest, en aquella habitación pequeña y estrecha, cuando quería quedarse con Saul. «Que parezca que ha sido idea de él».

—Bueno, ¿qué te parece? —preguntó el señor.

—¿El qué, Charles?

—Que te quedes esta noche aquí, con ellos.

Su mujer pareció considerarlo.

—La señorita May cuida muy bien de nosotros. Supongo que podría devolverle el favor.

—De acuerdo, entonces que así sea.

Cuando se hubo marchado, abrí los ojos y vi a la señora England alzar a Charley en el aire. Buscó su ropa para dormir en la cuna, la vio debajo de la almohada y se sentó con él en la cama de Saul. Le desabotonó la ropa con dedos inexperimentados, le quitó las capas y las medias.

—¿Señora? —hablé sin mover la cabeza de la almohada.

Ella alzó la mirada de la cama con los pies regordetes de su hijo en las manos. El bebé chilló de placer y la sonrisa de la señora se quedó congelada en su rostro al ver mi cara.

—Usted no guardó mis cartas, ¿verdad?

Una pausa. Me miró y su cabeza hizo el más ligero movimiento. No.

Encontraron a mi padre en la madrugada, deambulando cerca de una estación de ferrocarril. Estaba empapado y deliraba; al principio, el agente lo creyó ebrio. En el bolsillo del abrigo llevaba unos cuantos chelines y una carta de un subastador con la confirmación de una visita a la tienda de Longmore Street para valorar el contenido. Le dijo su nombre y dirección, y el policía lo esposó y se lo llevó a la comisaría. No opuso resistencia y caminaron juntos por las calles silenciosas y oscuras. En la comisaría, le prepararon caldo de carne caliente y llamaron a un médico. A la mañana siguiente hubo una vista en el tribunal de magistrados. No hizo ninguna declaración, solo pidió visitarnos a Elsie y a mí en la enfermería. Le denegaron la petición y nunca volví a ver a mi padre.

Y ahora soñaba que estaba sola en el molino, de pie ante un telar ensordecedor. El hilo se movía adelante y atrás como olas que amenazaban con arrasarme. La luz del sol entraba por las ventanas altas y, a mi alrededor, el algodón flotaba como la nieve. En el extremo del vasto espacio estaba mi hermano Robbie, un joven hombre ahora. Me llamaba con una mano sobre la boca, pero no lo oía con tanto ruido. Señaló algo y me volví. Vi a mi padre moviéndose entre las máquinas en mi dirección. Tenía el mismo aspecto que aquella noche en el puente, con el sombrero y el abrigo mojados y la bufanda que le había hecho por Navidad.

—Ruby.

Delante de mí había una lámpara y una mano pálida y pequeña. Por encima de la luz cálida vi una cara con el pelo suelo.

—¿Dónde está Elsie?

Entonces reparé en dónde estaba.

—Lo siento —dije.

—Está bien. Estaba gritando.

—¿Los niños están bien, señora?

—Por supuesto —susurró. Estaba arrodillada al lado de mi cama y su aliento era dulce en mi cara—. Estaba hablando de su padre.

Parecía asustada.

—Se está muriendo.

—Vaya. ¿Por qué no lo ha dicho? Ha de ir a visitarlo.

—No puedo.

—¿Por qué no? —La lámpara titilaba y temblaba en el silencio. Un momento después, dijo—: Siento tener que hacer esto ahora. Ojalá no tuviera que ser así.

—¿Hacer qué, señora? —Solo escuchaba a medias, seguía pensando en mi sueño, en los telares y en mi padre caminando en mi dirección.

Ella volvió a hablar:

—Prométame que mantendrá a los niños a salvo. Que no abandonará a Millie y a Charley.

Sentía el cerebro como algodón: húmedo e hinchado.

—¿Qué quiere decir? —musité.

A nuestro lado, en la oscuridad, Millie respiraba profundamente.

La señora England se estremeció, a pesar de que tenía la bata ajustada al cuerpo.

—¿Estará usted bien? —preguntó, aunque era ella la que estaba pálida y temblorosa.

—¿Qué vamos a hacer por la mañana?

—Todo irá bien —me aseguró—. No debe preocuparse.

—Tengo que cerrar la puerta con llave.

—Ya lo he hecho yo. Duérmase. —Me tapó con el edredón.

Me hundí bajo las sábanas y el agotamiento me venció de nuevo.

21

Me despertó el llanto de Charley. La habitación estaba a oscuras, la noche caía espesa; sin mirar el reloj, supe que era la una o las dos de la mañana. Me quedé allí tumbada un momento, en la oscuridad, aguardando por si se calmaba, pero volvió a gimotear y me incorporé. Bostezando, me aparté las sábanas, caminé hacia la ventana, descorrí la cortina y subí la persiana para que entrara la luz de la luna. Tomé a Charley en brazos y lo olisqueé. Guardaba unos pañales en una bolsa de aseo a los pies de mi cama y me puse a limpiarlo y cambiarlo, susurrándole con suavidad para no despertar a los otros mientras él balbuceaba. La señora England estaba dormida en la cama de Saul y Millie en la suya, a pesar de que había dicho que quería dormir con su madre. Le bajé el pañal mojado a Charley y lo dejé en mi orinal. Fui a por la jarra del lavamanos. Mojé la toalla con agua mientras mis ojos se adaptaban a la oscuridad. Me di cuenta de que el edredón se había caído de la cama de Millie y me acerqué a colocarlo. Lo alcancé y fruncí el ceño. La cama estaba vacía. Miré al otro lado de la habitación para ver si había dos formas en la cama de Saul. Esa también estaba vacía y la puerta de la habitación, abierta.

Charley me miraba desde su cuna mientras yo palpaba las sábanas y levantaba las almohadas, como si Millie y su madre pudieran estar escondidas. ¿Cómo era posible que no hubiera oído nada? Extendí un brazo para cerrar la puerta y encontré la llave en la cerradura. Arrugué el ceño, sin comprender. Logré encender la luz, aunque necesité tres o cuatros intentos con la cerilla. El pasillo estaba oscuro y silencioso como una tumba, la puerta de entrada de la casa, cerrada. Me acerqué descalza al cuarto de juegos. Sin la luz del sol que los coloreara, los juguetes y muebles tenían un aspecto siniestro, agachados en la oscuridad. Me estremecí y volví al dormitorio.

—E-ido —dijo Charley.

Parpadeé, sorprendida.

—¿Charley?

Volvió a decirlo, alzando las manos vacías.

—Han ido.

Sus primeras palabras. Esperó a mi reacción, pero me dieron ganas de llorar. La señora England me había pedido que cuidara de Millie y de Charley. ¿Dónde había ido? Guardé la llave del cuarto en el delantal, que colgaba de la percha, pero la señora England había abierto esa noche y había debido de dejarla en la puerta. Tal vez se había ido a su cama. Pero ¿y Millie? Dejé a Charley otra vez en su cuna y, por suerte, no se quejó y se tumbó de lado para dormir.

Me quedé parada un momento en el rellano, atenta. El reloj de pie del pasillo hacía tictac y no había luces abajo. Las puertas de las habitaciones estaban todas cerradas, también la del señor England; al otro lado de la madera se oían unos ronquidos suaves. Los pies descalzos me llevaron por el suelo de piedra hasta la habitación de la señora, cuya puerta no estaba cerrada con llave. Estaba vacía y la cama, hecha. La habitación de invitados también estaba desocupada, al igual que el baño, el retrete y el cuartillo de la ropa. Bajé a la planta inferior con la lámpara, mirando en todas las habitaciones con su olor a tabaco y a cera para los muebles. En el vano de la puerta del salón, tropecé con algo pequeño y duro y estuve a punto de gritar: otra colilla. Le di vueltas en la mano, pensativa.

La señora England no podía haberse llevado a Millie afuera a estas

horas, ni siquiera en el carruaje. Probé el pomo de latón de la puerta de la calle, lo giré con suavidad y, para mi sorpresa, se abrió. Un miedo helado me invadió «Ojalá no tuviera que ser así». Si la señora England había salido y Millie la había seguido y se había perdido, o peor… Era impensable. Miré el patio oscuro y escuché el viento que acariciaba los árboles y el río que corría con la misma energía inagotable. No tuve que tomar ninguna decisión, tan solo aceptarla, y lo hice con una claridad arrolladora. Cerré la puerta y subí a buscar mi capa.

Estaba lloviendo, pero era una lluvia suave y amable, casi pesarosa. Dejé la lamparita nocturna en la mesa del vestíbulo, tomé la lámpara de gas y la encendí en el felpudo. Salí de la casa y tiré la cerilla usada detrás de una maceta.

El bosque era una masa dura e ininterrumpida que se expandía hacia el cielo oscuro y nublado. Evitaría adentrarme en él si pudiera, pensé en las raíces enredadas y resbaladizas, y en el suelo mojado que caía y se precipitaba sin previo aviso hacia el río. A mitad del sendero, llamé a Millie. Despertar al señor no era una opción; la niña a mi cargo se había perdido y tenía que encontrarla. La mera idea de la furia del señor England bastaba para mantenerme alejada de él: esos ojos negros y fríos ardían dentro de mi cerebro como una imagen sacada de una pesadilla. Sacudí la cabeza con respiración entrecortada y aceleré el paso.

—¿Millie? —llamé más fuerte con la esperanza de que el susurro de los árboles ocultara mi voz a la casa.

El bosque ascendía a ambos lados del camino hacia la luz. Todos esos escondites, todos los troncos gruesos y los pequeños salientes desde donde podía estar observándome alguien. De pronto el bosque se me antojó vasto y aterrador de una forma que jamás había considerado durante la mañana. Los pies me llevaron adelante, pero cada parte de mí me suplicaba que volviese. Discutí conmigo misma: lo correcto sería despertar al señor England, a Tilda, llamar a la policía. Pero la señora England no se había perdido: había escapado. Lo más probable era que no quisiera que la encontraran. Pero ¿cuánto tiempo estaría desaparecida? ¿Una hora, una noche, siempre? Otra

alternativa, la menos atractiva de todas, era reconocer esto y regresar a la cama, donde podría despertar por la mañana y fingir que descubría que habían desaparecido. «Siento tener que hacer esto ahora». Mi mente bullía con posibilidades, pero seguía aferrándose a una.

—¿Millie?

El río parecía más ruidoso por la noche y me detuve en el antiguo puente, el agua magnificada debajo de él. Me sujeté a la barandilla y continué adelante con la lámpara, rezando para no encontrarme un pequeño camisón blanco enganchado a una roca, arrastrado por la corriente de agua. Pero solo había agua negra y brillante que seguía su rumbo incansable. En la otra orilla el molino se alzaba oscuro y silencioso, con su chimenea elevándose hacia el cielo. Pasé junto al establo y hallé cierto consuelo en las criaturas que dormían en la paja, Ben y Broadley entre ellas.

Puse toda la distancia posible entre el molino y yo, moviéndome sobre los adoquines resbaladizos y gritando el nombre de Millie mientras mi mente pensaba frenética. ¿Se la habría llevado ella? Eso garantizaría una búsqueda. Según la ley, los hijos pertenecían a los padres, no a las madres. Si su plan era huir, sería una necia al llevarse a su hija. La señora England era una Greatrex, la hija de una familia que poseía molinos esparcidos como monedas a kilómetros a la redonda, la nieta de un hombre tan rico que había construido un pueblo. Aparecería en las portadas de los periódicos, un escándalo en blanco y negro. Me estremecí al pensar en la intrusión que traería a la casa, porque yo sabía de eso. Cuando mi padre se fue a Broadmoor, mi madre consideró la opción de mudarnos de Longmore Street. Pero un intento de asesinato fue bueno para el negocio y hubo más trabajo que nunca. Los clientes miraban las cestas de nabos y las latas de café antes de desviar inevitablemente la vista hacia la puerta de detrás del mostrador con la esperanza de ver a las niñas May. Mi madre nos hacía quedarnos arriba o en el almacén, nos mantenía ocupadas con tareas de la casa e inventario. Vecinos, extraños, amigos, todos preguntaban por nosotras, interesados por saber cómo nos encontrábamos. ¿Estábamos heridas, nerviosas, desconsoladas? Tal

vez estábamos enfadadas o habíamos acabado en el asilo como nuestro padre. Yo no supe cómo me sentía hasta que una mañana me vino a la cabeza la palabra mientras forraba las cajas de las gallinas con periódico y la vi en mitad de una columna: traicionada. La gente decía que era un milagro que hubiéramos sobrevivido, pero yo no lo sentía así.

Me acerqué con la lámpara a los árboles. La lluvia caía suave y las hojas estaban mojadas y resbaladizas. Pisé ramitas y hongos, y me ensucié el camisón. Me había puesto la capa, pero me calentaba poco y tenía las piernas desnudas por encima de las botas. Oí entonces un ruido muy débil que sonaba a quejido, como de un animal. Como de un niño.

—¿Millie? —grité, muy quieta, atenta con cada fibra de mi ser.

El sonido cesó y volvió a empezar: un quejido suave, un sollozo. Eché a correr, moviendo la lámpara en todas direcciones. Que una niña a la que quería y cuidaba estuviera de verdad aquí en medio de la noche escapaba a toda comprensión, a toda razón, y justo cuando me había convencido de que era imposible y de que debía estar en el interior de un carruaje con su madre a una gran distancia de aquí, vi una forma blanca en la oscuridad. Al echar a correr la perdí, tenía el brazo cansado de sostener la lámpara en alto, y entonces, en el camino, vi a Millie tambaleándose con su camisón. Tenía sucios la cara y los pies, que estaban descalzos, y el pelo mojado se le pegaba al cuerpo. Solté un grito involuntario, gutural, que salió con tanta fuerza que dejé caer la lámpara, la cual se rompió y extinguió rápidamente, y rodó por la orilla.

La niña pequeña estaba llorando. Me puse de rodillas y tiré de ella hacia mí, susurrando, meciéndola para consolarnos a ambas.

—Estás bien —le aseguré—. Estás bien —repetí una y otra vez, una docena de veces mientras ella me abrazaba, incapaz de hablar. Unos minutos después, sus sollozos mermaron y se convirtieron en jadeos e hipidos. La rodeé con mi capa, no había pensado en traer nada cálido para ella.

—¿Dónde está mamá? —le pregunté.

No dijo nada y se limpió la nariz con una manga.

—¿La has visto? ¿Dónde está?

Temblaba y se quejaba. La había encontrado y estaba viva. La tomé en brazos y desanduve mis pasos hacia el río, que nos conduciría a casa. Millie me agarraba la trenza como si fuera una cuerda. Su peso parecía aumentar con cada paso y estaba temblando. La dejé en el suelo, la envolví con mi capa y la volví a levantar. Nuestro progreso era lento y, solo cuando habíamos dejado atrás el cobijo de los árboles y el molino se alzaba negro y amenazante ante nosotras, volví a intentarlo.

—Millie, ¿dónde está mamá?

—No lo sé —lloriqueó.

—¿Has salido con ella?

Negó con la cabeza.

—¿Por qué has salido de casa?

—La puerta estaba abierta y mamá no estaba en la cama.

—¿La has oído irse?

De nuevo, sacudió la cabeza.

Noté unas fuertes punzadas de dolor en la espalda que sabía que me pasarían factura por la mañana. Caminé con cuidado por los adoquines, crucé la cancela chirriante y subí por el camino hasta la puerta. Por suerte, seguía abierta y la cerré al entrar. Me derrumbé contra ella con un suspiro. La tenue luz de la lamparita de noche nos recibió y el reloj hacía un ruido suave en mitad del pasillo, que nunca parecía vacío, ni siquiera cuando me encontraba sola, con los Greatrex observando desde sus marcos dorados. Sin llave para cerrar ni tampoco idea de dónde estaba, llevé a Millie arriba con dificultad.

Charley dormía con un brazo extendido junto a la cabeza y la boquita rosada abierta. Contuve las ganas de sacarlo y abrazarlo. En cambio, lo tapé con la manta y bajé el dosel. Millie temblaba. Le quité el camisón y saqué uno limpio. La vestí y la tapé con una manta hasta arriba. Me senté en su cama y la atraje a mi regazo.

—¿Dónde ha ido tu madre? —le susurré en el pelo y nos mecimos adelante y atrás—. ¿Te ha pedido que la acompañases?

Sacudió la cabeza y se limpió la cara con la esquina de la manta.

—¿Me puedes contar lo que ha pasado?

—Me desperté —dijo con pequeños gemidos entre cada palabra—. Y mamá no estaba. Fui a ver si había vuelto a su cama, pero la puerta estaba cerrada con llave. Luego encontré la llave en el suelo y la abrí. Pero su habitación estaba vacía y ella no estaba en la casa. Papá dice que camina dormida, así que pensé que podría estar haciendo eso. Entonces vi la puerta de entrada abierta y salí al patio a buscarla porque pensé que podría haberse perdido o estar en el bosque. No quería que se asustara. Y entonces me perdí yo.

—Has sido muy valiente —susurré—. No conozco a ninguna otra niña que hubiera hecho eso.

—No me da miedo el bosque, solo la oscuridad.

Asentí y la acerqué más a mí.

—¿Entonces no la has visto despertarse?

Sacudió la cabeza.

—Me leyó un cuento en la cama y después se tumbó en la de Saul. Estaba llorando antes de meterse en la cama. No dejaba de darnos besos a Charley y a mí, y de abrazarnos.

Guardamos un momento de silencio mientras yo absorbía sus palabras. Entonces, como si pudiera leerme la mente, me preguntó:

—¿Mamá va a volver?

Estábamos sentadas apoyadas en la pared, como había estado antes la señora England, con los pies colgando de la cama. Yo los había observado desde mi almohada, bañados por la luz de la lámpara, y había pensado en lo adorables que estaban juntos. Y después me había quedado dormida y la señora England me había pedido al despertarme que cuidara de sus hijos. Pensé en todas las señales, ahora obvias: el misterio de sus cosas empaquetadas en el baúl, la tristeza con la que sostenía a Charley, su petición de que mantuviera a sus hijos a salvo.

—Por supuesto que sí —respondí con tono suave mientras el corazón me aporreaba el pecho—. Y yo estaré aquí para cuidar de vosotros. Ahora hay que dormir.

—¿Se quedará sentada conmigo?

—Sí. —La tumbé y le acaricié el pelo. Intenté no pensar en la mañana.

Me metí en la cama con dificultad, apoyé la cabeza en la pared y

oí el sonido suave de mi reloj en el delantal. Entre los leves golpecitos se oyó un único golpe sordo, como el de la manecilla de la hora de un reloj grande o una puerta. Con el ceño fruncido, me puse de rodillas y coloqué una mano en la persiana para apartar las tablillas.

El señor England se alejaba de la casa por el camino. Cerró la cancela y avanzó con decisión por los adoquines para desaparecer en el sendero que se internaba en los árboles. No llevaba lámpara. Me quedé mirando el punto donde había desaparecido, pero la negrura era cegadora y se amontonaba en los bordes de mi visión. Charley suspiró detrás de mí y di media vuelta para observarlos a su hermana y a él, los dos profundamente dormidos. Un rayo de luz de la luna entró entre las tablillas de la persiana e incidió en mi cepillo de pelo plateado, sobre la cómoda. Lo acaricié y noté lo pesado que era, lo caro. Cuando Sim me lo regaló, me sentí parte de algo por primera vez en mi vida. Cerré los ojos y la imaginé encorvada sobre su escritorio, escribiendo. *Fortis in arduis*, nos había dicho en nuestro primer día, con ambas manos apoyadas en el atril de la sala de conferencias. «Fuerza en las adversidades». Pensé en el jarrón azul roto en la moqueta, en la cara pálida de la señora England. Lo tranquila y estable que estaba, a pesar de que su esposo había inventado que era débil, loca, peligrosa. Supe entonces dónde estaba.

Despacio para que los niños no se despertaran, me senté en el borde de la cama y me até las botas por segunda vez.

22

La noche en el bosque no era precisamente silenciosa. Los chotacabras y los búhos entonaban sus extraños solos y mis botas crujían en las piedras del camino. El sonido del agua lo envolvía todo: arroyos ruidosos y riachuelos que descendían hacia el río burbujeando, canturreando, murmurando. Había dejado de llover y la luna asomaba detrás de su velo brumoso. Me ajusté la capa al cuello y me envolví la cara con el mantón.

El camino era más sencillo sin una lámpara, que volvía todo lo que estaba más allá de su rango aún más oscuro. La luz de la luna era guía suficiente y mis ojos se adaptaron sin dificultad. Dejé el patio del molino y me detuve en el camino que pasaba junto a las dependencias; miré a la izquierda, a los páramos, y a la derecha, al pueblo. Giré a la izquierda y pasé por el estanque del molino, con la superficie suave y vidriosa como un espejo en la noche. Los pinos poblaban la ladera por encima del camino que serpenteaba como una cinta fantasmal a lo largo del valle. Traté de recordar cómo se llegaba a la pequeña cabaña solitaria del páramo.

Había dejado a los niños encerrados en la habitación, esta vez no

habría huidas. Si todo iba bien, podría colarme en el interior sin que me vieran. Si regresaba más tarde que el señor… *No, no pienses en eso. Sigue caminando*, me dije. Las piernas me llevaron hacia arriba y los riscos aparecieron como un espectro a mi izquierda.

—¿Ruby? —un susurro, inconfundible.

La sorpresa casi me derribó. Me quedé inmóvil, mirando los troncos delgados y las ramas negras. Apenas podía oír nada por culpa de la sangre que latía en mis oídos. Unos segundos más tarde, volvió a sonar.

—¿Ruby? ¿Eres tú?

Era una voz femenina.

—¿Quién anda ahí? —susurré con voz rota. Y luego más fuerte—: ¿Quién anda ahí?

Había llegado de mi izquierda, de los riscos. De arriba, como si la persona estuviera subida a la rama de un árbol, mirando abajo.

—¿Señora England? —Mi voz era suave y débil, y volví a probar —: Señora England, soy Ruby. ¿Está ahí?

—Estoy aquí arriba.

—¿Dónde?

—En los riscos.

—¿Está sola?

—Sí.

Volví apresurada donde creía que estaba el sendero y subí por el borde cubierto de hierba que había entre dos rocas que hacían de postes. Los árboles clareaban mientras yo ascendía y me abría paso entre grandes peñascos. Las sombras del bosque desaparecieron y dieron paso a un cielo claro iluminado por la luna. No hacía viento y bajo mi aliento oía las ramas crujir y quebrarse. Hacia la cima, donde el terreno se nivelaba, una columna esbelta vino hacia mí.

—Ruby. —La señora England llevaba una capa con capucha. Se había recogido el pelo rubio por debajo y tenía el rostro pálido a la luz plateada de la luna.

—¿Qué está haciendo? —le pregunté.

—No puedo quedarme más.

—¿Sabe él que se va?

Se quedó lívida un momento.

—No. No sabía cuándo podría marcharme. Pero Charles no puede saber que estoy allí.

—No. ¿Por qué ha venido aquí, a los riscos?

—Tiene un sueño profundo y no puedo arriesgarme a despertar a su madre. Esperaré al amanecer.

—¿Cuándo volverá?

Le ardían los ojos en el rostro pálido.

—Ruby, no voy a volver.

—Pero ¿por qué? —Mi voz sonaba débil, infantil.

—No puedo seguir viviendo ahí.

—Pero los niños… no puede abandonarlos. La necesitan.

—Enviaré a buscarlos.

Sacudí la cabeza con incredulidad.

—¿Para llevarlos dónde? ¿Va a vivir allí, con él? Ellos no pueden vivir allí. Además, su padre tiene derechos sobre ellos, la ley dicta que tendrán que quedarse con él.

—Confíe en mí, lo haré. Todo quedará claro ahora que lo tengo.

—¿Que tiene qué?

—Necesito alejarme de él porque me matará cuando se entere.

—¿Se entere de qué? Señora England, no lo comprendo. Quiero ayudarle, pero tiene que contármelo.

—Lo prometo, solo tiene que confiar en mí.

—¿Por qué no me dijo que se iba?

—Lo hice para protegerla.

—¿A mí?

La compasión le suavizó los rasgos.

—No lo entiende ahora, ¿verdad? La tiene como su mascota. Cualquier cosa que yo le contara, él se la sonsacaría.

—No.

—Sí. —Esbozó una sonrisa débil—. No sabe lo controlador que es. Lo está haciendo también con usted, guarda sus cartas y la toma bajo su protección. La hace sentir especial y luego la aísla, la ahoga lentamente hasta que siente que no tiene a nadie, que está completamente sola. Yo lo he soportado demasiado tiempo ya. Tenía

que escapar. —Se quedó callada y pareció reparar en algo—. Pero ¿por qué está aquí? ¿Por qué ha salido de la casa?

—Me ha traído ella.

El señor England estaba en el camino, detrás de nosotras, una silueta contra la luz de la luna. Se acercó despacio, sin prisas, las botas chirriando sobre la piedra, y me dio la sensación de que estaba soñando, observando con horror mudo cómo se aproximaba. Las dos nos quedamos clavadas en la roca, con la vía de escape bloqueada y tan solo un pequeño espacio entre nosotros. El suelo parecía cieno bajo mis botas, sin nada a lo que aferrarme. Cerré los ojos e intenté no pensar en la altura a la que estábamos.

—Por fin has escapado. —Se dirigía a su esposa, cuyo rostro era una máscara fantasmal, blanco como el papel bajo la capucha de la capa—. Debo decir que ha sido una idea magnífica fingir que estabas preocupada por el bienestar de la niñera. —Se acercó más, con pasos decididos, y vi que llevaba puesto el traje de caza verde de lana con las botas altas. Esto me inquietó más que el hecho de que hubiera salido: él vistiéndose en su dormitorio, abrochándose los pantalones en la oscuridad.

La señora England se volvió despacio hacia mí y yo sacudí la cabeza. Se me heló la sangre en las venas. Sin embargo, yo lo había conducido hasta ella.

El señor le agarró la manga.

—Me temo que esta ha de ser la última vez. Tienes que volver a casa.

—No. —Su voz era débil, suplicante, y me golpeó directamente en el pecho. Di un paso involuntario adelante.

—No se mueva. —El bigote le tapaba la boca y sus ojos cayeron como losas sobre mí—. Si da otro paso, la acusaré de negligencia. No crea que no la he visto antes regresar con Millie. Le preguntaría cómo ha salido sola mi hija de cinco años en medio de la noche, pero dejaré esa conversación para cuando sea de día.

—¿Millie? —susurró la señora England.

Me dieron ganas de llorar y cerré los ojos para contenerme.

—Sabía que no podía confiar en usted. —Me miraba a mí—. Me

pregunto si, en todas las conversaciones que han mantenido, ha tenido tiempo de contarle a su señora que es usted la hija de un asesino.

El bosque susurró a nuestro alrededor.

—¿No? Qué desconcertante. Pensaba que ya habría tenido tiempo suficiente para desvelarlo. Es algo que me hubiera gustado saber cuando la contraté. No importa, escribiré a su directora y le ofreceré una explicación de por qué no puede seguir desempeñando su puesto.

—Mi padre no es un asesino —grité con lágrimas de rabia en las mejillas—. Es un hombre enfermo.

—Creo que el término es «demente criminal». Y ahora, Lilian, ¿me cuentas a dónde ibas? A mí o al médico, a quien quieras primero, no me importa. He visto que no has pronunciado su nombre, pero lo descubriré pronto. —Me miró—. Supongo que tiene algo que ver con el padre de Decca.

Me pareció que no lo había escuchado bien, pero él aguardaba con la vista fija en mí a que comprendiera sus palabras.

—¿No lo sabía? ¿De qué han hablado entonces? Decca no es mi hija. La familia Greatrex ha mantenido siempre la identidad de su padre en secreto, así que solo puedo imaginar que se trata de alguien del todo inapropiado. Más inapropiado incluso que el hijo de un abogado.

Estaba completamente anonadada. La señora England se quedó inmóvil varios segundos, fulminándolo con la mirada, y entonces metió una mano temblorosa dentro de la capa y rebuscó entre el vestido y el corsé. Se oyó el crujido del papel y recordé ese mismo sonido antes, cuando salió del cuarto de los niños un momento antes de volver a sentarse en mi cama. Cruzó el abismo que la separaba de su marido, quien le cerró el camino con dos zancadas rápidas y se lo quitó de la mano. Yo miré a mi alrededor, buscando los bordes de los riscos, el punto donde caían hacia la oscuridad.

—¿Qué es esto? —preguntó el señor. Se metió la mano dentro del bolsillo y sacó una caja de cerillas; oí un crujido y apareció una llama. La señora England aguardó, moviendo los ojos aterrados entre el papel y el rostro de su marido—. ¿Qué es esto? —repitió con el ceño fruncido bajo la tenue luz de la cerilla—. ¿Un certificado de

matrimonio? —Habló con sorpresa evidente—. De agosto de mil ochocientos noventa y tres. ¿Qué hace aquí tu nombre?

La señora England no dijo nada.

—¿Quién es Thomas Sheldrake?

La miré y sentí que los riscos se movían suavemente, que se mecían como un barco en un muelle.

—Estoy casada con él —respondió con voz temblorosa—. Llevo once años casada con él.

El señor England la miró, aturdido, y con voz llena de asombro, dijo:

—St. Michael's Harrogate. Esto es un engaño. Me estás engañando.

—Lo ha traído de Australia.

—Es una falsificación.

—No lo es.

—Entonces… —La miró, calculando—. Los niños…

—Son ilegítimos. —Se le quebró la voz—. Sí.

Él se irguió despacio con una expresión de completa incredulidad.

—Y van a venir a vivir conmigo —declaró su esposa con calma.

—No te creo.

—No importa. Tommy y yo estamos casados.

—Tommy. —Una suave arruga le arrugó la frente y entonces su expresión se aclaró—. ¿El herrero? —El bigote se expandió por su cara y se echó a reír—. Oh, Lilian. Ahora entiendo por qué te echó tu familia como si fueras un trapo. Siempre me lo he preguntado.

Tommy era el padre de Decca. Yo temblaba con fuerza, consciente a medias de lo que estaba teniendo lugar delante de mí: el señor England rompió el certificado en diminutos pedazos y los arrojó volando como cenizas, como algodón, por el risco. La señora England resolló como si se ahogara.

—No importa —dijo—. Podemos demostrarlo llegado el caso.

—¿Llegado el caso? Lilian, esto ni siquiera va a llegar a los tribunales. ¿Crees que un herrero va a enfrentarse a los Greatrex? ¿A todo ese dinero y poder? Volverá a meterse en la madriguera en la que estaba escondido, como hizo todos estos años.

Tommy en los árboles, Tommy en la iglesia, Tommy en el

cementerio. Ahora lo veía, las señales me dirigían a la certeza de que el padre de Decca solo quería ver a su hija, a su esposa.

El señor England agarró la muñeca de su mujer y la miró.

—Por eso querías enviarla a la escuela, ¿no?

—Charles, fue idea tuya, no lo vuelvas a hacer. Lo enredas todo, me haces sentir como si fuera a volverme loca. —Tiró de la manga para soltarse y él volvió a asirla.

—Nuestros hijos —dijo con tono suave, en un susurro incrédulo—. Todos bastardos. ¡Todos bastardos, Lilian! —La sacudió con fuerza y la arrastró por las rocas.

«Furcia». Lo vi en el espejo. Todo este tiempo había sabido lo de Decca y todo este tiempo las había castigado a las dos por ello.

—No, Charles —gritó ella mientras los dos forcejeaban y la cabeza empezó a darme vueltas.

A nuestro alrededor las piedras sobresalían, formas mezquinas y dentadas que disimulaban el hecho de que estábamos a quince, veinte, veinticinco metros en el aire. Los riscos eran diferentes en la oscuridad; no había rastro de los matorrales de brezo, de los helechos que había recogido Millie para hacer un ramo. «Todos bastardos, Lilian».

El señor y la señora England forcejeaban, formando un único bulto grande, retorciéndose y mutando en la oscuridad. Yo era apenas consciente de los ruidos que hacían: él gruñía, ella gemía y jadeaba, las botas chirriaban en la roca suave. El momento parecía un recuerdo, uno que estaba observando desde una enorme distancia.

Va a empujarla. El pensamiento fue claro e instantáneo, como la luna que emergía de detrás de una nube.

Yo lo he traído hasta aquí y ahora va a empujarla.

Me quedé paralizada, los brazos rígidos junto a los costados, mientras la señora England se retorcía, gritaba y lloraba cuando él la arrinconó con los brazos. El señor la sujetó como mi padre me había sujetado a mí, abrazándome en la lluvia.

«Su trabajo es mantenerlos con vida».

Mis pies se movieron solos hacia ellos y, con todas mis fuerzas, bajé el cepillo del pelo, que brillaba y destellaba a la luz de la luna. Se

oyó un crujido repugnante seguido de un segundo o dos de silencio absoluto. El señor se tambaleó hacia delante y se llevó una mano al pelo oscuro. Miró con perplejidad la sangre que le manchaba los dedos y luego me miró a mí, como diciendo: «Oh».

El tiempo se detuvo por completo y nos quedamos mirándonos el uno al otro, iluminados por la luz plateada. Entonces, la señora England lo empujó.

Todo sucedió a cámara lenta y la luna nos lo mostró, no nos ocultó nada: su mano cerrándose alrededor del aire, la otra agitándose detrás de él en busca de algo, cualquier apoyo mientras él se doblaba sobre la cintura. Sus botas perdieron el agarre en la piedra irregular; su garganta se arqueó con gracia cuando echó la cabeza hacia atrás, con el rostro alzado al cielo. Por un momento, quedó perfectamente suspendido, y entonces empezó a caer con la mirada en las estrellas. Aunque pareció transcurrir toda una vida, terminó en un momento, como si nunca hubiera estado ahí.

23

Tres semanas más tarde.

—No encuentro la condenada llave.

La señora England estaba detrás del escritorio del estudio con una mano en la cadera.

—Yo la busco —dijo Decca, solícita como siempre.

—Seguro que yo la encuentro antes —terció Saul.

Los seis estábamos en el estudio, introduciendo en cajas lo que allí había. Aunque diciembre estaba al otro lado de la esquina, no teníamos el fuego encendido y la ventana y la puerta estaban abiertas, y entraba el aire frío. La señora England había experimentado un cambio notable. En las semanas que siguieron a la muerte de su esposo, había ganado vitalidad, a pesar del sombrío vestido de luto de seda y crepé de color ébano. Le brillaban los ojos oscuros y el pelo parecía tejido de oro, como si también se le hubiera aclarado. Había guardado las perlas y los diamantes, y de las orejas le colgaban dos pequeños azabaches a juego con un bonito broche en el cuello. A excepción del cabestrillo de lino que le sujetaba el brazo izquierdo por un hombro roto, la viudez le sentaba muy bien.

Metió unos papeles en una caja y volvió a repasar el escritorio con la mirada. Los niños rebuscaban y hurgaban por la habitación, abriendo armarios y buscando entre libros la llave perdida. Mi mirada se posó en el lomo de un pesado libro negro que había en una de las cajas.

—¿Sabe, señora? Me pareció ver una carta de mi padre una vez aquí.

—¿De su padre?

—Mmm. Fue la noche de… —Me quedé callada y miré a Saul, que revisaba los artículos de una caja con gran diligencia. Sus días en Crow Nest lo habían cambiado y le habían puesto carne en los huesos. La cocinera, que no estaba acostumbrada a cocinar para niños, se propuso engordarlo y le servía gachas con crema, pasteles, tartas y sándwiches a todas horas. Todos los días una criada lo tapaba para protegerlo del frío y lo empujaba por los terrenos de la casa en su silla de baño hasta que estuvo lo bastante bien para hacer ejercicio él solo. Nunca le habían prodigado tanta atención y ahora estaba ofendido por ser uno de cuatro de nuevo en casa. Había pasado allí casi un mes y regresó la mañana siguiente al funeral de su padre. Inmediatamente después de haberlo dejado en casa, Broadley volvió a salir hacia Ripon para recoger a Decca de la escuela.

—¿Me recuerda el nombre de su padre?

—Arthur, señora.

—Puede que haya visto un Arthur, pero no estoy segura.

La señora England se acercó a las cajas y levantó libros y documentos con la mano libre para mirar lo que había debajo. Con todo lo que se venía, los niños y yo la estábamos ayudando. Se habían adaptado bien, teniendo en cuenta las circunstancias, y todos iban vestidos de negro como su madre. Incluso la aldaba de la puerta estaba envuelta con bombazine como señal de respeto.

La noticia de la muerte fue un infortunio. Cuando Tilda encontró la habitación del señor England vacía por la mañana, no se preocupó, pues era habitual que se saltara el desayuno y se marchara pronto a trabajar. Pero cuando el señor faltó a una reunión de junta en el molino y nadie supo de su paradero, el supervisor envió a un

muchacho a la casa y su esposa confirmó que llevaban sin verlo desde la tarde anterior. Al ver que no regresaba para la cena, Tilda envió a Ben en busca de un agente de policía y se organizó una partida de búsqueda. Encontraron su cuerpo antes del anochecer, a los pies de los riscos, con un golpe en la cabeza que había sufrido en la caída.

El forense, un viejo amigo de los Greatrex, inició una investigación con la que la señora England cooperó plenamente. Explicó que su esposo era un hombre paranoico, que salía a menudo de la casa en mitad de la noche para comprobar que el molino estuviera bien. «¿Podría tal vez, haber perseguido a un ladrón o a un oportunista?», preguntó. Era fácil perderse en el bosque, por muy bien que lo conocieras, y si la nubosidad era considerable… El forense había dicho que era sin duda una posibilidad, y que era sorprendente que nadie hubiera muerto en los riscos hasta ahora. La inmensa familia Greatrex absorbió discretamente el lamentable estado de las finanzas del señor England; canceló préstamos, reembolsó a los acreedores y lo limpió todo.

Había docenas de tarjetas de visita en la bandeja de la mesa del vestíbulo que los visitantes entregaban en la puerta con el deseo de presentar sus respetos. Yo los veía desde la ventana del cuarto de los niños, un desfile de pieles y tafetán sobre los adoquines en cumplimiento de los curiosos rituales de luto de los ricos. La viuda del señor England hizo una singular aparición en el funeral con un velo de encaje negro que caía hasta el suelo. Asistieron muchas personas al servicio, la señora Mannion aseguró que estaba todo el pueblo achuchado en la iglesia. Los empleados de England Mill estaban sentados codo con codo con los numerosos Greatrex, que descendían de todo el Riding del Oeste, los hombres con sus solemnes bandas en los brazos, las mujeres con los vestidos oscuros, como una nube de mariposas de un extraño mundo nocturno. Yo no fui con las criadas, me quedé en casa con los niños menores, preparándolo todo para el regreso de los mayores.

Mi encuentro con Decca tras tantas semanas separadas fue un momento feliz. Su madre y yo mirábamos por las ventanas y, cuando su pequeño cuerpo apareció entre los árboles, acompañada de

Broadley y su carruaje, bajamos corriendo a recibirla. Lo único que nos contó sobre su tiempo allí fue que no le interesaba la escuela. Su ausencia la había cambiado a ella también y regresó hecha una joven mujer, seria y serena. Parecía aliviada de estar de nuevo entre sus setas y, en su primera tarde en casa, las dos fuimos a dar un paseo. La señora England se quedó con los otros niños y nos dijo adiós desde la ventana con el bebé en brazos. Pasamos horas fuera, paseando por el bosque, recogiendo esquejes y metiéndolos en la pequeña cesta que llevaba. En la orilla del río encontró un farol roto y oxidado y se lo dimos a Broadley para chatarra. Embarradas y contentas, regresamos a casa a tomar bollos al lado del fuego en el cuarto de juegos, donde se pasó la tarde anotando observaciones en su cuaderno. Su dolor parecía contenido y tenso, como una caja que llevara consigo. No mencionó a su padre y consoló a su hermano y hermana, quienes mostraban su pena abiertamente.

Esa primera noche la bañé separada de los demás.

—¿Señorita May? —se dirigió a mí.

—¿Sí?

—¿Cómo murió papá?

Me detuve mientras le enjabonaba la espalda y suspiré.

—Sufrió una caída.

—¿Desde los riscos?

Había oído algo entonces. Me alegré de haberle dicho la verdad.

—Sí.

Se quedó pensativa, abrazándose las rodillas y con el pelo oscuro cayendo sobre su columna. En nuestro paseo, le había preguntado si quería seguir durmiendo en la habitación de los niños o si prefería tener su dormitorio propio al lado del de su madre. Me respondió que quería dormir donde yo.

—No sabía que los riscos fueran tan altos —comentó.

—Eso no importa mucho. Una caída por las escaleras puede ser fatal.

—Millie dijo algo raro antes.

—Ah, ¿sí?

—Dijo: «¿Has visto dónde me encontró la señorita May?». —Se

giró un poco hacia mí.

Yo seguí enjabonándole el pelo, separándolo suavemente con los dedos.

—No sé muy bien a qué se refería.

—Dijo que fuiste a buscarla cuando ella salió a buscar a mamá por la noche.

—A veces los sueños pueden resultar muy realistas.

Hubo una pausa.

—Creía que papá podría haber salido a buscarla y haberse caído, y que así había muerto.

Miré la puerta del baño, que estaba cerrada. Los productos de afeitado del señor England habían sido retirados y el lavamanos tenía un aspecto más femenino. Tilda había colocado jarras con flores de algunos de los ramos extravagantes de condolencias que habían llegado a la casa. En el lavamanos había una ramita de paniculata seca y una única rosa metida en medio, como una estaca.

—A veces, cuando la gente a la que queremos muere, pensamos muchas cosas para intentar sobrellevarlo mejor —comenté—. Tratamos de imaginar sus últimas horas y lo que podríamos haber hecho de otro modo. Tu padre os quería mucho y estoy segura de que, si Millie se hubiera adentrado en el bosque por la noche, él habría sido la primera persona en ir a buscarla.

Hubo un suave chapoteo, tomé el cepillo del regazo y empecé a cepillarle el pelo. Era lo bastante mayor para hacerlo sola, pero este era un ritual necesario para las dos.

—Mi padre vive en un asilo — anuncié.

—¿Significa eso que está…?

—No está bien. Pienso a menudo en él y a veces lo añoro. Llevo ocho años sin verlo.

—¿No tiene permiso para visitarlo?

—Sí, pero no voy.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero. Y es razón suficiente para no hacer algo. Decir que no puede ser diez veces más duro que decir que sí, pero te hace sentir cien veces mejor.

Decca guardó un silencio melancólico mientras yo le desenredaba el pelo.

—Cuando no era mucho mayor que tú, sufrí un accidente. No me causó mucho dolor en el cuerpo, pero sí en la mente. Estuve triste mucho tiempo, decaída, y cuando estás decaída, cuesta ver la importancia de nada. Nadie entendía mi sufrimiento. Todo el mundo me decía que tenía suerte de estar viva, que era un milagro. Esperaban verme feliz, pero no lo estaba, y eso lo empeoró todo. Me sentía desesperada y sola.

»Leía una y otra vez el mismo periódico viejo y en él aparecía un artículo sobre una escuela para niñeras en Londres. El artículo hablaba de los vestidos azules que llevaban, los delantales con volantes y las insignias que recibían por años de servicio. Me parecía un club, una… familia. Algo de lo que formar parte. Me encantaba la escuela y deseaba volver más que otra cosa en el mundo, pero mi madre decidió que me quedara en casa. Cuanto más pensaba en ello, más quería convertirme en una de esas niñeras, trabajar con niños y hacer que se sintieran seguros y amados. Pero era demasiado joven para ir allí, así que tuve que esperar a cumplir los dieciocho años. Por fin llegó el día, hice el examen y aprobé. No sé qué habría hecho si no me hubieran concedido la beca. Tenía suerte de que las otras chicas pudieran permitírselo. Eran mucho más listas que yo. A veces me preguntaba qué habría sucedido si no me hubiera fijado en esa escuela. Realizar el examen fue la primera cosa que hice por mí misma. Lo que estoy diciendo es que me fue bastante bien sin un padre y sé que a vosotros también.

Le escurrí el pelo con una toalla y le ayudé a salir de la bañera. Parecía más ligera, como si una parte de ella se hubiera quedado en el agua.

Más tarde, cuando los cuatro niños estaban en la cama, la señora England me pidió que me reuniera con ella en el salón. Al principio resultaba extraño verla en la casa, en su propia casa, pero también eso era ahora natural. Hablamos sobre el funeral y los niños, y luego reinó un silencio cómodo.

—Señora, ¿cree que Decca sabe que el señor Sheldrake es su

padre?

—No lo creo. ¿Lo sabe?

—No estoy segura —respondí—. ¿La obligó su familia a casarse con el señor England?

—Lo dispuso mi madre. Logré mantener en secreto que estaba en estado, pero al final se enteró. Discutió conmigo y al día siguiente estaba comprometida con Charles. Le dije que Tommy y yo estábamos casados, pero no le importó. Dijo que no estábamos casados en nuestra fe y que no era válido.

Se le vidriaron los ojos.

—Nunca me gustó Charles, ni siquiera cuando era una niña. Siempre estaba delante, persiguiendo a mis hermanos, queriendo ser uno de nosotros. Su padre era el abogado de mi padre, un hombre frío y calculador. Charles vino una vez a mi habitación, cuando me estaba cambiando de ropa. Abrí la puerta y lo vi allí, espiando por la cerradura. Yo tendría unos trece años. —Sorbió por la nariz—. Mi madre lo llamó «matrimonio por necesidad». Era necesario para todo el mundo excepto para mí.

Me quedé callada.

—¿Qué fue del señor Sheldrake? —pregunté entonces.

—Se marchó a Australia poco después. Nunca volví a saber de él. Le pedí que no me escribiera y nunca lo hizo. Cuando murió su padre, tuvo que regresar para hacerse cargo del negocio y cuidar de su madre. Su hermano quería vender la forja, pero esta fue muy importante para su padre. Había estado en manos de la familia más de cien años. —Sonrió—. El padre de Tommy era un hombre amable.

—Debía de ser joven cuando conoció al señor Sheldrake.

—Diecisiete años. Solía montar mucho a caballo cuando era más joven y pasé por la forja un día. Le ofreció agua a mi caballo. —Estaba perdida en el pasado, con expresión distante.

—Nunca la he visto montar, señora.

—Llevo años sin hacerlo. Puede que empiece de nuevo.

—¿Y el señor England no sabía que él era el padre de Decca?

—Mi madre le contó que yo estaba comprometida. Dijo que yo no tenía nada que decir al respecto, pero él descubrió por sí solo que

había algo más. Que para mí significaba algo. Lo ha usado en mi contra todos estos años. Me odiaba por ello. Yo nunca le dije quién era el padre, pero el Señor sabe que intentó sonsacármelo.

—¿Por qué, con todo el tiempo que ha pasado?

Se encogió de hombros.

—Porque yo no le pertenecía tanto como a él le hubiera gustado. Porque hubo otra persona antes que él. Me obligó a volver de Crow Nest porque estaba fuera. No me vio cuando llegó y no sabía dónde estaba. Yo había salido a echar una carta; gracias a Dios, no me encontró con ella. Nunca podía librarme de él, ni siquiera allí. Incluso si salía a pasear, tenía que pasar por el molino y saludarlo a él o a alguien, y lo mismo a la vuelta. Me sentía como uno de sus trabajadores, así que al final me resultó más sencillo no salir.

Suspiré. La idea de que Tommy lo supiera todo este tiempo, de que hubiera regresado al pueblo donde vivía su hija… Ni en un millón de años habría adivinado por qué nos invitó a la forja aquella tarde soleada. Al parecer, el señor England tampoco.

—¿Cuándo empezaron a hablar de nuevo el señor Sheldrake y usted?

—Poco después de que volviera a casa. Aunque era muy poco frecuente. No podía escribirme a la casa porque Charles controlaba el correo y a veces el cartero lo dejaba en el molino si lo veía allí. Parecía estar esperando que sucediera algo; lo sabía, en cierto modo. Creo que a una parte de él siempre le preocupó que lo dejara. Entonces se acabaría el dinero y todo lo que venía con él.

—¿Se refiere al divorcio?

Sacudió la cabeza.

—No, divorcio no. Tendría que demostrar adulterio y, por supuesto, no podía. Y él se quedaría a los niños. Además, mi familia no me permitiría nunca hacer algo tan impío y, obviamente, no tenía dinero propio. Todo era de él.

»Tommy prometió darme algo de dinero, suficiente para empezar en un lugar nuevo. ¿Se acuerda de cuando Decca trajo su carta? —Asentí—. Era el certificado, pero también me escribió una nota. Me aterraba que Charles la encontrarse, así que la quemé en la chimenea.

Provocó todo aquel humo y, en poco tiempo, toda la casa se enteró. Él vio las cenizas en la chimenea, sabía que estaba ocultando algo. Por eso envió a Decca a la escuela.

Parpadeé, sorprendida.

—¿Para castigarla a usted?

Asintió con el rostro cargado de resentimiento.

—Hubo muchos castigos. Vendió mis caballos. Me dijo que gritaba el nombre de mi amante en sueños para que temiera incluso irme a la cama con él en la habitación de al lado. Y los niños lo preferían a él.

—No sé si eso…

—Él lo consiguió. No me atrevía a demostrarles afecto por si empezaba a hacerlo también con ellos. Para protegerlos, he tenido que ignorarlos toda su vida. —Le brillaban los ojos por las lágrimas—. Él odiaba que hablase con usted. Pensaba que usted era de él.

Lo era, pensé con gran pesar. Sabía que me derrumbaría si lo pensaba mucho.

—Por eso guardó mis cartas en su habitación —murmuré.

Ella asintió.

—No puede haber creído que yo haría tal cosa.

—No sabía qué creer.

Se inclinó hacia mí en el sofá rosa y su vestido negro crujió.

—Ya se ha terminado.

No encontramos ninguna carta de mi padre entre el centenar de cartas que había en el estudio del señor England, aunque, por supuesto, no hubo tiempo para revisarlas todas. Decidí que no era importante; tal vez había escrito al señor England, tal vez no. Comprendí que no me importaba cómo se había enterado el señor de quién era yo.

—Su pobre madre —se compadeció la señora England—. No comprendo cómo podría un padre… No entiendo por qué hacen muchas cosas los padres.

—Mi pobre madre no permitió que volviéramos a hablar del tema —repliqué con tono firme—. Siguió adelante como si nada hubiera

pasado.

No le dije que ella visitaba a mi padre dos veces al año con un paquetito de víveres de la tienda y una carta de todos sus hijos menos una. No le dije que, cuando sucedió, fue a la prisión antes que a la enfermería, a verlo a él antes que a nosotras. Cuando al fin llegó a la sala donde nos vigilaban a Elsie y a mí junto a otros pacientes, no me tocó, se limitó a sentarse en una silla a los pies de mi cama y a mirarme con miedo y desaprobación, como si me hubiera tirado yo sola del puente, como si fuera mi mente rota la que nos había partido el corazón.

—Te pedí que cuidaras de él —me recriminó.

Mucho después, durante otra discusión acalorada en la que me negué a escribirle o a visitarlo, me preguntó por qué era la única que no podía perdonarlo.

¿Por qué no podía hacerlo? Yo me hacía la misma pregunta. Para ella era diferente: era como si estuviera liberada de lo que había sucedido, liberada de su papel como esposa de un hombre enfermo. Él ya no era su carga y yo le guardaba rencor por ello.

—¿Vamos a llevarnos todo esto a Melbourne? —preguntó Saul.

—Creo que nada —respondió su madre.

—¿A dónde va entonces?

—El abogado se quedará una parte y venderemos los libros y los muebles.

—¿Vamos a vender nuestras cosas? —preguntó Millie con preocupación.

—Las vuestras no. —La señora England se volvió hacia mí—. ¿Se ha decidido ya?

—Mañana le daré una respuesta, señora.

Ella asintió.

24

Por la mañana, los niños y yo salimos con dirección al buzón. Por el camino de herradura vi a una persona acercándose en una bicicleta y el corazón me dio un vuelco. Pero este hombre llevaba uniforme y supe, antes de que llegara hasta mí, que era un mensajero, y que el mensaje era para mí. En lugar de inclinar la cabeza y continuar, deceleró hasta detenerse y las ruedas crujieron en las piedras rugosas.

—¿Es la casa de los England, señorita?

—Sí.

—¿Ruby May?

Asentí.

—Iba en su busca. Ha llegado esto hace unos diez minutos. —Me entregó un sobre marcado como urgente.

—Gracias.

El hombre asintió y se alejó en la dirección por la que había venido.

—¿Qué es? —preguntó Millie.

—Un telegrama.

—¿Qué es eso?

—Una especie de carta enviada mediante cables.

—¿Va a abrirla? —dijo Saul.

—Sí. —Un momento después, con dedos torpes, lo hice.

PADRE MURIÓ JUEVES NOCHE PUNTO
SERVICIO Y ENTIERRO VIERNES EN CAPILLA DE B PUNTO
LLEGAMOS WOKINGHAM STATION 1151 PUNTO

—¿De quién es? —preguntó Millie.

Busqué el remitente: Emma May.

—De mi madre.

—¿No la ha firmado? —Millie miró por encima de mi hombro.

Era la primera vez que sabía de ella desde mi cumpleaños, en marzo. Una ardilla roja cruzó el camino saltando, más abajo. La vi subir por un haya y desaparecer. Me metí el telegrama dentro de la capa.

Esa mañana había dejado a Decca supervisando el desayuno y había ido en busca de la señora England, que estaba en el estudio escribiendo una carta.

—Señora. —Cerré la puerta—. He pensado en su oferta y me temo que no puedo acompañarlos a Melbourne.

Ella soltó el bolígrafo con un suspiro.

—¿No puede o no quiere?

—Las dos cosas. No puedo estar tan lejos de Elsie ni de los chicos. Ya casi son adultos, pero son mi responsabilidad si algo le sucediera a mi madre. No voy a abandonarlos. Y si hay alguna posibilidad de que mi padre se recupere y pueda regresar un día a casa… —Tragué saliva —. Yo debería de estar cerca. Me quedaré hasta que se vayan. Por los niños.

Ella asintió, aunque sus ojos marrones destilaban pena. Ladeó la cabeza.

—Por supuesto, lo comprendo, pero dudo que los niños me perdonen por alejarlos de usted.

Esbocé una sonrisa.

—Lo harán, señora. ¿Han encontrado ya una casa?

—Sí. Estoy escribiendo ahora al agente. Recibí una carta suya ayer. Va a enviar fotografías por correo, pero probablemente lleguen después de que nos hayamos ido. En cualquier caso, parece perfecta. Tiene un jardín grande con vistas a la bahía y, sobre todo, un porche.

—Parece perfecta. Enviaré mi renuncia a mi directora y recogeré el correo de la mañana, si le parece bien.

—Claro. He pedido al señor Booth que viniera a la casa para informarle de los planes y darle la notificación de despido. ¿Le informo yo de su renuncia o lo quiere hacer usted?

—Le agradecería que se lo contara usted.

Los Booth habían asistido al funeral y dejado una tarjeta para la señora. Estaba ella en el vestíbulo cuando cayó por el buzón y abrió la puerta para llamarlos. Los vi volver por el patio bajo un paraguas y los saludé desde la ventana del cuarto de los niños. La señora England les sirvió té en el salón por primera vez. Pensé que a lo mejor Blaise subiría a la habitación, pero parecía inquieta por marcharse de la casa; cruzó el patio y dejó a Eli en el camino con el paraguas.

Enviar mi renuncia a Pembridge Square me sumió en una especie de depresión. Llegamos los cinco a la posada y dejé que Millie introdujera la carta en la pared. Antes de escribir, había mirado en mi libro de referencias el párrafo que decía: «Se invitará a cualquier niñera o estudiante en periodo de prueba que fracase en tres ocasiones a que abandone el Instituto». En menos de dos años, había dejado dos puestos. Y para empeorar la situación, había perdido mi guante izquierdo y no tenía deseos de visitar las tiendas en busca de uno de repuesto.

Volvimos a la casa. El invierno se había asentado en el valle, que parecía estar sumido en una hibernación, aunque las agitadas aguas seguían brotando. Había lavado y empaquetado la ropa de verano de los niños y había sacado la sarga y la lana, los sombreros, bufandas y abrigos. Les expliqué que en Australia era verano en Navidad e

invierno en mitad del año.

Tommy Sheldrake no había asistido al funeral, pero leía el periódico en el parque de fuera, igual que el domingo que lo conocí, con la esperanza de ver a Lilian y a su hija. Una semana después del funeral, la señora se adentró sola en el bosque. Entendí lo que iba a hacer y la vi por la ventana desaparecer en el sendero. Cuando regresó, lo hizo con las mejillas sonrosadas y se encerró en su dormitorio.

Me contó sus planes de emigrar esa misma tarde. Estábamos sentadas en el cuarto de juegos, a la luz de la lámpara y con un fuego encendido. Yo tenía una pila de ropa para zurcir en el regazo. No me sorprendió lo más mínimo su anuncio; para mí estaba claro que no podía quedarse, aunque no sabía dónde podría ir alguien como ella. Australia tenía sentido: estaba lejos de su familia y era un país emocionante, joven, con un toque de glamour, una promesa de aventura. Mudarse allí con los niños sería como empezar un nuevo diario, con todas las páginas en blanco.

—¿Puede el señor Sheldrake volver a Australia, señora? —pregunté, tratando de sonar fortuita.

—Lo dudo —respondió ella—. Ha construido aquí su vida.

—Justo cuando usted se va.

—Yo nunca pensé que me marcharía. He vivido en esta casa toda mi vida. Pero ahora no puedo imaginar quedarme.

—¿Entonces ustedes dos no…? Lo siento, señora. No es mi intención fisgonear.

Desvió la mirada al fuego.

—Pensaba que seguía amándolo, pero hemos superado lo nuestro. No hay nada que hacer.

Oculté mi sorpresa y pensé si Tommy sentiría lo mismo. Antes de convertirse en viuda, había estado dispuesta a huir con él, pero no era fácil imaginarla como la esposa de un herrero.

Me miró, como si emergiera de un sueño.

—¿Vendrá usted conmigo?

Deshice una puntada defectuosa.

—No lo creo, señora.

—¿Se lo pensará?

Una pausa.

—Tómese un par de semanas.

—De acuerdo.

—¿Qué hará si no?

—No lo sé. —Sin embargo, tan pronto lo dije, lo supe: tenía unas vacaciones que podía tomarme y el Instituto Norland alquilaba una casa de campo en la costa sur para pasar la cuarentena tras la formación en el hospital. Me gustaría ir allí y que la sal y el viento me despejaran, pero no sabía cómo se iba a tomar Sim mi renuncia. Sabía que me marcharía antes incluso de que la señora England me hablara de Australia; no podía quedarme allí. Justo como había anhelado dejar Longmore Street, por mucho que quisiera a Elsie y a mis hermanos. Dos personas podían compartir demasiado como para seguir estando juntas.

Me sentía cansada y aletargada al volver a la casa con el telegrama en el bolsillo, y descuidada con mis guantes ordinarios. Sabía ya que no iba a guardar luto por mi padre: aquí nadie lo conocía y no deseaba atraer la atención de los demás. Decidí que tampoco se lo contaría a la señora England. Justo entonces, comprendí que no quería regresar a Hardcastle House. Pregunté a los niños si les apetecía jugar en el bosque y de inmediato echaron a correr entre los árboles, aullando y brincando como salvajes. Me quedé a un lado del camino con el carro, medio observando, medio pensando. Poco después oí el tintineo del timbre de una bicicleta y el rechinar de las ruedas.

—Ruby.

—Señor Booth.

Bajó de la bicicleta y la condujo hacia mí. Aunque me sentía apagada y letárgica, el corazón me dio un vuelco cuando se acercó a mí.

—¿Qué tal están? —se interesó.

—Estamos bien, gracias.

Le dio una palmada a su cartera.

—Le he traído unos libros. Saul mencionó que le gusta a usted leer.

—Es muy amable. Pero ahora están todos los niños en casa. No sé cuándo tendré oportunidad de leerlos.

—Puede quedárselos. —Apretó el manillar y los nudillos se le pusieron blancos. Fui incapaz de mirarlo a los ojos.

—¿Va a dar clase al molino? —pregunté con tono animado.

—El molino está cerrado.

—Ah, sí, por supuesto. Ya lo sabía.

—Está a la venta. Al parecer, un hotelero de Bradford tiene intención de convertirlo en una pista de hielo.

Lo miré entonces.

—No lo dice en serio.

Asintió.

—Ah, sí. Sala de té, baile, ese tipo de cosas. Tejer ya no sirve de mucho. Demasiadas fábricas y poco que hacer con ellas.

—Supongo que es un lugar bonito.

—Me ha citado la señora E. —dijo unos segundos después.

—Ah, sí. Eso también lo sabía.

—Supongo que no tendrá una idea de para qué. Me ha dicho que dejase las clases mientras Saul está de luto. Sin embargo, tengo el presentimiento de que estoy a punto de perder mi empleo.

—Se mudan a Australia.

Soltó un silbido largo y bajo.

—Vaya, eso no lo esperaba. ¿Cuándo?

—Tan pronto como puedan. Antes de Navidad, si es posible.

—Australia. No se puede ir más lejos. ¿Y se va usted con ellos?

—No. Acabo de entregar mi notificación de renuncia. Me quedan cuatro semanas.

—¿Qué? ¿No quiere ser una *pommy*? —Se mostró incrédulo—. Yo aceptaría sin pensármelo si fuera usted.

—¿Lo haría? —Esbocé una media sonrisa.

—¿Que si lo haría? Ya tengo las maletas hechas. Una vida nueva. Un comienzo nuevo y todo eso.

—Esa es la idea.

—Siempre que tenga dos manos y una cabeza sobre los hombros, tiene la misma oportunidad que cualquier otro de ser quien quiera allí. Yo no volvería a mirar este lugar en un mapa, y mucho menos lo añoraría. —Soltó un suspiro nostálgico—. Tal vez en la próxima vida, ¿no?

—Blaise y usted podrían ir.

—Ella no dejaría a su familia. No importa. —Otro suspiro, este de autocompasión—. ¿Y qué hará entonces?

—Encontrar una nueva familia, supongo.

—Una pena que se marche cuando acaba de empezar. Es horrible —continuó en voz baja—. No la culpo por querer irse. Ella nunca parecía feliz.

No dije nada, aunque se me aceleró el corazón. Cuando menos lo esperaba, me vino el recuerdo de nosotras corriendo por el bosque con nuestras capas, buscando su cuerpo. Nunca antes había conocido un terror como ese, sin saber si estaría o no allí, sin saber si habría sobrevivido o si estaría esperándonos. Cuando lo encontramos al fin, acurrucado en el fondo de los riscos como si buscara refugio, presioné los dedos en su cuello durante cinco minutos enteros en busca del pulso.

—Blaise no pudo creérselo cuando nos enteramos. Se quedó impactada, nunca la he visto tan callada. Yo no soy amante de los chismes, pero supongo que no ha oído usted lo que cuentan en el pueblo.

Tragué saliva y me tiré de los puños.

—¿Qué cuentan?

—Que el viejo Conrad lo repudió antes de que sucediera. Que él… ya sabe. Que se suicidó. Al parecer, estaba en una situación delicada con sus finanzas. No debería sopesar esa idea, usted y yo sabemos que no es así.

Me estremecí. Otra razón por la que no albergaba deseos de visitar el pueblo era que el único camino pasaba por el molino cerrado, que permanecía silencioso en su rincón del fondo del valle. Sin el implacable zumbido de las máquinas, el traqueteo de las carretas y el golpeteo de los fardos, sin el humo saliendo por la chimenea, tenía un

aspecto inquietante, casi siniestro. El viento soplaba silencioso sobre los adoquines y amontonaba los restos de algodón en los rincones.

—Mi padre ha muerto —me sorprendí admitiendo—. Acabo de recibir el telegrama.

Se quedó callado.

—Ruby, lo siento mucho —dijo entonces—. No debería de haber hablado así del señor E. No era mi intención…

—Lo sé. Está bien. Aún no lo había pronunciado en voz alta. Me resulta extraño escucharlo.

Esperó, con los nudillos blancos en el manillar.

—No estaba bien. Ha vivido en una especie de hospital mucho tiempo, así que no lo he visto. Ahora supongo que nunca lo haré. —Me puse a llorar.

Buscó un pañuelo, pero yo fui más rápida y usé mi guante desparejado para limpiarme la cara.

—Lo sé, Ruby.

Lo miré con incredulidad.

—Sé quién es tu padre. Quién era. John Lowden me lo contó. La reconoció a usted de una fotografía o algo.

—¿Lo ha sabido entonces todo este tiempo?

Asintió.

—¿Lo sabe Blaise?

Negó con la cabeza.

—Yo no se lo he contado. No es mi historia. —Me miró con intensidad y vi que sus ojos marrones estaban salpicados de verde—. Es atroz lo que le sucedió, pero no debe avergonzarse.

Exhalé un suspiro hondo, tembloroso. Me pregunté si habría sido el señor Lowden quien se lo había contado al señor England o si se habría enterado de algún otro modo. Con toda probabilidad, habría sido el periodista en su deseo de congraciarse con una familia así. Sin duda, le habría pedido una entrevista también a mi señor. Me pareció interesante llegar a la conclusión de que no me importaba.

Observamos a los niños mientras se perseguían con palos.

—Les ha dado usted color —afirmó Eli.

—¿Sí?

—Eran como un pudin de arroz antes de llegar usted. Pálidos y toscos.

Me reí por lo que me pareció la vez primera en semanas. La risa burbujeó como un arroyo secreto y me pareció igual de clara y adorable. Y después brotaron más lágrimas, tan profusas como sorprendentes. Eli encontró esta vez su pañuelo y me lo puso en la mano.

—No sé por qué estoy llorando.

—Yo sí. Su condenado padre acaba de morir. No sea tan dura consigo misma.

Después me sentí mejor. Me limpié la nariz y guardé su pañuelo en el bolsillo, al lado del telegrama.

—En realidad me gustaría recuperarlo —dijo y me hizo reír de nuevo.

Echamos a andar juntos y me alegró contar con su compañía por el patio del fantasmal molino, con los riscos más allá. Había un cartel de venta en la puerta.

De vuelta en la casa, Broadley y Ben desmantelaban los edificios anexos con las camisas remangadas. La señora England le había regalado el carruaje al anciano como agradecimiento por tres décadas de servicio; Broadley tenía pensado empezar un negocio como cochero de cabriolé cuando la familia se mudase. Todas las criadas estaban cubiertas: Tilda y Emily serían reasignadas en las casas Greatrex y la señora Mannion se retiraría con unos ahorros generosos. Prometió seguir cocinando y vender pan y pasteles desde su casa.

—Supongo que no regresará a Yorkshire —comentó Eli cuando llegamos a la cancela. Había enviado a los niños al guardarropa y yo me había quedado atrás, con el incómodo carrito, él con su bicicleta, los dos empujándolos adelante y atrás como dos niñeras en los Jardines de Kensington.

—No lo creo.

—Entonces imagino que esto es un adiós.

—Supongo.

Charley nos miraba con interés cuando me tendió una mano.

—Adiós, Ruby May. Y buena suerte.

Acepté la mano.

—Y a usted también, señor Booth. He disfrutado de su amistad.

Ninguno de los dos estrechó la mano, nos la sostuvimos por un momento, como dos personas que se daban una tregua. Yo la retiré primero y él apretó el puño y lo bajó, como si estrujara algo dentro. Forcejeé con el carro por los postes de la cancela y él me ayudó por última vez. Le di las gracias, sonrojada y sobrecogida por muchos sentimientos a la vez, y cerré la puerta entre los dos. Como de costumbre, él rodeó la vivienda.

Más tarde, vi en la mesa del vestíbulo los libros que me había dejado: uno de Brontë y uno de Dickens, los cuales había leído ya, y un volumen delgado de los poemas de Tennyson que sabía que no leería. Lo imaginé sopesando este último regalo, pensando si incluirlo o no, qué interpretaría yo de él. Lo acepté de todos modos.

25

Sonó la campanita, pero la mujer que había detrás del mostrador no alzó la mirada. Estaba agachada en un estante, buscando un paquete de gelatina para la mujer mayor que había allí con su cesta. Las dos mantenían una conversación. Yo me senté y miré a mi alrededor. Fuera, encima del enorme escaparate, ya no estaba el cartel verde de la verdulería; el que había ahora decía: «MAY E HIJOS, TIENDA FAMILIAR». No había cajas de zanahorias ni pilas de manzanas brillantes; habían instalado estantes nuevos y habían apilado en cuatro niveles harina, natillas, avena, tofe, latas de leche, pasas y todo lo que una despensa pudiera necesitar. Las paredes estaban llenas de carteles y anuncios, y habían dispuesto unos elegantes cajones de caoba detrás del mostrador, con tiradores de latón con forma de caracolas.

Mi madre se irguió y me vio. Se quedó parada un momento y luego siguió con la conversación. Le dio el cambio a la clienta y se despidieron. La otra mujer me saludó con una inclinación de cabeza al salir, mostrando su aprobación por mi uniforme pulcro y los guantes nuevos impecables. La campanita sonó otra vez y de pronto estábamos nosotras dos. Me levanté despacio.

—Casi no te reconozco. —No sonrió. Debajo del delantal llevaba una falda negra y una blusa beis con mangas anchas. Su pelo era ahora más gris que marrón y noté que había ganado peso.

—La tienda está diferente —comenté. Permanecimos a cierta distancia en el pequeño espacio, ninguna de las dos se adelantó.

—Voy a cerrar para que subamos. Robbie ha salido al banco, volverá pronto. —Hubo un silencio y continuó—: ¿Te quedas a comer? Archie y Ted vuelven a casa a las doce y media.

—Me voy a Londres esta tarde. Solo puedo quedarme una hora más o menos. ¿Está Elsie en casa?

Mi madre se limpió las manos en el delantal y asomó la cabeza por la puerta.

—¿Elsie? —llamó con la cabeza ladeada hacia el techo.

Un momento después, oí sus pies en las escaleras. No era el ruido sordo de una muchacha que se precipitaba escaleras abajo, sino el sonido cauteloso de alguien que descendía escalón a escalón, acompañado del golpeteo de un bastón. Esperé con el aliento entrecortado y una chica alta y esbelta apareció en la puerta. Vestía una vieja blusa azul mía y una falda que le ceñía la cintura estrecha. Llevaba la melena oscura recogida en trenzas. Tenía la misma boca ansiosa y los mismos ojos marrones y solemnes que yo, y abrió la boca y puso los ojos como platos al tiempo que rodeaba el mostrador con el bastón, cojeando ligeramente.

—¡Ruby! No habías dicho que ibas a venir.

Inhalé su olor, a virutas de lápiz y jabón perfumado, y la retuve a un brazo de distancia para poder mirarla antes de abrazarla con tanta fuerza que pensé que iba a romperle los huesos.

—Quería sorprenderte.

—¿Te vas a quedar? Por favor, di que te quedas.

—No puedo, vuelvo a Londres. —Mis palabras adoptaron un acento marcado sin esfuerzo, con la misma facilidad y comodidad con la que me pondría un viejo abrigo.

—Uno de los niños dormirá en el suelo. No les importa, ¿verdad, mamá?

—Ha dicho que no puede quedarse, Els. Acompáñala arriba y pon

el hervidor. Yo subiré galletas.

Elsie fue delante por las escaleras estrechas y, cuando el olor familiar de mi casa me recibió en el vestíbulo, me alegré de sentirla cerca de mí, cálida, segura y viva. Me había acostumbrado a las casas grandes con cocinas enormes, techos altos y habitaciones separadas para comer, descansar y estudiar, por lo que la pequeña habitación sin ventilar me pareció más pequeña y más triste que nunca.

Mientras Elsie preparaba té, yo abrí la puerta del dormitorio de los niños. Elsie dormía con mi madre y mis hermanos se habían quedado con nuestra vieja habitación. Esta también parecía más pequeña, la mitad del dormitorio de los niños en la casa de los England, con las camas deshechas y el suelo lleno de botas, calcetines y tirantes. Archie y Ted estaban en el trabajo. Doblé un jersey sobre la cama de Ted, me lo llevé a la nariz y cerré los ojos. Miré por la ventana el patio, donde crecía la maleza entre las rocas. El cobertizo de Damson y las gallinas había desaparecido hacía tiempo, aunque el gallinero seguía en pie.

Elsie limpió migas de la mesa y puso el mantel de flores amarillas que reservábamos para las ocasiones importantes. Nuestra madre llegó con una lata de galletas Peek Frean y sirvió unas cuantas en un plato. Se desató el delantal, lo colocó en el respaldo de la silla y se sentó con un crujido y un suspiro. Había dejado la puerta del dormitorio de los chicos abierta y el sol invernal entraba por ella y arrojaba una franja rectangular de luz en la pared de color mantequilla.

—¿Cómo fue el funeral? —pregunté. Decidí no quitarme el sombrero, la capa ni los guantes.

—Estuvo bien. Muy respetable. —Mi madre se rascó la cabeza y bebió té de la taza.

—¿Hubo un servicio religioso?

—No hacen esas cosas en ese tipo de lugares. Pero el capellán era un hombre agradable. Dijo cosas amables de tu padre. Enviaron un carruaje a recogernos en la estación, todo muy elegante. Te esperamos. No sabíamos si ibas a venir. Habría estado bien que estuvieras, que presentaras tus respetos.

Le di un sorbo al té y dejé la taza en la mesa.

—¿Y está enterrado allí? ¿En el asilo?

—En el cementerio. Era encantador, ¿verdad, Elsie? Con árboles, flores, esas cosas. Una vista bonita del pueblo. No es un mal lugar para descansar.

En ese momento se cerró la puerta de la calle, abajo, y me levanté rápido de la silla, sobresaltando a mi madre y hermana. Unas botas subieron las escaleras y sonó una voz masculina.

—¿Por qué está cerrada la tienda?

—¡Robbie! —Corrí a abrazarlo. Era un hombre ya de diecinueve años y tenía que agacharse para entrar por la puerta. El traje marrón le sentaba bien y dejó la boina en la mesa.

—En el mantel limpio no —le riñó madre y Elsie le sirvió té sonriendo.

—¡Por esto! —exclamó con una amplia sonrisa—. ¡Rhubarb! ¿Qué haces aquí?

Se puso su uniforme de la tienda con la puerta de la habitación medio abierta mientras hablaba y hacía preguntas por el hueco. Enseguida tuvo que bajar para atender a los clientes y, sin darme cuenta, había pasado una hora y tuve que salir para subir al tren.

—La próxima vez no esperes tanto tiempo —dijo mi madre sin convención; las dos sabíamos que lo haría.

Ayudé a Elsie a recoger y le pregunté cuándo había visto al médico por última vez.

—Hace tiempo, ¿cuándo fue? —respondió mi madre por ella—. Ha estado bien los últimos meses, aunque el pasado invierno tuvo problemas con las piernas.

—¿Puedes volver a la escuela? —le pregunté directamente a Elsie.

—La necesitamos aquí —indicó mi madre—. Robbie y yo estamos en la tienda y los chicos vuelven a casa a la hora de la comida.

—¿No podría prepararla y dejarla aquí? Me parece innecesario que se quede todo el día aquí solo por eso.

—Podría. —La respuesta fue falsa, desinteresada. Sentí que aparecía el antiguo resentimiento y busqué automáticamente mis guantes, pero entonces recordé que los llevaba puestos.

—Es mejor que me vaya. —Le di un beso a mi madre en la mejilla e inhalé su olor a harina.

Abajo abracé a Robbie y me reservé el abrazo más largo para mi hermana, que estaba en la puerta de la calle. Mientras me despedía con la mano, la calle estaba llena de compradores y veía a Elsie en fragmentos, con las trenzas rebotando al tiempo que agitaba con fuerza la mano.

Me había despedido de los England esa mañana. La burocracia había retrasado el viaje de la familia a Australia, pero el abogado de la señora England, un hombre educado y minucioso del otro lado de la frontera de Lancashire, estaba trabajando incansablemente para vender la casa y reservar el pasaje antes de Navidad. Me ofrecí a quedarme hasta su partida, pero nadie sabía con seguridad cuándo sería y me alegré cuando la señora England insistió en que podía ocuparse ella sola. Todos los niños lloraron, incluso Saul, y yo también, aferrándome al bebé más tiempo del necesario. Los tres mayores me entregaron presentes. Decca me había hecho un libro de flores de Yorkshire y había escrito un poema sobre el páramo, Saul me dio su preciada pluma de faisán y Millie me legó una de sus muñecas con un vestido que había hecho yo con uno de los vestidos de cuando ella era bebé. La señora England me entregó mi libro de referencias. Me habría marchado sin él, pues había olvidado que le había pedido que escribiera un juicio de mi tiempo en Hardcastle House. Lo metí dentro de mi maleta. El baúl me seguiría cuando tuviera una dirección nueva.

Estaba lloviendo cuando el carruaje estuvo preparado y Broadley vino a recogerme con un paraguas.

Una o dos semanas después de la desaparición de mi guante, Emily me lo dio en la trascocina. Lo había encontrado en la colada, dentro de uno de los bolsillos de Decca. Le di las gracias, sorprendida y enternecida, y lo devolví al delantal. Antes de subir al carruaje, fue Decca quien me abrazó con más fuerza, de Decca de quien más lamenté separarme. Esperaba que le aguardase felicidad, la imaginé como una joven dama, sentada en un porche a la sombra, con un

abanico y una novela en el regazo, un vaso de limonada a su lado, mirando una resplandeciente bahía. Le había dejado algunos de mis libros y ella había prometido escribirme con su dirección nueva en cuanto llegaran. Los cinco estaban allí, bajo unos paraguas grandes, con las criadas al lado. Cuando el carruaje salió del patio, me pegué a la ventana para despedirme con la mano todo el tiempo que pudiera. La señora England se alzaba esbelta y erguida de riguroso negro con Charley en los brazos. Qué sólida parecía ahora, hecha de azabache y no de crepé.

Pembridge Square estaba muy cambiada. Estaban remodelando el número siete y los constructores y decoradores iban y venían delante de la casa. Me hice a un lado en la acera para dejar pasar a un trabajador con un montón de rodillos en los brazos. Me dio las gracias y los cargó en una carreta. Me detuve en la cancela, miré a mi alrededor y pensé en lo diferente que estaba todo esto en invierno, con el cielo lechoso y las casas blancas.

Nos sentamos en el apartamento de Sim. La directora preparó café en la hornilla y tomamos cada una un pedazo de pastel caliente de piña. No esperaba el consuelo que experimenté al estar entre las niñeras con sus vestidos azules y delantales con volantes. Al cruzar la brillante puerta negra, me sentí como un pájaro que se reunía con su bandada. Una criada llevó mis cosas a una habitación, privada esta vez, y seguí a Sim escaleras arriba hasta la parte superior de la casa. No había tenido el privilegio de visitar su vivienda privada antes y miré a mi alrededor con interés. La directora ocupaba el ático, donde el techo se inclinaba y dos pequeñas ventanas daban a la plaza. Las paredes estaban cubiertas de platos de porcelana, había unas cortinas descorridas al lado de la chimenea y un par de sillones con respaldo de terciopelo delante del fuego. Estaba más recargado de lo que esperaba; nunca había pensado en Sim como mujer y no podía imaginarla llenando su espacio personal con las cosas habituales.

—Habrá visto las obras en el número siete —comentó. Tenía el

mismo aspecto de siempre, con el flequillo rizado, la espalda tiesa como un palo y los dedos manchados de tinta.

—Sí —respondí, agradecida de que se hubieran acabado las sutilezas, pero bastante confundida.

Había esperado un castigo a mi llegada a Pembridge Square, o al menos una reprimenda, pero ella parecía haber detectado un cambio notable en mí; se mostró delicada y atenta, casi respetuosa. Me resultó desconcertante, pues me había preparado para una riña que, al parecer, no iba a llegar.

—¿Se ha mudado una familia nueva? —pregunté.

—No, es nuestro, en realidad. Nos expandimos.

—Ah.

—En unas semanas abrirá Niñeras Norland. Las obras habrán terminado en Año Nuevo. Tenemos seis habitaciones, todas con camas para tres niños, y la lista de espera ya está completa. —Hablaba con gran satisfacción y orgullo.

—Vaya —exclamé, impresionada—. ¿De dónde vienen?

—Son sobre todo niños del Imperio: oficiales indios y demás. Algunos estarán aquí durante un periodo breve, mientras sus padres están fuera.

—Suena maravilloso.

—Pero estamos aquí para hablar de usted, señorita May. —Se adelantó en el sillón—. ¿Qué pasa con usted que hace que la gente quiera emigrar?

Tras una pausa de sorpresa, solté una risita suave. Sim destilaba buen humor y yo no podía igualar su alegría. No había venido aquí para mostrarme jovial, lo había hecho para explicarme. Saqué del bolsillo la postal en la que salíamos Elsie y yo con el capitán del barco y los policías, y se la entregué. Ella la aceptó con una sonrisa, creyendo que le estaba enseñando una fotografía familiar. La sonrisa se tornó confusión al examinarla y entonces le pasé el recorte de periódico del *West of England Advertiser*. La vi fruncir el ceño y las arrugas de la boca se volvieron más prominentes mientras leía. En unos segundos, su expresión había cambiado por completo y, cuando llegó al segundo párrafo, su inspiración honda me confirmó que había

encontrado mi nombre.

—Es usted. —Me miró con incredulidad.

Me quedé quieta, me sentía más sensible de lo que esperaba. Durante mucho tiempo había huido de la compasión de la gente. Siempre insistían en ofrecérmela, pero era muy intensa y yo no quería cargar con ella.

—Oh, señorita May. —Tenía los ojos llenos de lágrimas. Los míos se empañaron también y aparté la mirada.

—No le enseño esto para que sienta pena por mí. Se lo enseño porque a lo mejor así comprende por qué sigo fallando en mis puestos de trabajo.

Sim se inclinó y me tomó la mano. Leyó así el resto del artículo y, cuando llegó al final, exhaló un suspiro hondo.

—Cuánto habría deseado que me lo hubiera contado antes. Entiendo por qué no lo ha hecho, pero me hubiera gustado que confiara en mí.

—No quería que lo supiera nadie.

—Por supuesto. ¿Y su hermana Elsie? ¿Cómo está?

—Está bien. La he visto esta mañana, antes de venir aquí.

Ella asintió.

—No falla en sus puestos de trabajo, señorita May. Pero no puedo evitar pensar que le he fallado yo.

—Por supuesto que no, señorita Simpson. Pero me temo que vengo a pedirle otro. —Solté una risita—. Un puesto de trabajo. El tercero. Le prometo que será el último y si fallo también en este, dejaré el instituto, como exigen las reglas.

—No hará tal cosa. —Su tono era duro—. No lo permitiré. Ahora… —Exhaló un suspiro—. Hablemos del tema. La semana pasada se realizó un depósito a su nombre en la compañía y los fondos se liquidaron ayer. El secretario me alertó de ello y escribí al benefactor de inmediato para preguntar si había un error, pero me aseguró que no y me dijo que esperaba que no fuera un inconveniente que se lo transfiriéramos a usted.

—¿Qué depósito? ¿Quién lo ha hecho? —Me sentía mareada y traté de calcular cuántas semanas habían pasado desde la muerte de

mi padre.

—Cuarenta libras, de la señora de Charles England. Le escribí a Hardcastle House y respondió de inmediato.

—¿Cuarenta libras? —Estaba impactada—. Pero eso es el salario de un año.

—Así es. Admito que nunca he visto una gratificación tan generosa.

Me erguí, confundida.

—¿Está segura la señora de que quiere dejarme tanto dinero?

—Naturalmente le he preguntado y ha confirmado la cantidad.

Me hundí en la silla, sobrecogida. Podía asegurar la mejor ayuda médica posible para Elsie. Podía buscar una casa para que mi hermana no tuviera que usar las escaleras. Podían alquilar el piso de encima de la tienda y usar el dinero para pagar otro hogar.

—Veo que está sorprendida, y con razón —comentó Sim—. Pero, sin el deseo de confundirla todavía más, me gustaría hablar con usted de otra cosa, de algo que ya he mencionado. Los cuartos para niños.

—¿Disculpe? —Parpadeé.

—Estoy contratando a un equipo de niñeras para trabajar en el número siete. Se harán cargo de los niños y formarán a las estudiantes en prueba. Necesito a seis en total, una para cada habitación. También voy a nombrar a una matrona, para lo cual he tenido varias solicitantes ejemplares, y habrá un puesto para una niñera jefa, pero ambos puestos requieren más experiencia de la que tiene usted. Sin embargo, como he dicho, hay seis puestos disponibles. Me gustaría que considerara presentar su solicitud para uno de ellos. Por supuesto, comprenderé que prefiera un puesto con otra familia, pero creo que sería usted una maestra excelente, señorita May. Tiene el temperamento idóneo y sabe que soy de la opinión de que el carácter tiene más peso que las cualificaciones en este tipo de trabajo. Por supuesto, no será solo maestra, también será niñera, pues habrá una guardería y una escuela. Dos pilares con el mismo peso. Me gustaría que se lo pensara, aunque, por supuesto, el dinero que ha recibido cambia las cosas considerablemente y le ofrece la opción de tomarse un descanso. Sin embargo, yo no lo recomendaría. Es bueno

mantenerse ocupada. Ya sabe eso de las manos desocupadas.

Me quedé un rato en silencio, digiriéndolo todo y observando el fuego.

—Si puedo, señorita Simpson, me gustaría ir a la casa junto al mar —comentó—. Si hay espacio para mí, claro. Necesito un tiempo para pensar y me gustaría mucho ir allí.

—Sí hay y sí puede. En Navidad, está normalmente desocupada. Avisaré al ama de llaves para que le prepare una cama. Tómese todo el tiempo que necesite.

—Gracias.

—Señorita May, me gustaría decir algo. Antes de que se gaste ese dinero en otra persona o para mejorar las circunstancias de otro —la miré sorprendida y me devolvió una mirada fría, firme—, quédeselo un tiempo. Es suyo. Nadie tiene por qué saberlo aparte de las dos personas en esta habitación. Y otra cosa: no tenía ni idea de que había vivido una experiencia tan trágica, pero he de decir que la ha superado de forma notable.

—Gracias, pero…

—Déjeme terminar. Estas cosas siempre forman parte de nosotras, de un modo o de otro, y no le sugiero que lo deje atrás. Pero no he conocido todavía a una estudiante ni niñera en pruebas que represente más que usted el lema *Fortis in arduis*. La admiro mucho. Y ahora, ¿nos tomamos estas tazas de café? O la cocinera me hará picadillo.

Dos días más tarde, estaba sentada en un tren de vapor con dirección a la costa sur, con el libro de referencias en el regazo y mirando el campo por la ventana. Me quité los guantes y acaricié la piel, pensando en las cartas que escribiría cuando llegara: a Decca, para describirle las colinas blanquecinas y la playa de guijarros; a la señora England, para darle las gracias por el dinero; también a Elsie. Había aceptado el consejo de Sim y había optado por no tomar decisiones, esperar en cambio a que las respuestas cayeran a mis pies. Tenía una oferta de trabajo y, entre tanto, la perspectiva de no trabajar. Contaba

con dinero en el banco y me estaba esperando una casa con un ama de llaves y una pequeña ventana con vistas a la playa. El año estaba terminando y deseaba verlo desde lejos y no mirar otra cosa más que el cielo vacío y el mar infinito. Por primera vez en mi vida, tenía el control e iba a saborear cada momento.

Abrí el libro de referencias, pasé mi fotografía, las reglas, mi certificado y la entrada ordenada de la señora Radlett. Todo parecía ahora muy lejano, de una vida diferente. Llegué a la segunda entrada y admiré la letra elegante, la firma con florituras: la «L» de encaje, la «E» rizada. Metida en el lomo había una pequeña nota doblada que no había visto antes. Con el ceño fruncido, la abrí con cuidado y encontré dentro un mensaje corto escrito con la misma letra: «Gracias por habernos devuelto la vida». Cerré el libro y apoyé la mano en el asiento para contemplar el campo. Pensé en la mañana de mi marcha, cuando la señora England me entregó una carta en el rellano. Era de Elsie.

—Lo siento, olvidé darle esto —me dijo.

Miré el matasellos con fecha de tres días antes y la metí en mi delantal. Ella sonrió y los pendientes de azabache danzaron en sus orejas.

AGRADECIMIENTOS

Escribir una novela en medio de una pandemia global ha sido una experiencia extraña. Empecé el primer borrador de *La señora England* en enero de 2020, semanas antes del primer confinamiento. Yo ya estaba inmersa en mi propio confinamiento, vivía sola en Hebden Bridge, trabajaba y solo salía de la casa para mis paseos diarios y las visitas semanales al supermercado. Estoy muy agradecida con mis amigos y familia por visitarme y hacerme compañía; a lo largo del último año he descubierto lo necesario que es para mí el contacto humano, para mi inspiración, energía, variedad y rejuvenecimiento. Esos fines de semana paseando por páramos con amigos y esas tardes haciendo puzles con mis primos fueron maravillosos, y me alimentaron para el año y medio que vendría después sin ellos.

Mi editora, Sophie Orme, tenía mucho trabajo por delante con este libro. Normalmente necesito al menos dos borradores para descubrir lo que está sucediendo en la historia, pero Sophie, eres una editora hábil, alentadora y amable, y nunca me haces sentir como si te entregara todo lo que hay en mi cerebro, que es lo que vuelco en los primeros borradores. Soy muy afortunada por trabajar con alguien que saca lo mejor de mí y estoy muy agradecida de hacerlo con alguien con tanto talento. Gracias al gran equipo de Bonnier: Francesca Russell, Clare Kelly, Eleanor Stammeijer (por favor, Señor, que comamos sándwiches pronto en un tren), Margaret Stead, Katie

Lumsden, Stephen Dumughn, Felice McKeown, Kate Parkin, Elise Burns, Vincent Kelleher, Stuart Finglass, Mark Williams, Stacey Hamilton, Jenny Richards, Nick Stern, Alan Scollan, Robyn Haque, Jennie Harwood, Jeff Jamieson y Perminder Mann. Gracias también a Patrick Knowles y Lucy Rose Cartwright.

Como siempre, gracias a mi agente, Juliet Mushens, por apoyarme, por hacer tanto para que Joanie pueda mantener la vida que merece. Gracias también a Liza De Block, Kiya Evans y Den Patrick por mantener los fuegos de la casa encendidos.

Estoy muy agradecida por la ayuda y guía de Dee Burn, la doctora Janet Rose, Christopher Jones y Kate Morgan, del Instituto Norland, y Mark Stevens, de la oficina de registro de Berkshire.

Gracias a mi familia y amigos por apoyarme siempre. No ha habido asientos reservados este año, pero siempre tendréis la primera fila en mi corazón. Y gracias a mi marido, Andy, que se mostró feliz de que me mudara a cuatrocientos kilómetros de distancia para escribir esta novela. Ninguno de los dos habríamos pensado que tres meses separados terminarían con un año juntos todo el día. Gracias, me ha encantado cada uno de esos días.

Muchas personas han perdido mucho este año. Por último, pero no por ello menos importante, estoy muy agradecida con el Servicio Nacional de Salud y los trabajadores que han dedicado su tiempo y perdido sus vidas durante la pandemia de covid-19.

NOTA DE LA AUTORA

La señora England es una obra de ficción, pero el personaje de Ruby May está basado en Ruby Browne, quien, junto a su hermana Elsie, fue arrojada desde el puente colgante de Clifton por su padre, Charles Albert Browne, la noche del 18 de septiembre de 1896. Las dos niñas sobrevivieron a la caída de setenta y cinco metros. Aunque al principio se pensaba que Ruby no sobreviviría a las heridas, las dos niñas fueron dadas de alta del hospital real de Bristol unas semanas más tarde. Su padre Charles, un tendero de Balsall Heath, Birmingham, fue admitido en el Asilo para Criminales Lunáticos de Broadmore (actualmente hospital de Broadmore). Recibió el alta en diciembre de 1899 y quedó al cuidado de su esposa.

PREGUNTAS PARA GRUPOS DE LECTURA

1. *La señora England* comienza cuando Ruby se muda de Londres a un pueblo aislado de Yorkshire. ¿Qué influencia tienen el paisaje y la ubicación en la historia de esta novela?
2. ¿Cómo afecta su formación como niñera de Norland a la trayectoria de la vida de Ruby?
3. ¿Qué opinas del personaje de la señora England? ¿Cómo cambia tu percepción sobre ella a lo largo de la historia?
4. ¿Cómo explora la novela el tema del matrimonio?
5. ¿Qué similitudes encuentras entre la familia de Ruby y los England? ¿Cómo influye la educación de Ruby en su comportamiento?
6. ¿Cómo analiza la novela el género y los roles de género en este momento de la historia?
7. ¿Qué particularidad eduardiana tiene la novela? ¿Qué diferencias crees que podría haber habido si estuviera ambientada en otra época?
8. Como niñera, la situación de clase de Ruby es complicada. ¿Cómo examina la novela el papel de la clase social y el dinero en la vida de una persona?
9. ¿Qué crees que siente Ruby por el señor Booth?

10. ¿Por qué crees que hizo lo que hizo el padre de Ruby?

11. ¿Qué opinas del último párrafo de la novela?

Querido lector:

Espero que hayas disfrutado la lectura de *La señora England*. Si quieres recibir información sobre el libro y mis dos novelas anteriores, *Las malditas* y *La huérfana robada*, puede que te interese unirte a mi club de lectura. No te preocupes, no te compromete a nada, no hay truco y no voy a pasar tus datos personales a terceras partes. Recibirás actualizaciones de mis libros, incluidas ofertas, noticias de publicación ¡e incluso algún regalo ocasional! Puedes cancelar tu suscripción en cualquier momento. Para registrarte, solo tienes que visitar www.staceyhalls.com.

Otra forma de llegar a mí es por Twitter @Stacey_Halls o por Instagram @StaceyHallsAuthor. Espero saber pronto de ti y que sigas leyendo y disfrutando de mis libros.

Gracias por tu apoyo.
Stacey